

Fidel Castro: el Moncada y La historia me absolverá

Fidel Castro: el Moncada y La historia me absolverá

**Dolores Guerra López
Marla E. Peláez Rodríguez
Margarita Concepción Llano
Amparo Hernández Denis**



FIDEL CASTRO:
EL MONCADA Y
LA HISTORIA ME ABSOLVERÁ
(selección temática 1953-2003)

FIDEL CASTRO:
EL MONCADA Y
LA HISTORIA ME ABSOLVERÁ
(selección temática 1953-2003)

Compiladoras
Dolores Guerra López
María Elena Peláez Rodríguez
Margarita Concepción Llano
Amparo Hernández Denis



Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado
La Habana, 2009

EDICIÓN / María del Carmen Remigio - Elisa B. Espineira
COMPOSICIÓN / Elisa B. Espineira
DISEÑO INTERIOR / Emilio Lamí
CORRECCIÓN TIPOGRÁFICA / José Bodes
DISEÑO Y REALIZACIÓN DE CUBIERTA / Silvy Medina

- © Dolores Guerra López, María Elena Peláez Rodríguez,
Margarita Concepción Llano, Amparo Hernández Denis / 2009
- © Sobre la presente edición:
Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado / 2009

ISBN 978-959-274-101-0

Todos los derechos reservados. La reproducción total o parcial de esta obra por medios poligráficos, fotográficos, electrónicos o de cualquier otra índole, sólo podrá realizarse con el previo conocimiento y consentimiento de la editorial.

Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado de la República de Cuba, calle 8 número 210 e/ Línea y 11, Vedado, La Habana, Cuba.
Tel (537) 855-5258/ fax (537) 836-5234 / correo: publice@enet.cu

ÍNDICE

Presentación 15

CAPÍTULO I. ANTECEDENTES Y PREPARATIVOS DEL ASALTO AL MONCADA

Había llegado la hora de acudir
otra vez a las armas. 26 de julio de 1973 20

No hay situación social y política sin
una salida posible. 17 de diciembre de 1975 25

Yo hice un trabajo en la base con los
jóvenes de extracción humilde del pueblo. [1977] 28

Yo era comunista, sólo que no estaba
en el Partido. 1º de enero de 1979 38

Mi contribución consiste en haber realizado
una síntesis de las ideas de Martí y del
marxismo-leninismo. 23-26 de mayo de 1987 43

Nosotros iniciamos el Movimiento
en el Moncada. 28 de junio de 1987 55

Esas tradiciones orientales jugaron un
gran papel en la historia de nuestro país.
1º de enero de 1989 56

Así organizamos el Movimiento
26 de Julio. 18-20 de abril de 1992 58

Empecé a participar con intenciones
revolucionarias. 11 de febrero de 1993 59

No olvido cuántos combatientes del Moncada reclutamos en la capital y Artemisa. 20 de febrero de 1993	60
Me pongo a pensar en las vías, los caminos y las posibilidades de una revolución y cómo hacerla. 4 de septiembre de 1995	61
La Universidad se convirtió en el refugio de todos los revolucionarios. 13 de marzo de 1997	66
Lo que hicimos fue realizar una selección de aquellas células más firmes. 26 de julio de 1998	68
Había que llevar aquellas masas por un camino revolucionario. 3 de febrero de 1999	71

CAPÍTULO II. LA ACCIÓN DEL MONCADA:
REPERCUSIÓN Y CONTINUIDAD

Nuestra organización fue la que libró la primera batalla en el Moncada. 8 de enero de 1959	74
La ideología del Movimiento 26 de Julio es la ideología de la justicia social. 16 de marzo de 1959	75
Tenemos un Movimiento recio que se llama 26 de Julio. 8 de mayo de 1959	76
Fue un día muy grande y muy glorioso. 21 de noviembre de 1959	77

No fue el triunfo del pueblo un triunfo fácil. 9 de abril de 1959	78
Ha sido la lucha del pueblo de Cuba y del Movimiento 26 de Julio. 17 de abril de 1959	80
Esta Revolución se empezó a hacer desde el 26 de julio. 22 de julio de 1959	81
Conscientes del deber en que estamos de llevar adelante una revolución justiciera. 30 de noviembre de 1959	82
Esta batalla hermosa, esta toma del cuartel Moncada sin sangre. 28 de enero de 1960	83
Es bueno recordar el sacrificio y el dolor que han costado las victorias. 26 de julio de 1960	86
No fue una victoria de las armas, pero fue una victoria de la moral y de la dignidad. 26 de julio de 1961	88
Nosotros concebimos la toma de una fortaleza. 18 de enero de 1962	90
No es el hecho sino la línea, la línea de lucha armada. 26 de mayo de 1962	92
El 26 de julio comenzó la última y definitiva etapa por la independencia nacional. 26 de julio de 1962	93
Esta fecha tiene valor como hecho que se proyecta hacia el porvenir. 26 de julio de 1963	96

Estaban los libros de Martí y los libros de Lenin. 26 de julio de 1965	99
Revolución que nació del pueblo, de las entrañas del pueblo. 26 de julio de 1966	101
Nos acusaron de soñadores. Agosto de 1966	105
Quedaban muchos Moncadas por tomar. 26 de julio de 1967	107
Pero los revolucionarios no durmieron ese día. 26 de julio de 1968	108
Quien no lea a Lenin, es un ignorante. 22 de abril de 1970	109
Sólo pensábamos en la hora de volver a la lucha. 26 de julio de 1970	110
No es que el Moncada hubiese sido imposible tomarlo. 3 de diciembre de 1971	111
Trincheras de ideas fueron más poderosas que trincheras de piedras. 26 de julio de 1973	114
Intentar tomar el cuartel. 14 de marzo de 1974	117
El 26 de julio se inició un camino largo. 29 de junio de 1974	118
El futuro no es fácil para ningún país, ni aun con una Revolución. 26 de julio de 1974	119
La gran lección del 26 de julio es la importancia de las masas en la lucha. 26 de julio 1975	120
No siempre en la historia los reveses tácticos son sinónimo de derrota. 17 de diciembre de 1975	122

Por este presente de libertad y de progreso para toda la Patria, lucharon ellos. 26 de julio de 1976	124
Los dos momentos más duros fueron esos dos momentos. 19 de mayo de 1977	125
Se hicieron numerosos prisioneros, y ninguno recibió ni siquiera un golpe. 5 de septiembre de 1977	126
Al Ejército de Batista íbamos a tomarle la segunda fortaleza militar del país. [1977]	127
La idea de no rendirse, la idea de no darse por derrotado nunca. 15 de marzo de 1978	138
Sabíamos que todo era posible con la libertad y con la Revolución. 16 de julio de 1978	140
Ningún régimen reaccionario es eterno. 26 de julio de 1978	141
Bayamo y Santiago de Cuba están inseparablemente unidas en esta fecha. 26 de julio de 1982	142
Es un ejemplo conmovedor de heroísmo que recuerda la familia de los Maceo. 3 de diciembre de 1982	143
Nuestra generación inició el camino de la liberación definitiva de la Patria. 26 de julio de 1983	144
Aquí tuvimos nuestro Moncada. 1º de enero de 1984	146
Estarían orgullosos de la obra impresionante de la Revolución. 26 de julio de 1984	147
Vinieron factores accidentales a impedir el éxito. 27-29 de marzo de 1985	148

Acción tan sorpresiva como fue el ataque a su fortaleza fundamental. 23-26 de mayo de 1985	149
Esos sentimientos que se continuaron en el Moncada. 1° de enero de 1989	162
La Generación del Centenario tiene seguridad en ustedes. 8 de enero de 1989	163
Nuestra lucha de hoy es la del Moncada. 1° de febrero de 1990	164
Ahora hay dos posiciones: o el Zanjón o Baraguá. 23 de marzo de 1990	165
Un revolucionario no puede sufrir decepciones. 3 de abril de 1990	166
La misma dignidad y la vergüenza de aquel 26 de julio de 1953. 26 de julio de 1990	167
Nunca el pesimismo invadió nuestro ánimo. 28 de septiembre de 1990	168
Con el mismo espíritu de los hombres y mujeres del Moncada. 1° de noviembre de 1991	169
Era también un marxista-leninista. 18-20 de abril de 1992	171
Al 26 de julio le pusimos Día de la Rebeldía Nacional. 1° de marzo de 1993	173
Estábamos tratando de romper el cerco. 26 de julio de 1993	174
Quién era el autor intelectual: José Martí. 19 de mayo de 1995	175

Evitó que aquella gente ajustara cuentas con nosotros. 21 de diciembre de 1995	176
Se ganaron su puesto en la lucha. 2 de diciembre de 1996	177
Queríamos tomar dos cuarteles. 21 de diciembre de 1996	180
Honrar la sangre de todos los que habían caído. 13 de marzo de 1997	181
Pienso que aquel era el plan que debía utilizarse. 26 de julio de 1998	182
Pensábamos capturar la fortaleza para ocupar las armas. 3 de junio de 1999	184
Defender y desarrollar lo que hemos alcanzado. 2 de diciembre de 2001	185
Para iniciar de nuevo el camino que ellos emprendieron. 26 de julio de 2002	186
La pesadilla social y humana había quedado atrás. 26 de julio de 2003	187

CAPÍTULO III. EL JUICIO: *LA HISTORIA ME ABSOLVERÁ*

<i>La historia me absolverá.</i> 16 de octubre de 1953	189
Como habrá justicia, no habrá venganzas ni habrá odios. 1-2 de enero de 1959	258
Muchas de las medidas revolucionarias ya estaban previstas ahí. 6 de marzo de 1959	259
Tenemos un deber humano con los compañeros caídos. 30 de noviembre de 1959	260

La soberanía es lo primero que la Revolución ha reafirmado. 20 de enero de 1960	262
Nuestro compromiso con el pueblo y los compromisos con la Revolución se han cumplido. [15] de octubre de 1960	264
Canalizar aquel descontento del pueblo contra el régimen. 18 de enero de 1962	267
<i>La historia me absolverá</i> es la expresión de un pensamiento revolucionario en evolución. 26 de mayo de 1962	269
Nos apartábamos de la concepción capitalista del desarrollo económico y social. 26 de julio de 1973	271
Creaba las condiciones y las bases para el avance ulterior de la Revolución. 26 de julio de 1975	272
Un programa nacional-liberador, democrático y popular. [Diciembre de 1978]	273
Eran las leyes y las medidas proclamadas en esencia en el Moncada. 16 de abril de 1981	276
Las ideas básicas de aquel día, se han mantenido inmutables. 1º de enero de 1984	277
Justificar moral, legal y constitucionalmente la acción de la rebeldía. 23-26 de mayo de 1985	279
Un programa muy avanzado y bastante radical. 18 de julio de 1985	281

Era el Programa del Moncada que se cumplió rigurosamente. 19 de abril de 1986	282
El cumplimiento del Programa del Moncada exigió mucha lucha. 2 de diciembre de 1986	283
Hice el máximo uso de mi moderación. 13 de octubre de 1991	284
No tendría duda en repetir otra vez la misma frase. [1991]	286
Ella me tiene que seguir absolviendo. 27 de julio de 1992	287
Privilegios e injusticias seculares iban siendo barridos. 26 de julio de 1995	288
La Revolución es un proceso y tiene etapas. 29 de diciembre de 1997	289
Hablábamos del pueblo, que es este mismo de hoy. 26 de julio de 1998	290
Llevaban la verdad, la denuncia, desde una prisión. 20 de octubre de 1998	291
Subestimaron el pensamiento contenido en aquel alegato. 3 de febrero de 1999	292
Expresaban la idea de un nuevo sistema político y social para Cuba. 26 de julio de 2003	295
Glosario de nombres	297

PRESENTACIÓN

En ocasión del 56 aniversario del asalto al cuartel Moncada y del alegato de autodefensa conocido como La historia me absolverá, el Instituto de Historia de Cuba pone a disposición de especialistas, investigadores y pueblo en general esta selección temática, de los discursos, entrevistas, intervenciones televisivas y públicas, entre otras, del Comandante en jefe de la Revolución cubana.

El libro se encuentra dividido en tres capítulos, el primer apartado, “Antecedentes y preparativos del asalto al Moncada”, se remonta a los momentos de mayor significación que antecedieron a este suceso, donde Fidel enfatiza que la estrategia que llevará a cabo en el Moncada ya estaba concebida por él, en gran medida, antes del golpe de Estado perpetrado por Fulgencio Batista Zaldívar, el 10 de marzo de 1952.

Esclarece que, como estudiante universitario, adquiere la conciencia política que le ayudará a interpretar la sociedad, aunque afirma que ya desde antes tenía esa vocación, adquirida a través del estudio y análisis de la historia y no por su origen de clase. Asegura que los estudios de economía política del capitalismo tuvieron gran importancia en su desarrollo, pues comienza a conformarse un juicio crítico de lo absurdo de las leyes desiguales que regían a este sistema y a elaborar soluciones que eran socialistas, sin estar consciente de ello, además de calificarse a sí mismo como un socialista utópico, antes de haber leído ninguna literatura marxista.

Al ingresar en la Universidad de La Habana conoce acerca de los grupos gansteriles que la controlaban, fieles al gobierno del Partido Revolucionario Cubano (Auténticos), adopta una actitud de rechazo a este modo de actuar y repudia de manera general la corrupción nacional imperante.

Entabla amistad, en este período, con jóvenes comunistas y a través de ellos tiene acceso a la biblioteca del Partido Socialista

Popular, comprando los primeros libros sobre estos temas. Cuando enfrenta la lectura de El Manifiesto Comunista, de Carlos Marx y Federico Engels, su mente está condicionada para ello y en sus páginas encuentra la explicación teórica a sus inquietudes, al comprender el proceso histórico que tenía ante sí, como una condicionante intrínseca del sistema capitalista. Por ello comienza a pensar en una sociedad más equitativa y con una economía más racional.

Explica que era profundamente martiano desde el bachillerato, mucho antes de ser marxista. Veía en José Martí el paradigma a seguir y considera que una de sus contribuciones a la Revolución cubana consiste en haber realizado una síntesis de las ideas de Martí y de las del marxismo, para aplicarlas consecuentemente en el proceso.

Con posterioridad milita en el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos), que formaba parte de la oposición en la lucha contra la corrupción, con un gran apoyo popular. Pensaba, con este partido, en la posibilidad de ganar las elecciones de junio de 1952 y desde el parlamento dar a conocer un programa revolucionario que aglutinaría un fuerte movimiento de masas a favor de ese esquema, que aunque no fuera aprobado por la convención parlamentaria, se convertiría en punto de partida para movilizar al pueblo y así poder llevar a cabo un plan de lucha revolucionaria que sería la base organizativa para la revolución social.

Asegura que con el golpe del 10 de marzo de 1952, la reacción trata de impedir un movimiento progresista, pero que históricamente creó las condiciones para que se produjera una situación revolucionaria.

Cuando ocurre el cuartelazo se produce un cambio, Fidel sigue vinculado al Partido Ortodoxo pero con una nueva táctica ante la situación de inconstitucionalidad. Piensa en una segunda estrategia y empieza a preparar a las masas para la lucha unitaria de todos los factores, pues tiene la seguridad de que se derrocaría al tirano con la acción de todas las fuerzas de la oposición.

Comenzó a hablar de lucha armada y a preparar células revolucionarias dentro del Movimiento que surge en el seno de la misma masa ortodoxa. Fidel los entrena para formar parte en la contienda común opuesta al régimen, pues no tiene pretensiones

de que sea un grupo independiente, sino una fuerza de combate para participar en la lucha conjunta.

A principios de 1953, puede apreciar que todo era una frustración y que los partidos de oposición no tenían voluntad ni capacidad para llevar a cabo la lucha armada contra el tirano.

Empieza entonces a elaborar el plan del Moncada, que consistiría en tomar la segunda fortaleza del país, situada en Santiago de Cuba, en la antigua provincia de Oriente, de gran tradición heroica, donde habían comenzado las guerras de independencia y con una población que sería de gran apoyo. De forma paralela y sincronizada se atacaría el cuartel de Bayamo, denominado Carlos Manuel de Céspedes, para situar una fuerza de avanzada en la zona del Cauto, que impidiera la llegada de refuerzos. Como parte del plan estaba tomar las armas, sublevar la provincia, convocar a la huelga general y si fracasaban estaba previsto adentrarse en las zonas montañosas para comenzar la lucha guerrillera.

Analiza que era un buen plan y que hubieran podido tener éxito, pues lo más difícil lo habían logrado: organizar los hombres, entrenarlos y trasladarlos hasta Santiago y Bayamo, además de adquirir las armas y preparar el ataque. Contaban con el factor sorpresa, pues su vestuario similar al del Ejército y los carnavales que se efectuaban, harían lógico el trasiego de hombres, sin embargo un encuentro fortuito con la guardia frustra lo que con tanto esfuerzo había sido trazado.

En el segundo capítulo, “La acción del Moncada: repercusión y continuidad” puntualiza que tal como estaba previsto en el plan comenzó la acción en ambas provincias de forma simultánea.

Valora que el 26 de Julio implantó tácticas y estrategias nuevas, que dio inicio a otra etapa de lucha dentro de las tradiciones del pueblo cubano, desde la etapa colonial y subraya que en Oriente se originó la chispa que después se propagó por todo el país hasta alcanzar la victoria.

Fidel considera que de haberse alcanzado el triunfo en el año 1953 posiblemente hubiera sido aplastado rápidamente, pues la correlación de fuerzas en aquella época era desfavorable a los movimientos progresistas en el mundo y Cuba no era una excepción. Insiste en que fue un revés táctico, como hubo otros después, pero

que lo más importante fue que la línea de lucha armada demostró ser la correcta.

El tercer momento “El juicio: La historia me absolverá”, está dividido en dos partes por su gran relevancia, la primera dedicada al alegato de autodefensa y la segunda a consideraciones y análisis de Fidel sobre el tema.

En la autodefensa impugna las arbitrariedades cometidas contra él, al no tener acceso como abogado a ningún tratado de derecho y puntualiza que a pesar de que el juicio fue calificado como el más trascendental de la historia republicana no fue oral ni público como establecía la ley.

Denuncia cómo la dictadura temía a un acusado indefenso y se le procesó solo el 16 de octubre de 1953, en un pequeño cuarto de enfermeras del hospital Saturnino Lora. Señala cómo desde su celda en la cárcel de Boniato pudo seguir el juicio gracias a la población penal allí recluida y conocer de la valentía de sus compañeros.

Enfatiza que, en esa causa, se argumentaba algo más que la libertad de un individuo, se debatía sobre cuestiones de principios y el derecho de los hombres a ser libres.

Profundiza en el concepto de pueblo entendido como aquellos humildes y explotados que secundarían la lucha por alcanzar sus conquistas y cambiar la situación imperante; en las cinco leyes revolucionarias y en los problemas principales a resolver, como la entrega de la tierra, industrialización, vivienda, desempleo, educación y la salud para el pueblo. A su solución, conquista de las libertades públicas y la democracia política estarían encaminados los esfuerzos de la Revolución cuando triunfara. Ahonda en cada uno de esos aspectos ofreciendo datos concretos y la voluntad de resolverlos por parte del Gobierno Revolucionario.

Explica la inconstitucionalidad de los Estatutos de abril impuestos por el tirano y planteó la validez de la Constitución de 1940, según la cual Batista no tenía ningún basamento legal para continuar en el poder, al que había llegado contra la voluntad del pueblo.

Expresa claramente que no pide su absolución, sino que lo envíen junto a sus compañeros y concluye que la cárcel será dura, pero que la Historia lo absolvería como prueba de la justeza de su causa.

En la segunda parte del capítulo, dedicada al análisis de La historia me absolverá, puntualiza que las medidas tomadas por la Revolución en el poder estaban planteadas en la autodefensa. Reconoce que no sería una plataforma perfecta en su concepción, pero sí la expresión de un pensamiento revolucionario en evolución y que a finales de la década de los años 60 había cumplido lo prometido, por lo que la Revolución estaba en condiciones de pasar a otra etapa en su desarrollo.

No piensa que es un documento marxista, pero sí un instrumento vital para la edificación del socialismo, que una vez alcanzado el poder político y consolidada la revolución social, se comenzaría a construir.

Para su mejor utilización la obra cuenta con un sistema referencial de 156 notas al pie, que permite ampliar el contenido histórico del hecho al que se hace referencia, y con un glosario de nombres que posibilita al lector conocer brevemente a las personas mencionadas por el líder de la Revolución cubana a lo largo del libro.

Si el texto que presentamos sobre el pensamiento del principal gestor y protagonista de las acciones del asalto al cuartel Moncada resulta de utilidad, entonces nuestros propósitos estarán cumplidos.

Instituto de Historia de Cuba

I. ANTECEDENTES Y PREPARATIVOS DEL ASALTO AL CUARTEL MONCADA

HABÍA LLEGADO LA HORA DE ACUDIR OTRA VEZ A LAS ARMAS

Discurso pronunciado en la conmemoración del XX aniversario del asalto al cuartel Moncada. Santiago de Cuba, 26 de julio de 1973.

[...] Era necesario enarbolar otra vez las banderas de Baire, de Baraguá y de Yara. Era necesaria una arremetida final para culminar la obra de nuestros antecesores, y eso fue el 26 de julio. Lo que determinó esa arremetida no fue el entusiasmo o el valor de un puñado de hombres, fue el fruto de profundas meditaciones sobre el conjunto peculiar de factores objetivos y subjetivos que imperaban en aquel instante en nuestro país.

Dominada la nación por una camarilla sangrienta de gobernantes rapaces, al servicio de poderosos intereses internos y externos, que se apoyaban descarnadamente en las fuerzas, sin ninguna forma o vehículo legal de expresión para las ansias y aspiraciones del pueblo, había llegado la hora de acudir otra vez a las armas.

Pero hecha esta conclusión, ¿cómo llevar a cabo la insurrección armada si la tiranía¹ era todopoderosa, con sus medios modernos de guerra, el apoyo de Washington, el movimiento obrero fragmentado y su dirección oficial en manos de gánsters, vendida en cuerpo y alma a la clase explotadora, los partidos de opinión democrática y liberal desarticulados y sin guía, el partido marxista² aislado y reprimido, el maccarthismo³ en pleno apogeo ideológico, el pueblo sin un arma ni experiencia militar, las tradiciones de lucha armada distantes más de medio siglo y casi olvidadas, el mito de que no se podía realizar una revolución contra el aparato militar constituido, y por último la economía con una

relativa bonanza por los altos precios azucareros de posguerra, sin que se vislumbrara todavía una crisis aguda como la que en los años 30 de por sí arrastró a las masas desesperadas y hambrientas a la lucha.

¿Cómo levantar al pueblo, cómo llevarlo al combate revolucionario, para superar aquella enervante crisis política, para salvar al país de la postración y el retraso espantoso que significó el golpe traicionero del 10 de marzo y llevar adelante la revolución popular y radical que transformara al fin a la república mediatizada y al pueblo esclavizado y explotado en la patria libre, justa y digna, por la cual lucharon y murieron varias generaciones de cubanos? Tal era el problema que se planteaba al país en los meses que siguieron al nuevo ascenso de Batista⁴ al poder.

Cruzarse de brazos y esperar o luchar era para nosotros un dilema.

Pero los hombres que llevábamos en nuestras almas un sueño revolucionario y ningún propósito de resignarnos a los factores adversos, no teníamos un arma, un centavo, un aparato político y militar, un renombre público, una ascendencia popular. Cada uno de nosotros, los que después organizamos el movimiento que asumió la responsabilidad de atacar el cuartel Moncada⁵ e iniciar la lucha armada, en los primeros meses que sucedieron al golpe de Estado, esperaba que las fuerzas opositoras se unieran todas en una acción común para combatir a Batista. En esa lucha estábamos dispuestos a participar como simples soldados, aunque sólo fuese por los objetivos limitados de restaurar el régimen de derecho barrido por el 10 de marzo.

Los primeros esfuerzos organizativos del núcleo inicial de nuestro movimiento se concretaron a crear e instruir los primeros grupos de combate, con la idea de participar en la lucha común con todas las demás fuerzas opositoras, sin ninguna pretensión de encabezar o dirigir esa lucha. Como humildes soldados de fila tocábamos a las puertas de los dirigentes políticos ofreciendo la cooperación modesta de nuestros esfuerzos y de nuestras vidas y exhortándolos a luchar. Por aquel entonces, aparentemente, los hombres públicos y los partidos políticos de oposición se proponían dar la batalla. Ellos tenían los medios económicos, las relaciones, la ascendencia y los recursos para emprender la tarea de los cuales nosotros carecíamos por completo. Dedicados febrilmente al trabajo

revolucionario, un grupo de cuadros, que constituyó después la dirección política y militar del movimiento⁶ nos consagramos a la tarea de reclutar, organizar y entrenar a los combatientes. Fue al cabo de un año de intenso trabajo en la clandestinidad, cuando arribamos a la convicción más absoluta de que los partidos políticos y los hombres públicos de entonces engañaban miserablemente al pueblo. Enfrascados en todo tipo de disputas y querellas intestinas y ambiciones personales de mando, no poseían la voluntad ni la decisión necesaria para luchar ni estaban en condiciones de llevar adelante el derrocamiento de Batista. Un rasgo común de todos aquellos partidos y líderes políticos era que, a tono con la atmósfera maccarthista y con la vista siempre puesta en la aprobación de Washington, excluían a los comunistas de todo acuerdo o participación en la lucha común contra la tiranía.

[...] Entretanto, nuestra organización había crecido notablemente y disponía de más hombres entrenados para la acción que el conjunto de todas las demás organizaciones que se oponían al régimen. Nuestros jóvenes combatientes habían sido reclutados, además, en las capas más humildes del pueblo, trabajadores en su casi totalidad, procedentes de la ciudad y del campo, y algunos estudiantes y profesionales no contaminados por los vicios de la política tradicional ni el anticomunismo que infestaba el ambiente de la Cuba de entonces. Esos jóvenes llevaban, en su corazón de patriotas abnegados y honestos, el espíritu de las clases humildes y explotadas de las que provenían y sus manos fueron suficientemente robustas y sus mentes suficientemente sanas y sus pechos suficientemente valerosos para convertirse más tarde en abanderados de la primera revolución socialista en América.

Fue entonces cuando, partiendo de nuestra convicción de que nada podía esperarse de los que hasta entonces tenían la obligación de dirigir al pueblo en su lucha contra la tiranía, asumimos la responsabilidad de llevar adelante la Revolución.

¿Existían o no existían las condiciones objetivas para la lucha revolucionaria? A nuestro juicio existían. ¿Existían o no existían las condiciones subjetivas? Sobre la base del profundo repudio general que provocó el golpe del 10 de marzo y el regreso de Batista al poder, el descontento social emanado del régimen de explotación reinante, la pobreza y el desamparo de las masas desposeídas, se

podían crear las condiciones subjetivas para llevar al pueblo a la revolución. [...]

Ediciones OR, no. 7, *Ed. DOR del CC PCC, [Instituto Cubano del Libro], La Habana, 1973, pp. 5-7.*

¹ Se refiere a la tiranía de Fulgencio Batista Zaldívar establecida tras el golpe de Estado, perpetrado por éste el 10 de marzo de 1952, que derribó del poder a Carlos Prío Socarrás. La tiranía es derrotada por el triunfo revolucionario del 1º de enero de 1959.

² Se refiere al Partido Comunista de Cuba fundado el 16 de agosto de 1925 y que por aquella época tenía el nombre de Partido Socialista Popular.

³ Corriente política de reacción extrema, que aparece en Estados Unidos en la década del 50 del siglo xx, que propugnaba la “guerra fría”, la promulgación de leyes antidemocráticas y antiobreras y la exacerbación de la histeria y persecución anticomunista. El nombre viene de su principal propulsor, el senador Joseph Mc Carthy.

⁴ Ver nota No. 1.

⁵ Sede del Regimiento No. 1 “Maceo”, situado en la ciudad de Santiago de Cuba, verdadera fortaleza militar, considerada la segunda del país.

⁶ El Movimiento revolucionario encabezado por Fidel Castro estaba estructurado por un Comité civil y otro militar.

Al civil pertenecían Abel Santamaría, Oscar Alcalde, Boris Luis Santa Coloma, Mario Muñoz y Jesús Montané.

Al militar, el propio Abel, Pedro Miret, Ernesto Tizol, José Luis Tasende y Renato Guitart. Este Movimiento fue responsable de las acciones del 26 de julio de 1953 en Santiago de Cuba y Bayamo. En junio de 1955 tomará el nombre de Movimiento Revolucionario 26 de Julio.

NO HAY SITUACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA SIN UNA SALIDA POSIBLE

Informe del Comité Central del Partido Comunista de Cuba al Primer Congreso. Teatro Carlos Marx. La Habana, 17 de diciembre de 1975.

[...] El verdadero pueblo, los obreros, campesinos, estudiantes y las capas medias carecían de armas y recursos para enfrentarse a la tiranía; era necesario encontrar un camino. El ejército, con todo el poder en sus manos, abastecido y entrenado por Estados Unidos, era el dueño de la situación. ¿Cómo el pueblo inerme podía romper este complejo de fuerzas y hacer levantar definitivamente sus derechos sociales y nacionales, tantas veces frustrados a lo largo de la historia?

Los partidos políticos desalojados del poder contaban con millones de pesos malversados y algunas armas, pero carecían de moral y voluntad de lucha. Los partidos que habían sido de la oposición carecían de medios, de líderes y de estrategia de lucha. El partido marxista-leninista, por sí solo, no contaba con medios, fuerzas ni condiciones nacionales e internacionales para llevar a cabo una insurrección armada. En las condiciones de Cuba en aquel instante habría sido un holocausto inútil.

Pero no hay situación social y política, por complicada que parezca, sin una salida posible. Cuando las condiciones objetivas están dadas para la revolución, ciertos factores subjetivos pueden jugar entonces un papel importante en los acontecimientos. Eso ocurrió en nuestro país. Esto no constituye un mérito particular de los hombres que elaboraron una estrategia revolucionaria que a la larga resultó victoriosa. Ellos recibieron la valiosa experiencia de nuestras luchas en el terreno militar y político; pudieron inspirarse en las heroicas contiendas por nuestra independencia, rico caudal de tradiciones combativas y amor a la libertad en el alma del pueblo, y nutrirse del pensamiento político que guió la revolución del 95 y la doctrina revolucionaria que alienta la lucha social liberadora de los tiempos modernos, que hicieron posible concebir la acción sobre estos sólidos pilares: el pueblo, la

experiencia histórica, las enseñanzas de Martí,¹ los principios del marxismo-leninismo, y una apreciación correcta de lo que en las condiciones peculiares de Cuba podía y debía hacerse en aquel momento.

En el terreno práctico había que resolver la lucha armada contra un ejército moderno. Se enarbolaba por algunos la teoría reaccionaria de que se podía hacer una revolución con el ejército o sin el ejército, pero nunca contra el ejército, lo cual habría paralizado toda acción revolucionaria en nuestro país.

Surge la idea de iniciar la lucha en la provincia de Oriente considerando las tradiciones combativas de la población, la topografía del terreno, la geografía del país, la distancia de la capital y del grueso de las fuerzas represivas que tendrían que ser obligadas a recorrer grandes trayectos, para todo lo cual había que adquirir las armas tomándolas de los depósitos enemigos en esa provincia. La acción militar estaría unida a un intento de levantar al pueblo desatando la huelga general revolucionaria, pero contemplaba desde entonces la posibilidad de un repliegue a las montañas y el inicio de la guerra irregular que tenía valiosos antecedentes en la historia de nuestras luchas por la independencia. Era ya en germen la idea de todo lo que efectivamente se realizó más tarde desde la Sierra Maestra.² La acción militar y la lucha social y de masas estuvieron estrechamente vinculadas en sus concepciones desde el primer instante.

La larga prédica, la lección y el ejemplo de los comunistas, iniciados en los días gloriosos de Baliño³ y Mella⁴ al calor de la Revolución victoriosa de octubre, habían contribuido a divulgar el pensamiento marxista-leninista, de modo que se convirtió en la doctrina atrayente incontrastable de muchos jóvenes que nacían a una conciencia política. Los libros y la literatura revolucionaria jugaban de nuevo un papel en el seno de los acontecimientos históricos. El pueblo mismo tenía que despertar un día a las profundas verdades contenidas en la doctrina de Marx,⁵ Engels⁶ y Lenin.⁷ Entre tanto, la tarea que se planteaba a los nuevos elementos revolucionarios era interpretarla y aplicarla a las condiciones específicas y concretas de nuestro país. Esta fue y tuvo que ser obra de nuevos comunistas, sencillamente, porque no eran conocidos como tales y no tuvieron que padecer en el seno

de nuestra sociedad, infestada de prejuicios y controles policíacos imperialistas, el terrible aislamiento y la exclusión que padecían los abnegados combatientes revolucionarios de nuestro primer Partido Comunista. Si bien este no era el pensamiento generalizado de todos los que iniciaron el camino de la lucha armada revolucionaria en nuestro país, sí lo era de sus principales dirigentes. Por lo demás había una mezcla de sentimientos patrióticos, democráticos y progresistas en los miembros de sus filas, de verdadera pureza política, abnegación y desinterés como sólo los trabajadores son capaces de experimentar, pues eran en su casi totalidad procedentes de familias humildes y experimentaban con terrible fuerza la conciencia o el instinto de la liberación social y política. Los pocos que no lo eran, habían adquirido su formación política del estudio, la vocación y la sensibilidad revolucionaria. Pero incluso esa formación de los nuevos dirigentes tendría que pasar por la experiencia misma de la vida revolucionaria para profundizar en la práctica lo que sólo en teoría eran ya firmes convicciones políticas. De eso nació el nuevo proceso revolucionario. Pero en los jóvenes combatientes que surgían, al revés de lo que ocurre muchas veces desgraciadamente en otros países, había un profundo respeto y admiración hacia los viejos comunistas, que durante años heroicos y difíciles habían luchado por el cambio social y mantuvieron en alto con firmeza incommovible las hermosas banderas del marxismo-leninismo. Ellos fueron en muchos casos sus maestros intelectuales, sus inspiradores y sus émulos en la lucha. Aun en la atmósfera burguesa que se respiraba en la Universidad y otros círculos juveniles, Mella y Martínez Villena⁸ eran universalmente admirados, y los comunistas, por su abnegación, honestidad y consagración a la causa, eran profundamente respetados. Esta es una gran lección de nuestra Revolución, que no siempre en el exterior es tomada en cuenta por muchos que, sin embargo son sensibles a su pureza y magnitud histórica. La historia debe ser respetada y expuesta tal como sucedió exactamente. [...]

Ediciones OR, *Trimestre octubre-noviembre-diciembre de 1975*, Ed. DOR del CC PCC, [Instituto Cubano del Libro], La Habana, 1975, pp. 32-34.

YO HICE UN TRABAJO EN LA BASE CON LOS JÓVENES DE EXTRACCIÓN HUMILDE DEL PUEBLO

Entrevista concedida a los periodistas de la televisión sueca, filmada en lugares históricos de las provincias orientales. Santiago de Cuba, [1977].

[...] Ahora, en toda esa fase de mi vida¹ tal vez se fue desarrollando un carácter, se fue desarrollando un espíritu, pero no adquirí ninguna conciencia política. La conciencia política que me ayudó a interpretar la vida, me ayudó a interpretar el mundo, me ayudó a interpretar la sociedad y me ayudó a interpretar la historia, la adquirí como estudiante universitario. Principalmente, cuando entré en contacto con la literatura marxista, que ejerció en mí una extraordinaria influencia, y me ayudó a comprender las cosas que de otra forma no habría comprendido jamás.

De modo que yo puedo decir que la conciencia política mía la adquirí por estudio, por análisis, por observación; no por origen de clase. Pero no creo de ninguna manera que el origen de clase sea un factor insuperable, creo que la conciencia del hombre se puede elevar por encima de su origen de clase.

[...] Escogimos este lugar,² porque nosotros teníamos que buscar un punto donde concentrar el personal antes del ataque del Moncada. Entonces estudiamos las distintas direcciones. Y buscando, encontramos esta casa, con una pequeña parcela de terreno, que la alquilaban. Y entonces, analizados todos los factores, decidimos escoger esta casa, que estaba a unos cuantos kilómetros del cuartel por una carretera, bastante directo.

Se alquiló la casa,³ pero teníamos que buscar algún elemento para disfrazar esto. El plan que hicimos fue simular una granja avícola, por eso ustedes ven algunas de estas instalaciones, que parecen instalaciones para la avicultura, pero que en realidad servirían para esconder los automóviles.

Entonces algunos meses antes alquilamos esta casa.

Se preparó con algunas cosas adicionales bajo el pretexto de que era una granja avícola.

PERIODISTA: Tengo entendido que estaba cerca la casa de uno de los militares batistianos, que eso disminuía, de cierta manera, la sospecha.

FIDEL: Es posible. Pero no fue ese el factor principal: el factor principal es que estaba aislada, que estaba en esta carretera que conducía directamente a las proximidades del cuartel, y era uno de los lugares disponibles, porque no era fácil encontrar una casa.

Entonces, esta casa sirvió, primero, para concentrar las armas, y por último, para concentrar el personal. Esto había que hacerlo en condiciones de clandestinidad. Por eso había que tomar todas las medidas. Incluso había un vecino que vivía ahí, frente a esta casa, un campesino.⁴ Se hizo amistad con él y todo, pero él nunca sospechó que esta casa tenía un propósito revolucionario. Había un compañero del Movimiento que vivía en Santiago de Cuba,⁵ era el único de Santiago de Cuba, porque no queríamos reclutar personal de Santiago para disminuir los riesgos de que pudiera haber alguna indiscreción. Por eso, en Santiago sólo teníamos un cuadro que ayudó en el alquiler de esta casa; después para esta casa vino uno de los jefes⁶ del Movimiento, y se instaló aquí en Santiago de Cuba. Y durante varias semanas estuvimos concentrando las armas aquí.

PERIODISTA: Pero ninguno de los asaltantes sabía realmente el objetivo hasta el último momento.

FIDEL: No. La Dirección del Movimiento sí, un grupo de tres compañeros,⁷ que eran una especie de ejecutivo de la Dirección del Movimiento. Y el compañero de Santiago también tenía idea del objetivo, puesto que a él se le dieron instrucciones de observar el cuartel, de hacer una exploración sobre el cuartel.

PERIODISTA: De ahí fue de donde partieron los vehículos que fueron a atacar el cuartel.

FIDEL: Desde aquí, sí. Aquí se concentraron las armas. El 26 de julio era domingo, y desde el sábado por la noche se fueron concentrando aquí en esta casa.

PERIODISTA: ¿Y el recorrido es más o menos el mismo?

FIDEL: El recorrido es varios kilómetros —no recuerdo exactamente ahora cuantos—. Esta carretera sale a una avenida, la avenida al cuartel, y tácticamente era el lugar mejor para esa operación. Y aquí se disimulaba esto con el pretexto de que se estaba fundando una granja avícola en este lugar. Y realmente todo el mundo creyó que había una granja avícola, por lo menos los pocos vecinos que estaban enfrente. Por ahí todavía vive el vecino que estaba frente a esta casa en aquellos tiempos. Tenía algunas matas de mango... Yo no sé si después han sembrado algunas; pero en general era este el ambiente de la casa.

PERIODISTA: Pero aquí no se hizo ningún entrenamiento; aquí sólo se hizo la concentración.

FIDEL: Aquí no se podía hacer entrenamiento porque era muy arriesgado; el entrenamiento lo hicimos en La Habana. Aquí sólo se fueron acumulando las armas y había una sola persona en Santiago de Cuba que conocía de esta casa. A pesar de que Santiago de Cuba era una ciudad muy rebelde, muy revolucionaria, nosotros, para guardar la discreción del plan, pues no reclutamos a nadie de Santiago para el asalto.

PERIODISTA: A pesar de todo eso una de las cosas más admirables del Movimiento, que ahora refleja la historia, fue cómo se pudo mantener esa organización clandestina bajo un régimen de tal represión, una organización tan amplia.

FIDEL: Era muy difícil, realmente era difícil puesto que en aquella época los revolucionarios no tenían organización, no tenían experiencia militar.

PERIODISTA: Pero el 26^º sí la tenía.

FIDEL: Bueno nosotros... Había mucha gente organizándose en aquel período. El grupo nuestro yo creo que en aquella época reclutó más combatientes que todas las demás organizaciones. Además era un grupo muy discreto; pero, además, no sólo era discreto por

la calidad de la gente, sino por el método de organización que teníamos. Estábamos organizados en células. Nadie tenía contacto, unas células con otras. El grupo de dirección era de mucha confianza, y seguíamos las reglas de la clandestinidad. Porque en aquella época había muchos elementos revolucionarios y hablaban y conversaban. Eran indiscretos. Casi todo lo que se hacía en aquella época contra Batista se sabía.

PERIODISTA: Y toda esa importación de armas de la gente de Prío⁹ y todo eso que se iba haciendo...

FIDEL: Sí. Porque la gente de Prío tenía dinero y nosotros no teníamos dinero; ellos tenían armas y nosotros no teníamos armas. Por lo tanto, nosotros teníamos que hacer las cosas con mucho cuidado. Ellos hacían propaganda con las armas. Podíamos decir que hacían política con las armas.

PERIODISTA: ¿Y no pudieron conseguir de aquellas armas ustedes?

FIDEL: En realidad, tratamos de conseguir un poco. Y nosotros les habíamos infiltrado la organización de ellos. Teníamos trescientos sesenta hombres infiltrados en la organización de ellos, con el objetivo de tratar de tomar las armas. Pero parece que fue demasiado ambicioso nuestro plan, y en un momento dado ellos sospecharon de aquella gente un poco.

PERIODISTA: Pero todos los hallazgos de armas que iba haciendo la policía de Batista por esa época eran...

FIDEL: Eran armas de ellos, del antiguo gobierno, que tenía mucho dinero porque había robado mucho.

PERIODISTA: Pero eran armas sembradas por ellos mismos en algunas ocasiones, por la policía, paquetes con...

FIDEL: No, yo creo que no. Los dirigentes de los partidos políticos tradicionales y del gobierno que estaba en el poder, que había sido desalojado por Batista, tenían mucho dinero. Y compraron

armas y pudieron introducirlas en el país por distintos procedimientos bastantes ingeniosos, y las trajeron. Ellos no tenían masa, ellos no tenían combatientes; tenían dinero, tenían armas, pero no tenían hombres. Y ellos trataban de hacer un esfuerzo por reclutar gente del pueblo. Y en ese período nosotros tratamos de filtrarles algunas gentes en la organización de ellos, con el objetivo de ocupar las armas.

PERIODISTA: Pero el Movimiento sí tenía bastantes efectivos ya en aquella época...

FIDEL: Bueno, nosotros llegamos a entrenar más de mil hombres. En esa época nosotros teníamos alrededor de mil doscientos hombres.

PERIODISTA: Pero aparte de los entrenados, ¿la organización era bastante amplia?

FIDEL: No era tan amplia, no era muy amplia, aunque su base sí era la base de oposición y de odio al régimen de Batista. Pero los militantes, los hombres organizados y entrenados llegaron a ser alrededor de mil doscientos hombres, porque había una oposición bastante generalizada al gobierno de Batista. Muchos de ellos eran de origen ortodoxo,¹⁰ muchos de los combatientes del Moncada, pero eran ya gente de extracción muy humilde; es decir, era una organización al margen de aquellos partidos políticos. Yo seleccioné la gente principalmente entre los sectores humildes del pueblo. Nuestra gente fue seleccionada en sectores humildes del pueblo, de entre los que tenían una actitud de oposición a Batista.

PERIODISTA: Pero muchos militantes del Movimiento, tenía entendido que eran provenientes de la ortodoxia...

FIDEL: Eran provenientes de la ortodoxia porque era un partido popular con bastante ascendencia en el pueblo, pero un poco heterogéneo. El Partido Ortodoxo se componía principalmente de gente humilde, obreros, campesinos, y gente de la pequeña burguesía. En aquella época la alta dirección de ese partido estaba en manos de gente ya de la clase dominante, realmente.

PERIODISTA: Y la juventud del Partido donde usted militaba...

FIDEL: Había una juventud combativa, pero los líderes oficiales del Partido ya estaban más o menos comprometidos, no voy a decir con una posición de clase, sino que estaban ya adaptándose al sistema, podemos decir. Yo organizo la juventud de ese partido, pero aparte de la... oficial. Yo hice un trabajo en la base con los jóvenes principalmente de extracción humilde del pueblo. No había dirigentes oficiales en ese partido en la organización nuestra.

PERIODISTA: Fue un trabajo político, ideológico, ya que se hizo...

FIDEL: Sí, fue un trabajo político-ideológico.

PERIODISTA: Pero todavía no se hablaba de ideas socialistas en esa época.

FIDEL: Todavía no se hablaba de socialista en esa época. En esa época pudiéramos decir que el objetivo principal del pueblo era el derrocamiento de Batista. Pero ya la extracción social de toda aquella gente que nosotros reclutamos propiciaba el adoctrinamiento político. Por lo menos el grupo, el pequeño grupo que trabajó en la organización del Movimiento, era gente de ideas muy avanzadas. Nosotros teníamos cursos de marxismo. Y el grupo de Dirección, durante todo aquel período, estudiamos marxismo. Y pudiéramos decir que los principales dirigentes de la organización eran marxistas ya.

PERIODISTA: Después de la muerte o el suicidio de Chibás se fue agudizando, digamos, la diferencia entre la dirección del partido y la juventud.

FIDEL: Yo puedo decir lo siguiente: Chibás era un líder carismático, de mucho apoyo popular, pero no se caracterizaba por un programa de reformas sociales profundas. Digamos que su programa en aquella época se circunscribía a algunas medidas de tipo nacionalista frente a los monopolios yanquis, y principalmente medidas contra la corrupción administrativa, contra el robo. Era un programa constitucionalista, y luchaba en favor del

adecentamiento público. El programa de Chibás está lejos de ser un programa socialista.

Podíamos señalar que en aquella época ese programa respondía a las ansias de la pequeña burguesía que ya tenía contradicciones con el imperialismo, que se resentía del exceso de explotación de los monopolios existentes en el país, y su bandera principal era la lucha contra la corrupción pública, contra el robo, contra la malversación. Pero ya dentro de la masa de ese partido había una izquierda. Podríamos decir que nosotros éramos la izquierda de ese partido. No era muy numerosa tampoco, pero estaba integrada por compañeros procedentes de la Universidad, que en la Universidad habían podido tener contacto con las ideas socialistas, con el marxismo-leninismo, y habíamos adquirido ya una conciencia política mucho más avanzada.

De modo que cuando se produce la muerte de Chibás existía un gran partido de masas sin dirección. Y la dirección era una dirección reformista. Y dentro de esa masa había ya un grupo que teníamos ideas mucho más avanzadas. En dos palabras: yo en aquella época, al final de mis estudios universitarios, ya tenía una concepción marxista de la política. En el tiempo de la Universidad, mis contactos con las ideas marxistas fueron los que me hicieron adquirir a mí una conciencia revolucionaria. Ya a partir de ese momento toda la estrategia que yo elaboré políticamente estaba dentro de una concepción marxista.

Cuando se produce el golpe de Estado del 10 de marzo, ya yo tenía una formación marxista. Pero nos encontramos con la situación de un país donde se produce un golpe de Estado, donde el partido que tenía más base popular era un partido que estaba mal dirigido, sin orientación. Yo tenía ya idea revolucionaria práctica, concreta, desde antes del golpe del 10 de marzo.

PERIODISTA: Y el PSP, el Partido Socialista Popular, ¿tenía alguna estrategia elaborada?

FIDEL: El Partido Socialista era pequeño, relativamente pequeño; para la América Latina era un partido grande, pero estaba muy aislado. En aquellas circunstancias, toda la época del macartismo, del anticomunismo, había logrado, digamos, bloquear el Partido Comunista. Yo no era militante del Partido Comunista, porque

por mi educación, mi origen de clase... Yo llego a la Universidad y es la Universidad donde yo adquiero ya una conciencia revolucionaria. Adquiero una conciencia revolucionaria, pero por ese período estaba ubicado ya dentro de un partido que no era un partido marxista, sino un partido populista, podemos decir. Pero yo veo que aquel partido tiene una gran fuerza política de masas, y entonces empiezo a elaborar una estrategia para llevar a esas masas hacia una posición revolucionaria, desde antes del golpe de Estado del 10 de marzo. Ya yo tengo la idea clara de que la revolución hay que hacerla tomando el poder, y hay que tomar el poder revolucionariamente. Ya en aquella época, antes del golpe de Estado, yo adquiero esa convicción.

Desde luego que antes del golpe de Estado la estrategia que personalmente yo elaboraba era una estrategia de acuerdo con aquellas circunstancias. Era una época política, parlamentaria. Entonces yo estoy ya dentro de ese movimiento. Las primeras ideas de una revolución yo las concibo incluso desde el Parlamento, pero no para hacerla a través del Parlamento. Yo pensaba utilizar el Parlamento para proponer un programa revolucionario.

PERIODISTA: ¿Por eso se postuló usted?

FIDEL: Pensaba precisamente utilizar el Parlamento para proponer un programa revolucionario, y alrededor de ese programa movilizar las masas y marchar hacia la toma revolucionaria del poder. Desde entonces, ya yo no estoy pensando en los caminos convencionales, en los caminos constitucionales, desde antes del 10 de marzo.

Cuando se produce el 10 de marzo, fue necesario cambiar toda aquella estrategia. Ya no había necesidad de utilizar los caminos constitucionales.

PERIODISTA: ¿Pero el 10 de marzo se produce no tanto para impedir una revolución, sino para impedir que tomara el poder el reformismo en Cuba, o un partido más o menos progresista, o...?

FIDEL: Me parece a mí que en realidad el 10 de marzo se produce para impedir el triunfo de un partido progresista en Cuba, no para impedir el triunfo de un partido revolucionario. Esa es la realidad.

Ellos tratan de impedir un movimiento progresista, pero podemos decir que históricamente crearon las condiciones para producir un movimiento revolucionario. Pero en las condiciones de Cuba, yo creo que era posible incluso promover una revolución aun antes del 10 de marzo.

Antes del 10 de marzo ya yo era comunista, pero el pueblo todavía no era comunista, la gran masa todavía no respondía a un pensamiento político radical, la gran masa en esa época respondía a un pensamiento político progresista, reformista, pero no era todavía un pensamiento comunista.

PERIODISTA: Además, en eso influía también todo el problema del anticomunismo, del macartismo.

FIDEL: Mucho, mucho, porque nosotros éramos una colonia económica y además ideológica de los Estados Unidos. Pero yo adquirí esa conciencia como estudiante universitario.

PERIODISTA: Comandante, ¿es de ese lugar exactamente de donde se montaron aquí en los carros y en los autos que fueron?

FIDEL: Por ahí hay un pozo donde guardamos las armas, porque las armas nuestras las conseguimos en las armerías. Eran armas de caza: fusiles 22, calibre 22, y fusiles-escopetas de caza, para cazar patos, para cazar palomas. Pero no eran armas inofensivas, puesto que nosotros compramos un gran número de escopetas automáticas, para las cuales adquirimos cartuchos no para cazar patos, sino para cazar venados y para cazar jabalíes. Es decir que, como armas, no eran armas inofensivas realmente.

Pero Batista se sentía tan seguro, que en aquella época funcionaban las armerías y las tiendas de armas. Ellos se sentían muy seguros dentro de su poder militar.

PERIODISTA: Pero armas de guerra no había.

FIDEL: No, no había armas de guerra. No, pero nosotros por lo menos algunas armas eficientes podíamos adquirir, y las adquirimos legalmente, legalmente adquirimos las armas nuestras. Nosotros teníamos unos compañeros que estaban

disfrazados de cazadores y de gente burguesa, y entonces tenían sus carnés y ellos compraron en las armerías.

Hay que decir que fue tan eficiente el trabajo que conseguimos que las armerías nos dieran crédito, y las últimas armas las compramos a crédito casi todas.

PERIODISTA: Y luego las metieron en un pozo aquí.

FIDEL: La mayor parte vinieron el día antes aquí; el viernes, víspera del 26 de julio, compramos la mayor parte de las armas, y se trasladaron en ómnibus, en tren, para acá. Armas de guerra propiamente, teníamos unos tres o cuatro fusiles. Nuestras armas eran fusiles calibre 22, o calibre 12; escopetas automáticas, una sola ametralladora, que teníamos un M-3, que se utilizaba de entrenamiento en la Universidad, porque nosotros utilizamos mucho la Universidad para entrenar a la gente.

PERIODISTA: Pero luego tuvieron que salir de ahí llegado el momento... No entendí.

FIDEL: En esa época había muchas rivalidades entre las organizaciones juveniles. Los estudiantes en aquella época, muchos de ellos, pensaban que ellos eran los herederos de las tradiciones revolucionarias; pero nuestro movimiento había conquistado el apoyo de unos cuantos cuadros universitarios, y ellos nos facilitaron la Universidad para el entrenamiento de nuestra gente. Es decir, nuestro movimiento era popular, no era universitario; pero algunos compañeros en la Universidad, principalmente Pedrito Miret, que hoy es del Buró Político, que era el responsable de entrenamiento en la Universidad... Ellos entrenaban a todo el mundo, pero entonces nosotros logramos la adhesión de algunos de esos compañeros que trabajaban allí, esencialmente Pedrito Miret, y utilizamos la Universidad para entrenar a nuestra gente, que era de extracción popular, no universitaria. [...]

“La estrategia del Moncada”. Revista Casa de las Américas. Julio-agosto de 1978, no. 109, pp. 4-11.

YO ERA COMUNISTA, SÓLO QUE NO ESTABA EN EL PARTIDO

*Entrevista concedida al periodista soviético O. Darusenkov.
La Habana, 1º de enero de 1979.*

[...] Cuando ingreso en la Universidad, por influencia de algunos dirigentes me ponen en contacto con la oposición a Grau.¹ La oposición a Grau era el partido de Chibás, donde estaba Luis Orlando Rodríguez y otros, todo este grupo que, procedente de las filas del llamado Partido Revolucionario,² estaba haciéndole la oposición al Gobierno. De manera que yo, cuando todavía no era comunista, tengo contactos con este partido reformista o progresista, liberal si se quiere, que era el que llevaba la oposición al régimen de Grau, con un gran apoyo de masas. Es decir, estoy vinculado ya a ese partido. Pero en el transcurso de mis estudios universitarios es que adquiero una conciencia marxista.

De modo que, al terminar los estudios universitarios, me encuentro ante esta situación: los comunistas, un reducido grupo, aislados; un anticomunismo tremendo, y en el partido de Chibás un gran movimiento de masas, enorme, combativo, de campesinos, de obreros, de pequeña burguesía.

Entonces me empiezo a plantear el problema de cómo llevar a esa masa de ese partido hacia una posición revolucionaria. Ya yo tenía una conciencia comunista, unas relaciones óptimas con todos los dirigentes universitarios comunistas; de la librería del partido me suministraban todos los libros. Compraba allí, a crédito, como no tenía dinero, las obras de Lenin, de Marx; todas las obras que se publicaban en Cuba yo las tenía.

Todas las cosas de la Universidad las coordinábamos, las actividades de todo tipo de manera que ya yo tenía unas relaciones estrechísimas con la gente del Partido Comunista. Al mismo tiempo, dentro del Partido Ortodoxo, llamado Partido del Pueblo Cubano, muchos dirigentes me estaban mirando a mí con desconfianza por estas relaciones; sabían, más o menos, cómo yo pensaba.

La primera estrategia revolucionaria la concibo en función de estas masas en el partido donde yo militaba. Eso no habría sido posible mientras viviera Chibás. Cuando se produce el suicidio de Chibás se quedan aquellas masas sin líder. De manera que el momento en que yo podía haberme planteado un dilema —inscribirme en el Partido Comunista o hacer aquello— es un período en que se produce una oportunidad, a mi juicio, de dirigir a aquellas masas. Entonces es cuando empiezo a concebir una estrategia revolucionaria por el socialismo. Desde antes del diez de marzo, en que se produce el golpe de Estado de Batista.

En aquella época estaba pensando en una campaña. Los ortodoxos iban a ganar las elecciones, y yo pensaba, desde el Parlamento, hacer un programa que sería, más o menos, el mismo programa del Moncada. Yo tenía la convicción de que se podía organizar un movimiento de masas grande, en favor de un programa como el Moncada, desde el Parlamento; que no sería aprobado, desde luego, pero que se convertiría en el punto de partida para movilizar al pueblo hacia una lucha revolucionaria. Los principales líderes del Partido Ortodoxo en casi todas las provincias eran gente terrateniente y burguesa; se habían apoderado de la dirección de ese movimiento. En La Habana no situación nueva. Al principio, nosotros empezamos a preparar la era así. En La Habana había mucha gente más sana. Ya ellos no me podían contener.

Yo había salido de la universidad, estaba haciendo una campaña activa, me había conquistado una tribuna en el periódico de más circulación del país, que estaba en la oposición: el periódico *Alerta*. Y ya los escritos que yo estaba haciendo salían destacados con cintillos en la primera página, los lunes, en la edición extraordinaria. De modo que en este momento, algunos meses antes del golpe del diez de marzo, la estrategia que yo había concebido con el Partido Ortodoxo, con el Parlamento y con el lanzamiento desde él de un programa revolucionario, estaba realmente bien encaminada. Cuando se produce el diez de marzo hay que cambiar todo eso.

Pero ya cuando yo termino la Universidad y me gradúo de abogado tengo muchas relaciones con la gente de la Juventud Comunista y con algunos dirigentes del Partido Comunista también. Al extremo de que hubo elecciones, si no recuerdo mal

en mil novecientos cincuenta, en que voté por el alcalde que procuraba el Partido Ortodoxo, y voté por un candidato a diputado del Partido Comunista. Así que la primera vez que yo voto, la única vez, además, que voté en mi vida, saqué mi cédula y voté por un candidato al Parlamento del Partido Comunista. Teníamos las más excelentes relaciones. Ya desde entonces.

Yo era apasionadamente comunista. Sólo que no estaba en el partido. Y no estaba en el partido porque había concebido por mi cuenta otra estrategia revolucionaria.

¿Por qué yo tomo esa decisión? Porque veo un anticomunismo muy grande, una enorme confusión en el pueblo, un aislamiento muy grande del Partido Comunista. Es decir, no se veía las posibilidades de que el partido pudiera hacer la revolución en aquellas condiciones de Cuba. Yo vi que agrupando toda esta gran masa se podía desarrollar una estrategia para la conquista del poder, sin hablar del comunismo. Pero con un programa que era la base para iniciar el socialismo. Un programa revolucionario cuyo objetivo final sería el socialismo. Para mí esto estaba absolutamente claro. Y empiezo a hacer esa estrategia antes de lo del Moncada.

Cuando se produce el golpe del diez de marzo teníamos estrechos contactos con el Partido Comunista, pero se crea una gente para una supuesta lucha unitaria de todos los factores. Nosotros decidimos hacer una estrategia en lo militar, porque dijimos: bueno, esta situación es nueva; sólo se puede derrocar a Batista con el esfuerzo unido de toda la oposición.

La oposición empezó a hablar de lucha armada y nosotros empezamos a organizar el movimiento, más que como un movimiento aparte, este surge dentro de la propia masa ortodoxa, donde comenzamos a organizar grupos de acción, células revolucionarias que entrenamos para participar en la lucha común, con toda la oposición, contra Batista.

Así es como surge el movimiento. No surge con las pretensiones de ser un movimiento independiente, sino de ser una fuerza de combate que pudiera participar en la lucha para derrocar la tiranía. Así es como empieza. Pero al cabo de un año se vio que todo era una frustración, que todo era falso, que aquellos partidos de oposición no tenían capacidad, no tenían ninguno de los requisitos para realizar realmente una lucha armada

revolucionaria y estaban engañando a todo el mundo. Unos no querían y otros no podían, era así.

Entonces, yo llego a la conclusión de que debíamos seguir la lucha armada por nuestra propia cuenta y elaboramos el plan del Moncada, que es el plan que yo he explicado, de la toma del cuartel, la huelga general revolucionaria; lo que hicimos al final, lo que hicimos el día primero de enero de mil novecientos cincuenta y nueve. Lo único que cinco años, cinco meses y cinco días después. Pero ya era ésa la estrategia: tomar el Moncada, sublevar la provincia, llamar a una huelga general, aprovechando el estado de odio general contra el régimen que había. Porque una cosa como la toma del cuartel hubiera podido producir eso. Y de lo contrario, si no podíamos defender la ciudad, irnos para las montañas de la Sierra Maestra.

Ya desde la época que siguió al diez de marzo, desde que nosotros decidimos lo del Moncada, elaboramos, se puede decir, las ideas generales de todo lo que hicimos después. En todo ese período yo mantenía los contactos con los comunistas. Ellos tenían determinadas consignas en aquella situación. Pero bueno, no se les podía pedir tampoco que tuvieran confianza en lo que íbamos a hacer.

A un partido, educado en la forma clásica, con sus esquemas, sus concepciones, le era difícil. Es más, un partido comunista no se podía proponer la conquista del poder. No era posible proponerse la conquista del poder en Cuba, si se partía, digamos, de un rótulo comunista. El poder, revolucionariamente, se podía conquistar en Cuba. Lo que no se podía era hacerlo como partido comunista, con el dominio que tenían aquí los Estados Unidos.

Nosotros teníamos estas ideas. Y los hechos demostraron que fue correcta esa apreciación. La masa aquella ortodoxa fue la base del movimiento, que después se amplió mucho. Se pudo tomar el poder con las masas y con las armas, con un programa revolucionario que al fin y al cabo nos abriría el camino hacia el socialismo. [...]

Darusenkov, Oleg. "Entrevista con Fidel". Editoriales y Artículos de la Prensa Extranjera. 3 de febrero de 1979, no. 5, pp. 4-6.

¹ Se refiere a José Julián Martí Pérez.

² Alude a la lucha guerrillera librada contra la tiranía de Fulgencio Batista, iniciada el 2 de diciembre de 1956, tras el desembarco del "Granma".

³ Se refiere a Carlos Baliño López.

⁴ Nombra a Nicanor Mc Farland verdadero nombre de Julio Antonio Mella.

⁵ Carlos Marx.

⁶ Federico Engels.

⁷ Vladimir Ilich Ulianov (Lenin).

⁸ Se refiere a Rubén Martínez Villena.

MI CONTRIBUCIÓN CONSISTE EN HABER REALIZADO UNA SÍNTESIS DE LAS IDEAS DE MARTÍ Y DEL MARXISMO-LENINISMO

Entrevista con el fraile dominico brasileño Frei Betto. La Habana, 23-26 de mayo de 1985.

[...] *FREI BETTO. ¿En el grupo que atacó el cuartel Moncada en 1953, había cristianos?*

FIDEL CASTRO. Sin discusión que los había. Lo que ocurre es que nosotros no le preguntábamos a nadie sobre sus ideas religiosas. Sí, había cristianos. Aunque cuando nosotros atacamos el Moncada, yo tenía ya una formación marxista.

FREI BETTO. ¿Ya tenía una formación marxista?

FIDEL CASTRO. Sí, ya yo tengo una formación marxista-leninista, ya yo tengo una idea revolucionaria bastante cabal.

FREI BETTO. ¿Que la tenía de la universidad?

FIDEL CASTRO. Sí, yo la adquiero, realmente, cuando era estudiante universitario.

FREI BETTO. ¿En la universidad, en la lucha política en la universidad?

FIDEL CASTRO. Sí, yo la adquiero en la universidad, en mis contactos con la literatura revolucionaria.

Pero cosa curiosa, fíjate: antes de encontrarme con la literatura marxista, en realidad, y sólo estudiando la economía política capitalista, empiezo a sacar conclusiones socialistas y a imaginarme una sociedad cuya economía funcionara de forma más racional. Empiezo por ser un comunista utópico. Viene a ser en el tercer año de mi carrera cuando yo tengo realmente contacto ya

con las ideas revolucionarias, con las teorías revolucionarias, con el *Manifiesto Comunista*, con las primeras obras de Marx, de Engels, de Lenin. Sobre todo, te digo la verdad, tal vez sea la sencillez, la claridad, la forma directa con que se plantea la explicación de nuestro mundo y de nuestra sociedad en el *Manifiesto Comunista*, lo que hizo en mí impacto tremendo.

Claro, yo antes de ser comunista utópico o marxista, soy martiano, lo voy siendo desde el bachillerato: no debo olvidar la atracción enorme del pensamiento de Martí sobre todos nosotros, la admiración por Martí. Yo fui siempre también un profundo y devoto admirador de las luchas heroicas de nuestro pueblo por su independencia en el siglo pasado.

Te hablé de la Biblia, pero podía hablarte también de la historia de nuestro país, que es maravillosamente interesante, desde mi punto de vista, llena de ejemplos de valor, de dignidad y de heroísmo. Conforme la Iglesia tiene, desde luego, sus mártires y sus héroes, también la historia de cualquier país tiene sus mártires y sus héroes, forma parte también casi de una religión. Era algo así como veneración lo que sentíamos al escuchar la historia del Titán de Bronce, el general Maceo,¹ que libró tantas batallas, que hizo tales cosas, o cuando te hablaban de Agramonte,² o de aquel gran internacionalista dominicano y brillante jefe militar, Máximo Gómez, que luchó junto a los cubanos desde el primer día, o de aquellos inocentes estudiantes de medicina que fueron fusilados en el año 1871, porque dicen que habían ofendido la tumba de un español. Entonces, tú estás oyendo hablar de Martí, de Céspedes,³ el Padre de la Patria, y había también en nuestra enseñanza, al lado de la historia sagrada de que hablábamos antes, otra historia sagrada, que es la historia del país, y de los héroes del país. Esa no me llega tanto por la vía de la familia, porque no había el nivel cultural suficiente para ello, como por la escuela, por los libros; ya uno va teniendo otros modelos de personas y de conductas.

Antes de ser marxista, fui un gran admirador de la historia de nuestro país y de Martí, fui martiano. Los dos nombres empiezan con M, y creo que los dos se parecen mucho. Porque estoy absolutamente convencido de que si Martí hubiera vivido en el medio en que vivió Marx, habría tenido las mismas ideas, más o menos la misma actuación. Martí tenía gran respeto por

Marx; de él dijo una vez: “Como se puso del lado de los débiles, merece honor”. Cuando murió Marx, escribió cosas muy bellas sobre él. Yo digo que en el pensamiento martiano hay cosas tan fabulosas y tan bellas, que uno puede convertirse en marxista partiendo del pensamiento martiano. Claro que Martí no explicaba la división de la sociedad en clases, aunque era el hombre que siempre estuvo del lado de los pobres, y fue un crítico permanente de los peores vicios de una sociedad de explotadores.

Desde luego, cuando yo me topo con el *Manifiesto Comunista* por primera vez, veo una explicación y en medio de aquel bosque de acontecimientos, donde era muy difícil entender el porqué de los fenómenos y donde todo parecía consecuencia de la maldad de los hombres, de los defectos de los hombres, de la perversidad de los hombres, de la inmoralidad de los hombres, empiezas a ver otros factores que no dependen ya del hombre con su moral o su actitud individual empiezas a comprender la sociedad humana, el proceso histórico, la división que tú estás viendo todos los días porque no necesitas un mapa, un microscopio o un telescopio para ver la división de clases, el pobre aquel sufriendo hambre, mientras al otro le sobra todo. ¿Y quién lo podía saber mejor que yo, que viví las dos cosas, y hasta en parte padecí las dos cosas? ¿Cómo no comprender la experiencia que uno mismo había vivido, la situación del propietario y la del que no tenía tierra, de aquel campesino descalzo?

[...] Cuando yo empiezo a tener ideas revolucionarias y me encuentro con la literatura marxista, he visto muy de cerca los contrastes entre las riquezas y la pobreza, entre una familia que poseía extensas tierras y los que no tenían absolutamente nada. ¿Quién tenía que explicarme la división de la sociedad en clases, la explotación del hombre por el hombre, si lo había visto con mis propios ojos y hasta en cierta forma lo había sufrido también?

Si tú tienes ciertas características de rebeldía, ciertos valores éticos, y te encuentras con una idea que te da una gran claridad, como las que a mí me sirvieron para entender el mundo y la sociedad en que vivía, que estaba viendo por todas partes, ¿cómo no sentir el efecto de una verdadera revelación política? Aquella literatura me atrajo profundamente, me sentí realmente conquistado por ella. Si a Ulises le cautivaron los cantos de sirena, a mí me cautivaron las verdades incontestables de la literatura

marxista. Capto enseguida, empiezo a entender, empiezo a ver; tuve luego esa misma experiencia con muchos otros compatriotas, porque a muchos compañeros que no tenían siquiera idea de estos temas, pero que eran hombres honrados y ansiosos de poner fin a las injusticias en nuestro país, bastaba aportarle unos cuantos elementos de la teoría marxista y el efecto en ellos era exactamente igual.

FREI BETTO. ¿Esta conciencia marxista no le creó prejuicios en relación con los cristianos revolucionarios que ingresaron en el 26 de Julio, como Frank País? ¿Cómo fue la cosa?

FIDEL CASTRO. Déjame decirte. En realidad, no hubo nunca —en mí no hubo, ni en los otros compañeros nunca, que yo recuerde— una sola contradicción con alguien por una cuestión religiosa. En aquel momento, como te dije, yo ya tenía una formación marxista-leninista. Cuando terminé en la universidad, en el año 1950, en un breve período había adquirido —yo diría— toda una concepción revolucionaria completa, no sólo en las ideas, sino también en los propósitos y en la forma en que podían llevarse a la práctica, cómo aplicar aquello en las condiciones de nuestro país. Creo que eso fue muy importante.

Cuando ingreso en la universidad, ya yo estoy, en los primeros años, vinculado a un partido de oposición que tiene posiciones muy críticas contra la corrupción, el robo y el fraude político.

FREI BETTO. ¿El Partido Ortodoxo?

FIDEL CASTRO. El Partido Ortodoxo —su nombre oficial era Partido del Pueblo Cubano—, que llegó a tener un apoyo muy grande de masas, mucha gente sana y espontánea estaban en ese partido. El acento principal era la crítica contra la corrupción, el robo, los abusos, la injusticia, la constante denuncia de los abusos de Batista, en su anterior período. Esto está unido, en la universidad, a toda una tradición de lucha, los mártires de la escuela de medicina en 1871, a las luchas contra Machado,⁴ contra Batista; la universidad en ese período también adoptó una posición frente al gobierno de Grau San Martín por el fraude, la malversación y la frustración que significó para el país.

Casi desde los primeros momentos, antes de empezar a tener los contactos con esta literatura de que hablé, ya yo tengo relaciones, al igual que muchos jóvenes de la universidad, con ese partido. Cuando terminé en la universidad, mis vínculos con ese partido eran fuertes, pero mis ideas han avanzado mucho más.

[...] Bastante bien armado ya de ideas fundamentales y básicas, y con una concepción revolucionaria, me decido a ponerla en práctica. Desde antes del golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, yo tengo una concepción revolucionaria y hasta una idea de cómo llevarla a cabo. Cuando ingresé en la universidad, no poseía todavía una cultura revolucionaria. Menos de ocho años transcurrieron desde que esa concepción fue elaborada y la Revolución había triunfado en Cuba.

Yo digo que no tuve un preceptor. Grande tiene que haber sido el esfuerzo de razonamiento en tan poco tiempo, para elaborar y poner en práctica esas ideas. Para ello fue decisivo lo que aprendí del marxismo-leninismo. Creo que mi contribución a la Revolución cubana consiste en haber realizado una síntesis de las ideas de Martí y del marxismo-leninismo, y haberla aplicado consecuentemente en nuestra lucha.

Yo veo, incluso, a los comunistas cubanos aislados, y los veo aislados porque el medio ambiente con que los rodeó el imperialismo, el maccarthismo y la reacción los aislaba; hicieran lo que hicieran, los aislaba, te lo digo francamente. Había logrado alcanzar fuerza en el movimiento obrero, un número alto de militantes que habían trabajado con la clase obrera cubana, que se consagraron e hicieron mucho por los trabajadores, y tenían mucho prestigio entre ellos; pero no les veía ninguna posibilidad política en aquellas circunstancias.

Entonces, ya yo concibo una estrategia revolucionaria para llevar a cabo una revolución social profunda, pero por fases, por etapas; lo que concibo fundamentalmente es hacerla con aquella gran masa rebelde, inconforme, que no tenía una conciencia política madura para la revolución, pero constituía la inmensa mayoría del pueblo. Digo: esta masa rebelde, sana, modesta del pueblo, esa gran masa es la fuerza que puede hacer la revolución, el factor decisivo en la revolución; hay que llevar esa masa hacia la revolución y hay que llevarla por etapas. Porque no se iba a formar con palabras, de un día para otro, esa conciencia. Y lo que

vi claro es que esa gran masa constituía el factor fundamental, aquella masa todavía confundida, incluso, en muchos casos, con prejuicios sobre el socialismo, sobre el comunismo, que no había podido alcanzar una verdadera cultura política, y que era influida desde todas las direcciones, a través de todos los medios de divulgación masiva y todos los recursos: la radio, la televisión, el cine, los libros, las revistas, la prensa diaria y la prédica antisocialista y reaccionaria en todas partes.

Entre otras cosas, se presentaba al socialismo y al comunismo como enemigos de la humanidad. Ese era uno de los usos arbitrarios e injustos que se hacía de los medios de divulgación en nuestro país, digamos, uno de los métodos del cual se valía la sociedad reaccionaria en Cuba, igual que en todas partes. Casi desde muy temprano se oía decir que el socialismo negaba a la patria, que les quitaba la tierra a los campesinos, la propiedad personal a la gente, separaba a las familias y cosas por el estilo. Ya en época de Marx se le imputaba la comunización de las mujeres, lo que mereció una réplica contundente del gran pensador socialista. Las cosas más horribles, más absurdas, se inventaron para envenenar al pueblo contra las ideas revolucionarias. Había mucha gente en la masa, pordioseros que podían ser anticomunistas, limosneros anticomunistas, gente muerta de hambre, gente sin empleo anticomunista. No sabían lo que era el comunismo ni lo que era el socialismo. Sin embargo, tú veías aquella masa que estaba sufriendo, que sufría la pobreza, que sufría la injusticia, que sufría la humillación, que sufría la desigualdad, porque no sólo se mide en términos materiales el sufrimiento del pueblo, sino también en términos morales, y no se sufre sólo porque estás comiendo 1 500 calorías y se necesitan 3 000; hay un sufrimiento adicional a eso, que es la desigualdad social, que tú te sientas constantemente rebajado y humillado en tu condición de hombre, porque no te considera nadie, te miran como un cero a la izquierda, como nadie: aquel, lo es todo, tú no eres nada.

Entonces yo me doy cuenta de que esa masa era la decisiva y esa masa estaba sumamente irritada y descontenta; no comprendía la esencia social del problema, estaba confundida, atribuía el desempleo, la pobreza, la falta de escuelas, la falta de hospitales, la falta de empleo, la falta de vivienda, todo se lo

atribuía, o casi todo, a la corrupción administrativa, a las malversaciones, a la perversidad de los políticos.

El Partido del Pueblo Cubano, al que me referí, había recogido bastante de ese descontento. Al sistema capitalista y al imperialismo les atribuía poca responsabilidad. Porque también yo diría que había una tercera religión que se nos enseñaba a nosotros: la religión de respeto y de gratitud a Estados Unidos. Esa es otra cosa.

[...] FREI BETTO. ¿Usted estaba en la izquierda del Partido Ortodoxo?

FIDEL CASTRO. Algunos sabían cómo pensaba yo, y algunos ya empezaban a tratar de bloquearme, me llamaban comunista, porque, claro, yo a todo el mundo le explicaba las cosas con bastante franqueza. Pero yo no estaba predicando el socialismo como meta inmediata en esa época. Hacía campaña contra la injusticia, la pobreza, el desempleo, los alquileres altos, los desalojos campesinos, los bajos salarios, la corrupción política y la despiadada explotación que se veía por todas partes. Fue una denuncia, una prédica y un programa, para el cual estaba mucho más preparado nuestro pueblo, por donde había que empezar a actuar y moverlo hacia una dirección verdaderamente revolucionaria.

Yo capto que el partido comunista está aislado, aunque tiene una fuerza y posee influencia entre los obreros. Los veo como aliados potenciales. Por supuesto, yo no habría podido convencer a un comunista militante de que mis teorías eran correctas. Prácticamente ni lo intenté. Lo que hice fue proponerme seguir adelante con aquellas ideas, cuando ya tenía una concepción marxista-leninista. Sí tenía muy buenas relaciones con ellos, porque, realmente, casi todos los libros con los que yo estudié los compré a crédito en la biblioteca del partido comunista en la calle Carlos III y, claro, tenía muy buenas relaciones con los dirigentes comunistas en la universidad, éramos aliados en casi todas las luchas. Pero yo dije: existe la posibilidad de actuar con una gran masa potencialmente revolucionaria. Estas ideas las voy poniendo en práctica ya antes del golpe de Estado de Batista el 10 de marzo de 1952.

[...] *FREI BETTO. Ahora, ¿ese grupo que ataca el Moncada sale del grupo de izquierda del Partido Ortodoxo?*

FIDEL CASTRO. Sale del Partido Ortodoxo, de las filas de los jóvenes de ese partido, que yo conocía, y que sabía cómo pensaban. Cuando se produce el golpe, yo empiezo a organizarlos.

FREI BETTO. ¿Con qué nombre?

FIDEL CASTRO. En ese momento estábamos organizando células de combate.

FREI BETTO. ¿Se llamaban así, células?

FIDEL CASTRO. Propiamente estábamos organizando un aparato militar. No tenemos un plan revolucionario propio en ese momento, porque estamos en los meses siguientes al golpe militar de 1952. Yo tenía un plan revolucionario desde 1951, pero todavía en ese plan había una etapa política previa.

Yo estoy planteando en esa fecha un movimiento revolucionario. Incluso tengo una cierta fuerza política. El Partido Ortodoxo va a ganar las elecciones; yo sé que su dirección en casi todas las provincias, excepto la de La Habana, estaba cayendo ya, como siempre, en manos de terratenientes y burgueses. Ese partido popular ya estaba virtualmente en manos de elementos reaccionarios y maquinarias electorales, excepto la provincia de La Habana, en la que prevalecía un grupo de políticos sanos, sectores intelectuales, profesores universitarios, con prestigio; no había una maquinaria, aunque ya algunos ricos se estaban introduciendo, queriendo controlar el partido en la provincia mediante métodos tradicionales de maquinarias y dinero.

El partido aquí en La Habana tenía bastante fuerza. Había 80 000 afiliados, que se habían unido espontáneamente. Era una cifra considerable. Sobre todo creció después que murió su fundador, hombre combativo de gran ascendencia en la masa, que se priva de la vida a consecuencia de una polémica con un ministro gubernamental, por imputaciones que le hizo a éste sobre propiedades de tierra en Guatemala, y que no pudo probar. Le hicieron la trampa, lo llevaron a una polémica en torno a ese tema

y, aunque había una gran corrupción en el país, aquello, en concreto, no pudo demostrarse. Se desespera y se mata. El partido queda virtualmente sin dirección, pero con una enorme fuerza.

Ya yo estoy planteando la idea de que ese partido va a ganar las elecciones presidenciales de junio de 1952. Sé lo que va a pasar con ese gobierno, que va a resultar también una completa frustración. Pero ya estoy pensando en el transcurso de una primera etapa política de preparación del movimiento, y en una segunda etapa de toma del poder revolucionariamente. Creo que una de las cosas claves que me enseñó el marxismo, y que también me indicaba la intuición, era que había que tomar el poder para hacer la revolución, y que por los caminos tradicionales de la política que hasta entonces se habían seguido no se llegaba a nada.

Yo pienso utilizar como tribuna determinadas posiciones desde donde lanzar un programa revolucionario inicialmente en forma de propuestas de leyes, que después fue precisamente el programa del Moncada. Fíjate que no era todavía un programa socialista, pero era un programa capaz de conquistar el apoyo de grandes masas de la población, y la antesala del socialismo en Cuba. Las ideas contenidas en el programa del Moncada yo las tengo elaboradas mucho antes del golpe de Estado de Batista. Ya estoy promoviendo una fuerte base con pobladores de la sociedad de La Habana, y otros sectores humildes de la ciudad y la provincia. Trabajo activamente, además, con la masa del partido.

Como ya soy abogado, estoy en estrecho contacto con esos sectores en una lucha activa, dinámica, enérgica, apoyado en el esfuerzo de un pequeño grupo de compañeros. No ocupo cargos de dirección, pero cuento ya con una fuerza de masas en ese partido y toda una concepción revolucionaria. Cuando tiene lugar el golpe de Estado, todo cambia. Ya no se puede llevar a cabo aquel programa. Incluso, en aquel programa inicial yo incluyo a los soldados, porque los veo objeto de explotación; los hacían trabajar en las fincas privadas de los magnates, del presidente, de los coroneles, estoy viendo todo eso, lo estoy denunciando y hasta voy alcanzando cierta sutil ascendencia en sus filas. Al menos prestan atención e interés a las denuncias. Yo pensaba unir a ese movimiento también a los soldados. Sí, soldados, obreros, campesinos, estudiantes, maestros profesionales, capas medias de la población, en un programa amplio.

[...] Cuando se produce el golpe de Estado, cambia todo el cuadro. Inicialmente pienso que hay que volver a la etapa constitucional anterior; ahora había que derrocar la dictadura militar. Yo estoy pensando que hay que recuperar el status anterior, y que todo el mundo se uniría para liquidar esa cosa infame y reaccionaria que era el golpe de Estado de Batista. Empiezo a organizar por mi cuenta gente joven, modesta y combativa de la Juventud Ortodoxa, y también contacto con uno de los líderes de ese partido, pero el trabajo lo voy realizando por iniciativa propia; había líderes que decían que estaban por la lucha armada. Para mí estaba claro que había que derrocar a Batista mediante las armas y volver a la etapa anterior, al régimen constitucional, pues sería seguramente el objetivo de todos los partidos, y yo había concebido la primera estrategia revolucionaria con un gran movimiento de masas que se instrumentaría inicialmente a través de cauces constitucionales. Al crearse esta situación, pienso que todo el mundo se va a unir para liquidar el régimen de Batista, todos los partidos aquellos que estaban en el gobierno, los que estaban en la oposición, todo el mundo.

Y empiezo a organizar a los primeros combatientes, a los primeros combatientes, a los primeros luchadores, digamos, las primeras células, a las pocas semanas. Primero trato de crear un pequeño periódico⁵ tirado en mimeógrafo, y algunas estaciones de radio clandestinas. Son las primeras cosas. Tuvimos algunos tropiezos con la policía, que nos sirvieron de mucha experiencia más adelante. Porque después aplicamos métodos sumamente cuidadosos en la selección del personal y en la compartimentación; después sí nos volvimos verdaderos conspiradores, y empezamos a organizar los primeros núcleos para lo que suponíamos la lucha unida de todos los partidos y de todas las fuerzas.

Así empiezo yo dentro de ese partido, donde conocí a mucha gente joven y sana, y voy buscando dentro de los sectores más humildes, allá en Artemisa, en los barrios más modestos de La Habana, trabajadores todos, con varios compañeros que desde el primer momento me apoyaron: Abel, Montané,⁶ Níco López y otros, un grupito pequeño.

Me volví un cuadro profesional. Ese movimiento empieza teniendo un cuadro profesional, que soy yo, uno solo. A decir verdad, tuvimos prácticamente un cuadro profesional hasta el

Moncada, uno solo, y en los últimos días Abel; dos cuadros en el último mes.

Nosotros organizamos todo este movimiento en 14 meses. Alcanzamos a tener 1 200 hombres. Uno por uno hablé con ellos, organicé cada célula, cada grupo, ¡los 1 200! ¿Tú sabes cuántos kilómetros recorrí yo en un automóvil antes del Moncada? Recorrí 40 000 kilómetros. Todo ese esfuerzo en la organización, entrenamiento y equipamiento del movimiento. ¡Las veces que me reuní con los futuros combatientes, que les impartí las ideas e instrucciones! El carro, por cierto, no estaba terminado de pagar. Como yo era ya cuadro profesional y siempre se debía alguna letra atrasada, Abel y Montané eran los que me sostenían a mí y sostenían al carro.

Así fuimos creando una organización disciplinada y decidida, con gente joven y sana, ideas patrióticas y progresistas. Claro, estábamos organizándonos para luchar contra la dictadura. No nos proponíamos encabezar esa lucha, sino cooperar con todas nuestras fuerzas.

Personalidades y jefes políticos conocidos y reconocidos los había de sobra. Después viene la fase en que llegamos a la conclusión de que todo era un engaño una falsedad, una incapacidad, y decidimos nosotros hacer nuestro propio plan. Eso empezó a cambiar las cosas.

[...] Déjame decirte. Cuando el Moncada, realmente había un grupo reducido de los de más responsabilidad y autoridad que tenían ya una formación marxista, porque yo mismo había trabajado con un núcleo de gente de los de más responsabilidad en este sentido.

Ahora, las cualidades que nosotros requeríamos de aquellos compañeros eran, en primer lugar, el patriotismo, el espíritu revolucionario, la seriedad, la honradez, la disposición a la lucha, que estuvieran de acuerdo con los objetivos y los riesgos de la lucha, porque se planteaba precisamente la lucha armada contra Batista. Estos eran los elementos, las características fundamentales. No se le preguntaba a nadie absolutamente si tenía o no tenía una creencia religiosa; ese problema nunca se abordó. Realmente no recuerdo un solo caso de esos. Pertenecía al fuero interno de cada persona, e indiscutiblemente —aunque eso no consta en datos, ni en estadísticas, porque, ya te digo, nadie

hizo encuestas sobre esos problemas—, con seguridad muchos de los que participaron en el Moncada eran creyentes. [...]

Ediciones OR, no. 2, abril-junio de 1985, Editora Política, La Habana, 1987, pp. 71-82.

¹ Alude a su niñez y adolescencia.

² Se refiere a la granjita Siboney situada en las afueras de Santiago de Cuba.

³ La casa de Siboney es alquilada por Ernesto Tizol miembro del Movimiento, quien utilizó su verdadero nombre con el dueño de la misma para realizar el trámite.

⁴ El campesino era Ángel Núñez.

⁵ Se refiere a René Miguel Guitart Rossell (Renato).

⁶ Alude a Abel Santamaría Cuadrado.

⁷ Los tres compañeros eran Fidel Castro Ruz, Abel Santamaría Cuadrado y Raúl Martínez Ararás.

⁸ Se refiere al Movimiento Revolucionario 26 de Julio.

⁹ Nombra a Carlos Prío Socarrás.

¹⁰ Se refiere a miembros y simpatizantes del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos), fundado por Eduardo René Chibás Rivas en 1947. Este Partido llegó a tener la simpatía de las grandes masas.

NOSOTROS INICIAMOS EL MOVIMIENTO EN EL MONCADA

Entrevista realizada por Gianni Miná. La Habana, 28 de junio de 1987.

[...] En nuestro Movimiento había también mucha gente buena, pero era un movimiento más nuevo que recogió apoyo de todas las capas sociales: trabajadores, campesinos, pequeño-burgueses, profesionales, y hasta hubo burgueses que ayudaron a nuestro movimiento revolucionario; recogió mucha gente en poco tiempo.

Nosotros iniciamos el Movimiento con el Moncada. Fue cuando organizamos las primeras células. Yo trabajé personalmente mucho en eso, hicimos un pequeño núcleo y trabajé en el reclutamiento de los 1 200 combatientes que teníamos: su selección, su organización, el entrenamiento, todo aquello clandestino pero legal, disfrazado con otras actividades. Realmente, Batista nos subestimaba porque sabía que no teníamos recursos, dinero; tenía más temor de los que habían estado en el gobierno que eran millonarios, eran ricos. Pero después viene el asalto al Moncada y posteriormente la prisión. [...]

Miná, Gianni. Un encuentro con Fidel. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 1987. 220 p.

¹ Se refiere a Ramón Grau San Martín.

² Alude al Partido Revolucionario Cubano (Auténticos) fundado el 8 de febrero de 1934. Muchos de sus miembros pasan al Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos).

ESAS TRADICIONES ORIENTALES JUGARON UN GRAN PAPEL EN LA HISTORIA DE NUESTRO PAÍS

*Discurso por el XXX aniversario del triunfo de la Revolución.
Santiago de Cuba, 1° de enero de 1989.*

[...] Esas tradiciones orientales jugaron un papel en la historia de nuestro país. Creo que uno de los aciertos de nuestra generación y de nuestro grupo revolucionario fue haber estado convencido de que esas tradiciones de lucha, de dignidad, de rebeldía, de amor a la libertad y a la independencia se mantenían vivas en esta región del país. Pensábamos que tales sentimientos existían en todo el país, desde luego; pero que aquí, en estas regiones orientales, se mantenían con más fuerza. Fue un acierto porque nos ayudó a encaminar nuestra lucha, a seleccionar el escenario y la geografía de nuestras luchas, el escenario topográfico ideal y el escenario humano de nuestras luchas, que aquí se unían estrechamente.

No son palabras para venir a pronunciar en Santiago de Cuba un 1° de enero; hace muchos años, más de 30 años, fueron evidenciadas por los hechos, porque cuando nosotros organizamos con jóvenes occidentales, jóvenes magníficos, abnegados, disciplinados, valientes, heroicos, el ataque al Moncada, sólo reclutamos a un santiaguero. Esto estaba relacionado, desde luego, con la idea de desinformar, con la idea de apartar toda sospecha con relación a nuestros planes; pero nosotros habíamos escogido precisamente Santiago de Cuba y la guarnición de Santiago de Cuba para atacar, sencillamente por una razón: ¿Si no reclutábamos santiagueros a qué se debía? Sencillamente porque con la ciudad de Santiago de Cuba, con todos los santiagueros, contábamos de antemano.

Sabíamos que tendríamos el apoyo de Santiago de Cuba, si no qué sentido habría tenido atacar el Moncada y tratar de ocupar miles de armas. ¿Para quiénes eran esas armas?, para los santiagueros. Tal era nuestra confianza en las tradiciones heroicas, en la valentía, en el espíritu de rebeldía de esta ciudad, que influyó en nosotros incluso desde mucho antes del Moncada, porque era

la parte de la patria que más conocimos, era la parte de la patria donde se desarrolló una buena parte de nuestra infancia, la parte de la patria con la que se vinculó una gran parte de nuestros mejores sentimientos y nuestro cariño. Pero influyeron Santiago de Cuba y la región oriental mucho antes de que hubiéramos nacido nosotros; influyeron en la vida del país, influyeron en la historia del país. [...]

Ediciones OR, *no. 1, enero-junio de 1989, Editora Política, La Habana, 1989, pp. 13-14.*

ASÍ ORGANIZAMOS EL MOVIMIENTO 26 DE JULIO

Conversación con el comandante de la Revolución sandinista Tomás Borge. La Habana, 18-20 de abril de 1992.

[...] Desde que empezamos la Revolución constituimos un pequeño núcleo de dirección, dos cosas: una dirección de varios compañeros y un ejecutivo de tres. Así organizamos el Movimiento 26 de Julio, así reclutamos a la gente, la entrenamos, buscamos armas; desde luego, yo era al principio el único profesional. Fui un profesional, porque a partir de ese momento yo dedicaba todo el tiempo a eso, no tenía dinero y los compañeros me sostenían a mí; la comida, el alquiler de la casa, el combustible del carro y esas cosas, me las pagaban los compañeros. Así que empecé siendo un revolucionario profesional con el ciento por ciento del tiempo dedicado a la actividad —y eran 15, 16, 17 horas todos los días— que, como te dije, la hicimos en la legalidad. Así organizamos todo.

Batista nos subestimaba, estaba preocupado por otros líderes, por otras organizaciones políticas que tenían millones de pesos, que tenían armas, y a nosotros nos menospreciaba, lo cual nos ayudó muchísimo a hacer todo el trabajo en la legalidad antes del asalto al cuartel Moncada; ¡todo en la más absoluta legalidad, yo no estaba clandestino! Por demás me alegro muchísimo, porque a mí siempre me costó mucho trabajo estar clandestino, puesto que me descubrían por la figura. Yo podía pintarme el pelo de un color o podía hacer cualquier otra cosa, pero mis experiencias como hombre clandestino fueron siempre un fracaso, porque inmediatamente me descubrían. Así que yo sólo podía trabajar en la legalidad. [...]

Borge, Tomás. Un grano de maíz. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 1992. 251-252 p.

EMPECÉ A PARTICIPAR CON INTENCIONES REVOLUCIONARIAS

Discurso en el encuentro con los candidatos a Diputados a la Asamblea Nacional y a Delegados a la Asamblea Provincial. Santiago de Cuba, 11 de febrero de 1993.

[...] Ya, incluso, los mejores partidos, los más populares, caían inmediatamente en manos de las maquinarias electorales: el senador fulano de tal, rico terrateniente, era el jefe del partido en tal provincia —de partidos populares, no quiero mencionar nombres—; el otro riquísimo señor era el presidente del partido en la otra provincia. Y ya todo el mundo tenía su maquinaria electoral.

Abrirse paso en esas condiciones era una cosa terrible. Empecé a participar, pero ya con intenciones revolucionarias. No se imaginen ustedes que yo creía que aquello servía absolutamente para nada, o para hacer una revolución, o para cambiar a un país. Yo estaba tratando de llegar a determinados puntos desde los cuales desarrollar una estrategia revolucionaria, empezando por proponer leyes revolucionarias, porque ya el programa del Moncada lo tenía enteramente en la cabeza cuando estaba en una de esas campañas de las que estoy hablando, para proponerlo en aquel congreso donde no iban a aprobarlo jamás, pero serviría para tener una bandera tras la cual proclamar la necesidad de la lucha revolucionaria, mover las grandes masas y tomar el poder por la fuerza para hacer la revolución.

Aquello era una parte, una etapa para poder divulgar todas aquellas ideas y poder presentar en forma de proyectos de leyes aquel programa revolucionario. Para mí estaba muy claro que la sociedad de la explotación y los privilegios no se podían cambiar si no revolucionariamente. [...]

Granma. 16 de febrero de 1993, p. 4. col. 2, col. 3. La Habana.

NO OLVIDO CUÁNTOS COMBATIENTES DEL MONCADA RECLUTAMOS EN LA CAPITAL Y ARTEMISA

Discurso en la segunda reunión de trabajo con los Diputados a la Asamblea Nacional y Delegados a la Asamblea Provincial del Poder Popular de Ciudad de La Habana. La Habana, 20 de febrero de 1993.

[...] Ahora, si es cierto que las condiciones objetivas y subjetivas son más difíciles en la capital, también tenemos tremendas fuerzas patrióticas y revolucionarias en esta ciudad. No olvido cuántos combatientes del Moncada reclutamos en la capital de la república, además del numeroso grupo de compañeros de Artemisa; no olvido que aquí organizamos el movimiento que llegó a tener mil 200 combatientes. En el Moncada y en Bayamo se emplearon alrededor de 160 porque no había recursos, no había armas; pero nosotros habíamos movilizado, organizado y entrenado a mil 200 combatientes. Después hicimos una selección de acuerdo con las armas de que disponíamos. [...]

Granma. 23 de febrero de 1993, (Suplemento), p. 6. col. 3. La Habana.

ME PONGO A PENSAR EN LAS VÍAS, LOS CAMINOS Y LAS POSIBILIDADES DE UNA REVOLUCIÓN Y CÓMO HACERLA

Discurso con motivo del inicio del curso escolar y sus 50 años de vida revolucionaria. Aula Magna de la Universidad de La Habana, 4 de septiembre de 1995.

[...] Fue un privilegio ingresar en esta universidad también, sin duda, porque aquí aprendí mucho, y porque aquí aprendí quizás las mejores cosas de mi vida; porque aquí descubrí las mejores ideas de nuestra época y de nuestros tiempos, porque aquí me hice revolucionario, porque aquí me hice martiano y porque aquí me hice socialista, primero socialista utópico, gracias a las conferencias [...] clases de economía política, y de economía política capitalista, tan difícil de comprender y tan fácil de descubrir en su irracionalidad y en sus cosas absurdas. Por eso fui primero socialista utópico, aunque también gracias a mis contactos con la literatura política, aquí en la universidad y en la escuela de derecho, me convertí al marxismo-leninismo.

[...] Lo fundamental para mí fue mi propia formación política y mi toma de conciencia revolucionaria. Yo tenía la vieja idea de la guerra de independencia, las cosas martianas, la gran simpatía por Martí y el pensamiento de Martí, las guerras de independencia, sobre las cuales he leído prácticamente todos los libros que se publicaron, hasta que entré en contacto, primero, con las ideas económicas, con los absurdos del capitalismo, y voy desarrollando una mentalidad utópica, de socialista utópico, no de socialista científico. Todo es un caos, todo está desorganizado; sobran por aquí las cosas, hay desempleo por acá; sobran los alimentos, hay hambre por allá. Voy tomando conciencia del caos que era la sociedad capitalista, empecé por ahí; llegar por mi propia cuenta a la idea de que aquella economía, de la cual se nos hablaba y se nos enseñaba, era absurda.

Es por ello que cuando por primera vez tengo oportunidad de encontrarme con el famoso *Manifiesto Comunista* de Marx, me hace gran impacto, y hubo algunos textos universitarios que ayudaron. [...] Es decir que había unos textos de algunos profesores

que ayudaron a entrar en materia, hasta que en la biblioteca del Partido Socialista Popular —y fiado, porque no tenía con qué pagarlo— fui adquiriendo una biblioteca marxista-leninista. Ellos fueron los que me suministraron los materiales, con los cuales yo después, con una enorme fiebre, me dediqué a leer.

Ya para entonces el Partido Ortodoxo estaba fundado y yo era parte de él desde los inicios y antes de adquirir una conciencia socialista. Vine luego a convertirme en algo así como una izquierda del Partido Ortodoxo.

Ahora, ¿cuál fue una idea clave en todo lo que ocurrió después? Mi convicción de que el Partido Comunista estaba aislado y que en las condiciones que existían en el país y en medio de la guerra fría y la cantidad de prejuicios anticomunistas que había en este país, no era posible hacer una revolución desde las posiciones del Partido Socialista Popular, aunque el Partido Socialista quisiera hacerla. El imperialismo y la reacción habían aislado a este Partido lo suficiente como para impedirle, de manera absoluta, la realización de una revolución, y es cuando me pongo a pensar en las vías, los caminos y las posibilidades de una revolución y cómo hacerla.

A partir de la efervescencia que se había producido en el país, de la fuerza que había tomado aquel movimiento de Chibás en las masas —partido que, en general excepto en la capital de la república, ya estaba cayendo en manos de terratenientes, porque aquí cuando surgía un partido popular no tardaban mucho tiempo en caer las direcciones provinciales en manos de terratenientes y de ricos; ya ese proceso se estaba planteando en la ortodoxia—, me veo dentro de un partido que tiene una gran fuerza popular, unas concepciones atractivas en la lucha contra los vicios y la corrupción política e ideas que en lo social no son ya totalmente revolucionarias. Y es a partir de esa contradicción y de la trágica muerte de su combativo y tenaz fundador, que elaboró la concepción de cómo había que hacer la Revolución en las condiciones de nuestro país.

El suicidio de Chibás deja sin jefe aquel partido. Había que llegar a las elecciones, había que obtener el triunfo electoral en aquellas condiciones, pero en las elecciones aquellas, para el Partido del Pueblo Cubano, con el gran aval que le dejó la muerte del propio Chibás, era inevitable su victoria.

Ante la imposibilidad de la revolución por aquella vía y lo inevitable de una rápida frustración, elaboro una estrategia para el futuro: desde dentro del gobierno y desde dentro del propio Congreso lanzar un programa revolucionario y organizar un levantamiento popular. Ya a partir de aquel momento tengo toda la concepción, todas las ideas que están en *La historia me absolverá*, cuáles debían ser las medidas, cómo plantearlas, qué hacer. Esa fue la primera concepción revolucionaria, que la pude elaborar, digamos, apenas seis años después de haber ingresado en la universidad aquel mes de septiembre. Se puede decir que tardé seis años en adquirir una conciencia revolucionaria y en elaborar una estrategia revolucionaria.

Todo aquello cambió cuando se produce el golpe del 10 de marzo, que interrumpe todo aquel proceso y establece un gobierno militar por la fuerza. Ese fue otro desafío, y no era nuestra línea la de hacer solos la Revolución ni mucho menos. Pensábamos que por elemental sentido de interés nacional, por elemental sentido de honor patriótico, las fuerzas de oposición se reunirían para luchar contra Batista, y nosotros empezamos a prepararnos para ese momento, para luchar unidos con las demás fuerzas en lo que creíamos que era un hecho inevitable, imprescindible en nuestro país, y empezamos a preparar a la gente aquí en la universidad. Fue una operación secreta. Por esa aula de los mártires universitarios pasaron 1 200 hombres del 26 de Julio.

Toda la experiencia de lo que vi cuando Cayo Confites¹ y todos aquellos problemas me enseñaron bastante. Algunas experiencias que tuvimos en los primeros meses de la lucha clandestina nos enseñaron bastante cómo trabajar, y llegamos a entrenar en esta universidad a 1 200 antes del 26 de julio con la cooperación de varios compañeros de la FEU y de la universidad.

Voy a decir algo más —no lo he dicho nunca—, tuve que entrenar a la gente del 26 de Julio clandestino también en la universidad, porque entre los estudiantes cuando se produce el 10 de marzo surgen muchos celos. Hay gente que cree que se va a volver a repetir la historia del 33, que todo saldría de nuevo de la universidad, y efectivamente salió de la universidad pero salió de otra forma, y entonces, debo decirlo con amargura, había celos entre algunos de los estudiantes. Yo tenía que trabajar clandestinamente. [...]

Seguimos unidos a la universidad en todos los preparativos del 26 de julio, participamos en aquellas manifestaciones, porque nosotros teníamos una fuerza, se podía decir, tuvimos pruebas de eso. Había un montón de organizaciones y había mucha gente que estaba en ésta, en otra, en otra, la misma gente. Nosotros logramos tener una organización de 1 200 gentes entrenadas. Usamos muchas cosas legales.

Olvidaba señalar que todo el 26 de Julio fue organizado bajo absoluta legalidad. Usamos los locales de Prado 109 del Partido Ortodoxo, allí me reunía yo con cada una de las células, las enviábamos aquí a entrenarse en la universidad y después a otros lugares. Fue un trabajo enorme, apoyándonos, fundamentalmente, en la juventud del Partido Ortodoxo que, como decía, tenía mucha ascendencia entre las masas, mucha simpatía entre la gente joven, y el 90% de los compañeros escogidos salieron de las filas de la juventud del Partido Ortodoxo sin la dirección de la juventud. Desde luego, trabajando nosotros por abajo es que se logró hacer ese reclutamiento, así algunas regiones dieron mucha gente, muy buenas, como Artemisa y, en general, todas.

De esos sólo pudimos emplear nosotros alrededor de 160 en el Moncada, pero por cada hombre que empleamos en el Moncada y en Bayamo, ocho no pudieron participar. Realmente pudimos hacer una buena selección de los grupos que avanzaron hasta allá, pero todo en la legalidad.

Eso tiene muchas historias y muchas anécdotas interesantes de cómo fue todo aquello, todos aquellos meses que transcurrieron desde el 10 de marzo de 1952 hasta el 26 de julio de 1953. Baste decirles un dato: yo recorrí 50 000 kilómetros en un carrito que tenía, un Chevrolet 50-315; lo había comprado a crédito, a cada rato me lo quitaban, se fundió dos días antes del Moncada. Pero en aquella época nosotros alquilábamos carros, ya trabajábamos de otra forma, desde luego, supondrán ustedes, ajustadas a las condiciones.

Hubo algo favorable: no nos prestaba mucha atención la policía de Batista, porque estaba vigilando a los auténticos, a la Triple A y a toda aquella gente que tenían cientos y miles de armas, y sabían que nosotros no teníamos armas, que no teníamos recursos, parecía como un entretenimiento, no nos dieron mucha importancia, y eso nos ayudó a trabajar en la legalidad todo el

tiempo ese, salvo algunos raros períodos en que había que mantenerse discreto. [...]

Granma. *8 de septiembre de 1995*, p. 3. col. 1, p. 6. col. 2, p. 7. col. 1.
La Habana.

¹ Se refiere a la expedición que se organizaba en Cayo Confites para luchar contra la tiranía de Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana. Fidel Castro se entrenaba con otros compañeros. Cuando se dirigían hacia aquel país son apresados. Fidel se lanza al mar para evitar ser capturado.

LA UNIVERSIDAD SE CONVIRTIÓ EN EL REFUGIO DE TODOS LOS REVOLUCIONARIOS

Discurso por el XL aniversario del Asalto al Palacio Presidencial y la toma de Radio Reloj, efectuado en el Palacio de la Revolución. La Habana, 13 de marzo de 1997.

[...] Desde el primer momento del golpe de Estado del 10 de marzo, la universidad, de acuerdo con su tradición, se convierte en un baluarte de la lucha, en el lugar más observado y apreciado por nuestro país; incluso, la historia anterior de la universidad y de los estudiantes había impuesto cierto respeto a la universidad. Era evidente que la tiranía no quería enfrentarse abiertamente con los estudiantes, y la universidad se convirtió en el refugio de todos los revolucionarios, era el lugar donde iban. Su autonomía, allí dentro del recinto, fue respetada durante algún tiempo, circunstancia que era utilizada por otras organizaciones y entre ellas, la nuestra.

Debemos decir que por la universidad, precisamente por el salón que hoy creo que es el Salón de los Mártires, que en aquel momento era sede de las oficinas de la FEU, por allí pasaron 1 200 combatientes del 26 de Julio. Allí recibimos entrenamiento —tirando en seco, por supuesto, porque no se podía hacer mucho ruido— y aprendimos a manejar M-1, fusiles Springfield, ametralladoras Thompson y otros tipos de armas, que después no tuvimos en nuestra acción, ya que no nos quedó más remedio que acudir a los fusiles 22, a las escopetas de caza y a cuatro o cinco armas que pudieran llamarse de guerra. Sin embargo, creo que nuestras armas eran buenas, servían para el objetivo que nos proponíamos: las escopetas eran semiautomáticas y disparaban nueve balines por cartucho cada una de ellas, se convertían en algo tan eficiente o más que una ametralladora, y los fusiles 22, dentro de una distancia determinada en recinto cerrado pueden, efectivamente, ser eficientes.

Pero debemos a la universidad la oportunidad de haber entrenado a nuestros hombres. Y después en los campos, en distintas fincas, y hasta en los clubes de tiro, a los cuales nos

habíamos inscrito como socios honorables, grandes aficionados a la cacería, y allí, rompiendo platillos, tal vez alguno de aquellos compañeros hubiera terminado con una medalla de bronce, de plata o hasta de oro, en una olimpiada. Pero sí, existían todas esas circunstancias. [...]

Les decía que las personas más afines se iban acercando, se iban conociendo, colaboraban, y así recuerdo que, cuando la Marcha de las Antorchas, nuestro Movimiento envió 300 hombres organizados. Recuerdo también que nosotros queríamos que nos dejaran tomar los carros-bomba y todos aquellos equipos que utilizaban para disolver manifestaciones, pero en aquella época entre los jóvenes había una emulación, una competencia, y los de la FEU querían ser ellos y no otros los que realizaran aquella tarea, cosa muy lógica y expresión de valentía de nuestros jóvenes que se disputaban los lugares de mayor riesgo y de mayor peligro. [...]

Granma. 15 de marzo de 1997, p. 4. col. 2, col. 3. La Habana.

¹ Se refiere a Antonio de la Caridad Maceo Grajales, a quien también se le reconoce como Titán de Bronce por la fortaleza de sus ideas en el plano militar y político y por su condición de mulato.

² Alude a Ignacio Agramonte Loynaz.

³ Nombra a Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo.

⁴ Se refiere a Gerardo Machado Morales.

⁵ Alude a la creación de *Son los mismos*. Posteriormente se crea *El Acusador*.

⁶ Se refiere a Jesús Montané Oropesa.

LO QUE HICIMOS FUE REALIZAR UNA SELECCIÓN DE AQUELLAS CÉLULAS MÁS FIRMES

Discurso por el XLV aniversario del asalto al Moncada. Santiago de Cuba, 26 de julio de 1998.

[...] Nuestro pueblo prosiguió su lucha durante decenas de años valiente y revolucionariamente, vivió episodios duros, procesos difíciles, hasta el golpe de Estado militar del 10 de marzo de 1952. Es aquel hecho el que origina la necesidad de derrocar aquel gobierno por medio de las armas; el hecho que engendra aquella acción que hoy conmemoramos aquí 45 años después.

Fue un camino largo. Quizás con la experiencia que tenemos hoy, los revolucionarios habríamos podido utilizar un camino un poco más seguro y alcanzar el triunfo en menos tiempo, he meditado sobre eso. He meditado que si tal vez, en lugar del ambicioso plan de apoderarnos de esta fortaleza, hubiésemos comenzado por la Sierra Maestra, habríamos acelerado el proceso del derrocamiento de Batista; eso, desde luego, a partir de la experiencia, y no estaban por cierto excluidas las montañas en determinado momento.

En nuestro plan inicial estaba la idea de tomar este cuartel, ocupar las armas y levantar al pueblo de Santiago de Cuba. Con lo que más contábamos era con el pueblo de Santiago de Cuba, por sus tradiciones históricas. Pero, antes de tomar la decisión de cooperar con todas las fuerzas que se proclamaban antibatistianas; creíamos que era indispensable la unidad de todos, y mientras se lograba aquella unidad, nos dedicamos a reclutar, organizar y preparar hombres para aquella acción unida; pero aquella unidad que esperábamos no llegó realmente nunca, ni iba a llegar nunca.

Fue entonces cuando, contactando ya con alrededor de 1 200 hombres, bastante bien organizados y bastante bien entrenados en la medida de lo que se podía hacer en aquellas circunstancias y sin contar con armas y mucho menos para aquellos hombres — si acaso al final un arma y media por cada 10, y no armas de guerra precisamente, sino armas que podían adquirirse en las armerías—, en la misma armería de Santiago de Cuba, que estaba

cerca de la alameda, y a través de Renato Guitart, compramos unos cuantos fusiles 22 y alguna escopeta; no eran armas de guerra, pero tampoco eran armas inofensivas. Una escopeta semiautomática con balines es un arma que tal vez no tenga nada que envidiarle a una ametralladora de mano Thompson, porque puede disparar nueve gruesos balines con un solo cartucho. No son armas inofensivas, ni los fusiles 22 tampoco cuando hay buenos tiradores, y nosotros habíamos enseñado a disparar a nuestros combatientes. Aquellas armas servían para el objetivo que buscábamos, pero eran muy pocas; en total, unas 150 ó 160 armas para los 1 200 hombres, y lo que hicimos fue realizar una selección de aquellas células más firmes, más disciplinadas, más preparadas, para las cuales podíamos disponer de armas.

Observen cual fue la táctica: no reclutamos a nadie en Santiago, excepto a uno; reclutamos habaneros, de la ciudad y de la provincia, y también pinareños.

En la capital había muchos grupos que se consideraban revolucionarios, buscaban gente, trataban de organizarse. Realmente, llegó un momento en que nosotros solos teníamos más que todos los demás juntos. Había algunos que pertenecían a cuatro o cinco organizaciones diferentes, estaban contados como cinco veces, y los de nosotros eran de carne y hueso los 1 200.

No queríamos hacer trabajo de reclutamiento en Santiago, una vez que habíamos decidido llevar a cabo los planes por iniciativa propia y habíamos escogido el sitio ideal, que era la antigua provincia de Oriente y la ciudad de Santiago de Cuba. No queríamos —como diría un cazador— levantar la paloma.

Contamos con un santiaguero, y luego un segundo santiaguero, de adopción, que fue Abel, compañero de gran capacidad y absoluta confianza —que ya vino en un determinado momento para Santiago como segundo jefe del movimiento a realizar indispensables tareas para preparar la recepción de armas y hombres—, y todo el trabajo de movilización, traslado de armas y traslado de hombres se realizó desde la capital. Por cierto que las banderitas de nuestros automóviles, por cuanto nuestros compañeros no eran muy conocidos, eran las banderitas del tan famoso 4 de septiembre. Cuando un policía veía una banderita del 4 de septiembre,¹ decía:

“¡Ah, muy bien, ahí va la gente del General!” Era más fácil. Yo era un poco más conocido, y tuve la precaución de no utilizar una banderita de aquellas, porque si la pongo me hago, realmente, sospechoso.

Pero hay que decir que en los últimos días, cuestión de días, trasladamos todas las armas, por distintas vías: ferrocarriles, trenes, etcétera —Melba podría contar la historia de eso, como la pudo contar Yeyé, las compañeras que cargaban una maleta enorme; incluso no faltó alguna vez en que un caballeroso soldado batistiano las ayudara a cargar aquellas maletas, aunque pesaban bastante—, y los hombres se trasladaron todos en 24 horas. [...]

Granma. 26 de julio de 1998, (*Suplemento especial*), p. 3. col. 1, col. 2. La Habana.

¹ Se refiere al 4 de septiembre de 1933, cuando se produce el golpe de Estado que derroca al gobierno de Carlos Manuel de Céspedes. Ese hecho imprime gran impulso a la carrera militar y política de Fulgencio Batista, sargento en aquellos momentos, que alcanza altos grados y la jefatura del Ejército.

HABÍA QUE LLEVAR AQUELLAS MASAS POR UN CAMINO REVOLUCIONARIO

Discurso pronunciado en el Aula Magna de la Universidad Central de Venezuela. Caracas, 3 de febrero de 1999.

[...] debo decir que el famoso *Manifiesto Comunista* que tantos meses tardaron en redactar Marx y Engels [...], me hizo una gran impresión, porque por primera vez en mi vida vi unas cuantas verdades que no había visto nunca.

Antes de eso, yo era una especie de comunista utópico. Estudiando un libraco enorme, impreso en hojas de mimeógrafo, como 900 páginas, el primer curso de la economía política que nos enseñaban en la Escuela de Derecho, una economía política inspirada en las ideas del capitalismo, pero que mencionaba y analizaba escuetamente las distintas escuelas y criterios, y luego en el segundo curso, prestándole mucho interés al tema y meditando a partir de puntos de vista racionales, fui sacando mis propias conclusiones y terminé siendo un comunista utópico. Lo califico así porque no se apoyaba en base científica e histórica alguna, sino en los buenos deseos de aquel recién graduado alumno de la escuela de los jesuitas,¹ a los cuales les estoy muy agradecido porque me enseñaron algunas cosas que me ayudaron en la vida, sobre todo, a tener cierta fortaleza, un cierto sentido del honor y determinados principios éticos, que ellos, jesuitas españoles — aunque muy distantes de las ideas políticas y sociales que pueda tener yo ahora—, les inculcaban a sus alumnos.

Pero de allí salí deportista, explorador, escalador de montañas y entré políticamente analfabeto a la Universidad de La Habana, sin la suerte de un preceptor revolucionario que tan útil habría sido para mí en aquella etapa de mi vida.

Por esos caminos llegué a mis ideas, que conservo y mantengo con lealtad y fervor creciente, quizás por tener un poco más de experiencia y conocimientos, y quizás también por haber tenido oportunidad de meditar sobre problemas nuevos que no existían siquiera en la época de Marx.

[...] Así que uso la misma camisa con que vine a esta universidad hace 40 años, con que atacamos el cuartel Moncada,

con que desembarcamos en el “Granma”. Me atrevería a decir, a pesar de las tantas páginas de aventuras que cualquiera puede encontrar en mi vida revolucionaria, que siempre traté de ser sabio pero prudente; aunque tal vez he sido más sabio que prudente.

En la concepción y desarrollo de la Revolución cubana, actuamos como dijo Martí al hablar del gran objetivo antimperialista de sus luchas, próximo ya a morir en combate, que “En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, [...]”

Fui discreto, no todo lo que debía, porque con cuanta gente me encontraba le empezaba a explicar las ideas de Marx y la sociedad de clases, de manera que en el movimiento de carácter popular, cuya consigna en su lucha contra la corrupción era “Vergüenza contra dinero”, al que me había incorporado recién llegado a la universidad; me estaban asignando fama de comunista. Pero era ya en los años finales de mi carrera no un comunista utópico, sino esta vez un comunista atípico, que actuaba libremente. Partía de un análisis realista de la situación de nuestro país. Era la época del macartismo, del aislamiento casi total del Partido Socialista Popular, nombre que ostentaba el partido marxista en Cuba, y había, en cambio, en el movimiento donde me había incorporado, convertido ya en Partido del Pueblo Cubano, una gran masa que, a mi juicio, tenía instinto de clase, pero no conciencia de clase, campesinos, trabajadores, profesionales, personas de capas medias, gente buena, honesta, potencialmente revolucionaria. Su fundador y líder, hombre de gran carisma, se había privado de la vida dramáticamente meses antes del golpe de Estado de 1952. De las jóvenes filas de aquel partido se nutrió después nuestro movimiento.

Militaba en aquella organización política, que ya realmente estaba cayendo, como ocurría con todas, en manos de gente rica, y me sabía de memoria todo lo que iba a pasar después del ya inevitable triunfo electoral; pero había elaborado algunas ideas, por mi cuenta también —imagínense que a un utopista se le puede ocurrir cualquier cosa—, sobre lo que había que hacer en Cuba y cómo hacerlo, a pesar de Estados Unidos. Había que llevar aquellas masas por un camino revolucionario. Quizás fue el mérito de la táctica que nosotros seguimos. Claro, andábamos con los libros de Marx, de Engels y de Lenin. [...]

Castro, Fidel. Una Revolución sólo puede ser hija de la cultura y las ideas. La Habana: Editora Política, 1999. 48-50 pp.

¹ Alude al Colegio de Belén en La Habana, donde concluyó los estudios de bachillerato desde 1942 hasta 1945.

I. LA ACCIÓN DEL MONCADA: REPERCUSIÓN Y CONTINUIDAD

NUESTRA ORGANIZACIÓN FUE LA QUE LIBRÓ LA PRIMERA BATALLA EN EL MONCADA

Discurso pronunciado en la Fortaleza de Columbia. La Habana, 8 de enero de 1959.

[...] Creo que todos debimos estar desde el primer momento en una sola organización revolucionaria: la nuestra o la de otro, el 26, o el 27, o el 50, en la que fuese, porque si al fin y al cabo eran los mismos los que luchábamos en la Sierra Maestra que los que luchábamos en el Escambray, o en Pinar del Río, y hombres jóvenes, y hombres con los mismos ideales, ¿por qué tenía que haber media docena de organizaciones revolucionarias?

La nuestra, simplemente, fue la primera; la nuestra, simplemente, fue la que libró la primera batalla en el Moncada, la que desembarcó en el “Granma” el 2 de diciembre, y la que luchó sola durante más de un año contra toda la fuerza de la tiranía; la que cuando no tenía más que doce hombres, mantuvo enhiesta la bandera de la rebeldía; la que enseñó al pueblo que se podía pelear y se podía vencer; la que destruyó todas las falsas hipótesis sobre revolución que había en Cuba; porque aquí todo el mundo estaba conspirando con el cabo, con el sargento, o metiendo armas en La Habana, que se las cogía la policía. Hasta que vinimos nosotros y demostramos que esa no era la lucha, que la lucha tenía que ser otra, que había que inventar una táctica y una nueva estrategia, que fue la táctica y la estrategia que nosotros pusimos en práctica y que condujo al más extraordinario triunfo que ha tenido en su historia el pueblo de Cuba. [...]

Versión Taquigráfica de las Oficinas del Primer Ministro, Equipo del Pensamiento de Fidel Castro. Instituto de Historia de Cuba. La Habana, 1959, pp. 8-9.

LA IDEOLOGÍA DEL MOVIMIENTO 26 DE JULIO ES LA IDEOLOGÍA DE LA JUSTICIA SOCIAL

Entrevista concedida al periodista norteamericano Clark H. Galloway, editor de noticias interamericanas del "US News World Report". Palacio Presidencial de La Habana, 16 de marzo de 1959.

[...] P: ¿Qué opina acerca del intercambio con la Unión Soviética y otros países comunistas?

R: Pienso que podríamos venderle si ellos nos compran. Porque, ¿qué debemos hacer si tenemos excedentes y ellos quieren adquirirlos? Eso es lo que hacen Estados Unidos, Inglaterra y todos los otros países.

P: ¿Ve un peligro para Cuba en ello?

R: [...] La revolución que estamos haciendo ofrece al pueblo cubano cosas que ningún otro régimen social puede ofrecerle en el mundo de hoy. ¿Comprende usted? No tengo temor de ninguna otra ideología. La ideología del Movimiento 26 de Julio es la ideología de la justicia social, dentro de la democracia, de la libertad y de los derechos humanos. Es lo más bello que puede prometerse a un hombre. ¿Por qué tendríamos que temer? No debemos tener miedo. [...]

Revolución. 21 de marzo de 1959, p. 2. col. 2. La Habana.

TENEMOS UN MOVIMIENTO RECIO QUE SE LLAMA 26 DE JULIO

Discurso a su llegada del extranjero. Plaza Cívica de La Habana, 8 de mayo de 1959.

[...] tenemos un Movimiento recio, que se llama 26 de Julio, que ese movimiento se fundó, o empezó con el ataque al cuartel Moncada el 26 de julio de 1953, que se gestó en las prisiones durante dos años, que se organizó en el exilio, se cruzó en el mar, se afrontó el combate una y otra vez y se conquistó el corazón del pueblo y conquistó a todos los que pensaban como nosotros. [...]

Revolución. 9 de mayo de 1959, p. 13. col. 2. La Habana.

FUE UN DIA MUY GRANDE Y MUY GLORIOSO

Discurso en la clausura del X Congreso Obrero de la CTC Revolucionaria. La Habana, [21] de noviembre de 1959.

[...] Algo más, he oído pronunciar el nombre del 26 de Julio muchas veces. Creo que alguna relación tenemos con el 26 de julio; creo que alguna vinculación tenemos con esa fecha, creo que fue un día muy grande y muy glorioso, por el esfuerzo y el sacrificio de los hombres que cayeron en aquella acción que dio nombre a nuestro Movimiento. Creo que alguna vinculación tenemos con la creación de ese aparato revolucionario. Es forzoso, aunque no queramos recordar aquel inicio, [...]

[...] Es forzoso pues que recordemos aquellos días en que ni siquiera existía la fecha del 26 de julio, es preciso que recordemos el trabajo con que aquellos pocos jóvenes, obreros todos, se fueron organizando para emprender en aquellas condiciones tan difíciles la lucha contra la tiranía frente al mito de invencibilidad de un ejército en medio de un pueblo descreído y con una clase obrera maniatada hasta la impotencia total, o casi total. Es preciso que recordemos esta fecha porque esa fecha no se puede recordar sino con profunda devoción y respeto por los hombres que murieron ese día. Es preciso recordar que éramos pocos, éramos muy pocos, [...]

[...] porque el cubano que está hablando aquí es el mismo hombre exactamente igual, sin haber cambiado absolutamente nada en sus convicciones, en sus principios morales y revolucionarios, el cubano que les está hablando en este minuto, es el mismo cubano del juicio del Moncada y de *La historia me absolverá*. Y sus hechos y su conducta y las medidas revolucionarias que ha propugnado son exactamente las mismas, y si nosotros no hemos cambiado, y si nosotros somos exactamente los mismos y somos los mismos del 26 de julio y del 2 de diciembre, del Moncada y del “Granma”, de la Sierra y de las Leyes Revolucionarias, si nosotros no hemos cambiado, nosotros tenemos derecho a hablar en nombre del 26 de Julio. [...]

Revolución. 23 de noviembre de 1959, p. 4. col. 4, col. 6, col. 8. La Habana.

NO FUE EL TRIUNFO DEL PUEBLO UN TRIUNFO FÁCIL

Discurso pronunciado en la Alameda de Paula. La Habana, 9 de abril de 1959.

[...] La Revolución tuvo muchos días tristes, la Revolución tuvo el fracaso del ataque al Moncada, la Revolución tuvo el fracaso del ataque al Goicuría,¹ la Revolución tuvo el fracaso de la insurrección de Cienfuegos,² del desembarco del Corinthia,³ del Ataque al Palacio Presidencial,⁴ de la dispersión de los expedicionarios del “Granma”⁵ y de la huelga frustrada del 9 de abril.⁶ No fue el triunfo del pueblo un triunfo fácil. Muchas veces tuvo que sufrir nuestro pueblo la humillación de la derrota y la represión que siguió a cada una de aquellas derrotas.

Bueno es recordar también cómo se sobrepuso el pueblo a cada una de ellas, porque si bien es cierto que fueron amargas y que muchos hombres valerosos cayeron, también es cierto que nuestro pueblo se hizo un propósito, y ese propósito se cumplió a pesar de todos los reveses. [...]

Versiones Taquigráficas, Equipo del Pensamiento de Fidel Castro. Instituto de Historia de Cuba. [Santiago de Cuba], [1959], pp. 1-2.

¹ Cuartel situado en la ciudad de Matanzas que es atacado el 29 de abril de 1956 por un grupo de revolucionarios cubanos bajo la jefatura de Reynold García, del Partido Auténtico. Fue un revés en el cual murieron en combate un grupo de compañeros y otros fueron asesinados por sicarios a las órdenes de Pilar García.

² Se refiere al levantamiento del 5 de septiembre de 1957 como parte de un plan conjunto del Movimiento 26 de Julio y sectores de la Marina de Guerra desafectos al régimen de Fulgencio Batista. Con anterioridad había habido contactos entre ambas fuerzas para producir una acción cuando se aproximara el desembarco del “Granma”. Finalmente se acordó realizar una acción nacional el 5 de septiembre con el objetivo de capturar armas depositadas en Cayo Loco. No se produjo la acción nacional por haber sido aplazada. La base de Cayo Loco fue tomada, pero la superioridad numérica en hombres y armas provocó

la derrota de los revolucionarios, con un saldo grande de muertos del 26 de Julio y de la Marina.

³ Se produce el 23 de mayo de 1957 por el Cayo Saetía, desde donde atravesaron la bahía de Cabonico, con la ayuda de los pescadores de esa zona norte de Oriente. La expedición estaba integrada por 27 hombres y al frente de ellos estaba Calixto Sánchez White. La expedición fue sufragada por el ex presidente Carlos Prío Socarrás, quien, como siempre hizo, quedó en territorio norteamericano.

El 28 de mayo se produce una verdadera masacre contra los expedicionarios, 16 de los cuales fueron asesinados por las fuerzas militares del coronel Fermín Cowley Gallegos.

⁴ Ejecutado el 13 de marzo de 1957 por fuerzas del Directorio Revolucionario con el objetivo de ajusticiar al tirano Fulgencio Batista. Simultáneamente se tomó la emisora Radio Reloj, desde donde José Antonio Echeverría, Presidente de la FEU y Secretario General del Directorio, dirige una alocución para informar al pueblo. El objetivo principal de ajusticiamiento de Batista no puede cumplirse, al huir éste a los pisos superiores de Palacio.

⁵ Se refiere a los expedicionarios del “Granma” que son sorprendidos el 5 de diciembre de 1956 en Alegría de Pío y dispersados. Muchos fueron asesinados, otros apresados y un grupo logra reagruparse posteriormente. Estos serían el núcleo inicial del Ejército Rebelde.

⁶ Hace alusión a la huelga del 9 de abril de 1958 que tuvo gran envergadura en numerosos lugares de Las Villas, especialmente en Sagua la Grande, ciudad que fue tomada por las milicias del 26 de Julio durante más de 48 horas. En otras provincias como Camagüey y Oriente se realizaron acciones importantes. En La Habana la huelga tomó por sorpresa a la población y fue brutalmente aplastada; costó la vida a más de 25 combatientes. No obstante significó una gran enseñanza para las batallas posteriores.

HA SIDO LA LUCHA DEL PUEBLO DE CUBA Y DEL MOVIMIENTO 26 DE JULIO

Discurso e interrogatorio de prensa en el almuerzo de la Sociedad Norteamericana de Editores de periódicos. Washington, 17 de abril de 1959.

[...] El dirigente de la Revolución cubana era el Movimiento 26 de Julio... y la victoria decisiva fue del 26 de Julio. Si ustedes conocen la historia de la Revolución cubana encontrarán que hay un hecho contra la dictadura de Batista, que fue realizado en 1953 por un grupo de jóvenes estudiantes y miembros del Partido Ortodoxo, de Eduardo Chibás, la mayor parte de ellos. Éste fue el principio del Movimiento 26 de Julio, y después de esto, nosotros llegamos a Cuba con ochenta y dos hombres y solamente quedamos doce que empezamos otra vez la lucha, con el pueblo, llegando a tener el apoyo del 90% del pueblo de Cuba; la gente rica o pobre, todo el mundo ayudaba. Fue una lucha de todo el mundo, fue una lucha de todas las clases y no es correcto decir que una persona o un grupo especial jugó una parte decisiva en la lucha. Ha sido la lucha del pueblo de Cuba y del Movimiento 26 de Julio. [...]

Resumen de un viaje. *La Habana: Editorial Lex, 1960. 64 p.*

ESTA REVOLUCIÓN SE EMPEZÓ A HACER DESDE EL 26 DE JULIO

Discurso ante el Congreso de la Federación de Trabajadores de la Industria Textil. La Habana, 22 de julio de 1959.

[...] Pensando muy seriamente no en retirarme de la Revolución, porque de esta Revolución no me retiro, ni me puede retirar nadie. Y porque para mí la Revolución no es el cargo. El cargo puede facilitar; efectivamente; puede ayudar una mejor coordinación; efectivamente; pero la Revolución no es el cargo.

Cuando la empezamos a hacer no teníamos ningún cargo. Esta Revolución no se empezó a hacer el primero de enero, se empezó a hacer desde el 26 de julio, desde antes, desde que se compró el primer rifle para luchar por la libertad del país. No el primero de enero. El primero de enero de libró una etapa. Y para sentar las bases de esta Revolución no hicieron falta cargos, ni siquiera nombres, ni siquiera título, porque líderes, aquí había muchísimos. Hombres renombrados y encumbrados había muchísimos, y en definitiva, esto no fue una cuestión de cargo ni de nombre, ni de publicidad, ni de popularidad; fue sencillamente una idea, y fue sencillamente un propósito, y fue sencillamente una voluntad de cumplir ese propósito, por grandes que parecieran los obstáculos y por grandes que parezcan hoy. Desde luego, que no pueden parecer tan grandes como el 26 de julio, el día que desembarcamos en las Playas Coloradas,¹ yo creo que hemos adelantado un trecho desde entonces acá. [...]

[...] Y como en definitiva, no me cuesta nada renunciar a un cargo, y como en definitiva me importa muy poco todos los cargos, y como en definitiva sí me puedo dar el gusto de renunciar a todos los cargos del mundo, porque en mi mente el cargo no es la Revolución —en mi mente desde que empecé, habiendo tenido que recorrer, uno por uno, todos los escalones de la lucha, desde ir a pedir cien pesos para comprar fusiles a alguien que a lo mejor se creería que lo quería para robarlo, cuando empezamos a organizar lo del Moncada hasta la cárcel,² donde se nos trataba peor que a un preso común, la prisión en el extranjero;³ y, en fin, cuantas vicisitudes se pueda nadie imaginar para llevar adelante la Revolución, no para ocupar cargos, [...]

Revolución. 23 de julio de 1959, p. 16 col. 2, col. 3. La Habana.

CONSCIENTES DEL DEBER EN QUE ESTAMOS DE LLEVAR ADELANTE UNA REVOLUCIÓN JUSTICIERA

Discurso pronunciado en la concentración de la avenida Garzón, frente al Instituto de Segunda Enseñanza. Santiago de Cuba, 30 de noviembre de 1959.

[...] Ustedes conocen perfectamente bien la historia de la Revolución, ustedes conocen perfectamente bien la historia del 26 de Julio, ustedes recordarán cómo gran número de compañeros nuestros fueron asesinados después de la derrota y cómo el resto tuvo que ir al exilio o tuvimos que pasarnos cerca de dos años en la cárcel. Ustedes recuerdan la historia del exilio, cómo se recogió el dinero de la Revolución centavito a centavito entre los exiliados, se recogió el primer dinero de la Revolución y centavito a centavito se recogieron en el pueblo los primeros fondos de la Revolución.

[...] Conscientes, pues, del papel que nos ha correspondido desempeñar en nuestra Patria, conscientes, pues, del deber en que estamos de llevar adelante una revolución justiciera, una revolución que redime al hombre de la miseria, de la incultura, de la humillación, del abuso y de la injusticia; consciente de la gran época histórica que está viviendo nuestra Patria, aquí, frente a mis orientales, a mi pueblo de Oriente, a la Provincia donde luché, a la Provincia donde vinimos una madrugada, y con un grupo de hombres intentamos derrocar al tirano, a la Provincia donde desembarqué el 2 de diciembre de 1956, cumpliendo la promesa de ser libres o de ser mártires; a las montañas, en las montañas donde libramos una guerra de 25 meses; en los llanos que nuestras fuerzas conquistaron luchando a brazo partido, contra un enemigo superior; en el Oriente donde se empezó la guerra; en el Oriente donde se libraron las últimas batallas de la guerra; en el Oriente donde surgió la chispa; en el Oriente donde sigue encendida la chispa, que ya no es chispa, sino es llamada inapagable...

Versión Taquigráfica de la Oficina del Primer Ministro, Equipo del Pensamiento de Fidel Castro. Instituto de Historia de Cuba. [Santiago de Cuba], [1959], pp. 22, 47-48.

ESTA BATALLA HERMOSA, ESTA TOMA DEL CUARTEL MONCADA SIN SANGRE

Discurso pronunciado durante la entrega del cuartel Moncada al MINED. Santiago de Cuba, 28 de enero de 1960.

[...] Y así, poco a poco, a través de libros, a través de los maestros que sí podían hablar de Martí y hablar de la historia del pasado, aunque no podían explicar bien las cosas presentes, así todo el pueblo fue conociendo el pensamiento de Martí, y por eso se fue forjando un espíritu patriótico que hizo posible, al fin, la victoria de la Revolución. [...]

[...] Pero nosotros la fortaleza no la tomamos el 26 de julio, ni la tomamos el día 1º de enero... ¿ustedes saben cuándo hemos tomado la fortaleza? Hoy hemos tomado la fortaleza, hoy hemos tomado esta fortaleza, porque hoy la hemos convertido en un centro de enseñanza, hoy sí hemos ganado esta batalla. [...]

[...] Yo quiero que los niños de este Centro Escolar piensen siempre y recuerden siempre con gratitud a todos los cubanos que murieron para que ustedes pudieran tener hoy esta escuela y pudieran tener una Patria libre. Ustedes tienen que recordar siempre a todos los cubanos que desde el siglo pasado, desde la época de Carlos Manuel de Céspedes, hasta hoy, han estado haciendo grandes sacrificios para que nosotros tengamos esto que ahora tenemos. Quiero que recuerden también, muy especialmente, a los compañeros que murieron aquí el 26 de julio, que recuerden a aquellos compañeros que aquí fueron asesinados, que aquí fueron torturados.

Pero yo no quiero que recuerden los asesinatos, yo no quiero que recuerden las torturas, porque esos recuerdos ingratos y desagradables los irán borrando ustedes y los irá borrando esta escuela, porque esta escuela los borra mucho mejor que si hubiéramos destruido todo esto y hubiésemos hecho aquí un parque. La mejor manera de borrar aquellos recuerdos es llenando esto de niños, llenando esto de libros, y llenado esto de alegría para borrar aquellos recuerdos.

Lo que queremos que ustedes piensen es en lo valiente que fueron aquellos compañeros, que piensen en su heroísmo, que

piensen cómo los torturaron para que hablaran, y no hablaban, y cómo los asesinaron. Ellos, no temblaron ante la muerte, porque sabían que estaban defendiendo una causa justa y sabían que algún día esa causa justa triunfaría. Yo quiero que recuerden cómo fue, gracias a esos sacrificios, que pudo ganarse la guerra contra la tiranía, y que pudo triunfar la Revolución, porque el ejemplo que dieron aquellos primeros que cayeron fue el ejemplo que siguió toda la juventud, y el ejemplo que siguieron muchos cientos y miles de jóvenes que cayeron después, porque todos aquellos compañeros fueron la admiración de los demás jóvenes, que después continuaron la lucha y la llevaron hasta la victoria.

Yo quiero que recuerden siempre a aquellos compañeros que murieron el 26 de julio, a aquellos compañeros que murieron en todas las batallas, que murieron en la ciudad y que murieron en los campos, porque gracias a esos compañeros fue posible que ustedes tengan hoy, que miles de niños en toda la República, que cientos de miles de niños en toda la República [...] tengan libros y tengan escuelas.

Quiero que recuerden siempre a Abel Santamaría, a Boris Luis Santa Coloma, a Renato Guitart, a José Luis Tasende, y a toda aquella lista de más de sesenta compañeros que murieron en el Moncada; que recuerden a Frank País, a Pepito Tey, a Otto Parellada, a Tony Alomá, y a aquella larga lista que sería imposible enumerar de jóvenes que murieron después del 26 de julio para hacer posible el triunfo de la Revolución, porque gracias a ellos, gracias a los que murieron, gracias a todos esos sacrificios, que ustedes muchas veces tienen oportunidad de pensar cuando van por una carretera y ven un pequeño obelisco o cuando visitan el cementerio y ven las tumbas de todos aquellos compañeros queridos que cayeron, tienen oportunidad de meditar, sobre todo los sacrificios que se hicieron, sobre todo los hombres jóvenes que murieron, para que ustedes puedan tener estas escuelas, y por eso ustedes tienen un deber con aquellos compañeros, y es el deber de estudiar, [...]

[...] Hoy, hoy, aunque es cierto... aunque es cierto que nos entristece por un lado el recuerdo de los que cayeron; aunque es cierto que no es posible visitar esta ciudad y no evocar el nombre de tantos compañeros queridos que desaparecieron, también, es cierto que hay en sus familiares, como en sus compañeros como

en todo el pueblo, la satisfacción de que ellos lucharon por algo útil, de que ellos fueron como la semilla que fructificó esta obra, de que gracias a ellos el pueblo es feliz; gracias a ellos los niños son felices, y por eso, al ganar esta batalla de hoy, esta batalla sin muertos, esta batalla sin cadáveres y sin heridos, esta batalla hermosa, esta toma del cuartel Moncada sin sangre, hoy tenemos que sentirnos verdaderamente emocionados y tenemos que sentirnos verdaderamente felices. Hoy Santiago está feliz; hoy toda Cuba está feliz; hoy los niños están felices; hoy el Apóstol, el Apóstol que nació el 28 de enero y que hoy, al conmemorarse el 107 aniversario, se inaugura este Centro Escolar que se llama “26 de Julio”, hoy el Apóstol está contento; hoy nuestros muertos están contentos; hoy es un día feliz de la Patria. [...]

Versión Taquigráfica de la Oficina del Primer Ministro, Equipo del Pensamiento de Fidel Castro. Instituto de Historia de Cuba. [Santiago de Cuba], [1960], pp. 5, 11, 13, 14, 17.

ES BUENO RECORDAR EL SACRIFICIO Y EL DOLOR QUE HAN COSTADO LAS VICTORIAS

Discurso en el acto por el VII aniversario del Moncada. Las Mercedes, 26 de julio de 1960.

[...] Y así empezó aquel esfuerzo hace apenas 7 años. Aquel 26 de julio de 1953 que fue la culminación del esfuerzo de un grupo de jóvenes llenos de ideales que se lanzaron hacia aquella lucha desigual y difícil. Y aquello no fue más que el inicio, el inicio de una lucha de siete años, porque así son los frutos que los hombres deben adquirir con su esfuerzo, los frutos que los pueblos han de conquistar con sacrificio y con trabajo, que muchas veces mientras más próximos parecen, más se alejan de nuestras posibilidades. Y así aquel 26 de julio fue para nosotros un minuto, en que cuando parecía culminar una lucha, cuando parecía culminar un esfuerzo para iniciar la batalla por la liberación de nuestro pueblo, no era el fin, sino el comienzo.

Y aquel grupo de combatientes, los que no fueron asesinados, fuimos a parar a las prisiones con nuestros propósitos y nuestros sueños, para allí poder madurar tras largos meses de encierro, el ideal que llevábamos dentro, el propósito que nos animó a dar la primera batalla, a persistir en nuestro objetivo a pesar de la adversidad de aquel minuto, a persistir en nuestro propósito; porque hoy en esta tarde, no podemos menos que recordar también aquellos días tristes, no podemos menos que recordar aquella tarde del 26 de julio de 1953, en que no era como hoy, día de alegría y de triunfo, en que no era como hoy, día de optimismo y de alegría, en que no era como hoy, día en que el pueblo recoge los frutos que los caídos han ido sembrando a lo largo de años; [...]

[...] Pero no fue así siempre y por contraste, venían también, venían también a nuestras mentes, los recuerdos de aquél primer 26, aquella tarde en que todo era amargura y dolor, en que sobre nuestro ánimo pesaba el dolor de los compañeros que habían muerto y el dolor de la derrota que obligaba a la Patria a una espera, cuyos límites era imposible imaginarse en aquel instante. Y recordar los minutos de adversidad es bueno, recordar los minutos en que las realidades presentes no eran más que sueños, es bueno recordar la

lucha, es bueno recordar el sacrificio y el dolor que han costado las victorias, es bueno, es bueno porque nos enseña, es bueno porque nos dicen que en el camino de los pueblos nada es fácil, nos enseña que los pueblos para conquistar aquellas cosas que anhelan tienen que sacrificarse y tienen que luchar muy duramente, y que los pueblos no se pueden desanimar en la adversidad, y que los revolucionarios no se pueden desalentar en la adversidad, ni en los momentos difíciles, porque los pueblos que perseveran y los hombres que perseveran triunfan, los pueblos que luchan y los líderes que luchan llevan adelante sus sueños, los pueblos que saben erguirse frente a los obstáculos marchan adelante, los pueblos que no se desaniman ni se acobardan ante el tamaño de las dificultades que tengan por delante, tienen derecho a la victoria, los pueblos que no tiemblan ante el adversario poderoso, los pueblos que no tiemblan ante el precio que tengan que pagar por su libertad, los pueblos que no tiemblan ante el precio que tengan que pagar por su dignidad, los pueblos que no tiemblan por el precio que tengan que pagar por la justicia, los pueblos que no tiemblan ante el precio que tengan que pagar por su felicidad, tienen derecho a la felicidad, tienen derecho a la victoria, tienen derecho a la libertad, tienen derecho al progreso, tienen derecho a la dignidad. [...]

*Obra Revolucionaria. 26 de julio de 1960, no. 16, p. 6.
La Habana: Imprenta Nacional de Cuba.*

NO FUE UNA VICTORIA DE LAS ARMAS, PERO FUE UNA VICTORIA DE LA MORAL Y DE LA DIGNIDAD

Discurso pronunciado en conmemoración por el VIII aniversario del asalto al cuartel Moncada. La Habana, 26 de julio de 1961.

[...] Hace ocho años, un día como hoy tuvo lugar aquel episodio que estamos conmemorando del ataque al cuartel Moncada. Aquel combate significó un revés para nosotros. No fue una victoria de las armas, pero fue una victoria de la moral y de la dignidad. El revés no importó, no fue sólo un revés el que hubo de soportar la Revolución en su larga marcha. La Revolución libertadora había sufrido otros reveses en el siglo pasado. Había sufrido un gran revés al final de su lucha heroica por la independencia, con la intervención norteamericana. La Revolución venía sufriendo reveses, la liberación venía sufriendo reveses. Y aquel del 26 de julio fue una escaramuza más de la larga lucha que nuestra nación libraba por su liberación.

Pero los reveses no importaban. Aquel revés, que hizo creer a la camarilla militar y a sus amos imperialistas que habían garantizado para siempre la permanencia de sus privilegios y de sus intereses, fue, sin embargo, el comienzo de aquella lucha. Ocho años no es mucho. Sin embargo, desde aquella chispa hasta hoy, al cumplirse ocho años se ha hecho algo: el pueblo conquistó el poder político, el pueblo destruyó la camarilla militar, el pueblo se liberó de los monopolios imperialistas, el pueblo, con el poder en la mano, comenzó a resolver los problemas más urgentes e inmediatos, y ha creado las condiciones para nuevos pasos de avance y está dando esos pasos de avance.

Los reaccionarios, los contrarrevolucionarios y los imperialistas deben tener presente la historia de nuestra Revolución, deben tener presente la historia de los combatientes revolucionarios. Y vale la pena que recuerden que la Revolución empezó sin armas, que la Revolución empezó sin recursos, que la Revolución surgió de la nada, y que aquella Revolución se fue imponiendo a cada revés, y que aquella Revolución, es decir, aquella idea revolucionaria, aquel propósito revolucionario, fue

desarrollándose, fue creciendo, fue conquistando el apoyo de las masas, y llegó a ser lo que es hoy.

Luego, el poder revolucionario no es producto de una imposición. El poder revolucionario no es producto de un golpe aventurero, el poder revolucionario no es producto de un cuartelazo. El poder revolucionario es producto de un largo proceso de lucha, el poder revolucionario es la culminación de un anhelo grande de todo nuestro pueblo, que comenzó a luchar desde el siglo pasado sin haber logrado alcanzar nunca verdaderamente ese poder revolucionario.

Y las últimas batallas de esta larga lucha las libró esta generación, las últimas batallas las libró esta generación, y comenzaron hace ocho años un 26 de julio; y luchando, y sangrando, y peleando y sacrificándose llegó el pueblo al poder, después de pagar un altísimo precio de sus mejores hijos. Y el pueblo revolucionario en el poder, se ha organizado. El pueblo revolucionario en el poder ha cumplido con las esperanzas de la nación. [...]

Obra Revolucionaria. 27 de julio de 1961, no. 26, p. 35. La Habana: Imprenta Nacional de Cuba.

NOSOTROS CONCEBIMOS LA TOMA DE UNA FORTALEZA

Discurso pronunciado en las ORI con delegaciones que asistieron a los actos por el triunfo de la Revolución. La Habana, 18 de enero de 1962.

[...] Entonces, concebimos ese tipo de lucha, pero ¿dónde nos equivocamos? Nos equivocamos en la magnitud inicial del plan. Nosotros concebimos la toma de una fortaleza, es decir, apoderarnos de las armas de todo un Regimiento, y no sólo de un Regimiento, sino también de un Escuadrón aparte: atacar dos lugares; tratar de volar puentes, tratar de hacer un levantamiento nacional —si fuera posible—, y en caso de que los planes no se desarrollaran en ese sentido con éxito fulminante aprovechando el tremendo descontento que existía contra la tiranía, replegarnos con aquellas armas a las montañas, y entonces hacer el tipo de lucha que después hicimos.

Y, naturalmente, con ciento sesenta hombres nosotros hicimos el plan de la toma de dos lugares. Todo salió perfecto;... organización, secreto absoluto, entrenamiento, traslado, porque se trasladaron... Para que no se divulgara allí nada, el personal se preparó en Occidente, y se trasladaron armas y personal para Oriente. Se hizo el plan, se atacó aquella fortaleza. Bien, aquella fortaleza pudo haber sido tomada desde el punto de vista práctico, pero es ese tipo de plan que puede frustrarse por cualquier imponderable; es decir, que en un camino que puede parecer más seguro, y que a la larga no es el más seguro, y que a la larga es el más difícil, porque un plan menos ambicioso habría sido mucho más seguro y a la larga menos difícil. Pero la idea de apoderarse de las armas de todo un Regimiento, nada menos, nos llevó a ese plan de atacar el Regimiento, atacar otro cuartel.

Hoy nosotros no habríamos hecho eso. Hoy habríamos concentrado doscientos sesenta hombres, y en vez de atacar un Regimiento hubiéramos atacado el cuartelito más chiquito de las estribaciones de la Sierra Maestra, lo habríamos tomado, y habríamos hecho lo que hicimos después con cuarenta, cincuenta, cien hombres armados; es decir, algunos con aquellas armas... los

ciento sesenta aquellos hasta sin asaltar al cuartel. Pero bueno, atacar un cuartelito por sorpresa, para ocupar treinta o cuarenta armas, treinta o cuarenta armas de más calibre, eso es lo que habríamos hecho. Hoy no repetiríamos lo de atacar al cuartel. Porque la experiencia demostró que era posible lo que habíamos concebido, que sólo estábamos equivocados en la magnitud inicial de los recursos que se necesitaban. [...]

Departamento de Versiones Taquigráficas del Gobierno Revolucionario, Equipo del Pensamiento de Fidel Castro. Instituto de Historia de Cuba. [La Habana], 18 de enero de 1962, pp. 5-6.

NO ES EL HECHO SINO LA LÍNEA, LA LÍNEA DE LUCHA ARMADA

Comparecencia a través de las emisoras radiales y televisivas para informar sobre el funcionamiento de las ORI. La Habana, 26 de mayo de 1962.

[...] Nosotros, y sólo nosotros, después de la experiencia, después de todo lo que hemos aprendido en esta lucha sobre cuestiones militares, teníamos derecho a decidir y a discutir si el Moncada, puestos nosotros de nuevo en aquella situación, lo repetiríamos con lo que sabemos hoy. Si el “Granma” lo haríamos así o en otra forma. Claro está que ahora tenemos mucha más experiencia. Otra vez en esa situación de entonces con la experiencia de entonces es posible que volviéramos a hacer lo mismo. Puestos ahora, con la experiencia de ahora, enriquecidos con esa experiencia... Y quien ignore que los hombres actúan precisamente acorde con lo que saben, acorde con las condiciones, puede ponerse ahora tranquilamente a analizar otras tácticas mejores; atacar otro cuartel en vez de aquél; venir nadando, en vez de venir en barco o venir en avión; o filtrarse; o convertirse en un hombre-rana y desembarcar por la costa. En fin; cualquiera de esas cosas. Pero lo que se discute en el Moncada y en el “Granma” no es el hecho sino la línea, la línea acertada, la línea revolucionaria, la línea de lucha armada. No la línea politiquera la línea electoral, sino la línea de lucha armada contra la tiranía de Batista, línea que la Historia ha consagrado por su acierto. [...]

Obra Revolucionaria. 27 de marzo de 1962, no. 10, p. 21. La Habana: Imprenta Nacional de Cuba.

EL 26 DE JULIO COMENZÓ LA ÚLTIMA Y DEFINITIVA ETAPA POR LA INDEPENDENCIA NACIONAL

*Discurso por el IX aniversario del asalto al cuartel Moncada.
Santiago de Cuba, 26 de julio de 1962.*

[...] Un día como hoy, hace nueve años, se escucharon en esta ciudad los primeros disparos de la lucha contra el régimen militar y reaccionario de Fulgencio Batista.

Aquel gobierno era la expresión más cabal del sistema político de corrupción y explotación que existió en nuestro país desde la intervención norteamericana a fines de nuestra guerra de independencia.

El 26 de julio comenzó la última y definitiva etapa de la contienda por la independencia nacional, que había venido librando nuestro pueblo desde 1868. Por eso para nosotros trabajadores y campesinos, para nosotros esta conmemoración en la ciudad de Santiago de Cuba suscita una emoción profunda.

Esta provincia de Oriente, precisamente, trae los recuerdos más gloriosos de nuestra historia: fue aquí, en esta provincia, el Grito de Yara; fue aquí, en esta provincia, la Protesta de Baraguá; fue de aquí, de esta provincia, de donde salieron los contingentes invasores que con Antonio Maceo y Máximo Gómez llevaron la guerra libertadora hasta los confines de Pinar del Río; es aquí, en esta provincia, donde yacen los restos gloriosos de nuestro Apóstol, caído en Dos Ríos.

Para nosotros, hombres de la generación presente a quienes ha correspondido el privilegio de participar en la lucha definitiva de nuestro pueblo, la provincia oriental evoca fechas de honda trascendencia en nuestra Revolución y nos trae el recuerdo, en primer lugar, de este 26 de julio. Fechas como el 30 de noviembre, el 2 de diciembre y el primero de enero. Y nombres como los de Abel Santamaría, Frank País, Renato Guitart, Ciro Redondo, toda una lista interminable de los héroes que cayeron por el triunfo de nuestro pueblo.

De ahí el significado y el interés que tiene para nosotros conmemorar este 26 de julio, cuarto desde el triunfo de la Revolución, en esta provincia. [...]

¿Es que acaso estamos amarrados de pies y manos? ¿Es que acaso estamos desarmados? ¿Cómo pueden volver? ¿Cómo van a quitarnos los fusiles que todos y cada uno de nosotros tenemos? ¿Cómo van a quitarnos las armas que hoy están en manos del pueblo?

¿Cómo pueden abrigar esperanzas de volver, si hace nueve años lo tenían todo: ejército organizado y entrenado, todo el dinero del país, todas las fábricas, todos los bancos, todas las tierras, mientras el pueblo no tenía con qué pelear? ¿Si hace nueve años tuvimos que empezar esta lucha con escopetas y con fusiles 22, y con revólveres y con pistolas?

Hace nueve años tuvimos que atacar esa fortaleza que hoy es una escuela, donde había un regimiento, y éramos unos pocos hombres mal armados y sin entrenamiento militar. Hace seis años éramos otro puñado de hombres, unos pocos hombres, mal armados también, los que organizamos las primeras guerrillas en las montañas; y ellos tenían ejércitos, decenas de miles de hombres sobre las armas, tanques, aviones, todos los millones de la República, la ayuda de los imperialistas yanquis, y sin embargo, fueron derrotados. [...]

Es decir, que nosotros queríamos la revolución, pero no sabíamos bien lo que era. ¿No es así? El instinto nos decía que todo aquello estaba mal, el instinto nos decía que había que barrerlo, pero no sabíamos cómo. No sabíamos cómo hacerlo.

No vayan a pensar que eso era sólo cosa del pueblo. Eso era cosa de todos, incluso de nosotros. Es decir, nosotros teníamos una idea, pero nos faltaba la experiencia que tenemos hoy.

Cuando nosotros organizamos el ataque al cuartel Moncada, la mayor parte teníamos entre 20 y 30 años. Una parte fuimos a parar a la cárcel, otra parte de los compañeros fueron asesinados y muy pocos pudieron escapar. [...]

Nosotros tenemos esa seguridad y tenemos esa fe, porque en nuestro pueblo tenemos grande, infinita fe. Y esa fe es la que nos ha conducido a la victoria. Esa fe fue la que nos acompañó desde el primer instante de la lucha, la que nos acompañó aquel día y nos acompañó siempre. Hoy con más razón.

Antes éramos unos pocos. Aquella tarde, después del ataque, no quedamos sino un grupo de hombres dispersos. Y hoy, nueve años después, somos cientos de miles de cubanos reunidos aquí

defendiendo la misma bandera, defendiendo la misma causa, empuñando las mismas armas. [...]

Obra Revolucionaria. *28 de julio de 1962, no. 24, pp. 7, 10, 12, 13, 22. La Habana: Imprenta Nacional de Cuba.*

¹ Lugar por donde se produce el desembarco del “Granma” el 2 de diciembre de 1956. Se ha precisado posteriormente que el lugar exacto fue “Los Cayuelos”, muy cercano a la mencionada playa.

² Alude a la prisión sufrida por los moncadistas en el llamado Presidio Modelo de Isla de Pinos.

³ Los revolucionarios sufrieron prisión durante el exilio en México.

ESTA FECHA TIENE VALOR COMO HECHO QUE SE PROYECTA HACIA EL PORVENIR

Discurso pronunciado durante la conmemoración del X aniversario del ataque al Moncada en la Plaza de la Revolución. La Habana, 26 de julio de 1963.

[...] La importancia que tiene esta fecha radica en que aquel día inició nuestro pueblo, en escala modesta si se quiere, el camino que lo condujo a la revolución. Cruzarse de brazos ante aquella situación habría significado la continuidad indefinida de la camarilla militar, la continuidad indefinida en el Poder de los partidos reaccionarios de las clases explotadoras, habría significado la continuidad de la politiquería, de la corrupción y del saqueo sistemático de nuestro país.

La importancia de aquella fecha consiste en que abrió un nuevo camino al pueblo, la importancia de aquella fecha radica en que marcó el inicio de una nueva concepción de la lucha, que en un tiempo no lejano hizo trizas la dictadura militar y creó las condiciones para el desarrollo de la Revolución.

El ataque al cuartel Moncada fue la réplica enérgica y digna al 10 de marzo, fue la réplica decidida a aquel gobierno instaurado a fuerza de bayonetas, fue la respuesta que, una vez superados los primeros reveses, una vez superadas las deficiencias, una vez superada la inexperiencia, se desarrolló plenamente e hizo posible lo que antes parecía imposible: hizo posible la destrucción de un ejército moderno, en contra de una serie de teorías según las cuales el pueblo no podía luchar contra esa fuerza; hizo posible lo que parecía imposible, pero no fue por un milagro; lo que ha tenido lugar en Cuba no es un milagro.

Nuestros visitantes se preguntarán: “¿Qué ocurrió en Cuba y cómo pudo ocurrir esto en Cuba?” Nuestros visitantes de todas partes del Mundo, pero sobre todo los visitantes de América Latina, se preguntarán cómo ha sido posible.

Es posible que la presencia de una multitud tan gigantesca, que la presencia de tantos cientos y cientos de miles de personas ante sus ojos —y no sólo la presencia: el vigor y el entusiasmo de esta muchedumbre— les haga creer tal vez que es cosa de milagro

lo que ha ocurrido en Cuba. Mas, lo que ha ocurrido en Cuba no tiene nada de milagro, ¡y lo que ha ocurrido en Cuba puede ocurrir exactamente igual en muchos otros países de América Latina!

Todo lo que en Cuba se ha hecho y aún más y mejor de lo que en Cuba se ha hecho, es posible hacerlo también en muchos otros pueblos de América Latina.

Para nosotros, los cubanos, no tendría tanta trascendencia conmemorar con júbilo, con entusiasmo, con fervor revolucionario esta fecha, si esta fecha ante nuestros ojos no tuviera el valor de una lección útil, utilísima, para decenas y decenas de millones de hermanos de América Latina. No tendría tanta trascendencia esta fecha y lo que ella simboliza si no entrañara un sólido aliento, una firme esperanza de que hay remedio a los males de los explotados y hambrientos de este continente, de los millones de trabajadores, y campesinos y de indios esquilados en este continente, sino entrañara una esperanza y un aliento a la posibilidad de resolver de una vez y para siempre los trágicos males sociales de este continente, donde los porcentajes de muerte entre la población infantil se cuenta entre los más altos del Mundo, donde el promedio de vida es bajísimo, y donde minorías oligárquicas —en complicidad con los monopolios yanquis— saquean despiadadamente.

¡Esta fecha tiene valor no como hecho que se proyecta hacia el pasado, sino como hecho que se proyecta hacia el porvenir. [...]

Y, sin embargo en aquellas condiciones difíciles para la Revolución, en el esfuerzo realizado como ocurre siempre con los acontecimientos históricos en que el esfuerzo y la idea surgen de unos pocos —pero que si es un esfuerzo bien dirigido y si las ideas son justas, van convirtiéndose poco a poco en el esfuerzo y en la idea de las masas—, nuestro pueblo encontró una salida.

El cuartel Moncada no cayó. Factores imprevistos hicieron fallar el intento de ocupar la fortaleza, factores imponderables. Aquello pudo haber sido un duro golpe para nosotros, pero no ocurrió así por nuestra convicción y nuestra fe de que aquél era el camino. Aquello pudo, circunstancialmente, fortalecer la opinión de quienes afirmaban que no era posible luchar contra el ejército de Batista, pudo circunstancialmente, fortalecer la opinión de los politiqueros y los argumentos de los politiqueros en favor de las componendas electoreras, donde jamás el pueblo obtiene nada.

Sin embargo, nuestra fe se mantuvo firme, inconvencible, en cuanto a que aquél era el camino. Y nos dimos de nuevo a la tarea, ya con más experiencia, ya con más elaboración de llevar adelante aquella lucha. [...]

Obra Revolucionaria. 27 de julio de 1963, no. 20, pp. 11-12. La Habana: Ed. COR de la Dirección Nacional del PURS, [Editora Política].

ESTABAN LOS LIBROS DE MARTÍ Y LOS LIBROS DE LENIN

Discurso pronunciado durante la conmemoración del XII aniversario del ataque al Moncada. Santa Clara, 26 de julio de 1965.

[...] Cumplimos doce años desde el Moncada, pronto tendremos siete años de Revolución, mas, sin embargo, de nada valdría esta conmemoración, de nada valdría este acto, de nada valdría el esfuerzo que cientos de miles de personas han hecho, las horas y horas que aquí han estado reunidos para mostrar con su presencia su apoyo militante a la Revolución; de nada valdría eso si nosotros no comprendemos lo que significa.

A veces nos preguntamos si un día como hoy somos nosotros los que vamos a llevar un mensaje al pueblo, decirle algo nuevo al pueblo, o es el pueblo quien trae un mensaje a nosotros, es el pueblo quien viene a decirnos algo nuevo a nosotros. Porque ¿quién habla aquí, ustedes o nosotros? Formalmente, nosotros; en realidad son ustedes, porque son los que vienen a traer nuevo impulso a la Revolución, los que vienen a traer nuevas energías a nuestros ánimos y a nuestros espíritus, nuevo fervor a nuestro corazón de revolucionario. Es como si cada 26 de julio se reuniera el pueblo e hiciera manifestación de su fuerza para dar un nuevo impulso a la Revolución, para dar un nuevo impulso a los dirigentes revolucionarios.

Porque no nos reunimos para hacer historia, no nos reunimos para hacer un recuento de la historia, no nos reunimos para recordar la historia pasada; nos reunimos para escribir la historia nueva, nos reunimos con la fuerza que ha acumulado en el camino esta enorme columna para emprender de nuevo la marcha con toda esa fuerza; nos reunimos para decir que no somos unos pocos, que no somos unos cien hombres, que no somos una docena de hombres, que somos todo un pueblo en marcha que escribe la historia, que la escribe como la han escrito otros pueblos, que la ha escrito con sacrificio y la ha escrito con sangre. [...]

¿Cuando el 26 de Julio qué éramos? No podíamos llamarnos marxista-leninistas el 26 de Julio, marxista-leninistas conscientes. Pero el grupo de jóvenes que organizamos el Movimiento 26 de Julio

estudiábamos a Marx y estudiábamos a Lenin. Y entre los libros que nos ocuparon cuando el ataque al Moncada estaban los libros de Martí y los libros de Lenin.

¿Podíamos llamarnos marxistas-leninistas? ¡No!, nos faltaba mucho por aprender, nos faltaba mucho por comprender todavía. Y si éramos capaces de comprender algunos de los principios esenciales del marxismo, la realidad de una sociedad dividida entre explotados y explotadores, si habíamos sido capaces de comprender el papel de las masas en la historia, todavía no habíamos elevado nuestra conciencia y nuestra cultura revolucionaria lo suficiente para comprender, en toda su profundidad y su magnitud, el fenómeno del imperialismo; puede decirse que lo comprendíamos teóricamente y lo veíamos a distancia. Nuestra tarea inmediata, nuestra lucha con minúsculos recursos contra aquel poder militar que aplastaba a nuestro país, concentraba la mayor parte de nuestra atención.

El fenómeno imperialista lo aprendimos no en un libro; lo leímos en libros, pero lo aprendimos en nuestras propias carnes. Lo aprendimos en la sangre derramada de los obreros, en los crímenes cometidos; lo hemos aprendido en la historia del proceso revolucionario, lo aprendemos todos los días en el proceder de esos mismos imperialistas en todo el mundo.

Nosotros sentimos vocación de revolucionarios, poseíamos sensibilidad de revolucionarios y pasión de revolucionarios. Nos faltaba la teoría, no la aprendimos de un día para otro, no la aprendimos sólo de una manera teórica, la aprendimos en la realidad; no nos la enseñó nadie, la aprendimos por nuestra propia cuenta, desarrollamos nuestras ideas en la medida en que nos hacíamos más y más revolucionarios, en la medida en que comprendíamos más y más el socialismo científico, en la medida en que buscábamos una mejor explicación a los problemas de la historia y de la sociedad.

Y así adquirimos nuestra teoría, nuestra filosofía política; y no recibimos un barniz de ella, sino que se adentró en nuestra sangre, se adentró en nuestro pensamiento y en nuestra vida, y nos hicimos marxista-leninistas. [...]

Ediciones OR, no. 17, 1973, Ed. DOR del CC PCC, [Editora Política], La Habana, pp. 23, 26, 27.

REVOLUCIÓN QUE NACIÓ DEL PUEBLO, DE LAS ENTRAÑAS DEL PUEBLO

Discurso por el XIII aniversario del asalto al Moncada. La Habana, 26 de julio de 1966.

[...] Y al cumplirse este XIII aniversario, y en presencia de esta inmensa multitud, demostrativa del apoyo del pueblo a su Revolución, Revolución que no nació en los cuarteles de un ejército, Revolución que no nació de la conspiración de un grupito de militares; Revolución que nació del pueblo, de las entrañas del pueblo. No de las altas jerarquías políticas del país, no de figuras prominentes. Revolución que nació en las filas de los más humildes del pueblo. Porque hace 13 años ninguno de esos nombres queridos, de los hombres que dieron su vida por esta Revolución, eran conocidos; ninguno de esa legión de hombres, que aquel día ofrendaron su vida a la Patria, los conocía nadie; ninguno de ellos había aparecido nunca, posiblemente, en las letras de molde de un periódico; ninguno de ellos figuraba en los cálculos de los agoreros de la política; ninguno de ellos se vislumbraba como figura prominente en el corazón del pueblo. ¡Pero eran del pueblo y venían del corazón del pueblo y de la sangre del pueblo!

No se podía pensar entonces, y nadie lo pensó, ninguno de los que intervinimos en aquellos hechos aquel día, hace 13 años, habíamos pensado en actos como éste; no estábamos pensando escribir historia. Estábamos ciertamente haciendo historia, pero no estábamos haciendo historia para la historia, sino que estábamos luchando para el pueblo.

No fue afán de gloria ni afán de prestigio o de popularidad, ni mucho menos ambiciones personales de ninguna índole. Muy lejos estábamos de suponer, o de pensar en estas cosas. Pensábamos en la lucha, pensábamos en la Revolución en sí misma, pensábamos en la obra que era necesaria realizar en nuestro país. En realidad, en las demás cosas que han ido acompañando el proceso revolucionario no pensábamos. Ninguno de nosotros podíamos imaginarnos en ese momento que cada año, cada 26 de julio, habríamos de reunirnos con el pueblo para conmemorar aquella fecha. No eran esos los cálculos, los objetivos que entraban en nuestras mentes.

Sí teníamos una absoluta fe en el pueblo, y toda la estrategia de la Revolución se basó siempre en el pueblo, siempre —lo hemos

dicho en otras ocasiones— en una gran confianza en el pueblo, en una gran convicción acerca de las enormes energías morales del pueblo, acerca de las enormes fuerzas revolucionarias que se encerraba en el pueblo.

Cuando se vaya a definir a un revolucionario, lo primero que habría que preguntarle es si cree o no cree en el pueblo, si cree o no cree en las masas.

Nosotros éramos un puñado de hombres, no pensábamos con un puñado de hombres derrotar a la tiranía batistiana, derrotar a sus ejércitos, no. Pero pensábamos que aquel puñado de hombres podía ocupar las primeras armas para empezar a armar al pueblo; sabíamos que un puñado de hombres podría bastar, no para derrotar aquel régimen, pero sí para desatar esa fuerza, esa inmensa energía del pueblo que sí era capaz de derrotar a aquel régimen.

Y el 26 de julio ciertamente que no logramos de inmediato nuestros objetivos, ciertamente que no logramos tomar la fortaleza. Eso es cierto.

Nosotros consideramos los factores que infortunadamente se presentaron de forma adversa y nos impidieron lograr aquel objetivo inmediato. Nosotros, aún hoy, después de años en que experiencias en este tipo de cuestiones se fueron adquiriendo más y más, estamos seguros de que nuestro plan era bueno y estamos seguros de que era posible tomar aquella fortaleza; que factores imponderables, que siempre se presentan en las guerras, que muchas veces se pueden presentar en los campos de batalla, produjeron un resultado adverso.

Naturalmente que cuanto menor es el número de armas y cuanto más inferior es la calidad del equipo en un combate, tanto más riesgosa resulta la operación, tanto más susceptible de fallar en sus resultados con algunas cosas insignificantes que se produzcan de una manera diferente. [...]

[...] ¿Por qué el 26 de julio se convirtió en una fecha de la Rebelión Nacional? ¿Por qué se convirtió en una fecha de nuestra Revolución? ¿Por qué se convirtió en un símbolo no sólo para nosotros, sino en un símbolo cuyas enseñanzas pueden ser útiles aun para los revolucionarios de otros países?

Habría que recordar cuáles eran entonces las circunstancias. Batista había llevado a cabo su golpe de Estado prácticamente

sin disparar un solo tiro. Se apoderó de los mandos militares y contaba con la adhesión de un ejército relativamente grande y relativamente bien armado; contaba con la adhesión de todos los cuerpos armados; promovió innumerables ascensos en la oficialidad; les aumentó el sueldo de los soldados, muchos de los cuales eran los mismos soldados de las épocas anteriores de Batista; el pueblo estaba totalmente desarmado, y no sólo estaba el pueblo totalmente desarmado, sino estaba carente en absoluto de dirección política: un número de partidos burgueses tradicionales, una serie de figuras de renombre nacional, una gran segmentación de las fuerzas; de manera que se creaba un cuadro donde parecía imposible una revolución.

En medio de aquel cuadro, los políticos burgueses cuando pensaban en la forma de deshacerse de Batista no pensaban en una revolución, sino pensaban en una conspiración. La influencia, o las posibilidades de determinados dirigentes políticos se medía por el número de sus amistades con determinados oficiales dentro del ejército, porque existía la creencia de que sólo mediante un golpe de Estado podría sustituirse el régimen de Batista por otro régimen más o menos igual.

Los priístas¹ conspiraban, por ejemplo. Aquel partido que se había dejado arrebatarse el gobierno sin disparar un solo tiro, sólo aspiraba a aplicarle la misma receta que les habían aplicado a ellos. Es cierto que dentro de las filas de todos los partidos, incluso de ese partido donde sus dirigentes se habían enriquecido extraordinariamente, hubo en sus filas hombres que honestamente lucharon y se sacrificaron.

¿Pero quién podía pensar en aquella época en una revolución contra el ejército? ¡Nadie podía pensar en una revolución contra el ejército! Incluso existía el apotegma, que se venía repitiendo no se sabe desde cuánto tiempo hacía, de que las revoluciones se podían hacer con el ejército o sin el ejército, pero nunca contra el ejército. Y aquella idea prevalecía de manera absoluta en la mente de los políticos de aquellos tiempos.

La idea de una revolución contra el ejército, contra sus fuerzas armadas, contra el sistema, parecía a mucha gente una idea absurda, parecía a todos los políticos burgueses, que eran los que dirigían la política de este país, una locura. ¿Pensar, además, en una revolución contra todas aquellas fuerzas, prácticamente sin

un solo depósito de armas; mas, no sólo sin un solo depósito de armas, sin un solo centavo para comprar armas? Eran muy pocos los que habrían podido creer en aquello. Sólo hombres del pueblo, de las filas más humildes del pueblo, sanos, desprovistos de ambición, podían sentir aquella posibilidad, podían sentir aquella fe, podían creer en que fuera posible llevar a cabo una lucha en condiciones tan difíciles. [...]

Documentos Políticos (Política Internacional de la Revolución cubana). 1966, t. II, pp. 214-218. La Habana: Editora Política.

¹ Elementos seguidores de Carlos Prío Socarrás, Presidente de Cuba de 1948 a 1952, depuesto por Fulgencio Batista el 10 de marzo del último año, tras el golpe de Estado. Se agrupaban en el llamado Partido Auténtico Priísta, desmembración del Partido Revolucionario Cubano (Auténticos). Su figura máxima en Cuba era Manuel Antonio de Varona, aunque lo dirigía en el extranjero Prío, quien suministraba armas y pertrechos, a costa del dinero extraído de los fondos públicos durante su mandato.

NOS ACUSARON DE SOÑADORES

Entrevista concedida al periodista Mario Menéndez Rodríguez, director de la revista Sucesos de México. [Sierra del Escambray], agosto de 1966.

[...] –Comandante, hace 13 años a ustedes los acusaron de soñadores, de románticos, de idealistas, cuando asaltaron el cuartel Moncada. Y creo que también les acusaron de provocadores. ¿Cómo piensa usted ahora, cómo juzga usted ahora aquella gesta que abrió el ciclo insurreccional del movimiento que redimió a Cuba?

–Sí, en efecto; hace 13 años nos acusaron de soñadores. Y yo les dije como Martí: “El verdadero hombre no mira de qué lado se vive mejor, sino de qué lado está el deber; y ese es el único hombre práctico, cuyo sueño de hoy será la ley de mañana, porque el que haya puesto los ojos en las entrañas universales y visto hervir los pueblos, llameantes y ensangrentados, en la artesa de los siglos, sabe que el provenir, sin una sola excepción, está del lado del deber”. Hace 13 años ninguno de esos hombres queridos, de los hombres que dieron su vida por esta revolución era conocido; a ninguno de esa legión de hombres que aquel día ofrendaron su vida a la patria lo conocía nadie; ninguno de ellos había aparecido nunca, posiblemente, en las letras de molde de un periódico; ninguno de ellos figuraba en los cálculos de los agoreros de la política; ninguno de ellos se vislumbraba como figura prominente en el corazón del pueblo. ¡Pero eran del pueblo y venían del corazón del pueblo y de la sangre del pueblo! Teníamos una absoluta fe en el pueblo, y toda la estrategia de la Revolución se basó siempre en el pueblo, en una gran confianza en el pueblo, en una gran convicción acerca de las enormes energías morales del pueblo, acerca de la enorme fuerza revolucionaria que se encerraba en el pueblo. Nosotros éramos un puñado de hombres; no pensábamos derrocar a la tiranía batistiana con un puñado de hombres, derrotar a sus ejércitos. No. Pero pensábamos que aquel puñado de hombres podía ocupar las primeras armas para empezar a luchar junto al pueblo; sabíamos que un puñado de hombres podría bastar, no para derrocar aquel régimen, pero sí para desatar esa fuerza, esa inmensa energía del pueblo que sí era capaz de derrocar

a aquel régimen. ¿Eran provocadores aquellos jóvenes a los que en medio de las torturas les ofrecían la vida si traicionaban su posición ideológica? [...]

Revista Sucesos. 10 de septiembre de 1966, no. 1738, pp. 31-32. México.

QUEDABAN MUCHOS MONCADAS POR TOMAR

Discurso pronunciado por el XIV aniversario del asalto al cuartel Moncada. Santiago de Cuba, 26 de julio de 1967.

[...] El asalto al Moncada puede decirse que constituía el primer asalto a una de las tantas fortalezas que habrían de ser tomadas después. Quedaban muchos Moncadas por tomar. Quedaban, entre otras cosas, el Moncada del analfabetismo; y nuestro pueblo tampoco vaciló en atacar aquella fortaleza; la atacó y la tomó; el Moncada de la ignorancia; el Moncada de la inexperiencia; el Moncada del subdesarrollo; el Moncada de la falta de técnicos, de la falta de recursos en todos los órdenes. Y nuestro pueblo no ha vacilado en emprender también el asalto de esas fortalezas. Pero quedaba el Moncada más difícil de tomar, que era el Moncada de las viejas ideas; y ese Moncada de las viejas ideas, de los viejos egoístas sentimientos, de los viejos hábitos de pensar y concebirlo todo y de resolver los problemas, ese Moncada no ha sido todavía totalmente tomado. [...]

Ediciones OR, no. 16, 1967, Ed. COR del CC PCC, [Editora Política], La Habana, p. 11.

PERO LOS REVOLUCIONARIOS NO DURMIERON ESE DÍA

Discurso pronunciado durante la conmemoración del XV aniversario del ataque al cuartel Moncada en la Plaza de la Revolución. Santa Clara, 26 de julio de 1968.

[...] Pero recordamos que realmente hace quince años, el 26 de julio de 1953, nadie durmió ese día. Bueno, ¡ese día estaban durmiendo los soldados en los cuarteles! Pero los revolucionarios no durmieron ese día. Y así más o menos, con las horas de fatiga, de muchas horas sin descanso, fue que vimos aquel amanecer del 26 de julio. [...]

Ediciones COR, no. 15, 1968, Ed. COR del CC PCC, [Editora Política], La Habana, p. 5.

QUIEN NO LEA A LENIN, ES UN IGNORANTE

Discurso pronunciado en la velada solemne en conmemoración del centenario del natalicio de Vladimir Ilich Lenin efectuada en el teatro Chaplin. La Habana, 22 de abril de 1970.

[...] Recordamos cuando por aquellos meses que precedieron al 26 de julio de 1953, la mayor parte del pequeño grupo de compañeros que estábamos dedicados a aquellas tareas andábamos siempre con los libros de Marx y de Lenin. Y recordamos que algunos de esos libros de Lenin —porque fueron los de Lenin— cayeron en manos de la policía, en los registros que hicieron después del Moncada. Y recordamos cómo en el proceso del Moncada, un fiscal paniaguado, entre sus más graves acusaciones, entre sus más —digamos— capciosas preguntas, hizo la pregunta de si era verdad que nosotros teníamos aquellos libros de Lenin y si eran nuestros aquellos libros de Lenin.

A ellos les interesaba, naturalmente, debido a la enorme cantidad de prejuicios, de mentiras, de acondicionamiento mental que habían producido en amplias capas del país, tildar al Movimiento 26 de Julio de movimiento comunista. Y no podía decirse que el Movimiento 26 de Julio era un movimiento comunista. Lo que sí podía decirse que un grupo de los que habíamos organizado aquel movimiento estábamos fuertemente impregnados del pensamiento marxista-leninista.

Tal vez ellos tenían interés en establecer una vinculación. Les podía interesar, primero, por el gran número de prejuicios, por la gran cantidad de toxinas anticomunistas que habían inyectado en el pueblo. Y además, por hacérseles más graciosos a los imperialistas y recibir más apoyo de ellos. La acusación de comunista era una de las más usuales, y en muchas ocasiones de las más destructivas desde el punto de vista político, puesto que ese era el ambiente que imperaba.

Y recordamos que en aquel instante no pudimos contener la indignación de ver allí aquella idiotez de sacar a relucir el libro de Lenin, y nosotros, con gran indignación, nos levantamos y le dijimos: “Sí, nosotros leemos a Lenin, y quien no lea a Lenin, es un ignorante”. Puesto que prácticamente se tenía como un delito —¡un delito, señores!— estudiar a Lenin. [...]

Ediciones COR, no. 8, 1970, Ed. COR del CC PCC, [Editora Política], La Habana, pp. 14-15.

SÓLO PENSÁBAMOS EN LA HORA DE VOLVER A LA LUCHA

Discurso pronunciado en la conmemoración del XVII aniversario del ataque al cuartel Moncada efectuada en la Plaza de la Revolución. La Habana, 26 de julio de 1970.

[...] Hace 17 años o algo más, 17 años del Moncada. Antes fue necesario hacer un arduo trabajo de organización, preparación. Hace 18 años empezábamos esta lucha; 18 años de nuestras vidas, una parte de nosotros hemos invertido en esto; 18 años, una parte de nuestra juventud la hemos invertido en esto.

¿Y qué podemos hacer hoy? ¿Qué podemos desear hoy más que nunca? Las energías que nos queden, las energías que nos queden, hasta el último átomo dedicarlo a esa tarea. Saldar esa deuda que tenemos con tantos enemigos —objetivos, subjetivos—, con los enemigos imperialistas que desean el fracaso de la Revolución; con la pobreza acumulada, con la ignorancia general, con nuestra propia ignorancia.

Nosotros frente a los reveses del 26 de julio, al instante, al segundo, sólo pensábamos en empezar de nuevo, sólo pensábamos en la hora de volver a la lucha; sólo pensábamos, cuando oíamos las noticias espeluznantes de los asesinatos cometidos, que tendría que llegar un día en que ajustáramos cuentas con ellos. [...]

Ediciones COR, no. 11, 1970, Ed. COR del CC PCC, [Editora Política], La Habana, p. 36.

NO ES QUE EL MONCADA HUBIESE SIDO IMPOSIBLE TOMARLO

Conferencia de prensa ofrecida a los periodistas extranjeros. Santiago de Chile, 3 de diciembre de 1971.

[...] PERIODISTA (Diario “La Nación”, de Santiago de Chile). –En relación con el tema que usted estaba tocando, Comandante, yo quisiera plantearle una pregunta que preocupa a grandes círculos marxistas de América Latina. No es una pregunta de rutina política sino una pregunta de orden teórico.

¿Considera usted que con la experiencia de los últimos diez años de lucha revolucionaria en diversos países de América Latina la teoría del foco revolucionario ha quedado supeditada por otras formas de lucha, o sigue siendo válida aquella posición teórica que se ha sustentado por diversas personas?

FIDEL CASTRO. –Depende de lo que yo entienda por foco revolucionario. Yo le puedo responder simplemente lo siguiente: que si nos encontráramos de nuevo en Cuba en 1953 o en 1955 o en 1956, en las condiciones en que nosotros nos encontrábamos, con la experiencia que tenemos hoy, habríamos seguido el mismo camino.

Quizás habríamos ahorrado una larga vuelta. Porque como ustedes saben, nosotros iniciamos la lucha con el ataque al cuartel Moncada, empleando 160 hombres: 120 de los cuales en el Moncada, y 40 en otra fortaleza situada en la ciudad de Bayamo. Cometimos el error de dividir las fuerzas. Debimos haber concentrado los 160 en el punto principal. Después, llegamos a Cuba con 82 hombres. Pasamos dificultades muy grandes.

Hoy, no repetiríamos el ataque al Moncada. Hoy, no repetiríamos el desembarco del “Granma”. Hoy, con aquellos hombres que hicimos la primera acción, habríamos estudiado la zona de la Sierra Maestra, nos habríamos dirigido hacia allí, habríamos tomado una pequeña unidad, habríamos ocupado sus armas. Y habríamos comenzado la lucha de esa forma, ahorrando el largo viaje del Moncada y del “Granma”.

No es que el Moncada hubiese sido imposible tomarlo. Nosotros habríamos podido tomarlo. Analizado aún hoy a la luz de nuestra experiencia, creemos que pudo ser factible la toma. Y que la toma de aquel regimiento —que era la segunda unidad más importante del país— habría podido producir en fecha mucho más temprana la victoria de la Revolución. Pero era un camino mucho menos seguro, porque podía depender de muchos imponderables.

Pero sí le puedo asegurar que nosotros, ahorrando esa operación compleja y difícil —que fue necesario preparar en plena clandestinidad—, ahorrándonos la tarea de organizar también en la clandestinidad y en condiciones difíciles una expedición de 82 hombres —que en definitiva quedó reducida a siete hombres armados, y que nos vimos en la necesidad de proseguir esa lucha con esos siete hombres que volvieron a reunirse con armas—, habría sido mucho más lógico, mucho más sencillo, mucho más simple y mucho más seguro comenzar por allí: comenzar precisamente por la Sierra, sin ataque al Moncada y sin desembarco del “Granma”.

Pero, además, por una razón adicional: cuando hicimos la operación del Moncada fue el intento casi de tomar el poder de una manera en cierta forma fulminante, apoderarnos del regimiento y de sus armas, levantar la ciudad de Santiago de Cuba, lanzar la consigna de la huelga general en el país. Y si en último caso no lo lográbamos, sencillamente marchar a las montañas con aquellas armas.

Pero si hubiésemos obtenido la victoria en ese momento, la habría obtenido un equipo de hombres muy nuevos y sin suficiente experiencia. Al fin y al cabo la lucha de la Sierra Maestra nos enseñó mucho más en todos los órdenes de la vida: nos enseñó a combatir, nos enseñó a resolver problemas difíciles, desarrolló las mejores virtudes del hombre del pueblo a lo largo de 25 meses de lucha. Y nosotros creemos que esa experiencia fue decisiva en los momentos ulteriores. Me pregunto qué habría ocurrido si nosotros en 1953 hubiésemos obtenido la victoria, con mucho menor experiencia, pero además con una correlación de fuerzas mucho menos favorable.

Los hechos han sucedido de tal manera que precisamente llegamos a la victoria casi en el minuto y en el segundo exactos en

que nosotros podíamos haber encontrado una situación internacional que en muy difíciles circunstancias nos habría dado un mínimo margen de supervivencia.

Pero les quiero decir con esto que si nos encontrásemos hoy en aquella situación nosotros haríamos exactamente lo mismo.

Si se quiere llamar foco a eso, o como se quiera, es indiferente la terminología. No sé si hay otros países, no los conozco como conocía mi país. Pero si hay otros en las mismas circunstancias, creo que tendría toda la validez la táctica, la estrategia y la forma de lucha que nosotros empleamos. [...]

Cuba-Chile. 1972, pp. 491-492. La Habana: Ediciones Políticas. Comisión de Orientación Revolucionaria del CC PCC, [Editora Política].

TRINCHERAS DE IDEAS FUERON MÁS PODEROSAS QUE TRINCHERAS DE PIEDRAS

Discurso pronunciado en la conmemoración del XX aniversario del asalto al cuartel Moncada. Santiago de Cuba, 26 de julio de 1973.

[...] Con fervor y con respeto nuestro pueblo generoso ha querido conmemorar este día en que se cumple el XX aniversario del ataque al cuartel Moncada.

Con nosotros, en muchos lugares del mundo, los amigos de la Revolución celebran también con cariño este 26 de julio. Nuestro más profundo agradecimiento a las numerosas y destacadas delegaciones de Estados y organizaciones amigas que vinieron a compartir con nuestro pueblo los actos de esta fecha.

El 26 de julio ha pasado a ser una fecha histórica en los anales de la larga y heroica lucha de nuestra patria por su libertad. No era este alto honor, ciertamente, el propósito que guiaba ese día a los hombres que quisimos tomar esa fortaleza. Ningún revolucionario lucha con la vista puesta en el día en que los hechos que se deriven de su acción vayan a recibir los honores de la conmemoración. “El deber debe cumplirse sencilla y naturalmente” —dijo Martí—. El cumplimiento de un deber nos condujo a esta acción sin que nadie pensara en las glorias y los honores de esa lucha.

El deber nos impone igualmente reunirnos aquí esta noche para rendir tributo, no a los que aún vivimos y hemos tenido el privilegio de ver el fruto de los sacrificios de aquel día, sino a los que cayeron gloriosa y heroicamente por una causa, cuyas insignias triunfantes no tuvieron la dicha de ver desplegadas en el suelo querido de la patria que ellos regaron con su sangre joven y generosa. [...]

Algunos de nosotros, aun antes del 10 de marzo de 1952, habíamos llegado a la íntima convicción de que la solución de los problemas de Cuba tenía que ser revolucionaria, que el poder había que tomarlo en un momento dado por las masas y con las armas, y que el objetivo tenía que ser el socialismo.

¿Pero cómo llevar en esa dirección a las masas, que en gran parte no estaban conscientes de la explotación de que eran víctimas, y creían ver sólo en la inmoralidad administrativa la causa fundamental de los males sociales, y que sometida a un barraje incesante de anticomunismo, recelaba, tenía prejuicios y no rebasaba el estrecho horizonte de las ideas democrático-burguesas?

A nuestro juicio, las masas descontentas de las arbitrariedades, abusos y corrupciones de los gobernantes, amargadas por la pobreza, el desempleo y el desamparo, aunque no viesan todavía el camino de las soluciones definitivas y verdaderas, serían, a pesar de todo, la fuerza motriz de la Revolución.

La lucha revolucionaria misma, con objetivos determinados y concretos, que implicara sus intereses más vitales y las enfrentara en el terreno de los hechos a sus explotadores, las educaría políticamente. Sólo la lucha de clases desatada por la propia Revolución en marcha, barrería como castillo de naipes los vulgares prejuicios y la ignorancia atroz en que la mantenían sometidas sus opresores.

El golpe del 10 de marzo, que elevó a su grado más alto la frustración y el descontento popular, y sobre todo la cobarde vacilación de los partidos burgueses y sus líderes de más prestigio, que obligó a nuestro movimiento a asumir la responsabilidad de la lucha, creó la coyuntura propicia para llevar adelante estas ideas. En ellas se basaba la estrategia política de la lucha iniciada el 26 de julio.

Las primeras leyes revolucionarias se decretarían tan pronto estuviera en nuestro poder la ciudad de Santiago de Cuba, y serían divulgadas por todos los medios. Se llamaría al pueblo a luchar contra Batista y a la realización concreta de aquellos objetivos. Se convocaría a los obreros de todo el país a una huelga general revolucionaria por encima de los sindicatos amarillos y los líderes vendidos al gobierno. La táctica de guerra se ajustaría al desarrollo de los acontecimientos. Caso de no poder sostener la ciudad con mil armas que debíamos ocupar al enemigo en Santiago de Cuba, iniciaríamos la lucha guerrillera en la Sierra Maestra.

Lo más difícil del Moncada no era atacarlo y tomarlo, sino el gigantesco esfuerzo de organización, preparación, adquisición de

recursos y movilización, en plena clandestinidad, partiendo virtualmente de cero. Con infinita amargura vimos frustrarse nuestros esfuerzos en el minuto culminante y sencillo de tomar el cuartel. Factores absolutamente accidentales desarticularon la acción. La guerra nos enseñó después a tomar cuarteles y ciudades. Pero si con la experiencia que adquirimos en ella se hubiese planteado de nuevo la misma acción, con los mismos medios y los mismos hombres, no habríamos variado en lo esencial el plan de ataque. Sin los accidentes fortuitos que infortunadamente ocurrieron, lo habríamos tomado. Con una mayor experiencia operativa lo habríamos podido tomar por encima de cualquier factor accidental.

Lo más admirable de aquellos hombres que participaron en la operación, es que habiendo entrado en combate por primera vez, arremetieron con tremenda fuerza los objetivos que tenían delante, creyendo que se hallaban ya dentro de las fortificaciones, cuya configuración exacta ignoraban. Pero la lucha se había entablado por desgracia en las afueras de la fortaleza. Con aquel ímpetu con que descendieron de sus carros, ninguna tropa desprevenida los habría podido resistir.

Pero la estrategia política, militar y revolucionaria, concebida a raíz del Moncada, fue en esencia la misma que se aplicó cuando tres años más tarde desembarcamos en el “Granma” y ella nos condujo a la victoria. [...]

[...] El Moncada nos enseñó a convertir los reveses en victorias. No fue la única amarga prueba de la adversidad, pero ya nada pudo contener la lucha victoriosa de nuestro pueblo. Trincheras de ideas fueron más poderosas que trincheras de piedras. Nos mostró el valor de una doctrina, la fuerza de las ideas, y nos dejó la lección permanente de la perseverancia y el tesón de los propósitos justos. Nuestros muertos heroicos no cayeron en vano. Ellos señalaron el deber de seguir adelante, ellos encendieron en las almas el aliento inextinguible, ellos nos acompañaron en las cárceles y el destierro, ellos combatieron junto a nosotros a lo largo de la guerra. [...]

Ediciones OR, no. 7, 1973, Ed. DOR del CC PCC, [Editora Política], La Habana, pp. 5,11-12, 15-16.

INTENTAR TOMAR EL CUARTEL

Discurso en la clausura de la Asamblea de Balance, Renovación o Ratificación de Mandatos del Partido Comunista en Santiago de Cuba. Santiago de Cuba, 14 de marzo de 1974.

[...] es imposible que no recordemos incluso aquellas horas que nos reunimos muy cerca de aquí para intentar tomar el cuartel Moncada, éramos un puñado de hombres, éramos una pequeñísima organización, pero por delante qué teníamos, nada más que los riesgos, pero no el riesgo de la vida que siempre carecerá de importancia, el riesgo de la derrota, el riesgo de no ver realizado los propósitos por los cuales luchábamos, la posibilidad de la adversidad convertirnos en ejemplo, convertirnos en banderas de nuevas generaciones, [...]

Centro de Documentación del CC PCC. 14 de mayo de 1974, pp. 41-42. Santiago de Cuba.

EL 26 DE JULIO SE INICIÓ UN CAMINO LARGO

Conferencia de prensa con los periodistas nacionales. Matanzas, 29 de junio de 1974.

[...] Periodista. –[...] ¿Usted pudiera referirse a la vinculación histórica que tienen los puros ideales por los que se luchó en el Moncada con este proceso que se lleva a cabo hoy en Matanzas, que es precisamente que el pueblo elige sus delegados?

Fidel Castro. –Por supuesto que sí, puesto que la Revolución es un camino largo que no se anda en un día. Y el 26 de julio se inició un camino largo por muchas cosas. En ese largo camino hubo luchas, hubo reveses, hubo victorias, hubo el triunfo de la Revolución y hubo la marcha ascendente de esa Revolución. Y podemos decir que ya este proceso que estamos viviendo ahora es una victoria más, un ascenso más de la Revolución, una aspiración más de la Revolución, un sueño más de la Revolución, un escalón más de la Revolución que asciende. [...]

Departamento de Versiones Taquigráficas del Gobierno Revolucionario, Centro de Documentación del CC PCC. Matanzas, 29 de junio de 1974, pp. 20-21.

EL FUTURO NO ES FÁCIL PARA NINGÚN PAÍS, NI AUN CON UNA REVOLUCIÓN

Discurso pronunciado en la conmemoración del XXI aniversario del ataque al cuartel Moncada efectuado frente al Estado Mayor del Ejército Central. Matanzas, 26 de julio de 1974.

[...] Han pasado 21 años desde el ataque al cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953. Bien: algo se ha hecho. Hemos dado un importante paso de avance hacia delante; hemos creado estas condiciones que poseemos hoy; hemos creado una solidez política tremenda, fundida con el esfuerzo, el sacrificio y el sudor de nuestro pueblo, defendida por nuestros combatientes de las Fuerzas Armadas Revolucionarias; hemos conquistado, en dos palabras, el porvenir. Nos hemos convertido en dueños del porvenir, y tendremos el porvenir que nosotros mismos seamos capaces de crear.

Cierto es que en los primeros años de la Revolución la tarea principal fue sobrevivir; pero en estos últimos años la Revolución se dedica no sólo ya a sobrevivir, sino a avanzar, a construir, a desarrollarse. Ese futuro está en nuestras manos enteramente.

Claro que el futuro no es fácil para ningún país, ni aun con una revolución; el camino no será sencillo, el camino no será fácil, las dificultades siempre serán grandes. [...]

Ediciones OR, no. 14, 1974, *Instituto Cubano del Libro, La Habana*, pp. 27-28.

LA GRAN LECCIÓN DEL 26 DE JULIO ES LA IMPORTANCIA DE LAS MASAS EN LA LUCHA

Discurso pronunciado en el acto central en conmemoración del XXII aniversario del ataque al cuartel Moncada. Santa Clara, 26 de julio de 1975.

[...] El asalto al cuartel Moncada fue el hecho que abrió la vías de la ulterior unión y movilización del pueblo hacia la victoria. ¿Cuánto tiempo transcurrió desde el 26 de julio de 1953 al 1º de enero de 1959? Cinco años, cinco meses y cinco días. Ni más ni menos. ¡Cinco años, cinco meses y cinco días, que transcurrieron en las prisiones, en la persecución, en el exilio y en las montañas! Pero trabajó duro nuestro pueblo, ¡muy duro!, que en tan breve espacio de tiempo recorrió tan largo trecho histórico. No lo habría sospechado jamás el tirano. No lo habría sospechado jamás el imperialismo ante los primeros reveses de la Revolución, el revés transitorio del 26 de julio, o el revés transitorio de Alegría de Pío, en los primeros días del desembarco del “Granma”, que redujo nuestras fuerzas a sólo 7 hombres armados.

No creían algunos que la Revolución fuese posible, que la victoria fuese posible; pero la Revolución fue posible y la victoria fue posible, porque nuestra causa era justa, porque se basaba en leyes objetivas de la sociedad y de la historia. ¡Nuestros libros eran las obras de Martí, de Marx, de Engels y de Lenin! ¡Nuestra fuerza era la fuerza del pueblo! ¡Y esas ideas, aun en las más difíciles circunstancias, nos condujeron a la victoria de enero de 1959, y al triunfo y la consolidación del socialismo en nuestra patria!

La gran lección del 26 de julio es la importancia de las masas en la lucha, la importancia del pueblo en la lucha revolucionaria, y el valor de la constancia y la perseverancia en el esfuerzo. ¡No desalentarse ante ningún revés, ante ninguna dificultad! Y tal ha sido no sólo la enseñanza del 26 de julio, sino la enseñanza de toda nuestra historia: desde Céspedes, Máximo Gómez y Agramonte, hasta Martí y Maceo. [...]

Los que cayeron, no cayeron en vano: cayeron por el bienestar y la felicidad del pueblo; cayeron por conquistar el derecho del pueblo a construir su propia vida, y a decidir su propio destino; cayeron para que ustedes pudieran construir escuelas, educar niños, salvar vidas, desenvolver una cultura; cayeron para ganar el derecho a vivir como seres dignos y como seres humanos; cayeron para libertar al trabajo de la explotación; cayeron para la libertad. [...]

Ediciones OR, *trimestre julio-agosto-septiembre de 1975*, Ed. DOR del CC PCC, [Editora Política], La Habana, 1975, pp. 39, 42.

NO SIEMPRE EN LA HISTORIA LOS REVESES TÁCTICOS SON SINÓNIMO DE DERROTA

Informe del Comité Central del Partido Comunista de Cuba al Primer Congreso. Teatro Carlos Marx. La Habana, 17 de diciembre de 1975.

[...] El asalto al cuartel Moncada no significó el triunfo de la Revolución en ese instante, pero señaló el camino y trazó un programa de liberación nacional que abriría a nuestra patria las puertas del socialismo. No siempre en la historia los reveses tácticos son sinónimos de derrota. Como han expresado sus propios organizadores, la victoria en 1953 habría sido tal vez demasiado temprana para contrarrestar las desventajas de la correlación mundial de fuerzas en aquel instante. El imperialismo yanqui era extraordinariamente poderoso, y si la Revolución hubiese sido puesta en la disyuntiva de claudicar o perecer, habría sin dudas perecido antes que claudicar. Pero la historia no transcurre en ningún país sin estas alternativas imponderables y a veces trágicas. Lo importante para abrir el camino hacia el futuro en determinadas circunstancias es la voluntad inquebrantable de lucha y la propia acción revolucionaria. Sin el Moncada no habría existido el “Granma”, la lucha de la Sierra Maestra y la victoria extraordinaria del 1° de enero de 1959. De igual modo, sin la epopeya del 68 y el 95, Cuba no sería independiente y el primer país socialista de América, sino casi con toda seguridad, un estado más del odioso imperialismo yanqui. El sentimiento nacional se habría frustrado para siempre y ni siquiera se hablaría el español en esta hermosa tierra. Sobre la sangre y el sacrificio de sus hijos se ha fundado la patria independiente, revolucionaria y socialista de hoy.

A los cinco años, cinco meses y cinco días del asalto al Moncada, triunfó la Revolución en Cuba. Un récord verdaderamente impresionante si se tiene en cuenta que transcurrieron para sus dirigentes casi dos años de cárcel, más de año y medio de exilio y 25 meses de guerra. Lapso en que la correlación mundial de fuerzas

también había cambiado lo suficiente como para que la Revolución cubana pudiera sobrevivir.

No fue sólo necesaria la acción más resuelta, sino también la astucia y la flexibilidad de los revolucionarios. Se hicieron y se proclamaron en cada etapa los objetivos que estaban a la orden del día y para los cuales el movimiento revolucionario y el pueblo habían adquirido la suficiente madurez. La proclamación del socialismo en el período de lucha insurreccional no hubiese sido todavía comprendida por el pueblo, y el imperialismo habría intervenido directamente con sus fuerzas militares en nuestra patria. En aquel entonces el derrocamiento de la sangrienta tiranía batistiana y el programa del Moncada unían a todo el pueblo. Cuando más tarde la Revolución pujante y victoriosa no vaciló en seguir adelante, algunos dijeron que había sido traicionada, sin tomar en cuenta que la verdadera traición consistía en que la Revolución se hubiese detenido en la mitad del camino. Derramar la sangre de miles de los hijos del pueblo humilde para mantener el dominio burgués e imperialista y la explotación del hombre por el hombre, habría sido la más indignante traición a los muertos y a todos los que lucharon desde el 68 por el porvenir, la justicia y el progreso de la patria. [...]

Ediciones OR, *trimestre octubre-noviembre-diciembre de 1975*, Ed. DOR del CC PCC, [Editora Política], La Habana, 1975, pp. 34-35.

POR ESTE PRESENTE DE LIBERTAD Y DE PROGRESO PARA TODA LA PATRIA LUCHARON ELLOS

Discurso pronunciado en el acto conmemorativo del XXIII aniversario del asalto al cuartel Moncada. Pinar del Río, 26 de julio de 1976.

[...] Y nos satisface poderlo proclamar aquí en esta provincia un 26 de julio, en esta provincia que dio uno de los mejores contingentes para el inicio de la lucha armada revolucionaria: jóvenes de Artemisa, de Guanajay y de la ciudad de Pinar del Río, que constituían anteriormente partes unidas de la provincia de Pinar del Río. Por eso tenemos siempre presente el aporte de esta región de Cuba a la lucha revolucionaria, antes del 26 de julio, después del 26 de julio; antes del 1° de enero, después del 1° de enero; ¡ayer, hoy y mañana!

Pensamos que ese es el mejor tributo que puede rendírseles a los 17 combatientes pinareños que murieron en ocasión del ataque al Moncada o en las luchas ulteriores. Porque algunos de los que participaron en el Moncada participaron también después en el “Granma” y participaron en la Sierra, y los tendremos siempre presentes; de ellos fueron símbolos Julito Díaz y Ciro Redondo. Por este presente de libertad y de progreso para toda la patria —y en el seno de la patria, también su provincia: Pinar del Río— lucharon ellos. [...]

Ediciones OR, *trimestre julio-agosto-septiembre de 1976*, Ed. DOR del CC PCC, [Editora Política], La Habana, 1976, pp. 12-13.

LOS DOS MOMENTOS MÁS DUROS FUERON ESOS DOS MOMENTOS

Entrevista concedida a la periodista norteamericana Barbara Walters. Palacio de la Revolución. La Habana, 19 de mayo de 1977.

[...] Hubo momentos muy difíciles después del ataque al cuartel Moncada cuando sufrimos una derrota; vamos a decir que sufrimos un revés, un duro revés. Murieron muchos compañeros y nos quedamos un grupo reducido, una parte de los cuales caímos prisioneros. Fueron días muy amargos.

La prisión; pero la prisión la utilizamos bien; la aprovechamos para estudiar, para planear el futuro. Desde luego, teníamos una absoluta confianza en lo que estábamos haciendo y una disposición total, y éramos perseverantes.

Después volvimos a tener un momento muy amargo, un segundo revés, cuando después del desembarco del “Granma”, a los tres días, fuimos atacados por sorpresa y totalmente dispersados. Esos fueron momentos también muy amargos, hubo instantes muy difíciles. Y no quiero extenderme sobre eso, nada más que para puntualizar en qué consistieron esos momentos.

[...] Los dos momentos más duros —no sólo para mí, sino para todos los compañeros— fueron esos dos momentos: el revés después del Moncada, y el revés después del “Granma”. No recuerdo que hayamos tenido ningún otro período tan amargo, tan difícil como estos. [...]

Ediciones OR, *trimestre abril-mayo-junio de 1977, Ed. DOR del CC PCC, [Editora Política], La Habana, 1977, pp. 74-75.*

SE HICIERON NUMEROSOS PRISIONEROS, Y NINGUNO RECIBIÓ NI SIQUIERA UN GOLPE

Discurso pronunciado en el acto central por el XX aniversario del levantamiento revolucionario del 5 de septiembre. Cienfuegos, 5 de septiembre de 1977.

[...] Algo más, cuando se produce el ataque al cuartel Moncada, la campaña que hizo el enemigo, una campaña mentirosa, calumniosa, infame, es que nosotros habíamos penetrado en el hospital y degollado a los militares enfermos. Y es cierto que se penetró en el hospital militar por una equivocación; pero tan pronto se vio que aquella instalación no era una de las barracas, inmediatamente fueron retirados los hombres del lugar, y no murió nadie, no murió nadie. Eso fue en el vestíbulo prácticamente del hospital. Y recuerdo que yo personalmente entré y mandé a replegar a los compañeros de aquel lugar.

Sin embargo, ese hecho se tomó como pretexto para levantar una gran calumnia, que los revolucionarios habíamos penetrado al hospital y habíamos asesinado a los enfermos. Y Batista les hizo creer a muchos soldados, y les hizo creer a muchos policías y marinos que los revolucionarios éramos una especie de criminales, que habíamos degollado a los enfermos en el hospital, para crear así el más profundo odio contra los revolucionarios. La demagogia batistiana se basaba en esos resortes: estos son unos criminales —les decían a los soldados—, han degollado a nuestros compañeros enfermos en el hospital.

Claro, todo eso para incitar la sed de sangre y el odio de los soldados, que después cometían con la mayor tranquilidad del mundo increíbles crímenes.

Lo cierto es que en el Moncada se hicieron numerosos prisioneros, y ninguno de ellos recibió ni siquiera un golpe. Esa es la realidad. Pero Batista hizo una fuerte campaña en las Fuerzas Armadas contra los revolucionarios y contra el Movimiento 26 de Julio, para mantener la unión y el odio contra los revolucionarios. [...]

Ediciones OR, *trimestre julio-agosto-septiembre de 1977*, Ed. DOR del CC PCC, [Editora Política], La Habana, 1977, p. 133.

AL EJÉRCITO DE BATISTA ÍBAMOS A TOMARLE LA SEGUNDA FORTALEZA MILITAR DEL PAÍS

Entrevista concedida a los periodistas de la televisión sueca, filmada en lugares históricos de las provincias orientales. Santiago de Cuba, [1977].

[...] *PERIODISTA: Comandante, ¿y entonces de aquí salieron?*

FIDEL: Aquí concentramos las armas y aquí concentramos el personal que iba a atacar el cuartel Moncada. Ciento treinta y cinco hombres se reunieron aquí en la madrugada del día 26 de julio, mientras otro grupo estaba en la zona de Bayamo. Porque militarmente nosotros pensábamos tomar el Moncada y Bayamo, para tener una vanguardia organizada en la dirección principal del contraataque posible de Batista.

PERIODISTA: Comandante, ¿pero la estrategia del Moncada era tomar ese campamento para armar luego al pueblo y seguir una guerra?

FIDEL: Nosotros pensábamos ocupar las armas del campamento, pensábamos hacer un llamamiento a la huelga general de todo el pueblo partiendo de la situación de descontento y de odio hacia Batista, y pensábamos utilizar las estaciones nacionales de radio para un llamamiento a la huelga general. Si no se lograba la paralización del país, el objetivo nuestro era después ir hacia las montañas para librar una guerra irregular en las montañas.

PERIODISTA: Así que el plan de la guerrilla ya lo tenía elaborado.

FIDEL: Tenía dos variantes. Una, tratar de provocar un levantamiento nacional para el derrocamiento de Batista. Caso de no lograrse el levantamiento nacional o en el caso de que Batista pudiera reaccionar con fuerzas superiores y atacarnos aquí en Santiago de Cuba, la idea nuestra era con la armas del cuartel Moncada, marchar a las montañas y librar la guerra irregular en

las montañas. Fue exactamente lo que hicimos tres años después. La estrategia que elaboramos para el Moncada fue la misma que nos condujo después a la victoria, sólo que en la segunda ocasión no comenzamos por el Moncada, sino comenzamos por la Sierra. Hicimos la guerra en la Sierra, y al final liquidamos a Batista con esa misma estrategia en esencia.

De modo que la estrategia del Moncada fue la estrategia que seguimos —en rasgos generales— después y con la cual derrocamos a Batista. Pero no fue en ese momento.

Ahora, estoy convencido de que si hubiéramos podido tomar el cuartel y ocupar las armas, y hubiéramos iniciado en ese entonces la guerra contra Batista, habríamos liquidado a Batista antes. [...]

Yo pienso que si hubiéramos liquidado a Batista en 1953, el imperialismo nos habría aplastado; porque entre 1953 y 1959 se produjo en el mundo un cambio en la correlación de fuerzas muy importante.

PERIODISTA: La guerra fría estaba todavía en pleno auge.

FIDEL: Y el Estado soviético era todavía relativamente débil en esa época. Y hay que ver que a nosotros nos ayudó decisivamente el Estado soviético, que en 1953 no lo habría podido hacer. Esa es mi opinión.

Es decir, un triunfo en 1953 posiblemente habría sido frustrado después por el imperialismo. Pero seis años más tarde, era el momento preciso, muy ajustado, en que un cambio en la correlación de fuerzas del mundo nos permitía a nosotros sobrevivir. Tal vez en 1953 no habríamos sobrevivido, si hubiésemos triunfado.

PERIODISTA: Se hubiesen radicalizado y...

FIDEL: Pero habiendo triunfado en 1959, hubo una oportunidad de sobrevivir. Esa es mi apreciación.

PERIODISTA: Una oportunidad.

FIDEL: Sí, sí, una oportunidad.

PERIODISTA: Eso es significativo, que usted diga una oportunidad; porque realmente fue bastante estrecha para...

FIDEL: ¿Qué habríamos podido hacer en 1953? Habríamos triunfado, habríamos llevado a cabo el programa revolucionario que entonces habíamos concebido, ese programa habría desatado la agresión imperialista, y nos habrían aplastado. De modo que si la revolución triunfa en 1953 no habría podido sobrevivir. Esos son los azares de la historia.

PERIODISTA: Bien, Comandante, ¿podemos seguir con usted?

FIDEL: Hacemos lo que ustedes quieran. ¿Quiere que le enseñe las armas aquí? Venga. Ese es el único fusil M-1 que teníamos, la única arma de guerra.

Esta es una selección del grupo de armas que nosotros utilizamos. Esta es la única arma de guerra que había, un fusil M-1, que era de la Universidad. Entrenábamos allí en la Universidad con ese fusil.

De este fusil teníamos tres, pero este es un fusil de la época de Buffalo Bill más o menos, un fusil 44. El grueso de nuestras armas era de este tipo de escopeta, calibre 12, calibre 16 y fusiles de 22 milímetros. Con estas armas... estas las compramos en armerías todas. Pero yo diría que eran armas eficientes, eran fusiles automáticos, y estos también eran automáticos, que tenían cartuchos especiales que se habían comprado. Y pienso que son armas eficientes, aún hoy pienso que son armas eficientes.

Claro, no teníamos ninguna *bazooka*, ningún cañón antitanque, ningún mortero. Habría sido mucho mejor todo eso. Pero en aquella época teníamos esas armas, y esas fueron las armas con las cuales nosotros organizamos el ataque al cuartel Moncada.

Otro hecho: nosotros habíamos adquirido uniformes del Ejército, todos nuestros uniformes eran uniformes del Ejército, que los habíamos adquirido a través de un compañero¹ nuestro que estaba en el Ejército de Batista, y entonces los ciento treinta y cinco hombres tenían uniformes militares. El elemento sorpresa era el factor decisivo de la operación con estas armas y con estos uniformes del Ejército.

Al Ejército de Batista íbamos a tomarle la segunda fortaleza militar del país, que tenía más de mil hombres. Y se habría podido tomar. Aún hoy, pienso que el plan no era un mal plan; era un buen plan.

PERIODISTA: El problema fue el desvío de la otra fuerza.

FIDEL: El problema fundamental es que con motivo de los carnavales, que nosotros habíamos planificado nuestra acción en el carnaval, durante el carnaval, para poder movilizar más fácilmente a nuestras fuerzas, en esos días precisamente ellos redoblaron la guardia, y establecieron una posta cosaca alrededor del regimiento. Y lo que complicó la situación definitivamente fue el choque nuestro con la guardia cosaca, una guardia cosaca que pusieron a todo alrededor del cuartel y por la calle principal por donde íbamos nosotros. Y origina un combate fuera del cuartel. De lo contrario, nosotros habríamos podido tomar el cuartel perfectamente bien.

PERIODISTA. Se puede sacar una foto ahí.

FIDEL: En este pozo escondimos las armas, y sobre este pozo Abel Santamaría, que era el compañero responsable de esta casa y dirigente del Movimiento, colocó esta tinaja. En esa tinaja echó tierra y sembró un árbol. Así que nuestras armas estaban debajo de un árbol que se sembró aquí. Y así estaba todo hasta el día 26 de julio, que quitamos el árbol, quitamos la tinaja y sacamos las armas.

[La entrevista continúa mientras Fidel conduce el *jeep*, rumbo al cuartel Moncada]

PERIODISTA: ¿Cuántos carros eran en total?

FIDEL: Eran, en total... Primero salieron los carros que iban a tomar el Hospital Civil; eran tres. Después, los carros que iban a tomar la Audiencia; eran dos. Y después conmigo iban los carros que iban a tomar el cuartel, que eran alrededor de catorce carros los que iban conmigo. Yo llevaba alrededor de noventa hombres para tomar el cuartel.

PERIODISTA: ¿Entonces el total era asignado a otros objetivos?

FIDEL: Sí, había treinta y cinco destinados a tomar el Hospital Civil y la Audiencia, para rodear el cuartel.

PERIODISTA: ¿Su hermano Raúl, Comandante, qué misión tuvo?

FIDEL: Raúl iba a tomar el Hospital Civil, el Hospital Civil no, la Audiencia de Santiago de Cuba, que rodea el cuartel. Y Abel iba al Hospital Civil. Yo a los compañeros responsables, al segundo jefe del Movimiento, que era Abel, lo mandé al Hospital Civil por si me mataban a mí en el cuartel, ¿comprende?, que no fuera a quedar el grupo sin dirección. Y Raúl iba a la Audiencia. Nosotros tomábamos los edificios alrededor del cuartel simultáneamente con el ataque al cuartel.

Ya se imaginará que íbamos tensos por aquí, por este camino; pero en realidad muy decididos. Ciertamente no teníamos ninguna duda del éxito. Lo más difícil hasta este momento se había logrado: organizar los hombres, entrenarlos, adquirir las armas y preparar el ataque.

PERIODISTA: Claro, sin caer en la represión.

FIDEL: Claro.

PERIODISTA: ¿Y esta montaña, al frente, es la Gran Piedra, a donde fueron después?

FIDEL: Después nosotros regresamos aquí a la casa, para tratar de reorganizar a la gente, y con un grupo de diez o doce hombres fuimos a las montañas. Pero nuestras armas, que eran buenas para luchar en el cuartel, no eran buenas para luchar en las montañas.

PERIODISTA: ¿No eran de largo alcance?

FIDEL: Eran de muy corto alcance.

PERIODISTA: Me imagino que el panorama era un poco distinto porque no había tales pastoreos allí.

FIDEL: No, esto es nuevo todo. Si quieren, pueden guardar material para cuando llegemos allá, ¿eh?

PERIODISTA: *Sí, sí, hay.*

FIDEL: Era por este puente. El único incidente de importancia es que este puente es de una sola vía, y cuando íbamos por allí venía un carro por el frente, y tuvimos que esperar que cruzara, y entonces seguimos por aquí.

Como usted ve, la casa estaba cerca del cuartel. Aquí doblamos para entrar en el cuartel.

PERIODISTA: *¿En ocasión del asalto siguieron derecho?*

FIDEL: Por aquí, por aquí, por aquí seguimos.

[Fidel y los periodistas arriban al cuartel Moncada, donde prosigue el relato]

Entonces le voy a decir dónde se produce la crisis; la crisis se produce aquí.

¿Por qué? Porque la posta cosaca venía en esta dirección hacia acá, y nos la encontramos aquí; pero un carro había pasado delante de nosotros, que es el que tenía que desarmar la posta, y el carro llegó —llevaba cien metros delante de nosotros— y desarmó la posta. Pero la posta cosaca vio pasar el primer carro y se quedó mirando; y cuando vio que el carro desarmó a la posta allí, se puso en actitud de guardia, de alerta. Entonces me quedaba a mí aquí al lado la posta cosaca, y yo estaba sacando la pistola para hacer prisionera a la posta cosaca. Y en ese momento, la posta cosaca se da cuenta de que nosotros estamos al lado, y hace un ademán de disparar y yo le tiro el carro a la posta cosaca arriba. Aquí mismo fue, en este lugar, más o menos. Entonces la posta cosaca se retira para allá, yo me bajo... Porque yo estuve haciendo tres movimientos: con esto por aquí, manejando por aquí, la pistola por acá. Entonces, cuando yo me paro, los carros que vienen detrás piensan que están dentro del cuartel y se bajan y asaltan este lugar aquí. Entonces yo tengo que bajar a sacar a la gente de este edificio para continuar el ataque; pero invierto como cinco o seis minutos en eso. Cuando ya nosotros montamos otra vez en el carro, monto otra vez en el carro, un carro avanzó y retrocedió y chocó

con el mío. El resultado fue que el combate se empieza a desarrollar fuera del cuartel, y el combate tenía que desarrollarse dentro del cuartel...

PERIODISTA: Entonces se movilizó el cuartel.

FIDEL: Entonces se movilizó el Regimiento, y entonces organizó la defensa. Eso fue lo que impide... Porque realmente la posta cosaca era una cosa nueva, que la habían puesto con motivo de los carnavales. El plan realmente... Le voy a decir...

Yo no sé si se podrá caminar por aquí, pero ahí no había árboles —creo yo— en esta época. Entonces el asalto empezaba allí, allí.

PERIODISTA: Allí tenía que empezar.

FIDEL: Allí tenía que empezar cuando nos franqueara la posta. Pero resulta que el encuentro con la posta cosaca, que en realidad yo tuve dos intenciones: uno, proteger la gente que había tomado la posta; segundo, quitarle las armas a la posta cosaca. Yo creo que si hubiéramos seguido de largo, sin hacerle caso a la posta los otros carros, habríamos tomado el cuartel.

PERIODISTA: En esos momentos.

FIDEL: Sí, sí, lo hubiéramos sorprendido; porque él hubiera visto un carro delante, otro detrás, otro detrás, y la posta cosaca no habría tirado. Hoy me doy cuenta de eso, pero en aquel momento yo traté de proteger a la gente que tomó la posta y quitarle las armas a la posta cosaca. Y como resultado de eso se produce el combate fuera del cuartel; y la gente que no conocía bien el cuartel, asalta todos aquellos lugares. Y yo tengo entonces que dedicarme a reorganizar a la gente para el encuentro...

Cuando vamos a penetrar en el cuartel, se produce un accidente de un carro que choca con el carro mío.

PERIODISTA: Porque la gente suya no conocía a Santiago realmente.

FIDEL: La gente no conocía, la gente tenía que pararse donde yo me parara. Pero realmente en ese momento, cuando yo veo que la posta cosaca va a tirarle a la gente nuestra en el cuartel, traté de protegerlos y fui a arrestar la posta cosaca. Entonces la posta nos descubre, va a tirar, yo le tiro el carro arriba a la posta cosaca, y en ese momento se empieza a armar el tiroteo. Pero el tiroteo se arma fuera del cuartel.

PERIODISTA: Entonces ese incidente fue el más grave.

FIDEL: Ese fue el más grave. Si no llega a ocurrir el incidente de la posta cosaca, nosotros tomamos el cuartel, porque la sorpresa era total.

El plan era un buen plan. Y si fuera necesario hacer un plan ahora, con la experiencia que ya tenemos, haríamos un plan más o menos igual. El plan era bueno.

Es decir que se produce un incidente, una cosa accidental, que dio al traste con todo el plan; esa es la realidad.

El fracaso de la toma del cuartel fue el encuentro con la posta cosaca, que en realidad debimos haber seguido de largo.

PERIODISTA: ¿Por qué le llamaban posta cosaca?

FIDEL: Porque le llaman así a la posta que hace recorrido alrededor del cuartel, y esta iba de aquí hasta la avenida, y volvía. Y la pusieron con motivo de los carnavales, es decir que eso no estaba previsto, la posta. Parece que con motivo de los carnavales, quizá para prevenir incidentes de menor importancia, pusieron la posta cosaca; porque ellos no tenían la menor sospecha de que se iba a atacar el cuartel, pero la posta la pusieron con motivo de los carnavales de Santiago; anteriormente no tenían esa posta; la pusieron esos días.

PERIODISTA: Por otro lado, los carnavales eran un elemento favorable.

FIDEL: Nos ayudaban, porque facilitaban el movimiento con menos sospecha. Es decir, el carnaval nos favoreció pero por otro lado el carnaval originó que ellos pusieran una posta extra que no

ponían normalmente, y esa posta tiene el choque con nosotros allí, a ochenta metros de la entrada del cuartel. Pero de lo contrario, de los carros se habría bajado aquí todo el mundo y habría tomado el cuartel, lo habrían tomado. Y estábamos vestidos de soldados además. Y si se toma la posta, se atrincheran aquí, porque el problema es que ellos movilizan al Regimiento; de lo contrario, nosotros hubiéramos agarrado al Regimiento dormido y lo habríamos cercado, porque teníamos tomado el edificio de la Audiencia, los edificios que rodean, los edificios principales los habíamos tomado ya, los que rodean el cuartel. Entonces nosotros habríamos tomado esta parte y lo habríamos puesto para el patio a ellos. Claro, habría sido una carnicería; porque lo que se demostró allí cuando chocamos con la posta cosaca, empezó el tiroteo violento, muy violento... Yo pienso que como la gente nuestra todavía no tenía mucha disciplina de fuego, al llegar aquí habría disparado también, y habría sido una carnicería. No dudo eso. [...]

PERIODISTA: Comandante, yo, como le mencioné, quería pasar a otro punto antes de hablar de cosas políticas más generales. Una cuestión que ha impresionado bastante a cualquiera que conozca la historia de Cuba un poquito, fue ese proceso de su aislamiento después de la derrota del Moncada, con la tragedia de tantos compañeros muertos. Una derrota, claramente... ¿Cómo en ese aislamiento, esa celda de aislamiento, usted no perdió el ánimo, no abandonó la lucha; siguió pensando, siguió preparando La historia me absolverá, hizo un documento político que fue la base de la continuación de la lucha y el programa de la Revolución?

FIDEL: En realidad nosotros trabajamos para la victoria, no para la derrota, y sufrimos un revés muy duro. Pero además, ese revés había costado el sacrificio de muchos compañeros. Si antes del ataque al Moncada me sentía obligado con el país, después del ataque me sentí mucho más obligado. Yo creo que dadas nuestras intenciones, nuestro propósito, no podía reaccionar de otra forma que como reaccioné, todavía con más decisión, más espíritu de lucha. Nadie sabía cómo podía terminar todo aquello. No sabíamos, incluso, si nos iban a asesinar. Pero, desde luego, teníamos que defender nuestras ideas, teníamos que defender nuestra verdad.

Puede decirse que en circunstancias como esas, el hombre tiene mucho más estímulo que en circunstancias normales, y de esas dificultades saca fuerzas para enfrentarse a los problemas. Pero lo más esencial de todo es que nosotros estábamos absolutamente convencidos de que teníamos la razón. Y ese factor nos daba fuerzas para enfrentarnos a aquellos momentos tan difíciles, profundizar más, exponer ante el pueblo los objetivos de nuestra lucha, enfrentarnos a la campaña de calumnias del gobierno y crear las condiciones para que si nuestra generación no podía realizar esas tareas, las pudiera realizar otra generación. Es decir, sembrar la semilla y ofrecer el ejemplo que ya no era el ejemplo personal mío, sino era el ejemplo de todos los compañeros que habían luchado y se habían sacrificado. Teníamos el deber de hacer el máximo esfuerzo para que ese sacrificio no fuera inútil.

PERIODISTA: En ese momento tan tremendo, usted se inspiró mucho en Martí, ¿verdad, Comandante?

FIDEL: En realidad siempre todos nosotros y toda nuestra generación recibió una gran influencia de Martí y una gran influencia de las tradiciones históricas de nuestra patria, que habían sido tradiciones de lucha muy duras por su independencia, y tradiciones realmente muy heroicas, que ejercían una gran influencia en todos nosotros. Yo en ese momento tenía una doble influencia, que la sigo teniendo hoy: una influencia de la historia de nuestra patria, de sus tradiciones, del pensamiento de Martí, y otra de la formación marxista-leninista que habíamos adquirido ya en nuestra vida universitaria.

Siempre esa combinación de las dos influencias: la influencia del movimiento progresista cubano, del movimiento revolucionario cubano, del pensamiento martiano y del pensamiento marxista-leninista, estuvo muy presente en todos nosotros. No se puede separar una cosa de la otra en la historia de nuestro país. Porque Martí en su época cumplió la tarea que le correspondía y fue exponente del pensamiento más revolucionario de aquella época. Pudiéramos decir que para nosotros la vinculación de ese pensamiento patriótico, de ese pensamiento revolucionario, con el pensamiento revolucionario más moderno, con el marxismo-

leninismo, la combinación de esa fueron los elementos que más influyeron en nosotros y que más, realmente, nos inspiraron.

Y que no podía ser de otra forma, porque en países como Cuba la liberación nacional y la liberación social están estrechamente unidas.

Martí significó el pensamiento de nuestra sociedad, de nuestro pueblo en la lucha por la liberación nacional. Marx, Engels y Lenin significaban el pensamiento revolucionario en la lucha por la liberación social. En nuestra patria, liberación nacional y revolución social se unieron como las banderas de la lucha de nuestra generación. [...]

“La estrategia del Moncada”. Revista Casa de las Américas. Julio-agosto de 1978, n. 109, pp. 11-18.

¹ Se refiere a Florentino Fernández.

LA IDEA DE NO RENDIRSE, LA IDEA DE NO DARSE POR DERROTADO NUNCA

Discurso pronunciado en el acto en conmemoración del Centenario de la Protesta de Baraguá. Municipio "Julio Antonio Mella". Santiago de Cuba, 15 de marzo de 1978.

[...] Para nuestra generación, esta que está aquí, más joven, menos joven, más madura, fue un gran privilegio, una gran suerte, una gran fortuna, que hayamos podido contar con ejemplos como este que hoy conmemoramos. Porque hay que decir que nuestra generación recibió la herencia, el espíritu de todo lo que hicieron aquellas generaciones: la herencia de Céspedes y Yara; la herencia de Agramonte, Calixto García, Máximo Gómez; la herencia de Maceo, la herencia de este hecho singular y extraordinario que fue la protesta de Baraguá; la herencia de nuestras luchas por la independencia, la experiencia de todas las generaciones anteriores. Porque en los combatientes revolucionarios de nuestra época eso estaba muy presente, y la Protesta de Baraguá estaba muy presente: la idea de no rendirse, la idea de no darse por derrotado nunca. Eso estaba muy presente.

Nosotros tuvimos nuestros reveses, duros; los tuvimos en el Moncada. ¡Ah!, pero nunca nos dimos por vencidos. Los combatientes del Moncada nunca se dieron por vencidos, nunca aceptaron la derrota. Era el espíritu de la Protesta de Baraguá. En la cárcel jamás se humilló ningún combatiente, jamás aceptó la derrota. Era el espíritu de Baraguá. Después del desembarco del "Granma" los reveses fueron grandes, pero muy grandes, podrían parecer insuperables; pero nadie se dio por vencido. Los que sobrevivieron, decidieron continuar la lucha. ¡Era el espíritu de Baraguá! [...]

[...] Cuando se cumpla ahora el 25 aniversario del Moncada, se cumplirá el 125 aniversario del nacimiento de Martí. Van también parejos. De cinco en cinco, de diez en diez, y de cien en cien, como si los números quisieran expresar, con su simbolismo, la estrechas relaciones que existen entre estos acontecimientos. [...]

Ediciones OR, *trimestre enero-febrero-marzo de 1978, Editora Política, La Habana, 1978, pp. 71, 73.*

SABÍAMOS QUE TODO ERA POSIBLE CON LA LIBERTAD Y CON LA REVOLUCIÓN

Discurso en el acto central con motivo del “Día de los Niños”. Campamento “José Martí”. La Habana, 16 de julio de 1978.

[...] Saben una cuestión, este es un día muy especial, porque este año se ha juntado todo. Esta es por eso la gran fiesta de los niños del país, una fiesta especial. En primer lugar, el campamento adquirió todas sus capacidades. En segundo lugar, se conmemora el XXV aniversario del Moncada. Y en tercer lugar, algo muy importante, tiene lugar el XI Festival Mundial de la Juventud y los estudiantes en nuestra Patria. [...]

[...] Esas coincidencias felices hacen más especial, más alegre, este “Día de los Niños” en nuestro país.

Y se cumple, además, el XXV aniversario del Moncada.

Escuchábamos emocionados cuando la compañerita que los representó en esta tribuna expresaba, en hermosas palabras, sus sentimientos de gratitud hacia los que trabajaron y se esforzaron por ustedes, y especialmente hacia los gloriosos caídos en la lucha revolucionaria.

Muchas cosas han ocurrido en nuestra patria en estos 25 años. Pero, ¿qué hacíamos nosotros un día como hoy, 16 de julio hace 25 años? Estábamos consagrados a los últimos esfuerzos, a los últimos preparativos, la adquisición de las últimas armas, los últimos entrenamientos, y los demás detalles del movimiento para atacar aquel baluarte de los opresores e iniciar la lucha por la liberación de nuestra patria.

Este ha sido un camino largo. Pero nosotros no podemos quejarnos de los logros de la Revolución; los logros de la Revolución han sido muchos, y en muchos casos esos logros han sobrepasado las mejores esperanzas de los revolucionarios.

Sabíamos que todo era posible con la libertad y con la Revolución; sabíamos que las posibilidades de superación del hombre, y de su desarrollo y de su avance, eran infinitas. Pero, ¿cómo podíamos imaginarnos, en concreto, un día como el de hoy? ¿Cómo podíamos imaginarnos un acto como éste, una organización de pioneros como ésta, unos niños como ustedes, unos jóvenes como ustedes?

Entonces, por supuesto, ninguno de los pioneros aquí presentes había nacido, y una gran mayoría de nuestra delegación al Festival no había nacido.

¡Y qué satisfacción mayor que la de pensar que estos logros, estos resultados, son el fruto del esfuerzo de los que lucharon y de los que cayeron a lo largo de nuestra historia y, entre ellos, los que cayeron en el Moncada y después del Moncada!

Por eso, el mejor homenaje, el mejor tributo a los caídos son ustedes, jóvenes y niños aquí presentes. Y lo digo con absoluta convicción: siempre valdrá la pena luchar y morir para una obra como ésta, siempre valdrá la pena que los pueblos luchen y se sacrifiquen para obtener frutos como estos. [...]

Ediciones OR, *trimestre julio-agosto-septiembre de 1978*, Editora Política, La Habana, 1978, pp. 14-16.

NINGÚN RÉGIMEN REACCIONARIO ES ETERNO

Discurso por el XXV aniversario del asalto al cuartel Moncada, celebrado en la Ciudad Escolar 26 de Julio. Santiago de Cuba, 26 de julio de 1978.

[...] Digamos en primer término a nuestro pueblo y a la juventud mundial, que felizmente nos acompaña en este aniversario, que el triunfo de una idea en cualquier país es siempre fruto del esfuerzo de muchas generaciones y el concurso de la humanidad entera. Aquí en este recinto, entre los muros de esta fortaleza, después de la acción armada, decenas de jóvenes como los que este año se reúnen en nuestra patria fueron atrocemente torturados y a la postre asesinados por quienes defendían intereses de clases explotadoras y monopolios imperiales, en un vano intento por impedir el curso de la historia. Con la rabia y el odio de quienes no toleran ni perdonan el desacato de los pueblos, como en los días de Espartaco, la Comuna de París, Viet Nam o Chile todas las iniquidades fueron cometidas por los opresores contra los valerosos combatientes revolucionarios. Los reaccionarios han creído siempre que su poder es invencible y eterno. ¡Qué lejos estaban de pensar que un día en el primer país socialista del hemisferio occidental, en la propia Santiago de Cuba y dentro de los muros de aquel bastión militar, nos reuniríamos los representantes de lo mejor y más progresista de la juventud mundial y el pueblo cuyos hijos escenificaron aquel desigual combate para festejar un XXV aniversario victorioso y el XI Festival mundial!

Ello indica que ningún anhelo justo de los pueblos es imposible, ningún revés es insalvable, ningún sacrificio es estéril, ningún régimen reaccionario es eterno. [...]

25 aniversario. *La Habana: Editora Política, 1978. 10 p.*

BAYAMO Y SANTIAGO DE CUBA ESTÁN INSEPARABLEMENTE UNIDAS EN ESTA FECHA

Discurso pronunciado en el acto central por el XXIX aniversario del asalto al cuartel Moncada. Ciudad de Bayamo. Provincia Granma, 26 de julio de 1982.

[...] Debo comenzar por señalar por qué se ha escogido la provincia de Granma para conmemorar este aniversario.

En primer término, el ataque al cuartel de Bayamo está indisolublemente vinculado a la concepción del plan del Moncada; tenía por objetivo tomar el cuartel, sublevar la ciudad y establecer aquí, a orillas del Cauto, la primera defensa contra los refuerzos de tropas enemigas. Luego, Bayamo y Santiago de Cuba están inseparablemente unidas en esta fecha que conmemoramos hoy.

Pero coincide, además, que nos encontramos en una tierra llena de historia. ¿Cómo podría escribirse la historia de Cuba sin la historia de Granma? Por aquí comenzó nuestra primera guerra de independencia, en La Demajagua, dirigida por aquel ilustre hijo de esta provincia, Carlos Manuel de Céspedes; por aquí se libraron las primeras batallas; no muy lejos de aquí tuvo lugar la primera carga al machete de nuestras fuerzas mambisas, dirigidas precisamente por Máximo Gómez. Por aquellos días tuvo lugar un acontecimiento que conmovió al mundo: el incendio de la ciudad de Bayamo antes que rendirla a los invasores. Por eso puede decirse que el primer grito de ¡independencia o muerte!, que es lo mismo que ¡patria o muerte!, se escuchó aquí en esta ciudad de Bayamo.

Aquí se creó y se entonó por primera vez nuestro Himno Nacional; aquí se libraron batallas de gran trascendencia, bajo las órdenes de Antonio Maceo; por aquí junto a la acción del Moncada, se inició nuestra gesta definitiva de independencia. En esta provincia desembarcó la expedición del Granma; en el territorio de esta provincia se libraron nuestros primeros combates victoriosos y muchas de las acciones decisivas de nuestra guerra de liberación. [...]

Ediciones OR, *trimestre julio-agosto-septiembre de 1982, Editora Política, La Habana, p. 33.*

ES UN EJEMPLO CONMOVEDOR DE HEROÍSMO QUE RECUERDA LA FAMILIA DE LOS MACEOS

Discurso pronunciado en el acto de inauguración del Hospital Clínico Quirúrgico “Hermanos Ameijeiras”. La Habana, 3 de diciembre de 1982.

[...] Este hospital, por supuesto que llevará un nombre muy honroso, y recuerdo sobre esto que fue una idea desde los primeros momentos, que este hospital llevara el nombre de unos compañeros revolucionarios de aquí precisamente, de Centro Habana, unos hermanos revolucionarios, tres hermanos, los hermanos Ameijeiras.

El primero, Juan Manuel Ameijeiras Delgado, murió el 26 de julio de 1953 en la acción del cuartel Moncada, cuando apenas contaba 20 años, y era —tengo entendido— el más joven de los hermanos. El segundo, Gustavo Ameijeiras Delgado, desapareció al salir de la prisión en enero de 1958; se sabe que lo apresaron cuando iba rumbo a la Sierra Maestra, fue golpeado y torturado, sin que se le pudiera arrancar una sola palabra, pero el lugar exacto de su muerte es desconocido. El tercero, Ángel Almeijeiras Delgado, Machaco, murió el 8 de noviembre de 1958, en una casa situada en O’Farrill y Goicuría, cuando fue sorprendido, junto a otros compañeros, por los esbirros, de la tiranía y defendieron caras sus vidas, fue vilmente asesinado una vez terminado el parque. [...]

[...] “La estirpe de los Ameijeiras es un ejemplo conmovedor de heroísmo que recuerda la familia de los Maceos”. Eso dijimos en la Sierra Maestra en noviembre de 1958. [...]

Ediciones OR, *trimestre octubre-noviembre-diciembre de 1982, Editora Política, La Habana, 1982, pp. 49-50.*

NUESTRA GENERACIÓN INICIÓ EL CAMINO DE LA LIBERACIÓN DEFINITIVA DE LA PATRIA

Discurso pronunciado en el acto central por el XXX aniversario del ataque al cuartel Moncada. Santiago de Cuba, 26 de julio de 1983.

[...] Con cariño, entusiasmo, júbilo y fervor, esperó nuestro pueblo este aniversario. Constituye para mí y para todos los compañeros sobrevivientes una singular experiencia, después de 30 años, reunirnos aquí con el pueblo de Santiago de Cuba, para conmemorar aquella fecha con la que nuestra generación inició el camino de la liberación definitiva de la patria. Ninguno de nuestros antecesores en la larga lucha de nuestro pueblo por la independencia, la libertad y la justicia, tuvo semejante privilegio. Justo es que nos inclinemos, respetuosos, ante los que nos señalaron el camino, los que desde 1868 hasta hoy enseñaron a nuestro pueblo los senderos de la revolución, y con sus vidas, sus sacrificios y su heroísmo la hicieron posible, muchas veces sin conocer más que la amargura de los reveses y la distancia aparentemente insalvable e infinita entre el esfuerzo y la meta.

Incuestionablemente, los que estamos ante ustedes hoy no somos los mismos de entonces; necesitábamos vivir estos 30 años de rica e inimaginable experiencia para adquirir los conocimientos y la madurez que sólo la escuela de la propia revolución es capaz de enseñar. Todo era entonces como un sueño. Con aquel caudal de sueños iniciamos nuestra lucha. Soñadores nos llamaron, incluso, muchos de nuestros contemporáneos, no convencidos en absoluto de que el destino de nuestra nación podía cambiar, y debía inexorablemente cambiar.

[...] En una sola cosa somos iguales al 26 de julio de 1953: la misma fe en los destinos de la patria, la misma confianza en las virtudes de nuestro pueblo, la misma seguridad en la victoria, la misma capacidad de soñar con todo aquello que serán realidades de mañana por encima de los sueños ya realizados de ayer.

En aquel entonces, aun nosotros mismos no éramos capaces de contemplar, en toda su magnitud y meridiana claridad, la etapa histórica que se iniciaba en ese preciso instante. Los combatientes

revolucionarios acostumbran a cumplir el deber sencilla y naturalmente. No suelen pensar en la historia ni en la gloria. Visto ahora en perspectiva y a la luz de los acontecimientos de las últimas tres décadas, la lucha iniciada en Santiago de Cuba aquella mañana, culminaría victoriosamente un proceso que había durado casi un siglo.

La revolución independentista de Yara, iniciada en octubre de 1868, concluyó en la Paz del Zanjón, después de 10 años de lucha desigual y extraordinariamente heroica.

La revolución de Baire, surgida en febrero de 1895, se vio trágicamente interrumpida con la intervención militar de Estados Unidos y el establecimiento del bochornoso status de dominio neocolonial yanqui, legalizado por la odiosa Enmienda Platt. El derecho a intervenir en nuestro país, quedó humillantemente inscrito en la propia Constitución de la República.

En estas guerras independentistas, cuando el país contaba apenas con un millón y medio de habitantes, nuestro pueblo combatió durante largos años contra más de 300 000 soldados españoles, lo que da una idea de la magnitud y el heroísmo de su esfuerzo.

Las luchas en la llamada etapa republicana y la revolución de 1933,¹ concluyeron, una vez más, en la frustración de las más caras aspiraciones del pueblo cubano, y en el afianzamiento del dominio imperialista sobre nuestra patria.

Ochenta y cinco años después de Yara, se reanudaría nuestra lucha en el Moncada hasta alcanzar al fin, el primero de enero de 1959, la definitiva liberación del país.

No cayó la fortaleza en el primer asalto, pero caería cinco años y medio después, y con ella todo el aparato militar de la odiosa tiranía, sobre la que sustentaba el régimen de explotación y dominio imperialista en Cuba. [...]

Ediciones OR, *trimestre julio-agosto-septiembre de 1983, Editora Política, La Habana, pp. 25-26.*

¹ Alude al movimiento popular que derroca a la tiranía de Gerardo Machado el 12 de agosto de 1933. También se le conoce como Revolución del 30, pues ya desde la huelga general de marzo de ese año, dirigida por Rubén Martínez Villena, se había iniciado la etapa decisiva de la lucha contra el machadato.

AQUÍ TUVIMOS NUESTRO MONCADA

Discurso pronunciado en la velada solemne con motivo del XXV aniversario del triunfo de la Revolución y la entrega del título honorífico de Héroe de la República de Cuba y la Orden “Antonio Maceo” a la Ciudad de Santiago de Cuba, en el antiguo Ayuntamiento de esta ciudad. Santiago de Cuba, 1º de enero de 1984.

[...] ¡Santiago de Cuba: hemos vuelto ante ti al cumplirse el XXV aniversario con una revolución hecha realidad y todas las promesas cumplidas!

¡A ti te otorgamos hoy el título de Héroe de la República de Cuba y la Orden “Antonio Maceo” aquel insigne hijo tuyo que nos enseñó que jamás un combatiente cesa en su lucha, que jamás puede hacer pactos indignos con el enemigo, que jamás nadie podrá intentar apoderarse de Cuba sin perecer en la contienda!

Tú nos acompañaste en los días más difíciles, aquí tuvimos nuestro Moncada, nuestro 30 de noviembre, nuestro 1º de enero. A ti te honramos especialmente hoy, y contigo a todo nuestro pueblo, que esta noche se simboliza en ti. ¡Que siempre sean ejemplo de todos los cubanos tu heroísmo, tu patriotismo y tu espíritu revolucionario! ¡Que siempre sea la consigna heroica de nuestro pueblo lo que aquí aprendimos: Patria o Muerte! ¡Que siempre nos espere lo que aquí conocimos aquel glorioso 1º de enero: la victoria!

¡Gracias Santiago! [...]

Ediciones OR, trimestre enero-febrero-marzo de 1984, Editora Política, La Habana, 1984, p. 19.

ESTARÍAN ORGULLOSOS DE LA OBRA IMPRESIONANTE DE LA REVOLUCIÓN

Discurso pronunciado en el acto central por el XXXI aniversario del ataque al cuartel Moncada. Cienfuegos, 26 de julio de 1984.

[...] Si un día como hoy debemos recordar a los caídos que hicieron posible nuestro presente; si recordamos a los que cayeron en el Moncada y en Bayamo, a los que cayeron el 5 de septiembre, a los que cayeron luchando contra los bandidos en el Escambray, o combatiendo en las arenas de Girón, o sacrificaron su vida en ocasiones anónimamente, luchando contra los agentes enemigos; si recordamos a los que han dado su vida gloriosa y heroicamente cumpliendo misiones internacionalistas, me atrevo a afirmar que estarían orgullosos de la extraordinaria transformación que ha tenido lugar en nuestra patria, estarían orgullosos de la obra impresionante de la revolución, que es indestructible porque no está constituida solamente por las riquezas y los bienes materiales que hemos creado, sino por la conciencia y los valores que se han arraigado en la mente y el corazón de todo el pueblo. Y si ellos estarían orgullosos de esta obra en la cual creyeron y por la cual lucharon y murieron, nosotros estamos seguros de que sabremos llevarla adelante y que sabremos defenderla hasta el último aliento, hasta la última gota de sangre. [...]

Ediciones OR, trimestre julio-agosto-septiembre de 1984, Editora Política, La Habana, 1984, p. 52.

VINIERON FACTORES ACCIDENTALES A IMPEDIR EL ÉXITO

Entrevista concedida al legislador Mervin Dymally y al académico Jeffrey Elliot. La Habana, 27-29 de marzo de 1985.

[...] No creo que el éxito sea la medida de que uno tiene razón o no. Hay muchas veces que la gente dice: tenía razón, los hechos lo han demostrado; sin embargo, yo estoy convencido de que pudimos haber sido derrotados, y si eso hubiera ocurrido no demostraba que no teníamos razón. A lo largo de toda esta lucha hubo momentos en que sólo el azar hizo que sobreviviéramos; hubo instantes en que nuestro grupo pudo haber sido eliminado, más de una vez. Si eso hubiera ocurrido, no habría significado que no tuviéramos la razón y que no fuera correcto lo que estábamos haciendo. No ocurrió así, ocurrió lo contrario. Hay hombres que tienen razón fuera de tiempo o fuera de circunstancias determinadas, a veces el azar puede hacer que parezca que alguien no tiene razón; sin embargo, otros hombres, en otras circunstancias, otros tiempos y hasta quizás con mayor suerte, demuestran que aquel que no tuvo éxito tenía, sin embargo, la razón.

Eso precisamente me ha enseñado que el éxito no es la prueba de la justeza de lo que se ha emprendido; no es el éxito alcanzado lo que me persuade de que lo que hacíamos era lo que debía hacerse. Tengo muchas evidencias y pruebas de que en sí mismas eran correctas esas ideas, aunque no hubiésemos triunfado. Tuvimos dificultades muy grandes, momentos sumamente difíciles. Un momento muy difícil fue después del 26 de julio de 1953, nosotros habíamos trabajado arduamente por un plan para tomar la fortaleza del Moncada y vinieron factores accidentales a impedir el éxito; luego la prisión, volver a empezar de nuevo, el viaje a Cuba en las condiciones en que lo hicimos en 1956, ver otra vez desorganizadas y dispersas nuestras fuerzas. Fueron pruebas muy duras. [...]

Ediciones OR, no. 1, enero-marzo de 1985, Editora Política, La Habana, 1987, pp. 305-306.

ACCIÓN TAN SORPRESIVA COMO FUE EL ATAQUE A SU FORTALEZA FUNDAMENTAL

Entrevista con el fraile dominico brasileño Frei Betto. La Habana, 23-26 de mayo de 1985.

[...] *FREI BETTO. Sí, me hablaron una vez.*

Ahora, después fueron a la cárcel. ¿Cómo fue la intervención que el obispo¹ de Santiago tuvo a favor de los asaltantes del Moncada?

FIDEL CASTRO. Para comprender esto hay que tener en cuenta que al no poder tomarse la fortaleza del Moncada —por razones que fueron verdaderamente accidentales, pero que resultaron decisivas—, se produce una retirada de la fuerza, porque también la gente estaba en distintas posiciones, y cuando se dio la orden de retirarse, una parte de la gente regresa a la casa de donde habíamos salido, en Siboney.

Yo todavía estoy pensando en organizar otra acción, preocupado por la gente de Bayamo, que, en caso de que hubieran podido cumplir su misión, iban a quedar aislados, y estaba pensando en reagrupar a un número de compañeros para una acción contra un cuartel más pequeño, con vistas a apoyar a la gente que suponía que estaban en Bayamo. Aunque no teníamos noticias de ellos, suponía que podían haber cumplido su objetivo y haber tomado el cuartel de Bayamo.

FREI BETTO. Una curiosidad histórica. Yo visité esta pequeña finca de Siboney. Me imagino que entre la gente que no fue a la finca, había algunos compañeros suyos que ya habían sido hechos prisioneros en este momento.

FIDEL CASTRO. Bueno, no.

FREI BETTO. ¿No? Porque me preguntaba si usted no tenía miedo de que ellos hablasen y que toda...

FIDEL CASTRO. No, en ese momento no, ni siquiera me planteé ese problema, porque pensaba que el enemigo no tenía tiempo de reaccionar ante una acción tan sorpresiva y quizás traumatizante para ellos, como fue el ataque a su fortaleza fundamental.

Nosotros nos dirigimos hacia allí, que era la casa de donde partimos. Suponíamos también que mucha gente se había dirigido hacia allí. Y, efectivamente, un grupo se había dirigido hacia allá. Yo trato de organizar el grupo, se tomaron algunas municiones y se cambiaron algunas armas que pudieran parecer más eficientes para el nuevo escenario a los que estaban decididos a seguir en las montañas en ese momento.

Con más exactitud: yo tengo idea de dirigirme hacia el Caney, que estaba en dirección norte a unos kilómetros de Santiago, para actuar sorpresivamente sobre aquel cuartel más pequeño, con un grupo que podía ser de 20 ó 30 hombres. Pero en realidad veo que los carros —en ese momento nosotros no teníamos comunicaciones— han tomado en dirección de la finca de donde habíamos partido. Entonces nosotros fuimos para la finca, pues era el lugar hacia donde se había dirigido la gente. Es decir, no pudimos, inicialmente, contar con un número mínimo de personal para hacer la acción sobre el cuartel del Caney, que era la idea que yo concebía en ese momento para ayudar al grupo de Bayamo.

FREI BETTO. ¿Cuántos asaltaron el cuartel Moncada?

FIDEL CASTRO. En total eran alrededor de 120 hombres.

FREI BETTO. ¿De los cuales murieron...?

FIDEL CASTRO. Bueno, te explico después. Unos fueron a unas posiciones, tomaron unos edificios, como el de la Audiencia, que dominaba el cuartel por un ángulo; otros fueron a ocupar edificios frente a la parte trasera de la fortaleza, y el grupo nuestro se dirigió a la posta de la entrada de la misma para penetrar por el frente. Yo iba en el segundo carro. El fuego se inicia por aquí, al hacer contacto con una posta cosaca. Es decir, el grupo que entra allí, o debió haber entrado, era de alrededor de 90 hombres. Pero la caravana que venía por la avenida debía doblar hacia el cuartel, y alguna gente no conocía bien las calles; en el momento en que

debe hacerse el giro hacia la fortaleza, algunos carros siguieron, varios carros, así que debimos de haber llegado al punto fundamental unos 60 ó 70 hombres.

Ese es el grupo que estaba conmigo. Los que estaban en las otras áreas, en el edificio de la Audiencia y en el hospital, conocían los planes. Se suponía que nosotros tomáramos el puesto de mando y, entonces, a los soldados los haríamos retroceder hacia el fondo y los haríamos prisioneros entre los que entrábamos por la posta y los que dominaban desde sus posiciones el patio trasero de las barracas donde dormían.

Al producirse el choque con la posta cosaca, el combate se inicia fuera de la fortaleza, y no dentro como estaba previsto. Los soldados se movilizan, eran más de 1 000 hombres, se pierde el factor sorpresa y se hace imposible realizar el plan. El primer carro, sin embargo, había logrado ocupar y dominar la entrada del cuartel. Cuando nos retirábamos hay un momento en que yo me bajo del último carro y entrego mi sitio a un compañero que había quedado disperso allí. A mí me saca un compañero² de Artemisa que se le ocurre entrar de nuevo al lugar y recogerme.

Por eso es que realmente, cuando yo salgo por la misma avenida por donde habíamos entrado, pensando ir hacia el cuartel del Caney, ya no puedo contar con la gente, porque una parte se ha ido delante, más o menos la mitad de estos 60 ó 70 hombres, tal vez menos, y regresa a la casa de donde habíamos partido en Siboney. Entonces allí, después que fracasa la acción —debe recordarse que eran civiles, que aunque estaban organizados, era la primera vez que entraban en acción—, algunos se desalientan, realmente, y empiezan a quitarse la ropa militar; pero todavía hay un grupo decidido a seguir la lucha. Entonces, van conmigo hacia las montañas que quedan más o menos enfrente, la Sierra Maestra, en las proximidades de Santiago. No la conocíamos. Nos adentramos armados hacia las montañas, un grupo que quiso seguir conmigo.

Las armas que podían ser adecuadas para un choque frente a frente, casi cuerpo a cuerpo, algunos fusiles automáticos calibre 22 y escopetas automáticas calibre 12, con gruesos balines, sin duda eficaces para la acción concebida —no teníamos, además, otras—, no eran idóneas para luchar en campo abierto. Con un grupo de fusiles de pequeño calibre y escopetas, nos dirigimos hacia las montañas.

Claro está, no conocíamos el territorio, y al anochecer no habíamos coronado todavía las alturas. Ya a esa hora el enemigo había desplegado soldados por todas las áreas, y todos los puntos claves de la cordillera en esa zona los habían tomado. Desde luego, con la experiencia que después tuvimos nosotros, a pesar de eso habríamos podido flanquear esas posiciones; pero la falta de experiencia, el desconocimiento del lugar, hizo que nosotros, al no encontrar los distintos accesos para bordear las principales alturas tomadas, volviéramos otra vez hacia las alturas medias de las montañas, y concibiéramos un plan para alcanzar la Sierra Maestra al otro lado de la bahía de Santiago de Cuba, es decir, hacia el oeste de la ciudad.

Si no podíamos defender la ciudad, si no prosperaba la consigna de huelga general y de paralización del país que íbamos a lanzar, si el enemigo podía contraatacar con suficiente fuerza de forma que no pudiéramos sostener la ciudad, en nuestro plan original estaba ya la idea de replegarnos hacia la Sierra Maestra con 2 000 ó 3 000 hombres armados. Era la idea. Desde luego, partíamos de la premisa del apoyo de la ciudad de Santiago de Cuba, una vez que hubiéramos tomado la fortaleza.

Con los conocimientos que después adquirimos, nosotros nos hubiéramos reído de todas aquellas posiciones y de todos aquellos soldados. Te digo que realmente por inexperiencia, por ignorancia en aquel instante, considerábamos que no era posible cruzar hacia el otro lado de la Sierra Maestra, para alejarnos de donde existía aquella densidad de fuerza desplegada. Y empezamos a concebir el plan de cruzar la bahía de Santiago de Cuba hacia el oeste, y penetrar en la zona más abrupta y más estratégica de la Sierra Maestra.

El grupo era pequeño, en ese grupo pequeño, incluso había algunos heridos, aunque no de gravedad. Pero se produce un accidente: a un compañero se le dispara el arma y se hace una herida grave; tuvimos que tratar de buscar la forma de salvarlo, con algunos otros heridos. Así se va reduciendo el pequeño grupo. Otros compañeros estaban evidentemente muy agotados; no estaban en condiciones físicas, a mi juicio, de resistir la dureza de la lucha en las montañas. Decidimos que esos compañeros sumamente agotados, con poca capacidad de movimiento, regresaran a Santiago.

¿Por qué podían en ese momento regresar? Porque después del ataque, en las horas y días subsiguientes, el ejército empieza a capturar a mucha de la gente: algunos que se habían extraviado cuando íbamos hacia el Moncada; otros que estaban en otras posiciones, del otro lado de la fortaleza, y aparentemente tardaron en darse cuenta de que la operación clave no había tenido éxito —algunos de ellos se replegaron a tiempo y otros tardaron más y fueron rodeados—; otros que fueron capturados de distintas formas: vestidos de civil, tratando de ir a algún hotel, de buscar algún refugio, o de salir de la ciudad de Santiago de Cuba, y otros, por último, fueron capturados en el campo. Por distintos sitios fueron capturados distintos compañeros.

FREI BETTO. ¿Ustedes estaban con ropa militar?

FIDEL CASTRO. Sí. Realmente, el número de bajas en los combates fueron muy pocas, muy poquitas. Ellos sí habían tenido un número relativamente elevado de bajas: si mal no recuerdo ahora, tuvieron 11 muertos y 22 heridos.

FREI BETTO. ¿Y ustedes cuántos muertos?

FIDEL CASTRO. Realmente, compañeros de los que tuvimos noticias que fueron muertos en el combate inicialmente, fueron dos o tres, y algunos heridos. Sin embargo, ya el lunes Batista da la noticia de 70 rebeldes muertos, es decir, habla de 70 bajas de los revolucionarios. Ellos el lunes no habían asesinado posiblemente todavía 70 compañeros del total de 160 que habían participado en las acciones de Santiago y Bayamo, pero hablan de 70 rebeldes muertos. En la tarde del domingo, efectivamente, habían logrado hacer prisioneros a algunas decenas de compañeros y los habían asesinado. Y así durante una semana casi, los primeros cuatro o cinco días, a todos los prisioneros los sometieron a horribles torturas y los asesinaron.

Todo eso provoca una gran reacción de tremendo repudio en la población de Santiago de Cuba; la ciudad empieza a conocer que están asesinando a cada prisionero que encuentran. La ciudadanía se organiza, se moviliza y visita al arzobispo, monseñor Pérez Serantes —arzobispo de Santiago de Cuba, de origen español—,

y este interviene con fines humanitarios para salvar las vidas que pudiera de los sobrevivientes. Hay que acordarse de que los 40 compañeros que estaban en Bayamo, también tuvieron dificultades para cumplir la misión y un número de ellos fue hecho prisionero en distintos lugares.

La regla general que aplicó el ejército de Batista fue levantar una serie de calumnias, tratar de exaltar el odio del ejército contra nosotros, con la infame acusación de que habíamos degollado soldados enfermos en el hospital de Santiago de Cuba. y realmente lo que ocurre es que el combate, como te contaba, se inicia fuera y no dentro, como estaba planeado, debido a un encuentro accidental con una patrulla cosaca que no solía estar allí habitualmente; la habían puesto precisamente por ser domingo de carnaval.

FREI BETTO. ¿Una patrulla del cuartel?

FIDEL CASTRO. Sí. Por ser día de carnaval pusieron allí esa patrulla cosaca, y aunque el primer carro toma la posta, se produce el combate entre el segundo carro, en que íbamos nosotros, y la patrulla. Al detenerse el carro nuestro, como todas aquellas instalaciones tenían una configuración militar, el personal de los carros que están detrás se baja y avanza hacia los lugares que tienen a su izquierda. Un grupo entra, incluso, en el hospital creyendo que estaban entrando al cuartel, y yo personalmente, al darme cuenta, entré rápidamente al hospital y los retiré de allí, tratando de reorganizar el grupo otra vez. Porque se ha parado el ataque, el empuje se ha perdido y la sorpresa también se había perdido totalmente. Hicimos esfuerzos por tratar de reanudar el ataque sobre la fortaleza, pero ya no fue posible: la guarnición estaba en pie y había tomado posiciones defensivas. Eso era lo que hacía imposible el éxito que sólo podía ser alcanzado mediante la sorpresa. Una vez alertada la guarnición y posesionada, era imposible, no teníamos el tipo de arma ni el número de hombres necesarios para tomar la fortaleza.

Alguien hizo un disparo muy próximo a mí —me dejó casi sordo— dirigido contra un hombre vestido de militar que se asoma en aquel edificio donde estaba el hospital. Como consecuencia de esto, hubo un sanitario muerto o herido. Pero ellos toman el hecho de que efectivamente se ha entrado en el hospital, aunque sólo en

la parte baja, en el vestíbulo, como base para levantar una gran campaña de calumnias y decir que habíamos degollado soldados enfermos en el hospital, toda una mentira fabulosa, absoluta, que fue creída, sin embargo, por muchos soldados. Con eso Batista tenía el propósito de enardecer y despertar el odio de los soldados; esto, más la traición, digamos, de brutalidad del ejército, la dignidad ofendida por el ataque de unos civiles que se habían atrevido a combatir contra ellos, ayudaría a sus propósitos.

Sistemáticamente asesinaban a los prisioneros. A algunos los llevaban, les hacían algún interrogatorio, los torturaban atrocemente y después los mataban.

En esas circunstancias, habiéndose producido una gran reacción de la opinión pública, como te decía, el Arzobispo de Santiago de Cuba, como autoridad eclesiástica, se interesa y empieza a actuar junto con otras personalidades de esa ciudad, de las cuales la más destacada era él, para salvar la vida de los sobrevivientes. Y efectivamente, algunos sobrevivientes fueron salvados por las gestiones que hicieron el Arzobispo y ese grupo de personalidades, ayudados por el hecho de una atmósfera de enorme indignación en la población de Santiago de Cuba. Ante la nueva situación se decide que un grupo de compañeros de los que estaban conmigo, que estaban en las peores condiciones físicas, se presenten a las autoridades a través del Arzobispo. Era un grupo de seis o siete compañeros, habría que precisar.

Yo me quedo con dos jefes más. Es el pequeño grupo con el que nos proponemos atravesar la bahía para llegar a la Sierra Maestra y organizar de nuevo la lucha. El resto estaba sumamente agotado y había que buscar la forma de preservarle la vida.

Nosotros discutimos con un civil, que fue el que tramitó un encuentro entre ese grupo y el Arzobispo; nos aproximamos a una casa y hablamos con los de esa casa. Entonces nos separamos del grupo de los seis o siete compañeros, a los cuales iba a recoger el Arzobispo al amanecer, y nosotros nos retiramos como a dos kilómetros más o menos del lugar, los dos compañeros y yo,³ pensando cruzar de noche la carretera hacia la bahía de Santiago de Cuba.

Es indiscutible que el ejército se da cuenta, tal vez interceptando las comunicaciones. Al parecer intercepta una comunicación telefónica de aquella familia con el Arzobispo, y muy

temprano, antes del amanecer, envía patrullas por toda aquella zona, en las proximidades de la carretera.

Nosotros, que estamos a dos kilómetros, cometimos un error que no habíamos cometido en todos esos días que llevábamos ahí. Como estábamos un poco cansados, pues teníamos que dormir en las laderas de las montañas en las peores condiciones, no teníamos frazadas, no teníamos nada y nos encontramos allí aquella noche un pequeño bohío, pequeñito, tendría cuatro metros de largo por tres de ancho, lo que aquí llaman un vara en tierra, más bien algo donde se guardan cosas, para protegernos un poco de la neblina, de la humedad y del frío, decidimos quedarnos hasta el amanecer. Y lo que ocurrió fue que precisamente al amanecer y antes de que despertáramos, llegó una patrulla de soldados, penetra en el bohío y nos despierta con los fusiles sobre el pecho; lógicamente, lo más desagradable que se pueda concebir, que el enemigo te despierte con los fusiles así, resultado de un error que no debimos haber cometido nunca.

FREI BETTO. ¿No había ninguno de vigilancia allí?

FIDEL CASTRO. No, nadie de vigilancia, los tres durmiendo, ¿comprendes? Un poco confiados, ya llevábamos una semana y los individuos no daban con nosotros, no podían; por mucho que rastreaban y buscaban, nosotros los habíamos burlado. Subestimamos al enemigo, cometimos un error y caímos en sus manos.

No quiero pensar de ninguna manera que las personas con las que hicimos contacto nos hubieran delatado. No lo creo, sino lo que al parecer ocurre, indiscutiblemente, es que cometieron algunas indiscreciones como fue hablar por teléfono, lo que alertó al ejército y envió patrullas allí, gracias a lo cual nos capturan a nosotros.

De manera que caemos prisioneros del ejército. Estaban también aquellos individuos sedientos de sangre; sin duda nos habrían asesinado en el acto.

Ocurre entonces una casualidad increíble. Había un teniente negro, llamado Sarría.⁴ Se ve un hombre que tiene cierta energía, y que no es un asesino. Los soldados querían matarnos, estaban excitados, buscando el menor pretexto, tenían los fusiles montados

con balas en el directo, nos amarraron. Inicialmente nos preguntan la identificación; no nos identificamos, dimos otro nombre; indiscutiblemente los soldados no me conocen en el acto, no me conocieron.

FREI BETTO. ¿Usted era muy conocido ya en Cuba?

FIDEL CASTRO. Relativamente conocido, pero esos soldados, por alguna razón, no me conocen. No obstante, nos quieren matar de todas formas; si nos hubiésemos identificado los disparos habrían sido simultáneos con la identificación. Entablamos una polémica con ellos, porque nos dicen asesinos, dicen que habíamos ido allí a matar soldados, que ellos eran los continuadores del Ejército Libertador, y entramos nosotros en polémica; yo pierdo un poco de paciencia y entro en polémica con ellos, les digo que ellos son los continuadores del ejército español, que los verdaderos continuadores del Ejército Libertador éramos nosotros, y entonces ellos se ponen más furiosos todavía.

Nosotros nos dábamos realmente ya por muertos, desde luego; yo no consideraba la más remota posibilidad de sobrevivir. Entablo la polémica con ellos. Entonces, el teniente interviene y dice: “No disparen, no disparen”, presiona a los soldados, y mientras decía esto, en voz más baja repetía: “No disparen, las ideas no se matan, las ideas no se matan”. Fíjate qué cosa dice aquel hombre. Como tres veces dice: “Las ideas no se matan”.

Hay uno de los dos compañeros que da la casualidad que era masón —se trata de Oscar Alcalde, está vivo, es presidente del Banco de Ahorro, porque él era financista, el que manejaba los fondos del movimiento— y se le ocurre por su cuenta decirle al teniente que era masón. Eso aumenta la posibilidad o le da mayor aliento al teniente, porque parecía que había muchos militares de estos que también eran masones; pero de todas maneras, muy amarrados, nos levantan y nos van llevando. Cuando hemos caminado unos pasos, yo, que he visto la actitud de aquel hombre, del teniente, lo llamo y le digo: “He visto el comportamiento suyo y no lo quiero engañar, yo soy Fidel Castro”. Me dice él: “No se lo diga a nadie, no lo diga a nadie”. Él mismo me aconseja que no se lo diga a nadie.

Avanzamos unos metros más, se producen unos disparos a 700 u 800 metros de allí, y se despliegan los soldados, estaban muy nerviosos, se tienden sobre el campo.

FREI BETTO. ¿Cuántos soldados eran más o menos?

FIDEL CASTRO. La patrulla tendría como 12 soldados.

FREI BETTO. ¿El teniente tenía más o menos que edad?

FIDEL CASTRO. Tendría 40 años, 42 años más o menos.

Cuando yo veo que ellos se despliegan, creo que todo es un pretexto de los soldados para dispararnos y me quedo de pie; todo el mundo se desplegó y yo me quedo parado. Se acerca otra vez el teniente a mí y le digo: “No me acuesto, si quieren disparar tienen que matarnos aquí de pie”. Entonces dice el teniente: “Ustedes son muy valientes, muchachos, ustedes son muy valientes”. Fíjate qué cosa, observa tú; yo pienso que eso debe haber sido una posibilidad en mil. Pero no por eso estábamos salvados, no; no por eso teníamos garantía alguna de sobrevivir. Todavía nos salvó una vez más el teniente.

FREI BETTO. ¿Una vez más?

FIDEL CASTRO. Sí, una vez más nos salvó, porque antes de que llegara el Arzobispo, al otro grupo que estaba cerca de la carretera lo localizan y lo hacen prisionero. Eso era lo que había originado el tiroteo anterior al que hice referencia. Entonces ellos nos juntan allí; el teniente busca un camión y sube a los demás prisioneros arriba, y a mí me pone en el medio, entre el chofer y él, delante, en la cabina.

Más adelante aparece un comandante, que se llama Pérez Chaumont,⁵ era uno de los más asesinos y de los que más gente había matado. Se topa con el carro, lo para y le da orden al teniente de llevarnos para el cuartel. El teniente discute con él y no nos lleva para el cuartel, sino que nos lleva al vivac de Santiago de Cuba, a disposición de la justicia civil; desobedece la orden al comandante. Claro que si llegamos al cuartel, habrían hecho picadillo de todos nosotros.

Entonces, ya la población de la ciudad de Santiago de Cuba se entera de que hemos sido hechos prisioneros y de que estamos allí. Ya lo sabe toda la ciudad y lo que se produce es una gran presión para salvarnos la vida. Desde luego, va allí el jefe del regimiento para hacer un interrogatorio. Pero es muy importante ese momento, porque los propios soldados, los propios militares estaban impresionados de la acción, digamos que en ocasiones expresaban un cierto respeto, una cierta admiración, a lo que sumaba la satisfacción de que el invencible ejército había rechazado el ataque y había capturado a los asaltantes. A esto se añadía otro elemento psicológico: la conciencia les estaba remordiando ya, porque en esos momentos han matado de 70 a 80 prisioneros y la población lo sabía.

FREI BETTO. ¿Compañeros suyos?

FIDEL CASTRO. Sí, de los anteriores, de los otros que fueron capturados en distintos momentos, han asesinado de 70 a 80; unos pocos han podido escapar y unos pocos han quedado prisioneros, entre ellos, el grupo de los que estaban conmigo y algunos que fueron capturando por distintos lugares, que sólo por azar no mataron y por la protesta de la opinión pública, y, desde luego, por la acción ya de las personalidades y del Arzobispo, que ha estado interviniendo y haciéndose eco de aquella opinión pública. Han logrado salvar a algunos se han presentado o los han presentado, a través del Arzobispo. Pero, realmente, para el grupito nuestro, cuando nos capturan a nosotros, el elemento determinante fue aquel teniente del ejército.

FREI BETTO. ¿Y qué pasó con ese teniente después de la victoria de la Revolución?

FIDEL CASTRO. Bueno, a ese teniente después, años antes del triunfo, le echaban en cara la responsabilidad de que no nos hubiera matado. La culpa de que no nos hubieran asesinado se la echaban a él.

Ellos hicieron algunos intentos ulteriores de matarme que fracasaron. Más tarde viene la prisión, y cuando salimos de prisión, el exilio, la expedición del “Granma”, la lucha en las montañas.

Se organiza nuestro ejército guerrillero. Otra vez, al principio, nuevos reveses, también creyeron que habían liquidado al ejército guerrillero; pero renace de las cenizas nuestro ejército, se convierte en una fuerza real y lucha ya con perspectivas de victoria.

En aquel período al teniente lo licenciaron del ejército, y cuando triunfa la Revolución, nosotros lo ingresamos en el nuevo ejército, lo ascendemos a capitán y fue jefe de la escolta del primer Presidente que designó la Revolución. Así que estuvo en el Palacio y era jefe de la escolta presidencial. Desgraciadamente —y por eso pienso que él podía tener un poco más de 40 años—, como a los ocho o nueve años del triunfo de la Revolución este hombre enferma de cáncer y muere después, el 29 de septiembre de 1972, era oficial del Ejército. Todos le guardaban mucho respeto y consideración. No se le pudo salvar la vida. Pedro Sarría se llamaba.

Este hombre parece que había estado por la universidad; era un autodidacta, quería estudiar por su propia cuenta, y seguramente que había tenido algún contacto o me había visto alguna vez en la universidad. Tenía, indiscutiblemente, una predisposición por la justicia; vaya, era un hombre honorable. Pero lo curioso, lo que refleja su pensamiento es que en los momentos más críticos él está repitiendo, así en voz más baja, yo lo oigo cuando les está dando instrucciones a los soldados que no disparen, que las ideas no se matan. ¿De dónde sacó aquella frase? Tal vez algunos de los periodistas que lo entrevistaron después sepan, nunca tuve la curiosidad de preguntárselo. Pensaba que viviría mucho tiempo. En aquellos primeros años de la Revolución, siempre se piensa que hay mucho tiempo por delante para hacer cosas, investigar cosas y aclarar cosas. Pero, ¿de dónde sacó aquella frase?: “¡No disparen, que las ideas no se matan!” Esa es la frase que aquel oficial honorable repitió varias veces.

Además, el otro gesto. Le digo quien soy y dice: “No se lo diga a nadie, no lo diga a nadie”. Y después la otra frase, cuando se tiran todos, que suenan unos disparos por allá dice: “ustedes son muy valientes, muchachos, ustedes son muy valientes”, como dos veces la repitió. Ese hombre, uno entre mil, incuestionablemente simpatizaba de alguna manera o tenía cierta afinidad moral con nuestra causa, y fue realmente el hombre que determinó la supervivencia de nosotros en aquel momento. [...]

[...] Abel era muy activo, muy capaz y, además, tenía ideas revolucionarias, concepciones revolucionarias avanzadas. Yo tenía dentro de esta organización mis responsabilidades y mis tareas bien definidas. Así que lo primero que hice desde que me decidí a crear una organización para la lucha, fue establecer una dirección colectiva. [...]

Ediciones OR, no. 2, abril-junio de 1985, Editora Política, La Habana, 1987, pp. 83-92, 123.

¹ Se refiere a Monseñor Enrique Pérez Serantes.

² Alude a Ricardo Santana.

³ Los compañeros que acompañaban a Fidel Castro eran Oscar Alcalde Valls y José A. Suárez Blanco.

⁴ Hace alusión a Pedro Sarría Tartabull.

⁵ Se refiere a Andrés Pérez-Chaumont Altuzarra.

ESOS SENTIMIENTOS QUE SE CONTINUARON EN EL MONCADA

*Discurso por el XXX aniversario del triunfo de la Revolución.
Santiago de Cuba, 1° de enero de 1989.*

[...] Hay que decir que este espíritu se prolongó a lo largo de estos 30 años. ¿Qué hizo posible la proeza histórica de las misiones internacionalistas de nuestro pueblo revolucionario? ¿Qué hizo posible la conducta de nuestros hombres en Cuito Cuanavale, el avance impetuoso de nuestras fuerzas en el frente sudoccidental de Angola, las victoriosas acciones de Techipa, de Calueque y otras, que dieron lugar a los acuerdos de paz recientemente suscritos? ¿Qué hizo posible este maravilloso espíritu internacionalista, este desinterés, esta ejemplar solidaridad de nuestro pueblo, de los cubanos, su conducta frente a cada tarea difícil, frente a cada desafío? Fueron esos sentimientos que empezaron a sembrarse en Yara, esos sentimientos patrióticos, internacionalistas; esos sentimientos que se sembraron en Baraguá, esos sentimientos que prosiguieron en Baire, esos sentimientos que se continuaron en el Moncada y el “Granma”, y que emergieron luminosos aquel 1° de enero de 1959. [...]

*Ediciones OR, no. 1, enero-junio de 1989, Editora Política,
La Habana, 1989, p. 16.*

LA GENERACIÓN DEL CENTENARIO TIENE SEGURIDAD EN USTEDES

Discurso por el XXX aniversario de la entrada en La Habana del Comandante en Jefe. La Habana, 8 de enero de 1989.

[...] Me falta tal vez expresarles que nuestra generación, la que se llamó la Generación del Centenario, porque inició su lucha cuando se cumplía el centenario del nacimiento de Martí; la generación de la Revolución, la generación del 1º de enero de 1959, cree en ustedes, tiene seguridad en ustedes, tiene seguridad en ustedes, la Generación del 30 Aniversario.

Sé que son los dignos hijos de la que reinició la revolución para alcanzar la plena independencia de nuestra patria, y les expreso, en nombre de nuestro partido, en nombre de todos los combatientes revolucionarios de esa generación —más viejos o más jóvenes—, nuestra absoluta fe en ustedes, nuestra absoluta seguridad de que sabrán enfrentarse a los grandes desafíos del futuro, que sabrán batallar y vencer en la lucha ideológica, que sabrán batallar y vencer en la consolidación de la Revolución, el perfeccionamiento del socialismo y el desarrollo del socialismo.

¡Permítanme expresarles la más completa seguridad de que ninguna generación en la historia de nuestro país ha tenido jamás el privilegio de ver venir detrás una juventud como ésta! [...]

Ediciones OR, no. 1, enero-junio de 1989, Editora Política, La Habana, 1989, p. 89.

NUESTRA LUCHA DE HOY ES LA DEL MONCADA

Discurso en el acto de recibimiento a la tripulación del buque mercante Hermann. La Habana, 1° de febrero de 1990.

[...] Nuestra lucha de hoy es la del 68 y la del 95, la del Moncada, la del “Granma”, la de las misiones internacionalistas. Y hoy no somos cenizas, ¡no somos cenizas!, y tenemos más que nunca fuerzas con qué defendernos, armas con qué defendernos, ideas con qué defendernos, combatientes con qué defendernos, y capacidad de convertir en polvo y en cenizas, con esa conducta, con ese ejemplo, con ese temple, más tarde o más temprano, a los que cometan la felonía, el crimen histórico incalificable de agredir a nuestra patria. [...]

Ediciones OR, no. 1, enero-junio de 1990, Editora Política, La Habana, 1991, p. 47.

AHORA, HAY DOS POSICIONES: O EL ZANJÓN O BARAGUÁ

Comparecencia por Radio Rebelde y Radio Habana Cuba para informar al pueblo sobre la visita a Brasil. La Habana, 23 de marzo de 1990.

[...] Ahora, hay dos posiciones: o el Zanjón o Baraguá. Aquí no hay alternativa posible para la Revolución cubana, ni la hubo en el pasado; aquí no hay más que dos posiciones y son irreconciliables esas dos posiciones, la del Zanjón o la de Baraguá. Eso lo aprendimos en la historia de Cuba desde hace mucho tiempo, una de las páginas más gloriosas de la historia; y si Cuba fue independiente alguna vez, si no se la tragó Estados Unidos, fue por su espíritu heroico y su espíritu de lucha.

[...] Sin Baraguá no habría habido la independencia, y Martí fue el que más comprendió la importancia de Baraguá. Sin esa línea de lucha no habría habido Revolución cubana, frente a los problemas, frente a los reveses, frente al 10 de marzo, la carencia total de armas, de recursos, de todo, hasta de fuerzas políticas; hubo que organizarlas, crearlas. Ni después del Moncada, ni después del “Granma”. [...]

Ediciones OR, no. 1, enero-junio de 1990, Editora Política, La Habana, 1991, pp. 226-227.

UN REVOLUCIONARIO NO PUEDE SUFRIR DECEPCIONES

Conferencia ofrecida a la prensa nacional y extranjera. La Habana, 3 de abril de 1990.

[...] Para terminar por el final, lo que tú decías de decepción. Tú debes comprender que un revolucionario no puede sufrir decepciones; un enamorado las puede sufrir, pero un revolucionario no puede.

Si tú analizaras la historia de la vida de todos nosotros y de la propia Revolución cubana, habrías encontrado muchos momentos que podían decepcionar o desalentar a cualquiera: primero, el golpe de Estado en condiciones tan difíciles, que no teníamos recursos, ni siquiera una organización, nada; o el Moncada, el revés en el Moncada; o el revés después del “Granma”. Hemos vivido a lo largo de estos años de lucha revolucionaria tantos momentos difíciles, que si fuéramos gente con alma susceptible a la decepción o al cansancio, no habríamos llegado hasta aquí. [...]

Ediciones OR, no. 1, enero-julio de 1990, Editora Política, La Habana, 1991, p. 281.

LA MISMA DIGNIDAD Y LA VERGÜENZA DE AQUEL 26 DE JULIO DE 1953

Discurso en el acto central por el XXXVII aniversario del asalto al cuartel Moncada. La Habana, 26 de julio de 1990.

[...] ¡Esto me recuerda los días que precedieron al Moncada; esto me recuerda, como si fuera ayer, los propios días del ataque al Moncada; esto me recuerda el heroísmo del Moncada, pero si entonces éramos un puñado, hoy somos millones de hombres y mujeres armados hasta los dientes, dispuestos a vencer o morir!

A nuestra juventud y a las presentes generaciones, les digo que ninguna época fue más meritoria que ésta, más heroica que ésta, más gloriosa que ésta; que ninguna nos dio tanta oportunidad de agigantarnos como esta época.

Eso es lo que significa este XXXVII aniversario. Y los veteranos que quedamos con el mismo entusiasmo, la misma dignidad y la vergüenza de aquel 26 de julio de 1953, ponemos toda nuestra confianza, nuestra fe y nuestros corazones en ustedes. [...]

Ediciones OR, no. 2, julio-diciembre de 1990, Editora Política, La Habana, 1991, p. 42.

NUNCA EL PESIMISMO INVADIÓ NUESTRO ÁNIMO

Discurso en el acto central por el XXX aniversario de los Comités de Defensa de la Revolución. La Habana, 28 de septiembre de 1990.

[...] Después hemos vivido todo tipo de amenazas a lo largo de estos años; hemos llevado a cabo extraordinarias misiones internacionalistas que quedarán eternamente como constancia histórica del espíritu revolucionario y solidario de nuestro pueblo. De modo que nosotros los revolucionarios, los más antiguos —por no decir los más viejos, porque quién se considera viejo aquí—, y ustedes, los más jóvenes o intermedios, porque aquí también tenemos antiguos miembros de los CDR y nuevos miembros, como la jovencita a la que le entregamos el carné, todos hemos vivido experiencias muy interesantes. Los mayores las venimos viviendo desde el Moncada y desde antes. Ahora mismo le entregué una medalla a un cederista, y me di cuenta en ese momento que fue el mismo compañero¹ que manejó el automóvil en que yo viajé antes del 26 de julio desde La Habana hasta Santiago. Conocimos las adversidades, conocimos las prisiones, conocimos el exilio, conocimos las expediciones, conocimos los reveses, conocimos todo prácticamente a lo largo de estos años y nunca el pesimismo invadió nuestro ánimo, jamás ninguno de aquellos períodos conocieron de desaliento alguno. [...]

Ediciones OR, no. 2, julio-diciembre de 1990, Editora Política, La Habana, 1991, pp. 75-76.

¹ Puede referirse a Teodulio Mitchell.

CON EL MISMO ESPÍRITU DE LOS HOMBRES Y MUJERES DEL MONCADA

Discurso en la clausura del Primer Congreso Pioneril. La Habana, 1° de noviembre de 1991.

[...] Trabajamos por algo y para algo: para salvar la patria, para salvar la Revolución y para salvar el socialismo. Y trabajamos para ello con el mismo espíritu de los hombres y mujeres del 68 y del 95 del siglo pasado, con el mismo espíritu de los hombres y mujeres del Moncada y de todos los hechos gloriosos de la historia de nuestro pueblo en este siglo.

Trabajamos con el espíritu del 68 y eso lo dice todo, porque en el 68 no había ni petróleo, ni electricidad, ni trenes nacionales, ni ómnibus; en el 68 no había ni pollo congelado; en el 68 no había muchas veces ni zapatos, ni ropa, ¡ni armas!, luchaban con las armas que le arrebataban al enemigo, o con el machete. Así se escribió nuestra historia. No había ni médicos ni medicamentos, ¡nada!, y nuestro pueblo luchó 10 años entre el 68 y el 78, y cuando algunos, cansados, dijeron: “ya no es posible”, Maceo dijo: “¡Sí, sí es posible seguir luchando, nosotros estamos dispuestos a seguir luchando!”. Y cuando alguno decía que nunca más volvería a iniciarse la guerra necesaria, Martí dijo: “¡Sí!, volverá la guerra necesaria”. Y cuando los yanquis intervinieron en este país e impusieron una Enmienda Platt y una neocolonia, nuestro pueblo dijo: “¡No seremos eternamente una neocolonia! ¡No seremos eternamente dominados!”, y llegó un día el 1° de enero de 1959.

Como decíamos el día de la clausura del congreso del Partido, las ideas de Martí no murieron ni fueron derrotadas cuando Martí cayó en Dos Ríos aquel 19 de mayo de 1895; ni las ideas de Maceo murieron o fueron vencidas cuando cayó en Punta Brava aquel 7 de diciembre de 1896. Las ideas no mueren ni son derrotadas, ni siquiera cuando mueren aquellos que defienden las ideas, si son justas como lo son las ideas.

Nuestras ideas no murieron el 26 de julio de 1953 cuando decenas de compañeros cayeron en los combates o fueron asesinados después de los combates. Aquellos que exterminaron

la vida de numerosos compañeros después de torturarlos atrocemente, creyeron con seguridad que habían aplastado las ideas de la Revolución, y no sabían que ese día estaban multiplicando más que nunca y fortaleciendo más que nunca, las ideas de la Revolución. [...]

Ediciones OR, *no. 2, julio-diciembre de 1991, Editora Política, La Habana, 1993, pp. 175-176.*

ERA TAMBIÉN UN MARXISTA-LENINISTA

Conversación con el comandante de la Revolución sandinista Tomás Borge. La Habana, 18-20 de abril de 1992.

[...] Nadie sabe lo que habría podido destacarse Raúl si hubiera tenido todas las responsabilidades que yo he tenido. Desde el primer momento fue muy serio, muy responsable, muy consagrado, muy comprometido, muy valiente, y eso se demostró desde el ataque al Moncada, porque Raúl todavía no participa en la organización del Moncada, pero ya participa en el ataque al Moncada. Era muy jovencito; si yo tenía 26 años él debe haber tenido 21 —fue en julio, no sé si habría cumplido 22—, tendría más o menos 22 años.

A él se le manda con un grupo a una posición muy importante, muy estratégica, que es la Audiencia de Santiago de Cuba. Llegan, toman la Audiencia, desarman, ocupan fusiles, porque esa era una posición dominante; pero en el transcurso de los acontecimientos, ya que los planes no salieron como se habían elaborado —he explicado en *La historia me absolverá* cómo fue todo aquello del Moncada—, una patrulla del ejército logra penetrar en el edificio cuando ya ellos van evacuando y los hacen prisioneros. Raúl muestra una agilidad mental de tigre, reacciona, le quita la pistola al sargento que lo tenía prisionero y hace prisioneros a los soldados.

Fíjate, siendo prisionero le arrebató el revólver al sargento y pone prisioneros a los otros, y gracias a eso escapa de lo que en ese momento habría sido una muerte segura precedida de atroces torturas. No logra al final evadir toda la persecución, y en un pueblo que se llama San Luis lo capturan. Entonces regresa, va preso, y desde ahí empieza a ejercer un papel importante, en virtud de todo lo que hizo en el juicio, actuando ya como cuadro con los demás presos. Atravesamos situaciones muy difíciles, la prisión de Boniato, la prisión de Isla de Pinos, todas esas cosas y entonces él se va destacando mucho, por todas esas características de seriedad, de responsabilidad, su mente ágil, rápida, su espíritu revolucionario.

Realmente, debo decir que cuando Raúl y yo atacamos el Moncada éramos marxistas, las ideas marxista-leninistas se las

trasmíto yo a Raúl, que era mucho más joven, y ya como yo soy estudiante —él estaba en Birán, los estudios los tenía abandonados— lo estimulo a que continúe los estudios, y él entonces está ya en la universidad cuando se produce el ataque al cuartel Moncada. Pero Raúl era también un marxista-leninista cuando el ataque al Moncada, y se destaca en todo ese período. [...]

Borge, Tomás. Un grano de maíz: Conversación con Tomás Borge. *La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 1992. 209-210 pp.*

AL 26 DE JULIO LE PUSIMOS DÍA DE LA REBELDÍA NACIONAL

Diálogo con periodistas de la Televisión Cubana, en el programa “Hoy mismo”. La Habana, 1º de marzo de 1993.

[...] PEDRO MARTÍNEZ PIREZ. –Lo que quiero preguntarle es si es vigente ese pensamiento suyo. ¿Esta proeza del 24 de Febrero¹ es de Fidel Castro o es del pueblo de Cuba?

FIDEL CASTRO. –Bueno, son dos preguntas: la primera, sobre cuándo empieza la Revolución. La revolución empezó entonces, cuando lo dijimos. La lucha armada empezó antes, pero la Revolución empieza después del triunfo; aunque, claro, para simplificar las cosas siempre se habla del triunfo de la Revolución tal día, tal fecha. Fíjate que nosotros al 26 de julio le pusimos Día de la Rebeldía Nacional, porque no se puede decir que se inició ese día la Revolución; se inició la lucha armada revolucionaria, y triunfa la lucha armada el día 1º de enero. En ese momento empezaba la Revolución, yo creo que empezó el 1º de enero. [...]

Granma. 3 de marzo de 1993, p. 4. col. 1. La Habana.

ESTÁBAMOS TRATANDO DE ROMPER EL CERCO

Discurso por el XL aniversario del asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, en el teatro Heredia. Santiago de Cuba, 26 de julio de 1993.

[...] ¿Dónde estábamos nosotros a esta hora, a esta misma hora exactamente hace 40 años, y nada menos que 40 años? Yo les decía a los compañeros de broma: ¿Qué régimen social es este que no les da descanso ni les da retiro a los revolucionarios y los obliga a trabajar cada vez más? ¿Dónde está el amparo social que tenemos nosotros? Pero el hecho es que a esta misma hora, 10:17 de la noche, estábamos nosotros tratando de romper el cerco que nos tenían tendido los soldados de Batista con unas armas que eran muy inferiores a las de ellos, caminando por lugares desconocidos entre breñales, bosques, pedregales, peñascos, tratando de coronar la cordillera de la Gran Piedra. En ese momento nosotros no estábamos pensando en los que estaban durmiendo en una blanda cama, o estaban sin problemas en la capital, o en cualquier otro lugar; o cuando nosotros veníamos en el “Granma”, o cuando nosotros caminábamos por las montañas interminables horas. [...]

Granma. 28 de julio de 1993, p. 7. col. 3. La Habana.

QUIÉN ERA EL AUTOR INTELECTUAL: JOSÉ MARTÍ

Entrevista concedida a la prensa nacional, después de rendir tributo al Apóstol en el Cementerio de Santa Ifigenia. Santiago de Cuba, 19 de mayo de 1995.

[...] *PERIODISTA.*—Comandante, ¿y hoy se acordó del Moncada?

FIDEL CASTRO.—Yo no pensaba tanto hoy en aquel hecho, no había tiempo, no había espacio. El Moncada nos parecía algo natural de nuestra historia y algo natural de los sentimientos, porque es una cosa muy cierta, y yo lo dije cuando me preguntaron en el juicio; no es que lo hubiera premeditado, pero me preguntaron aquello, dije que era él, estaban averiguando quién era el autor intelectual, y digo con la mayor espontaneidad: “José Martí”, y era verdad. [...]

Granma. 23 de mayo de 1995, p. 2. col. 2, col. 3. La Habana.

EVITÓ QUE AQUELLA GENTE AJUSTARA CUENTAS CON NOSOTROS

Conclusiones del X Forum de Ciencia y Técnica en el Palacio de las Convenciones. La Habana, 21 de diciembre de 1995.

[...] Recordaba aquello que decía el oficial que estaba al frente de los soldados cuando me capturaron después del ataque al Moncada, una frase que no sé de dónde la sacó, pero la sacó y la tenía bien en la cabeza —Sarría se llamaba, un oficial negro, alto, cuya conducta firme evitó que aquella gente ajustara cuentas con nosotros rápido—: “Las ideas no se matan, las ideas no se matan”, lo repetía. Ahora se les puede decir a aquellos que estaban tan de fiesta y tan alegres cuando se derrumbaron la URSS y el campo socialista: “¡Las ideas no se matan!” [...]

Granma. 23 de diciembre de 1995, p. 6. col. 1. La Habana.

SE GANARON SU PUESTO EN LA LUCHA

Entrevista concedida a Martha Moreno, periodista de la TV Cubana efectuada en el Palacio de la Revolución. La Habana, 2 de diciembre de 1996.

[...] Nosotros atacamos el Moncada con armas de cacería. Claro que un fusil 22, si lo maneja gente que dispara bien, es un arma de guerra; una escopeta semiautomática calibre 12, con ocho o diez balines por cartucho, es tremenda arma. Nosotros habíamos conseguido las armas para la misión de tomar el Moncada; no serían buenas para un combate regular a la larga distancia, pero para muchas cosas servían. [...]

Todos los jefes fundamentales que tuvo la Revolución se ganaron su puesto en la lucha; al principio todo el mundo era muy joven, muy nuevo. El primero fue Abel, cuando el Moncada, que realizó un trabajo brillante, extraordinario, era un muchacho de grandes capacidades y otro pequeño grupito, ¿no?, que estábamos en actividades de reclutar gente, organizar, entrenar, buscar armas, y, bueno, Abel muere cuando el Moncada. [...]

Raúl tendría 22 años. Raúl va, realmente, como soldado, lo que pasa es que él tiene una acción muy destacada y se convierte en jefe del pequeño destacamento donde estaba que, incluso, le salva la vida al destacamento ese, porque ellos estaban en una posición, que es la de la Audiencia, que flanqueaba al cuartel. La otra posición muy importante era donde estaba Abel. Pero te voy a decir la verdad: yo, incluso, sin que él lo imaginara, realizaba un esfuerzo por Abel y lo envió a una posición que, aunque era muy importante y requería un hombre como él, no era tan arriesgada como la de la entrada del cuartel. Como segundo al mando en el movimiento, debía reducir el riesgo de que ambos cayéramos.

Me pones en una situación muy difícil si tengo que decir que, deliberadamente, escogí el lugar que me parecía más riesgoso; pero no como una expresión de valor, sino como una confianza en la experiencia. Creía que para hacer esa tarea estaba mental y psicológicamente preparado, tenía suficiente experiencia también en materia de armas, y había elaborado la idea de cómo tomar el

Moncada y escogí ese punto. Venía un carro delante que tenía que tomar la posta y la misión mía era tomar el puesto de mando del cuartel, con varios carros, pero el mío era el que tenía que llegar primero. Lo hubiéramos tomado, de no ser por el choque con la patrulla cosaca, de eso no hay la menor duda; si fuera necesario hacer otro plan, no haríamos un plan distinto al que hicimos, a pesar de los años transcurridos. Esas eran posiciones importantes.

A Raúl lo envió con el destacamento de la Audiencia, que era un edificio alto y dominante, un lugar que parecía también de menor peligro, aunque era de importancia fundamental; pero al fracasar la toma del cuartel —y siempre paso un poco de trabajo para hacer estas historias, porque hay historias conocidas e historias no conocidas; tú me estás provocando para que yo te cuente algo—, cuando toman posesión del lugar, no se percatan totalmente de lo ocurrido a la entrada del cuartel, porque a la distancia que están sienten la balacera, el tiroteo, pero no saben con exactitud lo que está pasando, y cuando ellos van a evacuar el edificio, una tropa enemiga los hace prisioneros. Prisioneros en ese momento era la muerte segura porque todo el mundo sabe lo que pasó; pero Raúl seguramente por modestia no lo va a contar; al hombre que está con un arma, con una pistola en la mano, el jefe del destacamento enemigo, él, como un tigre, le arrebata el arma después de estar prisionero el grupo, y hace prisionero al destacamento.

MARTHA MORENO. —Invierte los papeles.

FIDEL CASTRO.—Invierte los papeles. Ahí les salvó la vida a todos los compañeros que estaban en su grupo, ni me acuerdo el número exacto, eran siete u ocho, y por eso pueden escapar. Esa fue una de las tantas casualidades, porque para salir vivo de allí tenían que pasar muchas cosas, que no te mataran en tal momento, ni en tal otro, ni en tal otro, ni en tal otro. Es la indiscreción que cometo hoy con todo el cuidado del mundo, no quiero mencionar nombres, no quiero mencionar nada; pero Raúl se hace jefe. Y luego viene el trabajo de la prisión en Boniato, del juicio, de toda la historia; después Isla de la Juventud —que no se llamaba así

entonces, sino Isla de Pinos—, y ya se va destacando mucho allí en el trabajo, junto con otros compañeros.

[...] Te puedo decir que el plan del ataque al Moncada fue un plan que si hubiera que repetirlo sería exactamente igual, no encuentro que se puedan hacer cosas diferentes; ahora empezar por allí o no, ya es algo que uno pudiera analizar, pero no es tarea que parezca que nos corresponda a nosotros. A veces, en confianza, he conversado de algunas de esas cosas, pero siempre la gente protesta con razón, porque eso no le pertenece a nadie, esas son glorias del país, hechos que ocurrieron. Todo lo demás serían simplemente hipótesis. [...]

Granma. 5 de diciembre de 1996, p. 5. col. 2, col. 3; p. 6. col. 2. La Habana.

QUERÍAMOS TOMAR DOS CUARTELES

Discurso en la clausura del XI Forum de Ciencia y Técnica efectuado en el Palacio de las Convenciones. La Habana, 21 de diciembre de 1996.

[...] Si uno se pone a comparar la cantidad de armamentos que tienen, los recursos, no hay comparación; pero cuando nuestro pueblo empezó la lucha contra Batista en el Moncada, los fusilitos nuestros eran los fusilitos-22, magnífica arma, sin embargo para la misión que tenía. Claro, a una distancia determinada ya, un Springfield tiene todas las ventajas, lo que uno no se puede poner al alcance del Springfield, sino procurar acercar al enemigo al alcance del fusil-22, porque puede venir un hombre de esos llenos de chalecos de todas clases, pero el día que se le ocurra bañarse en un río o ir al baño, empieza a ser vulnerable el hombre a armas que alcancen.

Nosotros también usamos un arma tremenda cuando el Moncada, que fue la escopeta calibre-12 con nueve balines por cartucho, que se disparaban todos en un segundo, los nueve balines; era semiautomática, pero eran nueve proyectiles mortíferos, en dependencia de la parte que pudiéramos afectar. A veces me he puesto a pensar que —era un número de escopetas y fusiles— hasta con menos se habría podido hacer; pero nosotros nos pusimos muy ambiciosos y queríamos tomar dos cuarteles ya, e impedir que pudieran llegar refuerzos por la carretera, tener dos posiciones: Bayamo y Santiago de Cuba, ya tenían que venir por tren, queríamos dificultarles la llegada. Sin embargo, se hubieran podido concebir otras tácticas y hasta otras estrategias con aquellas armas, que no incluían ni morteros, ni bazucas, ni ametralladoras calibre-50, ni mucho menos cañones, tanques o aviones.

Nosotros no podíamos ponernos a pensar en el enemigo que teníamos y en el armamento del enemigo que teníamos, sino en cómo usar aquel armamento contra aquel enemigo. Y después la vida demostró que no podían derrotarnos. [...]

Granma. 24 de diciembre de 1996, p. 6. col. 3. La Habana.

HONRAR LA SANGRE DE TODOS LOS QUE HABÍAN CAÍDO

Discurso por el XL aniversario del asalto al Palacio Presidencial y la toma de Radio Reloj, efectuado en el Palacio de la Revolución. La Habana, 13 de marzo de 1997.

[...] La sorpresa y la confusión siempre son elementos de gran trascendencia en las acciones militares. Nosotros usamos la sorpresa y usamos también la astucia, como fue el vestirnos con uniformes de sargentos, todos nosotros teníamos ese día el grado de sargento para sembrar en el cuartel Moncada el máximo de confusión posible, lo cual realmente se logró en la medida en que ellos no podían distinguir donde estaba el adversario. [...]

[...] Nos quedaba una responsabilidad más a nosotros los que andábamos por las montañas, no sólo de salvar la Revolución; había que honrar la sangre de todos los que habían caído el 26 de julio, los que habían caído el 13 de marzo y los que habían caído a lo largo de la historia de nuestra patria.

Era muy grande la responsabilidad de aquel puñado de hombres, que nos sentíamos, sin embargo, impulsados por esa fuerza adicional del gesto heroico de José Antonio y sus compañeros. Ellos se sumaban a los que ya habían caído en el Moncada, ellos se sumaban para buscar toda la fuerza necesaria para llevar aquella guerra hasta la victoria. [...]

Granma. 5 de marzo de 1997, p. 4. col. 2; p. 5. col. 1, col. 2. La Habana.

PIENSO QUE AQUEL ERA EL PLAN QUE DEBÍA UTILIZARSE

Discurso por el XLV aniversario del asalto al Moncada. Santiago de Cuba, 26 de julio de 1998.

[...] A los santiagueros los íbamos a reclutar después en masa, al pueblo entero, recordando no sólo su historia, sino que también, cuando el 10 de marzo, fue la única población del país que se movilizó y estuvo dispuesta a venir a este cuartel, que vacilaba en unirse o no al golpe, hasta que en un momento dado secundó a los traidores del 10 de marzo. Digo: A los santiagueros no hay que convencerlos, los santiagueros están convencidos, y cuando tomemos ese cuartel y tengamos aquí 1 500 ó 2 000 armas se unirán en masa.

Después de la confusión inicial, porque le empleamos una dosis adecuada de astucia: no vinimos vestidos de civil, realmente buscamos uniformes de aquel ejército, y grados de sargento para distinguirnos y confundir al enemigo; nos podíamos conocer con más precisión unos a otros por los zapatos, que no eran botas —gorra y todo lo demás eran militar, hubo que hacer un trabajo de confección—, íbamos a crear una confusión descomunal antes de que se dieran cuenta, y antes de que se dieran cuenta las otras unidades, le íbamos a simular un levantamiento de sargentos. Una receta parecida a aquella que empleó el señor Batista en el año 1933. Eso era en el primer momento, mientras ocupábamos todo aquí —estaban dormidos como se pudo comprobar, efectivamente, cuando se ocupó una barraca, por los del primer carro—, todos fueron puestos boca abajo.

Digo sinceramente, que si bien se podían considerar otras variantes tal vez más seguras, si fuésemos a realizar otra vez ese mismo plan, 45 años después pienso que aquel era el plan que debía utilizarse, aquel era el plan: tomar la posta principal y con los demás carros el Estado Mayor, las demás barracas y todo el mundo boca abajo; el Palacio de Justicia, edificio dominante, tomado; las azoteas del edificio que quedaba al fondo, que era el hospital civil, tomadas, dominadas; el regimiento quedaría prisionero.

Era perfectamente posible, no me cabe la más mínima duda, como no me cabe la más mínima duda que el pueblo santiaguero se habría sumado entero a aquella lucha. Las armas las íbamos a sacar rápidamente de este cuartel en previsión del ataque aéreo, las íbamos a situar en distintos edificios de la ciudad, y organizar las defensas frente al contraataque. Por teléfono íbamos a engañar a medio mundo con algunos de aquellos sargentos prisioneros que íbamos a poner a hablar con los jefes de escuadrones y con los demás sargentos en la provincia, para subordinarlos o, al menos, ganar tiempo.

La defensa frente al contraataque enemigo y la razón del intento de ocupar Bayamo y el cuartel de Bayamo nacía de la necesidad de establecer una defensa avanzada en el puente sobre el río Cauto de la Carretera Central. Aquellos hombres atacaron el cuartel de Bayamo para cumplir tal misión.

De modo que no tenemos ninguna duda acerca de la selección de la zona, de la población del objetivo, para ocupar armas. Nosotros les decíamos a los compañeros: Bueno, las armas nuestras están en los cuarteles guardaditas, engrasaditas. No tenemos dinero para comprarlas, ¿pero para qué comprarlas si están allí? Con unas pocas armas, podemos ocupar las que tiene el regimiento aquel.

Y otra idea: una vez que nos identificáramos quiénes éramos los que íbamos a tomar el cuartel, proclamar por la radio el programa revolucionario que nos proponíamos y la consigna de huelga general revolucionaria a todo el país.

Mas si no podíamos frenar el contraataque, si no lográbamos paralizar el país —y tal vez hubiese sido posible, porque el grado de odio contra la tiranía era muy grande—, entonces, replegarnos con miles de armas a las montañas. Eso no habría fallado. [...]

Granma. 29 de julio de 1998, (*Suplemento especial*), p. 3. col. 2, col. 3. La Habana.

PENSÁBAMOS CAPTURAR LA FORTALEZA PARA OCUPAR LAS ARMAS

Discurso en la clausura del Primer Encuentro Nacional de Presidentes de las Cooperativas de Créditos y Servicios en el Palacio de las Convenciones. La Habana, 3 de junio de 1998.

[...] Nosotros nos preguntábamos: ¿Dónde está la solución?, aun cuando el Moncada.

En el Moncada pensábamos capturar la fortaleza para ocupar las armas y tratar de derrocar al gobierno con el apoyo de las masas; pero estaba clara la idea de que si no se obtenía eso, con todas las armas iríamos para la Sierra Maestra, estaba clarísimo eso.

Después del Moncada, en la prisión de la Isla de Pinos estaba concebido todo el plan ulterior. [...]

Granma. 6 de junio de 1998, p. 6. col. 3. La Habana.

DEFENDER Y DESARROLLAR LO QUE HEMOS ALCANZADO

Discurso en el acto por el XLV aniversario del desembarco del “Granma” y el nacimiento de las FAR, efectuado en la plaza “Antonio Maceo”. Santiago de Cuba, 2 de diciembre de 2001.

[...] Los que un 26 de julio intentamos tomar en esta misma ciudad la segunda fortaleza militar de Cuba, y 3 años, 4 meses y 7 días después desembarcamos en el yate “Granma” para llevar a cabo la tarea que en síntesis les he contado, envidiaríamos a cada uno de ustedes la lucha que tienen por delante hoy con objetivos mucho más trascendentes: defender y desarrollar lo que hemos alcanzado y hacer por la humanidad, en la medida de nuestras fuerzas, lo que nosotros creemos haber hecho por la Patria. [...]

Granma. 3 de diciembre de 2001, p. 5. col. 3. La Habana.

PARA INICIAR DE NUEVO EL CAMINO QUE AQUELLOS EMPRENDIERON

Discurso por el XLIX aniversario del ataque al Moncada. Ciego de Ávila, 26 de julio de 2002.

[...] La historia ha probado que nada ha podido derrotar a nuestro pueblo en sus nobles afanes de lucha, y que las armas físicas no son más poderosas que las ideas.

Gómez y Maceo, su tenacidad y su heroísmo, cabalgan hoy jinetes invictos por nuestros campos; Céspedes y Agramonte llevan consigo la constitución y la justicia por la cual derramaron su sangre en la república soberana y libre que proclamaron en 1868. Reina el pensamiento de Martí en el pueblo de trabajadores que somos hoy, y nada pudo tampoco impedir que el espíritu proletario de un país que fue construido durante siglos con sangre y sudor de esclavos y obreros, brotara con fuerza inextinguible y para siempre el ansia más plena de libertad y toda la justicia que demandó nuestro Héroe Nacional: el socialismo.

Lo que hoy somos lo hemos sabido defender con honor y con un espíritu de humanidad y justicia que, como fuego eterno, es ya inapagable.

¡Gloria especial, este 26 de julio, a los que un día como hoy, hace 49 años, derramaron su sangre y entregaron sus vidas para iniciar de nuevo, con siempre creciente conciencia, el camino que aquellos emprendieron!

¡Gloria al pueblo que, educado en ideas justas y tradiciones heroicas, las ha mantenido hasta hoy, las mantendrá mañana y hasta la victoria siempre!

¿Qué somos y qué seremos sino una sola historia, una sola idea, una sola voluntad para todos los tiempos? [...]

Granma. 27 de julio de 2002, p. 4. col. 1. La Habana.

¹ El periodista alude a las exitosas elecciones generales que se efectuaron en Cuba el 24 de febrero de 1993.

LA PESADILLA SOCIAL Y HUMANA HABÍA QUEDADO ATRÁS

Discurso en el acto por el 50 aniversario del asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes. Santiago de Cuba, 26 de julio de 2003.

[...] Parece algo irreal estar aquí en este mismo sitio 50 años después de los acontecimientos que conmemoramos hoy, ocurridos aquella mañana del 26 de julio de 1953. Yo tenía entonces 26 años; hoy, han pasado sobre mi vida 50 años más de lucha.

No podía en aquel lejano instante pensar por un segundo que esta noche seríamos convocados los pocos participantes en aquella acción que aún sobrevivimos, junto a los que, reunidos aquí o que escuchan en todo el país, fueron influidos o actuaron activamente en la Revolución; junto a los que en aquella fecha eran niños, adolescentes o jóvenes; a los que aún no habían nacido y hoy son padres e incluso abuelos; a contingentes enteros de hombre y mujeres hechos y derechos, llenos de gloria e historia revolucionaria e internacionalista, soldados y oficiales en activo o en reserva, civiles que realizaron verdaderas proezas; a un número que parece infinito de jóvenes combatientes; a trabajadores laboriosos o entusiastas estudiantes, o ambas cosas a la vez, y a millones de pioneros que colman nuestra imaginación de eternos soñadores. Y de nuevo la vida me impone el singular privilegio de dirigirles la palabra.

No hablo aquí a título personal. Lo hago en nombre de los heroicos esfuerzos de nuestro pueblo y de los miles de combatientes que dieron sus vidas a lo largo de medio siglo. Lo hago, además, con orgullo por la grandiosa obra que fueron capaces de llevar a cabo, los obstáculos que vencieron y los imposibles que hicieron posibles.

[...] En Cuba, la pesadilla social y humana denunciada en 1953, que dio origen a nuestra lucha, había quedado atrás pocos años después del triunfo de 1959. Pronto no hubo campesinos sin tierras, ni precaristas, ni aparceros, ni pago de rentas; todos eran dueños de las parcelas que ocupaban; ni hubo niños desnutridos, descalzos y llenos de parásitos, sin escuelas o maestros aunque fuese debajo

de un árbol; ya no se producían entre ellos las muertes masivas por hambre, enfermedades o falta de recursos o de atención médica; los largos meses sin ocupación laboral desaparecieron; no se volvieron a ver hombres y mujeres en las áreas rurales sin trabajo.

Se iniciaba una etapa de creación y construcción de instituciones educacionales, médicas, habitacionales, deportivas y otras de carácter social junto a miles de kilómetros de carreteras, presas, canales de riego, instalaciones agrícolas, centros de generación eléctrica y sus líneas transmisoras de energía; industrias agrícolas, mecánicas, de materiales de construcción y de todo lo indispensable para el desarrollo sostenido del país. [...]

*Granma. 28 de julio de 2003, p. 3. col. 1; p. 4. col. 1, col. 2.
La Habana.*

III. EL JUICIO: LA HISTORIA ME ABSOLVERÁ

TRAIGO EN EL CORAZÓN LAS DOCTRINAS DEL MAESTRO

La historia me absolverá. *Alegato de autodefensa en el juicio después del asalto al cuartel Moncada. Santiago de Cuba, Oriente, 16 de octubre de 1953.*

Señores magistrados:

Nunca un abogado ha tenido que ejercer su oficio en tan difíciles condiciones; nunca contra un acusado se había cometido tal cúmulo de abrumadoras irregularidades. Uno y otro, son en este caso la misma persona. Como abogado, no ha podido ni tan siquiera ver el sumario y, como acusado, hace hoy setenta y seis días que está encerrado en una celda solitaria, total y absolutamente incomunicado, por encima de todas las prescripciones humanas y legales.

Quien está hablando aborrece con toda su alma la vanidad pueril y no están ni su ánimo ni su temperamento para poses de tribuno ni sensacionalismos de ninguna índole. Si he tenido que asumir mi propia defensa ante este tribunal se debe a dos motivos. Uno: porque prácticamente se me privó de ella por completo; otro: porque sólo quien haya sido herido tan hondo, y haya visto tan desamparada la patria y envilecida la justicia, puede hablar en una ocasión como ésta con palabras que sean sangre del corazón y entrañas de la verdad.

No faltaron compañeros generosos que quisieran defenderme, y el Colegio de Abogados de La Habana designó para que me representara en esta causa a un competente y valeroso letrado: el doctor Jorge Pagliery, decano del Colegio de esta ciudad. No lo dejaron, sin embargo, desempeñar su misión: las puertas de la

prisión estaban cerradas para él cuantas veces intentaba verme; sólo al cabo de mes y medio, debido a que intervino la Audiencia, se le concedieron diez minutos para entrevistarse conmigo en presencia de un sargento del Servicio de Inteligencia Militar.¹ Se supone que un abogado deba conversar privadamente con su defendido, y este derecho se respeta en cualquier lugar del mundo, salvo que se trate de un prisionero de guerra cubano en manos de un implacable despotismo que no reconozca reglas legales ni humanas. Ni el doctor Pagliery ni yo estuvimos dispuestos a tolerar esta sucia fiscalización de nuestras armas para el juicio oral. ¿Querían acaso saber de antemano con qué medios iban a ser reducidas a polvo las fabulosas mentiras que habían elaborado en torno a los hechos del cuartel Moncada y sacarse a relucir las terribles verdades que deseaban ocultar a toda costa? Fue entonces cuando se decidió que, haciendo uso de mi condición de abogado, asumiese yo mismo mi propia defensa.

Esta decisión, oída y transmitida por el sargento del SIM, provocó inusitados temores; parece que algún duendecillo burlón se complacía diciéndoles que por culpa mía los planes iban a salir muy mal; y vosotros sabéis de sobra, señores magistrados, cuántas presiones se han ejercido para que se me despojase también de este derecho consagrado en Cuba por una larga tradición. El tribunal no pudo acceder a tales pretensiones porque era ya dejar a un acusado en el colmo de la indefensión. Ese acusado, que está ejerciendo ahora ese derecho, por ninguna razón del mundo callará lo que debe decir. Y estimo que hay que explicar, primero que nada, a qué se debió la feroz incomunicación a que fui sometido; cuál es el propósito al reducirme al silencio; por qué se fraguaron planes, que el tribunal conoce, para asesinarme; qué hechos gravísimos se le quieren ocultar al pueblo; cuál es el secreto de todas las cosas extrañas que han ocurrido en este proceso. Es lo que me propongo hacer con entera claridad.

Vosotros habéis calificado este juicio públicamente como el más trascendental de la historia republicana, y si así lo habéis creído sinceramente, no debisteis permitir que os lo mancharan con un fardo de burlas a vuestra autoridad. La primera sesión del juicio fue el 21 de septiembre.² Entre un centenar de ametralladoras y bayonetas que invadían escandalosamente la sala de justicia, más de cien personas se sentaron en el banquillo

de los acusados. Una gran mayoría era ajena a los hechos y guardaba prisión preventiva hacía muchos días, después de sufrir toda clase de vejámenes y maltratos en los calabozos de los cuerpos represivos; pero el resto de los acusados, que era el menor número, estaban gallardamente firmes, dispuestos a confirmar con orgullo su participación en la batalla por la libertad, dar un ejemplo de abnegación sin precedentes y librar de las garras de la cárcel a aquel grupo de personas que con toda mala fe habían sido incluidas en el proceso. Los que habían combatido una vez volvían a enfrentarse. Otra vez la causa justa del lado nuestro; iba a librarse contra la infamia el combate terrible de la verdad. ¡Y ciertamente que no esperaba el régimen la catástrofe moral que se avecinaba!

¿Cómo mantener todas sus falsas acusaciones? ¿Cómo impedir que se supiera lo que en realidad había ocurrido, cuando tal número de jóvenes estaban dispuestos a correr todos los riesgos: cárcel, tortura y muerte, si era preciso por denunciarlo ante el tribunal?

En aquella primera sesión se me llamó a declarar y fui sometido a interrogatorio durante dos horas, contestando las preguntas del señor fiscal³ y los veinte abogados de la defensa.⁴ Pude probar con cifras exactas y datos irrefutables las cantidades de dinero invertido, la forma en que se habían obtenido y las armas que logramos reunir. No tenía nada que ocultar, porque en realidad todo había sido logrado con sacrificios sin precedentes en nuestras contiendas republicanas. Hablé de los propósitos que nos inspiraban en la lucha y del comportamiento humano y generoso que en todo momento mantuvimos con nuestros adversarios. Si pude cumplir mi cometido demostrando la no participación, ni directa ni indirecta, de todos los acusados falsamente comprometidos en la causa, se lo debo a la total adhesión y respaldo de mis heroicos compañeros, pues dije que ellos no se avergonzarían ni se arrepentirían de su condición de revolucionarios y de patriotas por el hecho de tener que sufrir las consecuencias. No se me permitió nunca hablar con ellos en la prisión y, sin embargo, pensábamos hacer exactamente lo mismo. Es que, cuando los hombres llevan en la mente un mismo ideal, nada puede incomunicarlos, ni las paredes de una cárcel, ni la tierra de los cementerios, porque un mismo recuerdo, una misma

alma, una misma idea, una misma conciencia y dignidad los alienta a todos.

Desde aquel momento comenzó a desmoronarse como castillo de naipes el edificio de mentiras infames que había levantado el gobierno en torno a los hechos, resultando de ello que el señor fiscal comprendió cuán absurdo era mantener en prisión a todas las personas a quienes se acusaba de autores intelectuales, solicitando de inmediato para ellas la libertad provisional.

Terminadas mis declaraciones en aquella primera sesión, yo había solicitado permiso del tribunal para abandonar el banco de los acusados y ocupar el puesto entre los abogados defensores, lo que, en efecto, me fue concedido. Comenzaba para mí entonces la misión que consideraba más importante en este juicio: destruir totalmente las cobardes cuanto alevosas y miserables, cuanto impúdicas calumnias que se lanzaron contra nuestros combatientes, y poner en evidencia irrefutable los crímenes espantosos y repugnantes que se habían cometido con los prisioneros, mostrando ante la faz de la nación y del mundo la infinita desgracia de este pueblo, que está sufriendo la opresión más cruel e inhumana de toda su historia.

La segunda sesión fue el martes 22 de septiembre. Acababan de prestar declaración apenas diez personas y ya había logrado poner en claro los asesinatos cometidos en la zona de Manzanillo,⁵ estableciendo específicamente y haciéndola constar en acta, la responsabilidad directa del capitán jefe⁶ de aquel puesto militar. Faltaban por declarar todavía trescientas personas. ¿Qué sería cuando, con una cantidad abrumadora de datos y pruebas reunidos, procediera a interrogar, delante del tribunal, a los propios militares responsables de aquellos hechos? ¿Podía permitir el gobierno que yo realizara tal cosa en presencia del público numeroso que asistía a las sesiones, los reporteros de prensa, letrados de toda la Isla y los líderes de los partidos, de oposición a quienes estúpidamente habían sentado en el banco de los acusados para que ahora pudieran escuchar bien de cerca todo cuanto allí se ventilara? ¡Primero dinamitaban la Audiencia, con todos sus magistrados, que permitirlo! Idearon sustraerme del juicio y procedieron a ello *manu militari*.⁷ El viernes 25 de septiembre por la noche, víspera de la tercera sesión, se presentaron en mi

celda dos médicos del penal;⁸ estaban visiblemente apenados: “Venimos a hacerte un reconocimiento” me dijeron. “¿Y quién se preocupa tanto por mi salud?” —les pregunté. Realmente, desde que los vi había comprendido el propósito. Ellos no pudieron ser más caballeros y me explicaron la verdad: esa misma tarde había estado en prisión el coronel Chaviano⁹ y les dijo que yo “le estaba haciendo en el juicio un daño terrible al gobierno”, que tenían que firmar un certificado donde se hiciera constar que estaba enfermo y no podía, por tanto, seguir asistiendo a las sesiones. Me expresaron además los médicos que ellos, por su parte, estaban dispuestos a renunciar a sus cargos y exponerse a las persecuciones, que ponían el asunto en mis manos para que yo decidiera. Para mí era duro pedirles a aquellos hombres que se inmolaran sin consideraciones, pero tampoco podía consentir, por ningún concepto, que se llevaran a cabo tales propósitos. Para dejarlo a sus propias conciencias, me limité a contestarles: “Ustedes sabrán cuál es su deber; yo sé bien cuál es el mío”.

Ellos, después que se retiraron, firmaron el certificado; sé que lo hicieron porque creían de buena fe que era el único modo de salvarme la vida, que veían en sumo peligro. No me comprometí a guardar silencio sobre este diálogo; sólo estoy comprometido con la verdad, y si decirla en este caso pudiera lesionar el interés material de esos buenos profesionales, dejo limpio de toda duda su honor, que vale mucho más. Aquella misma noche, redacté una carta¹⁰ para este tribunal, denunciando el plan que se tramaba, solicitando la visita de dos médicos forenses para que certificaran mi perfecto estado de salud y expresándoles que si para salvar mi vida, tenía que permitir semejante artimaña, prefería perderla mil veces. Para dar a entender que estaba resuelto a luchar solo contra tanta bajeza, añadí a mi escrito aquel pensamiento del Maestro: “Un principio justo desde el fondo de una cueva puede más que un ejército”. Ésa fue la carta que, como sabe el tribunal, presentó la doctora Melba Hernández, en la sesión tercera del juicio oral el 26 de septiembre. Pude hacerla llegar a ella, a pesar de la implacable vigilancia que sobre mí pesaba. Con motivo de dicha carta, por supuesto, se tomaron inmediatas represalias: incomunicaron a la doctora Hernández, y a mí, como ya lo estaba, me confinaron al más apartado lugar de la cárcel. A

partir de entonces, todos los acusados eran registrados minuciosamente, de pies a cabeza, antes de salir para el juicio.

Vinieron los médicos forenses el día 27 y certificaron que, en efecto, estaba perfectamente bien de salud. Sin embargo, pese a las reiteradas órdenes del tribunal, no se me volvió a traer a ninguna sesión del juicio. Agréguese a esto que todos los días eran distribuidos, por personas desconocidas, cientos de panfletos apócrifos donde se hablaba de rescatarme de la prisión, coartada estúpida para eliminarme físicamente con pretexto de evasión. Fracasados estos propósitos por la denuncia oportuna de amigos alertas y descubierta la falsedad del certificado médico, no les quedó otro recurso, para impedir mi asistencia al juicio, que el desacato abierto y descarado.

Caso insólito el que se estaba produciendo, señores magistrados: un régimen que tenía miedo de presentar a un acusado ante los tribunales; un régimen de terror y de sangre, que se espantaba ante la convicción moral de un hombre indefenso, desarmado, incomunicado y calumniado. Así, después de haberme privado de todo, me privaban por último del juicio donde era el principal acusado. Téngase en cuenta que esto se hacía estando en plena vigencia la suspensión de garantías y funcionando con todo rigor la Ley de Orden Público y la censura de radio y prensa. ¡Qué crímenes tan horrendos habrá cometido este régimen que tanto temía la voz de un acusado!

Debo hacer hincapié en la actitud insolente e irrespetuosa que con respecto a vosotros han mantenido en todo momento los jefes militares. Cuantas veces este tribunal ordenó que cesara la inhumana incomunicación que pesaba sobre mí, cuantas veces ordenó que se respetasen mis derechos más elementales, cuantas veces demandó que se me presentara a juicio, jamás fue obedecido; una por una, se desacataron todas sus órdenes. Peor todavía: en la misma presencia del tribunal, en la primera y segunda sesión, se me puso al lado una guardia pretoriana¹¹ para que me impidiera en absoluto hablar con nadie, ni aun en los momentos de receso, dando a entender que, no ya en la prisión, sino hasta en la misma Audiencia y en vuestra presencia, no hacían el menor caso de vuestras disposiciones. Pensaba plantear este problema en la sesión siguiente como cuestión de elemental honor para el tribunal,

pero... ya no volví más. Y si a cambio de tanta irrespetuosidad nos traen aquí para que vosotros nos enviéis a la cárcel, en nombre de una legalidad que únicamente ellos y exclusivamente ellos están violando desde el 10 de marzo, harto triste es el papel que os quieren imponer. No se ha cumplido ciertamente en este caso ni una sola vez la máxima latina: *cedant arma togae*.¹² Ruego tengáis muy en cuenta esta circunstancia.

Mas, todas las medidas resultaron completamente inútiles, porque mis bravos compañeros, con civismo sin precedentes, cumplieron cabalmente su deber.

“Sí, vinimos a combatir por la libertad de Cuba y no nos arrepentimos de haberlo hecho”, decían uno por uno cuando eran llamados a declarar; e inmediatamente, con impresionante hombría, dirigiéndose al tribunal, denunciaban los crímenes horribles que se habían cometido en los cuerpos de nuestros hermanos. Aunque ausente, pude seguir el proceso desde mi celda en todos sus detalles, gracias a la población penal de la prisión de Boniato¹³ que, pese a todas las amenazas de severos castigos, se valieron de ingeniosos medios para poner en mis manos recortes de periódicos e informaciones de toda clase. Vengaron así los abusos e inmoralidades del director Taboada¹⁴ y del teniente supervisor Rosabal,¹⁵ que los hacen trabajar de sol a sol, construyendo palacetes privados, y encima los matan de hambre malversando los fondos de subsistencia.

A medida que se desarrolló el juicio, los papeles se invirtieron: los que iban a acusar salieron acusados, y los acusados se convirtieron en acusadores. No se juzgó allí a los revolucionarios, se juzgó para siempre a un señor que se llama Batista... ¡*Monstrum horrendum!*¹⁶... No importa que los valientes y dignos jóvenes hayan sido condenados,¹⁷ si mañana el pueblo condenará al dictador y a sus crueles esbirros. A Isla de Pinos se les envió, en cuyas circulares mora todavía el espectro de Castells¹⁸ y no se ha apagado aún el grito de tantos y tantos asesinados; allí han ido a purgar, en amargo cautiverio, su amor a la libertad, secuestrados de la sociedad, arrancados de sus hogares y desterrados de la patria. ¿No creéis, como dije, que en tales circunstancias es ingrato y difícil a este abogado cumplir su misión?

Como resultado de tantas maquinaciones turbias e ilegales, por voluntad de los que mandan y debilidad de los que juzgan,

heme aquí en este cuartico del Hospital Civil, adonde se me ha traído para ser juzgado en sigilo, de modo de que no se me oiga, que mi voz se apague y nadie se entere de las cosas que voy a decir. ¿Para qué se quiere ese imponente Palacio de Justicia, donde los señores magistrados se encontrarán, sin duda, mucho más cómodos? No es conveniente, os lo advierto, que se imparta justicia desde el cuarto de un hospital rodeado de centinelas con bayoneta calada, porque pudiera pensar la ciudadanía que nuestra justicia está enferma... y está presa.

Os recuerdo que vuestras leyes de procedimiento establecen que el juicio será “oral y público”; sin embargo, se ha impedido por completo al pueblo la entrada en esta sesión. Sólo han dejado pasar dos letrados y seis periodistas,¹⁹ en cuyos periódicos la censura no permitirá publicar una palabra. Veo que tengo por único publico, en la sala y en los pasillos, cerca de cien soldados y oficiales. ¡Gracias por la seria y amable atención que me están prestando! ¡Ojalá tuviera delante de mí todo el Ejército! Yo sé que algún día arderá en deseos de lavar la mancha terrible de vergüenza y de sangre que han lanzado sobre el uniforme militar las ambiciones de un grupito desalmado. Entonces ¡ay de los que cabalgan hoy cómodamente sobre sus nobles guerreras si es que el pueblo no los ha desmontado mucho antes!

Por último, debo decir que no se dejó pasar a mi celda en la prisión ningún tratado de derecho penal. Sólo puedo disponer de este minúsculo código que me acaba de prestar un letrado, el valiente defensor de mis compañeros: doctor Baudilio Castellanos. De igual modo se prohibió que llegaran a mis manos los libros de Martí; parece que la censura de la prisión los consideró demasiado subversivos. ¿O será porque yo dije que Martí era el autor intelectual del 26 de julio? Se impidió, además, que trajese a este juicio ninguna obra de consulta sobre cualquier otra materia. ¡No importa en absoluto! Traigo en el corazón las doctrinas del Maestro y en el pensamiento las nobles ideas de todos los hombres que han defendido la libertad de los pueblos.

Sólo una cosa voy a pedirle al tribunal; espero que me la conceda en compensación de tanto exceso y desafuero como ha tenido que sufrir este acusado sin amparo alguno de las leyes: que se respete mi derecho a expresarme con entera libertad. Sin ello no podrán llenarse ni las meras apariencias de justicia y el

último eslabón sería, más que ningún otro, de ignominia y cobardía.

Confieso que algo me ha decepcionado. Pensé que el señor fiscal vendría con una acusación terrible, dispuesto a justificar hasta la saciedad la pretensión y los motivos por los cuales en nombre del derecho y de la justicia —y ¿de qué derecho y de qué justicia?— se me debe condenar a veintiséis años de prisión. Pero no. Se ha limitado exclusivamente a leer el artículo 148 del Código de Defensa Social,²⁰ por el cual, más circunstancias agravantes, solicita para mí la respetable cantidad de veintiséis años de prisión. Dos minutos me parece muy poco tiempo para pedir y justificar que un hombre se pase a la sombra más de un cuarto de siglo. ¿Está por ventura el señor fiscal disgustado con el tribunal? Porque, según observo, su laconismo en este caso se da de narices con aquella solemnidad con que los señores magistrados declararon, un tanto orgullosos, que éste era un proceso de suma importancia, y yo he visto a los señores fiscales hablar diez veces más en un simple caso de drogas heroicas para solicitar que un ciudadano sea condenado a seis meses de prisión. El señor fiscal no ha pronunciado una sola palabra para respaldar su petición. Soy justo..., comprendo que es difícil, para un fiscal que juró ser fiel a la Constitución de la República, venir aquí en nombre de un gobierno inconstitucional, factual, estatutario, de ninguna legalidad y menos moralidad, a pedir que un joven cubano, abogado como él, quizás... tan decente como él, sea enviado por veintiséis años a la cárcel. Pero el señor fiscal es un hombre de talento y yo he visto personas con menos talento que él escribir largos mamotretos en defensa de esta situación. ¿Cómo, pues, creer que carezca de razones para defenderlo, aunque sea durante quince minutos, por mucha repugnancia que esto le inspire a cualquier persona decente? Es indudable que en el fondo de esto hay una gran conjura.

Señores magistrados: ¿Por qué tanto interés en que me calle? ¿Por qué, inclusive, se suspende todo género de razonamientos para no presentar ningún blanco contra el cual pueda yo dirigir el ataque de mis argumentos? ¿Es que se carece por completo de base jurídica, moral y política para hacer un planteamiento serio de la cuestión? ¿Es que se teme tanto a la verdad? ¿Es que se quiere que yo hable también dos minutos y no toque aquí los puntos

que tienen a ciertas gentes sin dormir desde el 26 de julio? Al circunscribirse la petición fiscal a la simple lectura de cinco líneas de un artículo del Código de Defensa Social, pudiera pensarse que yo me circunscriba a lo mismo y dé vueltas y más vueltas alrededor de ellas, como un esclavo en torno a una piedra de molino. Pero no aceptaré de ningún modo esa mordaza, porque en este juicio se está debatiendo algo más que la simple libertad de un individuo: se discute sobre cuestiones fundamentales de principios, se juzga sobre el derecho de los hombres a ser libres, se debate sobre las bases mismas de nuestra existencia como nación civilizada y democrática. Cuando concluya, no quiero tener que reprocharme a mí mismo haber dejado principio por defender, verdad sin decir, ni crimen sin denunciar.

El famoso articulejo del señor fiscal no merece ni un minuto de réplica. Me limitaré, por el momento, a librar contra él una breve escaramuza jurídica, porque quiero tener limpio de minucias el campo para cuando llegue la hora de tocar a degüello contra toda la mentira, falsedad, hipocresía, convencionalismos y cobardía moral sin límites en que se basa esa burda comedia que, desde el 10 de marzo y aun antes del 10 de marzo, se llama en Cuba Justicia.

Es un principio elemental de derecho penal que el hecho imputado tiene que ajustarse exactamente al tipo de delito prescrito por la ley. Si no hay ley exactamente aplicable al punto controvertido, no hay delito.

El artículo en cuestión dice textualmente: “Se impondrá una sanción de privación de libertad de tres a diez años al autor de un hecho dirigido a promover un alzamiento de gentes armadas contra los Poderes Constitucionales del Estado. La sanción será de privación de libertad de cinco a veinte años si se llevase a efecto la insurrección”.

¿En qué país está viviendo el señor fiscal? ¿Quién le ha dicho que nosotros hemos promovido alzamiento contra los Poderes Constitucionales del Estado? Dos cosas resaltan a la vista. En primer lugar, la dictadura que oprime a la nación no es un poder constitucional, sino inconstitucional; se engendró contra la Constitución, por encima de la Constitución, violando la Constitución legítima de la República. Constitución legítima es aquella que emana directamente del pueblo soberano. Este punto

lo demostraré plenamente más adelante, frente a todas las gazmoñerías que han inventado los cobardes y traidores para justificar lo injustificable. En segundo lugar, el artículo habla de Poderes, es decir, plural, no singular, porque está considerando el caso de una república regida por un Poder Legislativo, un Poder Ejecutivo y un Poder Judicial que se equilibran y contrapesan unos a otros. Nosotros hemos promovido rebelión contra un poder único, ilegítimo, que ha usurpado y reunido en uno solo los Poderes Legislativo y Ejecutivo de la nación, destruyendo todo el sistema que precisamente trataba de proteger el artículo del Código que estamos analizando. En cuanto a la independencia del Poder Judicial después del 10 de marzo, ni hablo siquiera, porque no estoy para bromas... Por mucho que se estire, se encoja o se remiende, ni una sola coma del artículo 148 es aplicable a los hechos del 26 de julio. Dejémoslo tranquilo, esperando la oportunidad en que pueda aplicarse a los que sí promovieron alzamiento contra los Poderes Constitucionales del Estado. Más tarde volveré sobre el Código para refrescarle la memoria al señor fiscal sobre ciertas circunstancias que lamentablemente se le han olvidado.

Os advierto que acabo de empezar. Si en vuestras almas queda un latido de amor a la patria, de amor a la humanidad, de amor a la justicia, escuchadme con atención. Sé que me obligarán al silencio durante muchos años; sé que tratarán de ocultar la verdad por todos los medios posibles; sé que contra mí se alzarán la conjura del olvido. Pero mi voz no se ahogará por eso: cobra fuerzas en mi pecho mientras más solo me siento y quiero darle en mi corazón todo el calor que le niegan las almas cobardes.

Escuché al dictador el lunes 27 de julio, desde un bohío de las montañas, cuando todavía quedábamos dieciocho hombres²¹ sobre las armas. No sabrán de amarguras e indignaciones en la vida los que no hayan pasado por momentos semejantes. Al par que rodaban por tierra las esperanzas tanto tiempo acariciadas de libertad a nuestro pueblo, veíamos al déspota erguirse sobre él, más ruin y soberbio que nunca. El chorro de mentiras y calumnias que vertió en su lenguaje torpe, odioso y repugnante, sólo puede compararse con el chorro enorme de sangre joven y limpia que desde la noche antes estaba derramando, con su conocimiento, consentimiento, complicidad y aplauso, la más desalmada turba

de asesinos que pueda concebirse jamás. Haber creído durante un solo minuto lo que dijo es suficiente falta para que un hombre de conciencia viva arrepentido y avergonzado toda la vida. No tenía ni siquiera, en aquellos momentos, la esperanza de marcarle sobre la frente miserable la verdad que lo estigmatice por el resto de sus días y el resto de los tiempos, porque sobre nosotros se cerraba ya el cerco de más de mil hombres, con armas de mayor alcance y potencia, cuya consigna terminante era regresar con nuestros cadáveres. Hoy, que ya la verdad empieza a conocerse y que termino con esas palabras que estoy pronunciando la misión que me impuse, cumplida a cabalidad, puedo morir tranquilo y feliz, por lo cual no escatimaré fustazos de ninguna clase sobre los enfurecidos asesinos.

Es necesario que me detenga a considerar un poco los hechos. Se dijo por el mismo gobierno que el ataque fue realizado con tanta precisión y perfección que evidenciaba la presencia de expertos militares en la elaboración del plan. ¡Nada más absurdo! El plan fue trazado por un grupo de jóvenes ninguno de los cuales tenía experiencia militar; y voy a revelar sus nombres, menos dos de ellos que no están ni muertos ni presos²²: Abel Santamaría, José Luis Tasende, Renato Guitart Rosell, Pedro Miret, Jesús Montané y el que les habla. La mitad han muerto, y en justo tributo a su memoria puedo decir que no eran expertos militares, pero tenían patriotismo suficiente para darles, en igualdad de condiciones, una soberana paliza a todos los generales del 10 de marzo juntos, que no son ni militares ni patriotas. Más difícil fue organizar, entrenar y movilizar hombres y armas bajo un régimen represivo que gasta millones de pesos en espionaje, sobornos y delación, tareas que aquellos jóvenes y otros muchos realizaron con seriedad, discreción y constancia verdaderamente increíbles; y más meritorio todavía será siempre darle a un ideal todo lo que se tiene y, además, la vida.

La movilización final de hombres que vinieron a esta provincia desde los más remotos pueblos de toda la Isla, se llevó a cabo con admirable precisión y absoluto secreto. Es cierto igualmente que el ataque se realizó con magnífica coordinación. Comenzó simultáneamente a las 5:15 a.m., tanto en Bayamo como en Santiago de Cuba, y, uno a uno, con exactitud de minutos y segundos prevista de antemano, fueron cayendo los edificios que

rodean el campamento. Sin embargo, en aras de la estricta verdad, aun cuando disminuya nuestro mérito, voy a revelar por primera vez también otro hecho que fue fatal: la mitad del grueso de nuestras fuerzas y la mejor armada, por un error lamentable se extravió a la entrada de la ciudad y nos faltó en el momento decisivo. Abel Santamaría, con veintiún hombres,²³ había ocupado el Hospital Civil; iban también con él para atender a los heridos un médico²⁴ y dos compañeras nuestras.²⁵ Raúl Castro, con diez hombres,²⁶ ocupó el Palacio de Justicia; y a mí me correspondió atacar el campamento con el resto, noventa y cinco hombres. Llegué con un primer grupo de cuarenta y cinco, precedido por una vanguardia de ocho que forzó la posta tres.²⁷ Fue aquí precisamente donde se inició el combate, al encontrarse mi automóvil con una patrulla de recorrido exterior armada de ametralladoras. El grupo de reserva, que tenía casi todas las armas largas, pues las cortas iban a la vanguardia, tomó por una calle equivocada y se desvió por completo dentro de una ciudad que no conocían. Debo aclarar que no albergo la menor duda sobre el valor de esos hombres, que al verse extraviados sufrieron gran angustia y desesperación. Debido al tipo de acción que se estaba desarrollando y al idéntico color de los uniformes en ambas partes combatientes, no era fácil restablecer el contacto. Muchos de ellos, detenidos más tarde, recibieron la muerte con verdadero heroísmo.

Todo el mundo tenía instrucciones muy precisas de ser, ante todo, humanos en la lucha. Nunca un grupo de hombres armados fue más generoso con el adversario. Se hicieron desde los primeros momentos numerosos prisioneros, cerca de veinte en firme; y hubo un instante, al principio, en que tres hombres nuestros, de los que habían tomado la posta: Ramiro Valdés, José Suárez y Jesús Montané, lograron penetrar en una barraca y detuvieron durante un tiempo a cerca de cincuenta soldados. Estos prisioneros declararon ante el tribunal, y todos sin excepción han reconocido que se les trató con absoluto respeto, sin tener que sufrir ni siquiera una palabra vejaminosa, sobre este aspecto sí tengo que agradecerle algo, de corazón, al señor fiscal: que en el juicio donde se juzgó a mis compañeros, al hacer su informe, tuvo la justicia de reconocer como un hecho indudable el altísimo espíritu de caballeridad que mantuvimos en la lucha.

La disciplina por parte del Ejército fue bastante mala. Vencieron en último término por el número, que les daba una superioridad de quince a uno, y por la protección que les brindaban las defensas de la fortaleza. Nuestros hombres tiraban mucho mejor y ellos mismos lo reconocieron. El valor humano fue igualmente alto de parte y parte.

Considerando las causas del fracaso táctico, aparte del lamentable error mencionado, estimo que fue una falta nuestra dividir la unidad de comandos que habíamos entrenado cuidadosamente. De nuestros mejores hombres y más audaces jefes, había veintisiete en Bayamo,²⁸ veintiuno en el Hospital Civil y diez en el Palacio de Justicia; de haber hecho otra distribución, el resultado pudo haber sido distinto. El choque con la patrulla (totalmente casual, pues veinte segundos antes o veinte segundos después no habría estado en ese punto) dio tiempo a que se movilizara el campamento, que de otro modo habría caído en nuestras manos sin disparar un tiro, pues ya la posta estaba en nuestro poder. Por otra parte, salvo los fusiles calibre 22 que estaban bien provistos, el parque de nuestro lado era escasísimo. De haber tenido nosotros granadas de mano, no hubieran podido resistir quince minutos.

Cuando me convencí de que todos los esfuerzos eran ya inútiles para tomar la fortaleza, comencé a retirar nuestros hombres en grupos de ocho y de diez. La retirada fue protegida por seis francotiradores que, al mando de Pedro Miret y de Fidel Labrador, le bloquearon heroicamente el paso al Ejército. Nuestras pérdidas en la lucha habían sido insignificantes; el noventa y cinco por ciento de nuestros muertos fueron producto de la crueldad y la inhumanidad cuando aquélla hubo cesado. El grupo del Hospital Civil no tuvo más que una baja; el resto fue copado al situarse las tropas frente a la única salida del edificio, y sólo depusieron las armas cuando no les quedaba una bala. Con ellos estaba Abel Santamaría, el más generoso, querido e intrépido de nuestros jóvenes, cuya gloriosa resistencia lo inmortaliza ante la historia de Cuba. Ya veremos la suerte que corrieron y cómo quiso escarmentar Batista la rebeldía y heroísmo de nuestra juventud.

Nuestros planes eran proseguir la lucha en las montañas caso de fracasar el ataque al regimiento. Pude reunir otra vez, en

Siboney, la tercera parte de nuestras fuerzas; pero ya muchos estaban desalentados. Unos veinte decidieron presentarse; ya veremos también lo que ocurrió con ellos. El resto, dieciocho hombres, con las armas y el parque que quedaban, me siguieron a las montañas. El terreno era totalmente desconocido para nosotros. Durante una semana ocupamos la parte alta de la cordillera de la Gran Piedra y el Ejército ocupó la base. Ni nosotros podíamos bajar ni ellos se decidieron a subir. No fueron, pues, las armas; fueron el hambre y la sed quienes vencieron la última resistencia. Tuve que ir distribuyendo los hombres en pequeños grupos; algunos consiguieron filtrarse entre las líneas del Ejército, otros fueron presentados por monseñor Pérez Serantes.²⁹ Cuando sólo quedaban conmigo dos compañeros: José Suárez y Oscar Alcalde, totalmente extenuados los tres, al amanecer del sábado 1º de agosto, una fuerza al mando del teniente Sarría³⁰ nos sorprendió durmiendo. Ya la matanza de prisioneros había cesado por la tremenda reacción que provocó en la ciudadanía, y este oficial, hombre de honor, impidió que algunos matones nos asesinasen en pleno campo con las manos atadas.

No necesito desmentir aquí las estúpidas sandeces que, para mancillar mi nombre, inventaron los Ugalde Carrillo³¹ y su comparsa, creyendo encubrir su cobardía, su incapacidad y sus crímenes. Los hechos están sobradamente claros.

Mi propósito no es entretener al tribunal con narraciones épicas. Todo cuanto he dicho es necesario para la comprensión más exacta de lo que diré después.

Quiero hacer constar dos cosas importantes para que se juzgue serenamente nuestra actitud. Primero: pudimos haber facilitado la toma del regimiento deteniendo simplemente a todos los altos oficiales en sus residencias, posibilidad que fue rechazada, por la consideración muy humana de evitar escenas de tragedia y de lucha en las casas de las familias. Segundo: se acordó no tomar ninguna estación de radio hasta tanto no se tuviese asegurado el campamento. Esta actitud nuestra, pocas veces vista por su gallardía y grandeza, le ahorró a la ciudadanía un río de sangre. Yo pude haber ocupado, con sólo diez hombres, una estación de radio y haber lanzado al pueblo a la lucha. De su ánimo no era posible dudar: tenía el último discurso de Eduardo Chibás en la CMQ, grabado con sus propias palabras, poemas patrióticos e

himnos de guerra capaces de estremecer al más indiferente, con mayor razón cuando se está escuchando el fragor del combate, y no quise hacer uso de ello, a pesar de lo desesperado de nuestra situación.

Se ha repetido con mucho énfasis por el gobierno que el pueblo no secundó el movimiento. Nunca había oído una afirmación tan ingenua y, al propio tiempo, tan llena de mala fe. Pretenden evidenciar con ello la sumisión y cobardía del pueblo; poco falta para que digan que respalda a la dictadura, y no saben cuánto ofenden con ello a los bravos orientales. Santiago de Cuba creyó que era una lucha entre soldados, y no tuvo conocimiento de lo que ocurría hasta muchas horas después. ¿Quién duda del valor, el civismo y el coraje sin límites del rebelde y patriótico pueblo de Santiago de Cuba? Si el Moncada hubiera caído en nuestras manos, ¡hasta las mujeres de Santiago de Cuba habrían empuñado las armas! ¡Muchos fusiles se los cargaron a los combatientes las enfermeras del Hospital Civil! Ellas también pelearon. Eso no lo olvidaremos jamás.

No fue nunca nuestra intención luchar con los soldados del regimiento, sino apoderarnos por sorpresa del control y de las armas, llamar al pueblo, reunir después a los militares e invitarlos a abandonar la odiosa bandera de la tiranía y abrazar la de la libertad, defender los grandes intereses de la nación y no de los mezquinos intereses de un grupito; virar las armas y disparar contra los enemigos del pueblo, y no contra el pueblo, donde están sus hijos y sus padres; luchar junto a él, como hermanos que son, y no frente a él, como enemigos que quieren que sean; ir unidos en pos del único ideal hermoso y digno de ofrendarle la vida, que es la grandeza y felicidad de la patria. A los que dudan que muchos soldados se hubieran sumado a nosotros, yo les pregunto: ¿Qué cubano no ama la gloria? ¿Qué alma no se enciende en un amanecer de libertad?

El cuerpo de la Marina no combatió contra nosotros, y se hubiera sumado sin duda después. Se sabe que ese sector de las Fuerzas Armadas es el menos adicto a la tiranía y que existe entre sus miembros un índice muy elevado de conciencia cívica. Pero en cuanto al resto del Ejército nacional, ¿hubiera combatido contra el pueblo sublevado? Yo afirmo que no. El soldado es un hombre de carne y hueso, que piensa, que observa y que siente.

Es susceptible a la influencia de las opiniones, creencias, simpatías y antipatías del pueblo. Si se le pregunta su opinión dirá que no puede decirla; pero eso no significa que carezca de opinión. Le afectan exactamente los mismos problemas que a los demás ciudadanos conciernen: subsistencia, alquiler, la educación de los hijos, el porvenir de éstos, etcétera. Cada familiar es un punto de contacto inevitable entre él y el pueblo y la situación presente y futura de la sociedad en que vive. Es necio pensar que porque un soldado reciba un sueldo del Estado, bastante módico, haya resuelto las preocupaciones vitales que le imponen sus necesidades, deberes y sentimientos como miembro de una familia y de una colectividad social.

Ha sido necesaria esta breve explicación porque es el fundamento de un hecho en que muy pocos han pensado hasta el presente: el soldado siente un profundo respeto por el sentimiento de la mayoría del pueblo. Durante el régimen de Machado, en la misma medida en que crecía la antipatía popular, decrecía visiblemente la fidelidad del Ejército, a extremos que un grupo de mujeres estuvo a punto de sublevar el campamento de Columbia. Pero más claramente prueba esto un hecho reciente: mientras el régimen de Grau San Martín mantenía en el pueblo su máxima popularidad, proliferaron en el Ejército, alentadas por ex militares sin escrúpulos y civiles ambiciosos, infinidad de conspiraciones, y ninguna de ellas encontró eco en la masa de los militares.

El 10 de marzo tiene lugar en el momento en que había descendido hasta el mínimo el prestigio del gobierno civil, circunstancias que aprovecharon Batista y su camarilla. ¿Por qué no lo hicieron después del 1º de junio? Sencillamente porque si esperan que la mayoría de la nación expresase sus sentimientos en las urnas, ninguna conspiración hubiera encontrado eco en la tropa.

Puede hacerse, por tanto, una segunda afirmación: el Ejército jamás se ha sublevado contra un régimen de mayoría popular. Estas verdades son históricas, y si Batista se empeña en permanecer a toda costa en el poder contra la voluntad absolutamente mayoritaria de Cuba, su fin será más trágico que el de Gerardo Machado.

Puedo expresar mi concepto en lo que a las Fuerzas Armadas se refiere, porque hablé de ellas y las defendía cuando todos

callaban, y no lo hice para conspirar ni por interés de ningún género, porque estábamos en plena normalidad constitucional, sino por meros sentimientos de humanidad y deber cívico. Era aquel tiempo el periódico *Alerta* uno de los más leídos por la posición que mantenía entonces en la política nacional, y desde sus páginas realicé una memorable campaña contra el sistema de trabajos forzados a que estaban sometidos los soldados en las fincas privadas de los altos personajes civiles y militares, aportando datos, fotografías, películas y pruebas de todas clases con las que me presenté también ante los tribunales denunciando el hecho el día 3 de marzo de 1952.

Muchas veces dije en esos escritos que era de elemental justicia aumentarles el sueldo a los hombres que prestaban sus servicios en las Fuerzas Armadas. Quiero saber de uno más que haya levantado su voz en aquella ocasión para protestar contra tal injusticia. No fue por cierto Batista y compañía, que vivía muy bien protegido en su finca de recreo con toda clase de garantías, mientras yo corría mil riesgos sin guardaespaldas ni armas.

Conforme lo defendí entonces, ahora, cuando todos callan otra vez, le digo que se dejó engañar miserablemente, y a la mancha, el engaño y la vergüenza del 10 de marzo, ha añadido la mancha y la vergüenza, mil veces más grande, de los crímenes espantosos e injustificables de Santiago de Cuba. Desde ese momento el uniforme del Ejército está horriblemente salpicado de sangre, y si en aquella ocasión dije ante el pueblo y denuncié ante los tribunales que había militares trabajando como esclavos en las fincas privadas, hoy amargamente digo que hay militares manchados hasta el pelo con la sangre de muchos jóvenes cubanos torturados y asesinados. Y digo también que si es para servir a la República, defender a la nación respetar al pueblo y proteger al ciudadano, es justo que un soldado gane por lo menos cien pesos; pero si es para matar y asesinar, para oprimir al pueblo, traicionar la nación y defender los intereses de un grupito, no merece que la República se gaste ni un centavo en ejército, y el campamento de Columbia debe convertirse en una escuela e instalar allí, en vez de soldados, diez mil niños huérfanos.

Como quiero ser justo antes de todo, no puedo considerar a todos los militares solidarios de esos crímenes, esas manchas y esas vergüenzas que son obras de unos cuantos traidores

y malvados, pero todo militar de honor y dignidad que ame su carrera y quiera su institución, está en el deber de exigir y luchar para que esas manchas sean lavadas, esos engaños sean vengados y esas culpas sean castigadas si no quieren que ser militar sea para siempre una infamia en vez de un orgullo.

Claro que el 10 de marzo no tuvo más remedio que sacar a los soldados de las fincas privadas, pero fue para ponerlos a trabajar de porteros, choferes, criados y guardaespaldas de toda la fauna de politiqueros que integran el partido de la dictadura. Cualquier jerarca de cuarta o quinta categoría se cree con derecho a que un militar le maneje el automóvil y le cuide las espaldas, cual si estuviesen temiendo constantemente un merecido puntapié.

Si existía en realidad un propósito reivindicador, ¿por qué no se les confiscaron todas las fincas y los millones a los que como Genovevo Pérez Dámara hicieron su fortuna esquilmando a los soldados, haciéndolos trabajar como esclavos y desfalcando los fondos de las Fuerzas Armadas? Pero no: Genovevo y los demás tendrán soldados cuidándolos en sus fincas porque en el fondo todos los generales del 10 de marzo están aspirando a hacer lo mismo y no pueden sentar semejante precedente.

El 10 de marzo fue un engaño miserable, sí... Batista, después de fracasar por la vía electoral él y su cohorte de politiqueros malos y desprestigiados, aprovechándose de su descontento, tomaron de instrumento al Ejército para trepar al poder sobre las espaldas de los soldados. Y yo sé que hay muchos hombres disgustados por el desengaño: se les aumentó el sueldo y después con descuentos y rebajas de toda clase se les volvió a reducir; infinidad de viejos elementos desligados de los institutos armados volvieron a filas cerrándoles el paso a hombres jóvenes, capacitados y valiosos; militares de mérito han sido postergados mientras prevalece el más escandaloso favoritismo con los parientes y allegados de los altos jefes. Muchos militares decentes se están preguntando a estas horas qué necesidad tenían las Fuerzas Armadas de cargar con la tremenda responsabilidad histórica de haber destrozado nuestra Constitución para llevar al poder a un grupo de hombres sin moral, desprestigiados, corrompidos, aniquilados para siempre políticamente y que no podían volver a ocupar un cargo público si no era a punta de bayoneta; bayoneta que no empuñan ellos...

Por otro lado, los militares están padeciendo una tiranía peor que los civiles. Se les vigila constantemente y ninguno de ellos tiene la menor seguridad en sus puestos: cualquier sospecha injustificada, cualquier chisme, cualquier intriga, cualquier confidencia es suficiente para que los trasladen, los expulsen o los encarcelen deshonorosamente. ¿No les prohibió Tabernilla³² en una circular conversar con cualquier ciudadano de la oposición, es decir, el noventa y nueve por ciento del pueblo?... ¡Qué desconfianza!... ¡Ni a las vírgenes vestales de Roma³³ se les impuso semejante regla! Las tan cacareadas casitas para los soldados no pasan de trescientas en toda la Isla y, sin embargo, con lo gastado en tanques, cañones y armas había para fabricarle una casa a cada alistado; luego, lo que le importa a Batista no es proteger al Ejército, sino que el Ejército lo proteja a él; se aumenta su poder de opresión y de muerte, pero esto no es mejorar el bienestar de los hombres. Guardias triples, acuartelamiento constante, zozobra perenne, enemistad de la ciudadanía, incertidumbre del porvenir, eso es lo que se le ha dado al soldado, o lo que es lo mismo: “Muere por el régimen, soldado, dale tu sudor y tu sangre, te dedicaremos un discurso y un ascenso póstumo (cuando ya no te importe), y después... seguiremos viviendo bien y haciéndonos ricos; mata, atropella, oprime al pueblo, que cuando el pueblo se canse y esto se acabe, tú pagarás nuestros crímenes y nosotros nos iremos a vivir como príncipes en el extranjero; y si volvemos algún día, no toques tú ni tus hijos en la puerta de nuestros palacetes, porque seremos millonarios y los millonarios no conocen a los pobres. Mata, soldado, oprime al pueblo, muere por el régimen, dale tu sudor y tu sangre...”

Pero si ciega a esta tristísima realidad, una parte minoritaria de las Fuerzas Armadas se hubiese decidido a combatir contra el pueblo, contra ese pueblo, que iba a librarlos a ellos inclusive de la tiranía, la victoria hubiera sido del pueblo. El señor fiscal estaba muy interesado en conocer nuestras posibilidades de éxito. Esas posibilidades se basaban en razones de orden técnico y militar y de orden social. Se ha querido establecer el mito de las armas modernas como supuesto de toda imposibilidad de lucha abierta y frontal del pueblo contra la tiranía. Los desfiles militares y las exhibiciones aparatosas de equipos bélicos, tienen por objeto fomentar este mito y crear en la ciudadanía un complejo de

absoluta impotencia. Ningún arma, ninguna fuerza es capaz de vencer a un pueblo que se decide a luchar por sus derechos. Los ejemplos históricos pasados y presentes son incontables. Está bien reciente el caso de Bolivia,³⁴ donde los mineros, con cartuchos de dinamita, derrotaron y aplastaron a los regimientos del ejército regular. Pero los cubanos, por suerte, no tenemos que buscar ejemplos en otro país, porque ninguno tan elocuente y hermoso como el de nuestra propia patria. Durante la guerra del 95 había en Cuba cerca de medio millón de soldados españoles sobre las armas, cantidad infinitamente superior a la que podía oponer la dictadura frente a una población cinco veces mayor. Las armas del ejército español eran sin comparación más modernas y poderosas que las de los mambises; estaba equipado muchas veces con artillería de campaña, y su infantería usaba el fusil de retrocarga similar al que usa todavía la infantería moderna. Los cubanos no disponían por lo general de otra arma que los machetes, porque sus cartucheras estaban casi siempre vacías. Hay un pasaje inolvidable de nuestra guerra de independencia narrado por el general Miró Argenter,³⁵ jefe del Estado Mayor de Antonio Maceo, que pude traer copiado en esta noticia para no abusar de la memoria.

“La gente bisoña que mandaba Pedro Delgado, en su mayor parte provista solamente de machete, fue diezmada al echarse encima de los sólidos españoles, de tal manera, que no es exagerado afirmar que de cincuenta hombres, cayeron la mitad. Atacaron a los españoles con los puños ¡sin pistola, sin machete y sin cuchillo! Escudriñando las malezas de Río Hondo, se encontraron quince muertos más del partido cubano, sin que de momento pudiera señalarse a qué cuerpo pertenecían. No presentaban ningún vestigio de haber empuñado el arma: el vestuario estaba completo, y pendiente de la cintura no tenían más que el vaso de lata; a dos pasos de allí, el caballo exánime, con el equipo intacto. Se reconstruyó el pasaje culminante de la tragedia: esos hombres, siguiendo a su esforzado jefe, el teniente coronel Pedro Delgado, había obtenido la palma del heroísmo; se arrojaron sobre las bayonetas con las manos solas: el ruido del metal, que sonaba en torno a ellos, era el golpe del vaso de beber al dar contra el muñón de la montura. Maceo se sintió conmovido, él, tan acostumbrado a ver la muerte en todas las posiciones y aspectos, y murmuró

este panegírico: “Yo nunca había visto eso; gente novicia que ataca inerme a los españoles ¡con el vaso de beber agua por todo utensilio! ¡Y yo le daba el nombre de impedimenta!...”

¡Así luchan los pueblos cuando quieren conquistar su libertad: les tiran piedras a los aviones y viran los tanques boca arriba!

Una vez en poder nuestro la ciudad de Santiago de Cuba, hubiéramos puesto a los orientales inmediatamente en pie de guerra. A Bayamo se atacó precisamente para situar nuestras avanzadas junto al río Cauto. No se olvide nunca que esta provincia que hoy tiene millón y medio de habitantes, es sin duda la más guerrera y patriótica de Cuba; fue ella la que mantuvo encendida la lucha por la independencia durante treinta años y le dio el mayor tributo de sangre, sacrificio y heroísmo. En Oriente se respira todavía el aire de la epopeya gloriosa y, al amanecer, cuando los gallos cantan como clarines que tocan diana llamando a los soldados y el sol se eleva radiante sobre las empinadas montañas, cada día parece que va a ser otra vez el de Yara o el de Baire.

Dije que las segundas razones en que se basaba nuestra posibilidad de éxito eran de orden social. ¿Por qué teníamos la seguridad de contar con el pueblo? Cuando hablamos de pueblo no entendemos por tal a los sectores acomodados y conservadores de la nación, a los que viene bien cualquier régimen de opresión, cualquier dictadura, cualquier despotismo, postrándose ante el amo de turno hasta romperse la frente contra el suelo. Entendemos por pueblo, cuando hablamos de lucha, la gran masa irredenta, a la que todos ofrecen y a la que todos engañan y traicionan, la que anhela una patria mejor y más digna y más justa; la que está movida por ansias ancestrales de justicia por haber padecido la injusticia y la burla generación tras generación, la que ansía grandes y sabias transformaciones en todos los órdenes y está dispuesta a dar para lograrlo, cuando crea en algo o en alguien, sobre todo cuando crea suficientemente en sí misma, hasta la última gota de sangre. La primera condición de la sinceridad y de la buena fe en un propósito, es hacer precisamente lo que nadie hace, es decir, hablar con entera claridad y sin miedo. Los demagogos y los políticos de profesión quieren obrar el milagro de estar bien en todo y con todos, engañando necesariamente a todos en todo. Los revolucionarios han de proclamar sus ideas

valientemente, definir sus principios y expresar sus intenciones para que nadie se engañe, ni amigos ni enemigos.

Nosotros llamamos pueblo si de lucha se trata, a los *seiscientos mil* cubanos que están sin trabajo deseando ganarse el pan honradamente sin tener que emigrar de su patria en busca de sustento; a los *quinientos mil* obreros del campo que habitan en los bohíos miserables, que trabajan cuatro meses al año y pasan hambre el resto compartiendo con sus hijos la miseria, que no tienen una pulgada de tierra para sembrar y cuya existencia debiera mover más a compasión si no hubiera tantos corazones de piedra; a los *cuatrocientos mil* obreros industriales y braceros cuyos retiros, todos, están desfalcados, cuyas conquistas les están arrebatando, cuyas viviendas son las infernales habitaciones de las cuarterías, cuyos salarios pasan de las manos del patrón a las del garrotero, cuyo futuro es la rebaja y el despido, cuya vida es el trabajo perenne y cuyo descanso es la tumba; a los *cien mil* agricultores pequeños, que viven y mueren trabajando una tierra que no es suya, contemplándola siempre tristemente como Moisés³⁶ a la tierra prometida, para morir sin llegar a poseerla, que tienen que pagar por sus parcelas como ciervos feudales una parte de sus productos, que no pueden amarla, ni mejorarla, ni embellecerla, plantar un cedro o un naranjo porque ignoran el día que vendrá un alguacil con la guardia rural a decirles que tienen que irse; a los *treinta mil* maestros y profesores tan abnegados, sacrificados y necesarios al destino mejor de las futuras generaciones y que tan mal se les trata y se les paga; a los *veinte mil* pequeños comerciantes abrumados de deudas, arruinados por la crisis y rematados por una plaga de funcionarios filibusteros y venales; a los *diez mil* profesionales jóvenes: médicos, ingenieros, abogados, veterinarios, pedagogos, dentistas, farmacéuticos, periodistas, pintores, escultores, etcétera, que salen de las aulas con sus títulos deseosos de lucha y llenos de esperanza para encontrarse en un callejón sin salida, cerradas todas las puertas, sordas al clamor y a la súplica. ¡Ése es el pueblo, el que sufre todas las desdichas y es por tanto capaz de pelear con todo el coraje! A ese pueblo, cuyos caminos de angustias están empedrados de engaños y falsas promesas, no le íbamos a decir: “Te vamos a dar”, sino: “¡Aquí tienes, lucha ahora con todas tus fuerzas para que sean tuyas la libertad y la felicidad!”.

En el sumario de esta causa han de constar las cinco leyes revolucionarias que serían proclamadas inmediatamente después de tomar el cuartel Moncada y divulgadas por radio a la nación. Es posible que el coronel Chaviano haya destruido con toda intención esos documentos, pero si él los destruyó, yo los conservo en la memoria.

La primera ley revolucionaria devolvía al pueblo la soberanía y proclamaba la Constitución de 1940 como la verdadera ley suprema del Estado, en tanto el pueblo decidiese modificarla o cambiarla, y a los efectos de su implantación y castigo ejemplar a todos los que la habían traicionado, no existiendo órganos de elección popular para llevarlo a cabo, el movimiento revolucionario, como encarnación momentánea de esa soberanía, única fuente de poder legítimo, asumía todas las facultades que le son inherentes a ella, excepto la de modificar la propia Constitución: facultad de legislar, facultad de ejecutar y facultad de juzgar.

Esta actitud no podía ser más diáfana y despojada de chocherías y charlatanismos estériles: un gobierno aclamado por la masa de combatientes, recibiría todas las atribuciones necesarias para proceder a la implantación efectiva de la voluntad popular y de la verdadera justicia. A partir de ese instante, el Poder Judicial, que se ha colocado desde el 10 de marzo frente a la Constitución y fuera de la Constitución, recesaría como tal Poder y se procedería a su inmediata y total depuración, antes de asumir nuevamente las facultades que le concede la Ley Suprema de la República. Sin estas medidas previas, la vuelta a la legalidad, poniendo su custodia en manos que claudicaron deshonrosamente, sería una estafa, un engaño y una traición más.

La segunda ley revolucionaria concedía la propiedad inembargable e intransferible de la tierra a todos los colonos, subcolonos, arrendatarios, aparceros y precaristas que ocupasen parcelas de cinco o menos caballerías de tierra, indemnizando el Estado a sus anteriores propietarios a base de la renta que devengarían por dichas parcelas en un promedio de diez años.

La tercera ley revolucionaria otorgaba a los obreros y empleados el derecho de participar del treinta por ciento de las utilidades en todas las grandes empresas industriales, mercantiles y mineras, incluyendo centrales azucareros. Se exceptuaban las

empresas meramente agrícolas en consideración a otras leyes de orden agrario que debían implantarse.

La cuarta ley revolucionaria concedía a todos los colonos el derecho a participar del cincuenta y cinco por ciento del rendimiento de la caña y cuota mínima de cuarenta mil arrobas a todos los pequeños colonos que llevasen tres años o más de establecidos.

La quinta ley revolucionaria ordenaba la confiscación de todos los bienes a todos los malversadores de todos los gobiernos y a sus causahabientes y herederos en cuanto a bienes percibidos por testamento o abintestato³⁷ de procedencia mal habida, mediante tribunales especiales con facultades plenas de acceso a todas las fuentes de investigación, de intervenir a tales efectos las compañías anónimas inscriptas en el país o que operen en él donde puedan ocultarse bienes malversados y de solicitar de los gobiernos extranjeros extradición de personas y embargo de bienes. La mitad de los bienes recobrados pasarían a engrosar las cajas de los retiros obreros y la otra mitad a los hospitales, asilos y casas de beneficencia.

Se declaraba, además, que la política cubana en América sería de estrecha solidaridad con los pueblos democráticos del continente y que los perseguidos políticos de las sangrientas tiranías que oprimen a naciones hermanas, encontrarían en la patria de Martí, no como hoy, persecución, hambre y traición, sino asilo generoso, hermandad y pan. Cuba debía ser baluarte de libertad y no eslabón vergonzoso de despotismo.

Estas leyes serían proclamadas en el acto y a ellas seguirían, una vez terminada la contienda y previo estudio minucioso de su contenido y alcance, otra serie de leyes y medidas también fundamentales como la reforma agraria, la reforma integral de la enseñanza y la nacionalización del trust eléctrico³⁸ y el trust telefónico,³⁹ devolución al pueblo del exceso ilegal que han estado cobrando en sus tarifas y pago al fisco de todas las cantidades que han burlado a la hacienda pública.

Todas estas pragmáticas y otras estarían inspiradas en el cumplimiento estricto de dos artículos esenciales de nuestra Constitución, uno de los cuales manda que se proscriba el latifundio y, a los efectos de su desaparición, la ley señale el máximo de extensión de tierra que cada persona o entidad pueda poseer para

cada tipo de explotación agrícola, adoptando medidas que tiendan a revertir la tierra al cubano; y el otro ordena categóricamente al Estado emplear todos los medios que estén a su alcance para proporcionar ocupación a todo el que carezca de ella y asegurar a cada trabajador manual o intelectual una existencia decorosa. Ninguna de ellas podrá ser tachada por tanto de inconstitucional. El primer gobierno de elección popular que surgiere inmediatamente después, tendría que respetarlas, no sólo porque tuviese un compromiso moral con la nación, sino porque los pueblos cuando alcanzan las conquistas que han estado anhelando durante varias generaciones, no hay fuerza en el mundo capaz de arrebatárselas.

El problema de la tierra, el problema de la industrialización, el problema de la vivienda, el problema del desempleo, el problema de la educación y el problema de la salud del pueblo; he ahí concretados los seis puntos a cuya solución se hubieran encaminado resueltamente nuestros esfuerzos, junto con la conquista de las libertades públicas y la democracia política.

Quizás luzca fría y teórica esta exposición, si no se conoce la espantosa tragedia que está viviendo el país en estos seis órdenes, sumada a la más humillante opresión política.

El *ochenta y cinco por ciento* de los pequeños agricultores cubanos está pagando renta y vive bajo la perenne amenaza del desalojo de sus parcelas. Más de la mitad de las mejores tierras de producción cultivadas está en manos extranjeras. En Oriente, que es la provincia más ancha, las tierras de la United Fruit Company y la West Indies⁴⁰ unen la costa norte con la costa sur. Hay *doscientas mil familias* campesinas que no tienen una vara de tierra donde sembrar unas viandas para sus hambrientos hijos y, en cambio, permanecen sin cultivar, en manos de poderosos intereses, cerca de *trescientas mil caballerías* de tierras productivas. Si Cuba es un país eminentemente agrícola, si su población es en gran parte campesina, si la ciudad depende del campo, si el campo hizo la independencia, si la grandeza y prosperidad de nuestra nación depende de un campesinado saludable y vigoroso que ame y sepa cultivar la tierra, de un Estado que lo proteja y lo oriente, ¿cómo es posible que continúe este estado de cosas?

Salvo unas cuantas industrias alimenticias, madereras y textiles, Cuba sigue siendo una factoría productora de materia prima. Se exporta azúcar para importar caramelos, se exportan cueros para importar zapatos, se exporta hierro para importar arados... Todo el mundo está de acuerdo en que la necesidad de industrializar el país es urgente, que hacen falta industrias metalúrgicas, industrias de papel, industrias químicas, que hay que mejorar las crías, los cultivos, la técnica y elaboración de nuestras industrias alimenticias para que puedan resistir la competencia ruinosa que hacen las industrias europeas de queso, leche condensada, licores y aceites y las de conservas norteamericanas, que necesitamos barcos mercantes, que el turismo podría ser una enorme fuente de riquezas; pero los poseedores del capital exigen que los obreros pasen bajo las horcas caudinas,⁴¹ el Estado se cruza de brazos y la industrialización espera por las calendas griegas.⁴²

Tan grave o peor es la tragedia de la vivienda. Hay en Cuba *doscientos mil bohíos* y chozas; *cuatrocientas mil familias* del campo y de la ciudad viven hacinadas en barracones, cuarterías y solares sin las más elementales condiciones de higiene y salud; *dos millones doscientas mil personas* de nuestra población urbana pagan alquileres que absorben entre un quinto y un tercio de sus ingresos; y *dos millones ochocientas mil* de nuestra población rural y suburbana carecen de luz eléctrica. Aquí ocurre lo mismo: si el Estado se propone rebajar los alquileres, los propietarios amenazan con paralizar todas las construcciones; si el Estado se abstiene, construyen mientras pueden percibir un tipo elevado de renta, después no colocan una piedra más aunque el resto de la población viva a la intemperie. Otro tanto hace el monopolio eléctrico: extiende las líneas hasta el punto donde pueda percibir una utilidad satisfactoria, a partir de allí no le importa que las personas vivan en las tinieblas por el resto de sus días. El Estado se cruza de brazos y el pueblo sigue sin casas y sin luz.

Nuestro sistema de enseñanza se complementa perfectamente con todo lo anterior: ¿En un campo donde el guajiro no es dueño de la tierra para qué se quieren escuelas agrícolas? ¿En una ciudad donde no hay industrias para qué se quieren escuelas técnicas o industriales? Todo está dentro de la misma lógica absurda: no hay ni una cosa ni otra. En cualquier pequeño país de Europa

existen más de doscientas escuelas técnicas y de artes industriales; en Cuba, no pasan de seis y los muchachos salen con sus títulos sin tener dónde emplearse. A las escuelitas públicas del campo asisten descalzos, semidesnudos y desnutridos, menos de la mitad de los niños en edad escolar y muchas veces es el maestro quien tiene que adquirir con su propio sueldo el material necesario. ¿Es así como puede hacerse una patria grande?

De tanta miseria sólo es posible librarse con la muerte, y a eso sí los ayuda el Estado: a morir. El noventa por ciento de los niños del campo está devorado por parásitos que se les filtran desde la tierra por las uñas de los pies descalzos. La sociedad se conmueve ante la noticia del secuestro o el asesinato de una criatura, pero permanece criminalmente indiferente ante el asesinato en masa que se comete con tantos miles y miles de niños que mueren todos los años por falta de recursos, agonizando entre los estertores del dolor, y cuyos ojos inocentes, ya en ellos el brillo de la muerte, parecen mirar hacia lo infinito como pidiendo perdón para el egoísmo humano y que no caiga sobre los hombres la maldición de Dios. Y cuando un padre de familia trabaja cuatro meses al año, ¿con qué puede comprar ropas y medicinas a sus hijos? Crecerán raquíticos, a los treinta años no tendrán una pieza sana en la boca, habrán oído diez millones de discursos, y morirán al fin de miseria y decepción. El acceso a los hospitales del Estado, siempre repletos, sólo es posible mediante la recomendación de un magnate político que le exigirá al desdichado su voto y el de toda su familia para que Cuba siga siempre igual o peor.

Con tales antecedentes, ¿cómo no explicarse que desde el mes de mayo al de diciembre un millón de personas se encuentren sin trabajo y que Cuba, con una población de cinco millones y medio de habitantes, tenga actualmente más desocupados que Francia e Italia con una población de más de cuarenta millones cada una?

Cuando vosotros juzgáis a un acusado por robo, señores magistrados, no le preguntáis cuánto tiempo lleva sin trabajo, cuántos hijos tiene, que días de la semana comió y qué días no comió, no os preocupáis en absoluto por las condiciones sociales del medio donde vive: lo enviáis a la cárcel sin más contemplaciones. Allí no van los ricos que queman almacenes y tiendas para cobrar las pólizas de seguro, aunque se quemen también algunos seres humanos, tienen dinero de sobra para pagar

abogados y sobornar magistrados. Enviáis a la cárcel al infeliz que roba por hambre, pero ninguno de los cientos de ladrones que han robado millones al Estado durmió nunca una noche tras las rejas: cenáis con ellos a fin de año en algún lugar aristocrático y tienen vuestro respeto. En Cuba, cuando un funcionario se hace millonario de la noche a la mañana y entra en la cofradía de los ricos, puede ser recibido con las mismas palabras de aquel opulento personaje de Balzac,⁴³ Taillefer, cuando brindó por el joven que acababa de heredar una inmensa fortuna: “¡Señores, bebamos al poder del oro! El señor Valentín, seis veces millonario, actualmente acaba de ascender al trono. Es rey, lo puede todo, está por encima de todo, como sucede a todos los ricos. En lo sucesivo la igualdad ante la ley, consignada al frente de la Constitución, será un minuto para él, no estará sometido a las leyes, sino que las leyes se le someterán. Para los millonarios no existen tribunales ni sanciones”.

El porvenir de la nación y la solución de sus problemas no pueden seguir dependiendo del interés egoísta de una docena de financieros, de los fríos cálculos sobre ganancias que tracen en sus despachos de aire acondicionado diez o doce magnates. El país no puede seguir de rodillas implorando los milagros de unos cuantos becerros de oro que, como aquél del Antiguo Testamento que derribó la ira del profeta, no hacen milagros de ninguna clase. Los problemas de la República solo tienen solución si nos dedicamos a luchar por ella con la misma energía, honradez y patriotismo que invirtieron nuestros libertadores en crearla. Y no es con estadistas al estilo de Carlos Saladrigas, cuyo estadismo consiste en dejarlo todo tal cual está y pasarse la vida farfullando sandeces sobre la “libertad absoluta de empresa”, “garantías al capital de inversión” y la “ley de oferta y la demanda”, como habrán de resolverse tales problemas. En un palacete de la Quinta Avenida, estos ministros pueden charlar alegremente hasta que no quede ya ni el polvo de los huesos de los que hoy reclaman soluciones urgentes. Y en el mundo actual ningún problema social se resuelve por generación espontánea.

Un gobierno revolucionario con el respaldo del pueblo y el respeto de la nación después de limpiar las instituciones de funcionarios venales y corrompidos, procedería inmediatamente a industrializar el país, movilizándolo todo el capital inactivo que

pasa actualmente de mil quinientos millones a través del Banco Nacional⁴⁴ y el Banco de Fomento Agrícola e Industrial⁴⁵ y sometiendo la magna tarea al estudio, dirección, planificación y realización por técnicos y hombres de absoluta competencia, ajenos por completo a los manejos de la política.

Un gobierno revolucionario, después de asentar sobre sus parcelas con carácter de dueños a los cien mil agricultores pequeños que hoy pagan rentas, procedería a concluir definitivamente el problema de la tierra, primero: estableciendo como ordena la Constitución un máximo de extensión para cada tipo de empresa agrícola y adquiriendo el exceso por vía de expropiación, reivindicando las tierras usurpadas al Estado, desecando marismas y terrenos pantanosos, plantando enormes viveros y reservando zonas para la repoblación forestal; segundo: repartiendo el resto disponible entre las familias campesinas con preferencia a las más numerosas, fomentando cooperativas de agricultores para la utilización común de equipos de mucho costo, frigoríficos y una misma dirección profesional técnica en el cultivo y la crianza y facilitando, por último, recursos, equipos, protección y conocimientos útiles al campesinado.

Un gobierno revolucionario resolvería el problema de la vivienda rebajando resueltamente el cincuenta por ciento de los alquileres, eximiendo de toda contribución a las casas habitadas por sus propios dueños, triplicando los impuestos sobre las casas alquiladas, demoliendo las infernales cuarterías para levantar en su lugar edificios modernos de muchas plantas y financiando la construcción de viviendas en toda la Isla en escala nunca vista, bajo el criterio de que si lo ideal en el campo es que cada familia posea su propia parcela, lo ideal en la ciudad es que cada familia viva en su propia casa o apartamento. Hay piedra suficiente y brazos de sobra para hacerle a cada familia cubana una vivienda decorosa. Pero si seguimos esperando por los milagros del becerro de oro, pasarán mil años y el problema estará igual. Por otra parte, las posibilidades de llevar corriente eléctrica hasta el último rincón de la Isla son hoy mayores que nunca, por cuanto es ya una realidad la aplicación de la energía nuclear a esa rama de la industria, lo cual abaratará enormemente su costo de producción.

Con estas tres iniciativas y reformas el problema del desempleo desaparecería automáticamente y la profilaxis y la lucha contra las enfermedades sería tarea mucho más fácil.

Finalmente, un gobierno revolucionario procedería a la reforma integral de nuestra enseñanza, poniéndola a tono con las iniciativas anteriores, para preparar debidamente a las generaciones que están llamadas a vivir en una patria más feliz. No se olviden las palabras del Apóstol: “Se está cometiendo en [...] América Latina un error gravísimo: en pueblos que viven casi por completo de los productos del campo, se educa exclusivamente para la vida urbana y no se les prepara para la vida campesina”. “El pueblo más feliz es el que tenga mejor educados a sus hijos, en la instrucción del pensamiento y en la dirección de los sentimientos”. “Un pueblo instruido será siempre fuerte y libre”.

Pero el alma de la enseñanza es el maestro, y a los educadores en Cuba se les paga miserablemente; no hay, sin embargo, ser más enamorado de su vocación que el maestro cubano. ¿Quién no aprendió sus primeras letras en una escuelita pública? Basta ya de estar pagando con limosnas a los hombres y mujeres que tienen en sus manos la misión más sagrada del mundo de hoy y del mañana, que es enseñar. Ningún maestro debe ganar menos de doscientos pesos, como ningún profesor de segunda enseñanza debe ganar menos de trescientos cincuenta, si queremos que se dediquen enteramente a su elevada misión, sin tener que vivir asediados por toda clase de mezquinas privaciones. Debe concedérseles además a los maestros que desempeñan su función en el campo, el uso gratuito de los medios de transporte; y a todos, cada cinco años por lo menos, un receso en sus tareas de seis meses con sueldo, para que puedan asistir a cursos especiales en el país o en el extranjero, poniéndose al día en los últimos conocimientos pedagógicos y mejorando constantemente sus programas y sistemas. ¿De dónde sacar el dinero necesario? Cuando no se lo roben, cuando no haya funcionarios venales que se dejen sobornar por las grandes empresas con detrimento del fisco, cuando los inmensos recursos de la nación estén movilizados y se dejen de comprar tanques, bombarderos y cañones en este país sin fronteras, sólo para guerrear contra el pueblo, y se le quiera educar en vez de matar, entonces habrá dinero de sobra.

Cuba podría albergar espléndidamente una población tres veces mayor; no hay razón, pues, para que exista miseria entre sus actuales habitantes. Los mercados debieran estar abarrotados de productos; las despensas de las casas debieran estar llenas;

todos los brazos podrían estar produciendo laboriosamente. No, eso no es inconcebible. Lo inconcebible es que haya hombres que se acuesten con hambre mientras quede una pulgada de tierra sin sembrar; lo inconcebible es que haya niños que mueran sin asistencia médica, lo inconcebible es que el treinta por ciento de nuestros campesinos no sepan firmar, y el noventa y nueve por ciento no sepa historia de Cuba; lo inconcebible es que la mayoría de las familias de nuestros campos estén viviendo en peores condiciones que los indios que encontró Colón al descubrir la tierra más hermosa que ojos humanos vieron.

A los que me llaman por esto soñador, les digo como Martí: “El verdadero hombre no mira de que lado se vive mejor, sino de qué lado está el deber; y ese es [...] el único hombre práctico cuyo sueño de hoy será la ley de mañana, porque el que haya puesto los ojos en las entrañas universales y visto hervir los pueblos, llameantes y ensangrentados, en la artesa de los siglos, sabe que el porvenir, sin una sola excepción, está del lado del deber”.

Únicamente inspirados en tan elevados propósitos, es posible concebir el heroísmo de los que cayeron en Santiago de Cuba. Los escasos medios materiales con que hubimos de contar, impidieron el éxito seguro. A los soldados les dijeron que Prío nos había dado un millón de pesos; querían desvirtuar el hecho más grave para ellos: que nuestro movimiento no tenía relación alguna con el pasado, que era una nueva generación cubana con sus propias ideas, la que se erguía contra la tiranía, de jóvenes que no tenían apenas siete años cuando Batista comenzó a cometer sus primeros crímenes en el año 34. La mentira del millón no podía ser más absurda: si con menos de veinte mil pesos armamos ciento sesenta y cinco hombres y atacamos un regimiento y un escuadrón, con un millón de pesos hubiéramos podido armar ocho mil hombres, atacar cincuenta regimientos, cincuenta escuadrones, y Ugalde Carrillo no se habría enterado hasta el domingo 26 de julio a las 5 y 15 de la mañana. Sépase que por cada uno que vino a combatir, se quedaron veinte perfectamente entrenados que no vinieron porque no había armas. Esos hombres desfilaron por las calles de La Habana con la manifestación estudiantil en el Centenario de Martí⁴⁶ y llenaban seis cuadras en masa compacta. Doscientos más que hubieran podido venir o veinte granadas de mano en

nuestro poder, y tal vez le habríamos ahorrado a este honorable tribunal tantas molestias.

Los políticos se gastan en sus campañas millones de pesos sobornando conciencias, y un puñado de cubanos que quisieron salvar el honor de la patria tuvo que venir a afrontar la muerte con las manos vacías por falta de recursos. Eso explica que al país lo hayan gobernado hasta ahora, no hombres generosos y abnegados, sino el bajo mundo de la politiquería, el hampa de nuestra vida pública.

Con mayor orgullo que nunca digo que consecuentes con nuestros principios, ningún político de ayer nos vio tocar a sus puertas pidiendo un centavo, que nuestros medios se reunieron con ejemplos de sacrificios que no tienen paralelo, como el de aquel joven, Elpidio Sosa, que vendió su empleo y se me presentó un día con trescientos pesos “para la causa”; Fernando Chenard, que vendió los aparatos de su estudio fotográfico, con el que se ganaba la vida; Pedro Marrero, que empeñó su sueldo de muchos meses y fue preciso prohibirle que vendiera también los muebles de su casa; Oscar Alcalde, que vendió su laboratorio de productos farmacéuticos; Jesús Montané, que entregó el dinero que había ahorrado durante más de cinco años; y así por el estilo muchos más, despojándose cada cual de lo poco que tenía.

Hace falta tener una fe muy grande en su patria para proceder así, y estos recuerdos de idealismo me llevan directamente al más amargo capítulo de esta defensa: el precio que les hizo pagar la tiranía por querer librar a Cuba de la opresión y la injusticia.

*¡Cadáveres amados los que un día
Ensueños fuisteis de la patria mía,
Arrojad, arrojad sobre mi frente
Polvo de vuestros huesos carcomidos!
¡Tocad mi corazón con vuestras manos!
¡Gemid a mis oídos!
¡Cada uno ha de ser de mis gemidos
Lágrimas de uno más de los tiranos!
¡Andad a mi redor; vagad en tanto
Que mi ser vuestro espíritu recibe
Y dadme de las tumbas el espanto,
Que es poco ya para llorar el llanto
Cuando en infame esclavitud se vive!*

Multiplicad por diez el crimen del 27 de noviembre de 1871 y tendréis los crímenes monstruosos y repugnantes del 26, 27, 28 y 29 de julio de 1953 en Oriente. Los hechos están recientes todavía, pero cuando los años pasen y el cielo de la patria se despeje, cuando los ánimos exaltados se aquieten y el miedo no turbe los espíritus, se empezará a ver en toda su espantosa realidad la magnitud de la masacre, y las generaciones venideras volverán aterrorizadas los ojos hacia este acto de barbarie sin precedentes en nuestra historia. Pero no quiero que la ira me ciegue, porque necesito toda la claridad de mi mente y la serenidad del corazón destrozado para exponer los hechos tal como ocurrieron, con toda sencillez, antes que exagerar el dramatismo, porque siento vergüenza, como cubano, que unos hombres sin entrañas, con sus crímenes incalificables, hayan deshonrado nuestra patria ante el mundo.

No fue nunca el tirano batista un hombre de escrúpulos que vacilara antes de decir al pueblo la más fantástica mentira. Cuando quiso justificar el traidor cuartelazo del 10 de marzo, inventó un supuesto golpe militar que habría de ocurrir en el mes de abril y que “él quiso evitar para que no fuera sumida en sangre la república”, historieta ridícula que no creyó nadie; y cuando quiso sumir en sangre la república y ahogar en el terror, la tortura y el crimen la justa rebeldía de una juventud que no quiso ser esclava suya, inventó entonces mentiras más fantásticas todavía. ¡Qué poco respeto se le tiene a un pueblo, cuando se le trata de engañar tan miserablemente! El mismo día que fui detenido, yo asumí públicamente la responsabilidad del movimiento armado del 26 de julio, y si una sola de las cosas que dijo el dictador contra nuestros combatientes en su discurso del 27 de julio hubiese sido cierta, bastaría para haberme quitado la fuerza moral en el proceso. Sin embargo, ¿por qué no se me llevó al juicio? ¿Por qué se falsificaron certificados médicos? ¿Por qué se violaron todas las leyes del procedimiento y se desacataron escandalosamente todas las órdenes del tribunal? ¿Por qué se hicieron cosas nunca vistas en ningún proceso público a fin de evitar a toda costa mi comparecencia? Yo en cambio hice lo indecible por estar presente, reclamando del tribunal que se me llevase al juicio en cumplimiento estricto de las leyes, denunciando las maniobras que se estaban realizando para impedirlo; quería discutir con ellos

frente a frente y cara a cara. Ellos no quisieron: ¿Quién temía la verdad y quién no la temía?

Las cosas que afirmó el dictador desde el polígono del campamento de Columbia, serían dignas de risa si no estuviesen tan empapadas de sangre. Dijo que los atacantes eran un grupo de mercenarios entre los cuales había numerosos extranjeros; dijo que la parte principal del plan era un atentado contra él —él, siempre él—, como si los hombres que atacaron el baluarte del Moncada no hubieran podido matarlo a él y a veinte como él, de haber estado conformes con semejantes métodos; dijo que el ataque había sido fraguado por el ex presidente Prío y con dinero suyo, y se ha comprobado ya hasta la saciedad la ausencia absoluta de toda relación entre este movimiento y el régimen pasado; dijo que estábamos armados de ametralladoras y granadas de mano, y aquí los técnicos del Ejército han declarado que sólo teníamos una ametralladora y ninguna granada de mano; dijo que habíamos degollado a la posta, y ahí han aparecido en el sumario los certificados de defunción y los certificados médicos y los certificados médicos correspondientes a todos los soldados muertos o heridos, de donde resulta que ninguno presentaba lesiones de arma blanca. Pero sobre todo, lo más importante, dijo que habíamos acuchillado a los enfermos del Hospital Militar, y los médicos de ese mismo hospital, ¡nada menos que los médicos del Ejército!, han declarado en el juicio que ese edificio nunca estuvo ocupado por nosotros, que ningún enfermo fue muerto o herido y que sólo hubo allí una baja, correspondiente a un empleado sanitario que se asomó imprudentemente por una ventana.

Cuando un jefe de Estado o quien pretende serlo hace declaraciones al país, no habla por hablar: alberga siempre algún propósito, persigue siempre un efecto, lo anima siempre una intención. Si ya nosotros habíamos sido militarmente vencidos, si ya no significábamos un peligro real para la dictadura, ¿por qué se nos calumniaba de ese modo? Si no está claro que era un discurso sangriento, si no es evidente que se pretendía justificar los crímenes que se estaban cometiendo desde la noche anterior y que se irían a cometer después, que hablen por mí los números: el 27 de julio, en su discurso desde el polígono militar, Batista dijo que los atacantes habíamos tenido treinta y dos muertos; al finalizar la semana los muertos ascendían a más de ochenta. ¿En

qué batallas, en qué lugares, en qué combates murieron esos jóvenes? Antes de hablar Batista se habían asesinado más de veinticinco prisioneros; después que habló Batista se asesinaron cincuenta.

¡Qué sentido del honor tan grande el de esos militares modestos, técnicos y profesionales del Ejército, que al comparecer ante el tribunal no desfiguraron los hechos y emitieron sus informes ajustándose a la estricta verdad! ¡Ésos sí son militares que honran el uniforme, éstos sí son hombres! Ni el militar verdadero ni el verdadero hombre es capaz de manchar su vida con la mentira o el crimen. Yo sé que están terriblemente indignados con los bárbaros asesinatos que se cometieron, yo sé que sienten con repugnancia y vergüenza el olor a sangre homicida que impregna hasta la última piedra del cuartel Moncada.

Emplazo al dictador a que repita ahora, si puede, sus ruines calumnias por encima del testimonio de esos honorables militares, lo emplazo a que justifique ante el pueblo de Cuba su discurso del 27 de julio, ¡que no se calle, que hable!, que diga quiénes son los asesinos, los despiadados, los inhumanos, que diga si la Cruz de Honor que fue a ponerles en el pecho a los héroes de la masacre era para premiar los crímenes repugnantes que se cometieron; que asuma desde ahora la responsabilidad ante la historia y no pretenda decir después que fueron los soldados sin órdenes suyas, que explique a la nación los setenta asesinatos; ¡fue mucha la sangre! La nación necesita una explicación, la nación lo demanda, la nación lo exige.

Se sabía que en 1933, al finalizar el combate del hotel Nacional,⁴⁷ algunos oficiales fueron asesinados después de rendirse, lo cual motivó una enérgica protesta de la revista *Bohemia*; se sabía también que después de capitulado el fuerte de Atarés⁴⁸ las ametralladoras de los sitiadores barrieron una fila de prisioneros y que un soldado,⁴⁹ preguntando quién era Blas Hernández, lo asesinó disparándole un tiro en pleno rostro, soldado que en premio de su cobarde acción fue ascendido a oficial. Era conocido que el asesinato de prisioneros está fatalmente unido en la historia de Cuba al nombre de Batista. ¡Torpe ingenuidad nuestra que no lo comprendimos claramente! Sin embargo, en aquellas ocasiones los hechos ocurrieron en cuestión de minutos, no más que lo de una ráfaga de ametralladoras cuando los ánimos

estaban todavía exaltados, aunque nunca tendrá justificación semejante proceder.

No fue así en Santiago de Cuba. Aquí todas las formas de crueldad, ensañamiento y barbarie fueron sobrepasadas. No se mató durante un minuto, una hora o un día entero, sino que en una semana completa, los golpes, las torturas, los lanzamientos de azotea y los disparos no cesaron un instante como instrumentos de exterminio manejados por artesanos perfectos del crimen. El cuartel Moncada se convirtió en un taller de tortura y de muerte, y unos hombres indignos convirtieron el uniforme militar en delantales de carniceros. Los muros se salpicaron de sangre; en las paredes las balas quedaron incrustadas con fragmentos de piel, sesos y cabellos humanos, chamusqueados por los disparos a boca de jarro, y el césped se cubrió de oscura y pegajosa sangre. Las manos criminales que rigen los destinos de Cuba habían escrito para los prisioneros a la entrada de aquel antro de muerte, la inscripción del infierno: “Dejad toda esperanza”.

No cubrieron ni siquiera las apariencias, no se preocuparon lo más mínimo por disimular lo que estaban haciendo: creían haber engañado al pueblo con sus mentiras y ellos mismos terminaron engañándose. Se sintieron amos y señores del universo, dueños absolutos de la vida y la muerte humana. Así, el susto de la madrugada lo disiparon en un festín de cadáveres, en una verdadera borrachera de sangre.

Las crónicas de nuestra historia, que arrancan cuatro siglos y medio atrás, nos cuentan muchos hechos de crueldad, desde las matanzas de indios indefensos, las atrocidades de los piratas que asolaban las costas, las barbaridades de los guerrilleros en la lucha de la independencia, los fusilamientos de prisioneros cubanos por el ejército de Weyler,⁵⁰ los horrores del machadato, hasta los crímenes de marzo del 35; pero con ninguno se escribió una página sangrienta tan triste y sombría, por el número de víctimas y por la crueldad de sus victimarios, como en Santiago de Cuba. Sólo un hombre en todos esos siglos ha manchado de sangre dos épocas distintas de nuestra existencia histórica y ha clavado sus garras en la carne de dos generaciones de cubanos. Y para derramar este río de sangre sin precedentes esperó que estuviésemos en el Centenario del Apóstol y acabada de cumplir cincuenta años la república que tantas vidas costó para la libertad, el respeto y la

felicidad de todos los cubanos. Más grande todavía es el crimen y más condenable, porque pesa sobre un hombre que había gobernado ya como amo durante once largos años este pueblo que por tradición y sentimiento ama la libertad y repudia el crimen con toda su alma, un hombre que no ha sido, además, ni leal, ni sincero, ni honrado, ni caballero un solo minuto de su vida pública. No fue suficiente la traición de enero de 1934, los crímenes de marzo de 1935,⁵¹ y los cuarenta millones de fortuna que coronaron la primera etapa; era necesaria la traición de marzo de 1952, los crímenes de julio de 1953 y los millones que sólo el tiempo dirá. Dante⁵² dividió su infierno en nueve círculos: puso en el séptimo a los criminales, puso en el octavo a los ladrones y puso en el noveno a los traidores. ¡Duro dilema el que tendrían los demonios para buscar un sitio adecuado al alma de este hombre... si este hombre tuviera alma! Quien alentó los hechos atroces de Santiago de Cuba, no tiene entrañas siquiera.

Conozco muchos detalles de la forma en que se realizaron esos crímenes por boca de algunos militares que, llenos de vergüenza, me refirieron las escenas de que habían sido testigos.

Terminado el combate se lanzaron como fieras enfurecidas sobre la ciudad de Santiago de Cuba y contra la población indefensa saciaron las primeras iras. En plena calle y muy lejos del lugar donde fue la lucha le atravesaron el pecho de un balazo a un niño inocente⁵³ que jugaba junto a la puerta de su casa, y cuando el padre⁵⁴ se acercó para recogerlo, le atravesaron la frente con otro balazo. Al "Niño" Cala,⁵⁵ que iba para su casa con un cartucho de pan en las manos, lo balacearon sin mediar palabra. Sería interminable referir los crímenes y atropellos que se cometieron contra la población civil. Y si de esta forma actuaron con los que no habían participado en la acción, ya puede suponerse la horrible suerte que corrieron los prisioneros participantes o que ellos creían que habían participado: porque así como en esta causa involucraron a muchas personas ajenas por completo a los hechos, así también mataron a muchos de los prisioneros detenidos que no tenían nada que ver con el ataque; éstos no están incluidos en las cifras de víctimas que han dado, las cuales se refieren exclusivamente a los hombres nuestros. Algún día se sabrá el número total de inmolados.

El primer prisionero asesinado fue nuestro médico, el doctor Mario Muñoz, que no llevaba armas ni uniforme y vestía su bata

de galeno, un hombre generoso y competente que hubiera atendido con la misma devoción tanto al adversario como al amigo herido. En el camino del Hospital Civil al cuartel le dieron un tiro por la espalda y allí lo dejaron tendido boca abajo en un charco de sangre. Pero la matanza en masa de prisioneros no comenzó hasta pasadas las 3:00 de la tarde. Hasta esa hora esperaron órdenes. Llegó entonces de La Habana el general Martín Díaz Tamayo, quien trajo instrucciones concretas salidas de una reunión donde se encontraban Batista, el jefe del Ejército,⁵⁶ el jefe del SIM,⁵⁷ el propio Díaz Tamayo y otros. Dijo que “era una vergüenza y un deshonor para el Ejército haber tenido en el combate tres veces más bajas que los atacantes y que había que matar diez prisioneros por cada soldado muerto”. ¡Ésta fue la orden!

En todo grupo humano hay hombres de bajos instintos, criminales natos, bestias portadoras de todos los atavismos ancestrales revestidas de forma humana, monstruos refrenados por la disciplina y el hábito social, pero que si se les da a beber sangre en un río no cesarán hasta que lo hayan secado. Lo que estos hombres necesitaban precisamente era esa orden. En sus manos pereció lo mejor de Cuba: lo más valiente, lo más honrado, lo más idealista. El tirano los llamó mercenarios, y allí estaban ellos muriendo como héroes en manos de hombres que cobran un sueldo de la República y que con las armas que ella les entregó para que la defendieran sirven los intereses de una pandilla y asesinan a los mejores ciudadanos.

En medio de las torturas les ofrecían la vida si traicionando su posición ideológica se presentaban a declarar falsamente que Prío les había dado el dinero, y como ellos rechazaban indignados la proposición, continuaban torturándolos horriblemente. Les trituraron los testículos y les arrancaron los ojos, pero ninguno claudicó, ni se oyó un lamento ni una súplica: aun cuando los habían privado de sus órganos viriles, seguían siendo mil veces más hombres que todos sus verdugos juntos. Las fotografías no mienten y esos cadáveres aparecen destrozados. Ensayaron otros medios; no podían con el valor de los hombres y probaron el valor de las mujeres. Con un ojo humano ensangrentado en las manos se presentaron un sargento⁵⁸ y varios hombres en el calabozo donde se encontraban las compañeras Melba Hernández y Haydée Santamaría, y dirigiéndose a la última, mostrándole el ojo le

dijeron: “Éste es de tu hermano,⁵⁹ si tú no dices lo que él no quiso decir, le arrancaremos el otro”. Ella, que quería a su valiente hermano por encima de todas las cosas, les contestó llena de dignidad: “Si ustedes le arrancaron un ojo y él no lo dijo, mucho menos lo diré yo”. Más tarde volvieron y las quemaron en los brazos con colillas encendidas, hasta que por último, llenos de despecho, le dijeron nuevamente a la joven Haydée Santamaría: “Ya no tienes novio⁶⁰ porque te lo hemos matado también”. Y ella les contestó imperturbable otra vez: “Él no está muerto, porque morir por la patria es vivir”. Nunca fue puesto en un lugar tan alto de heroísmo y dignidad el nombre de la mujer cubana.

No respetaron ni siquiera a los heridos en el combate que estaban recluidos en distintos hospitales de la ciudad, adonde los fueron a buscar como buitres que siguen la presa. En el Centro Gallego penetraron hasta el salón de operaciones en el instante mismo que recibían transfusión de sangre dos heridos graves; los arrancaron de las mesas y como no podían estar en pie, los llevaron arrastrando hasta la planta baja donde llegaron cadáveres.

No pudieron hacer lo mismo en la Colonia Española, donde estaban recluidos los compañeros Gustavo Arcos y José Ponce, porque se los impidió valientemente el doctor Posada⁶¹ diciéndoles que tendrían que pasar sobre su cadáver.

A Pedro Miret, Abelardo Crespo y Fidel Labrador les inyectaron aire y alcanfor en las venas para matarlos en el Hospital Militar. Deben sus vidas al capitán Tamayo,⁶² médico del Ejército y verdadero militar de honor, que a punta de pistola se los arrebató a los verdugos y los trasladó al Hospital Civil. Estos cinco jóvenes fueron los únicos heridos que pudieron sobrevivir.

Por las madrugadas eran sacados del campamento grupo de hombres y trasladados en automóviles a Siboney, La Maya, Songo y otros lugares, donde se les bajaba atados y amordazados, ya deformados por las torturas, para matarlos en parajes solitarios. Después los hacían constar como muertos en combate con el Ejército. Esto lo hicieron durante varios días y muy pocos prisioneros de los que iban siendo detenidos sobrevivieron. A muchos los obligaban antes a cavar su propia sepultura. Uno de los jóvenes, cuando realizaban aquella operación, se volvió y marcó en el rostro con la pica a uno de los asesinos. A otros, inclusive, los enterraron vivos con las manos atadas a la espalda. Muchos

lugares solitarios sirven de cementerio a los valientes. Solamente en el campo de tiro del Ejército hay cinco enterrados. Algún día serán desenterrados y llevados en hombros del pueblo hasta el monumento que, junto a la tumba de Martí, la patria libre habrá de levantarles a los “Mártires del Centenario”.

El último joven que asesinaron en la zona de Santiago de Cuba fue Marcos Martí. Lo habían detenido en una cueva de Siboney el jueves 30 por la mañana junto con el compañero Ciro Redondo. Cuando los llevaban caminando por la carretera con los brazos en alto, le dispararon al primero un tiro por la espalda y ya en el suelo lo remataron con varias descargas más. Al segundo lo condujeron hasta el campamento; cuando lo vio el comandante Pérez Chaumont exclamó: “¡Y a éste para qué me lo han traído!”.

El tribunal pudo escuchar la narración del hecho por boca de este joven que sobrevivió gracias a lo que Pérez Chaumont llamó “una estupidez de los soldados”.

La consigna era general en toda la provincia. Diez días después del 26, un periódico de esta ciudad⁶³ publicó la noticia de que, en la carretera de Manzanillo a Bayamo, habían aparecido dos jóvenes ahorcados. Más tarde se supo que eran los cadáveres de Hugo Camejo y Pedro Véliz. Allí también ocurrió algo extraordinario; las víctimas eran tres; los habían sacado del cuartel de Manzanillo a las 2:00 de la madrugada; en un punto de la carretera los bajaron y después de golpearlos hasta hacerles perder el sentido, los estrangularon con una soga. Pero cuando ya los habían dejado por muertos, uno de ellos, Andrés García, recobró el sentido, buscó refugio en casa de un campesino y gracias a ello también el tribunal pudo conocer con todo lujo de detalles el crimen. Este joven fue el único sobreviviente de todos los prisioneros que se hicieron en la zona de Bayamo.

Cerca del río Cauto, en un lugar conocido por Barrancas, yacen en el fondo de un pozo ciego los cadáveres de Raúl de Aguiar, Armando Valle y Andrés Valdés, asesinados a medianoche en el camino de Alto Cedro a Palma Soriano por el sargento Montes de Oca,⁶⁴ jefe de puesto del cuartel de Miranda, el cabo Maceo y el teniente jefe de Alto Cedro, donde aquéllos fueron detenidos.

En los anales del crimen merece mención de honor el sargento Eulalio González, del cuartel Moncada, apodado “El Tigre”. Este hombre no tenía después el menor empacho para jactarse de sus

tristes hazañas. Fue él quien con sus propias manos asesinó a nuestro compañero Abel Santamaría. Pero no estaba satisfecho. Un día en que volvía de la prisión de Boniato, en cuyos patios sostiene una cría de gallos finos, montó el mismo ómnibus donde viajaba la madre de Abel.⁶⁵ Cuando aquel monstruo comprendió de quién se trataba, comenzó a referir en alta voz sus proezas y dijo bien alto para que lo oyera la señora vestida de luto: “Pues yo sí saqué muchos ojos y pienso seguirlos sacando”. Los sollozos de aquella madre ante la afrenta cobarde que le infería el propio asesino de su hijo, expresan mejor que ninguna palabra el oprobio moral sin precedentes que está sufriendo nuestra patria. A esas mismas madres, cuando iban al cuartel Moncada preguntando por sus hijos, con cinismo inaudito les contestaban: “¡Cómo no, señora!; vaya a verlo al hotel Santa Ifigenia donde se lo hemos hospedado”. ¡O Cuba no es Cuba, o los responsables de estos hechos tendrán que sufrir un escarmiento terrible! Hombres desalmados que insultaban groseramente al pueblo cuando se quitaban los sombreros al paso de los cadáveres de los revolucionarios.

Tantas fueron las víctimas que todavía el gobierno no se ha atrevido a dar las listas completas; saben que las cifras no guardan proporción alguna. Ellos tienen los nombres de todos los muertos porque antes de asesinar a los prisioneros les tomaban las generales. Todo ese largo trámite de identificación a través del Gabinete Nacional fue pura pantomima; y hay familias que no saben todavía la suerte de sus hijos. Si ya han pasado casi tres meses, ¿por qué no se dice la última palabra?

Quiero hacer constar que a los cadáveres se les registraron los bolsillos buscando hasta el último centavo y se les despojó de las prendas personales, anillos y relojes, que hoy están usando descaradamente los asesinos.

Gran parte de lo que acabo de referir ya lo sabíais vosotros, señores magistrados, por las declaraciones de mis compañeros. Pero véase cómo no han permitido venir a este juicio a muchos testigos comprometedores y que en cambio asistieron a las sesiones del otro juicio. Faltaron, por ejemplo, todas las enfermeras del Hospital Civil, pese a que están aquí al lado nuestro, trabajando en el mismo edificio donde se celebra esta sesión; no las dejaron comparecer para que no pudieran afirmar ante el tribunal, contestando a mis preguntas, que aquí fueron detenidos veinte

hombres vivos, además del doctor Mario Muñoz. Ellos temían que del interrogatorio a los testigos yo pudiese hacer deducir por escrito testimonios muy peligrosos.

Pero vino el comandante Pérez Chaumont y no pudo escapar. Lo que ocurrió con este héroe de batallas contra hombres sin armas y maniatados, da idea de lo que hubiera pasado en el Palacio de Justicia si no me hubiesen secuestrado del proceso. Le pregunté cuántos hombres nuestros habían muerto en sus célebres combates de Siboney. Titubeó. Le insistí, y me dijo por fin que veintiuno. Como yo sé que esos combates no ocurrieron nunca, le pregunté cuántos heridos habíamos tenido. Me contestó que ninguno: todos eran muertos. Por eso, asombrado, le repuse que si el Ejército estaba usando armas atómicas. Claro que donde hay asesinados a boca de jarro no hay heridos. Le pregunté después cuántas bajas había tenido el Ejército. Me contestó que dos heridos. Le pregunté por último que si alguno de esos heridos había muerto, y me dijo que no. Esperé. Desfilaron más tarde todos los heridos del Ejército y resultó que ninguno lo había sido en Siboney. Ese mismo comandante Pérez Chaumont, que apenas se ruborizaba de haber asesinado veintiún jóvenes indefensos, ha construido en la playa de Ciudadamar un palacio que vale más de cien mil pesos. Sus ahorritos en sólo unos meses de marzato. ¡Y si eso ha ahorrado el comandante, cuánto habrán ahorrado los generales!

Señores magistrados: ¿Dónde están nuestros compañeros detenidos los días 26, 27, 28, y 29 de julio, que se sabe pasaban de sesenta en la zona de Santiago de Cuba? Solamente tres y las dos muchachas han comparecido; los demás sancionados fueron todos detenidos más tarde. ¿Dónde están nuestros compañeros heridos? Solamente cinco⁶⁶ han aparecido: al resto lo asesinaron también. Las cifras son irrefutables. Por aquí, en cambio, han desfilado veinte militares que fueron prisioneros nuestros y que según sus propias palabras no recibieron ni una ofensa. Por aquí han desfilado treinta heridos del Ejército, muchos de ellos en combates callejeros, y ninguno fue rematado. Si el Ejército tuvo diecinueve muertos y treinta heridos, ¿cómo es posible que nosotros hayamos tenido ochenta muertos y cinco heridos? ¿Quién vio nunca combates de veintiún muertos y ningún herido como los famosos de Pérez Chaumont?

Ahí están las cifras de bajas en los recios combates de la Columna Invasora en la guerra del 95, tanto aquellos en que salieron victoriosas como en los que fueron vencidas las armas cubanas: combate de Los Indios, en Las Villas: doce heridos, ningún muerto; combate de Mal Tiempo: cuatro muertos; veintitrés heridos; combate de Calimete: dieciséis muertos, sesenta y cuatro heridos; combate de La Palma: treinta y nueve muertos, ochenta y ocho heridos; combate de Cacarajícara: cinco muertos, trece heridos; combate del Descanso: cuatro muertos, cuarenta y cinco heridos; combate de San Gabriel del Lombillo: dos muertos, dieciocho heridos... en todos absolutamente el número de heridos es dos veces, tres veces y hasta diez veces mayor que el de muertos. No existían entonces los modernos adelantos de la ciencia médica que disminuyen la proporción de muertos. ¿Cómo puede explicarse la fabulosa proporción de dieciséis muertos por un herido, si no es rematando a éstos en los mismos hospitales y asesinando después a los indefensos prisioneros? Estos números hablan sin réplica posible.

“Es una vergüenza y un deshonor para el Ejército haber tenido en el combate tres veces más bajas que los atacantes; hay que matar diez prisioneros por cada soldado muerto...” Ése es el concepto que tienen del honor los cabos furrieles⁶⁷ ascendidos a generales el 10 de marzo, y ése es el honor que le quieren imponer al Ejército nacional. Honor falso, honor fingido, honor de apariencia que se basa en la mentira, la hipocresía y el crimen; asesinos que amasan con sangre una careta de honor. ¿Quién les dijo que morir peleando es un deshonor? ¿Quién les dijo que el honor de un Ejército consiste en asesinar heridos y prisioneros de guerra?

En las guerras los ejércitos que asesinan a los prisioneros se han ganado siempre el desprecio y la execración del mundo.

Tamaña cobardía no tiene justificación ni aun tratándose de enemigos de la patria invadiendo el territorio nacional. Como escribió un libertador de la América del Sur, “ni la más estricta obediencia militar puede cambiar la espada del soldado en cuchilla de verdugo”. El militar de honor no asesina al prisionero indefenso después del combate, sino que lo respeta; no remata al herido, sino que lo ayuda; impide el crimen y si no puede impedirlo hace como aquel capitán español⁶⁸ que al sentir los disparos con que

fusilaban a los estudiantes quebró indignado su espada y renunció a seguir sirviendo a aquel ejército.

Los que asesinaron a los prisioneros no se comportaron como dignos compañeros de los que murieron. Yo vi muchos soldados combatir con magnífico valor, como aquéllos de la patrulla que dispararon contra nosotros sus ametralladoras en un combate casi cuerpo a cuerpo o aquel sargento⁶⁹ que desafiando la muerte se apoderó de la alarma para movilizar el campamento. Unos están vivos, me alegro; otros están muertos: creyeron que cumplían con un deber y eso los hace para mí dignos de admiración y respeto; sólo siento que hombres valerosos caigan defendiendo una mala causa. Cuando Cuba sea libre, debe respetar, amparar y ayudar también a las mujeres y los hijos de los valientes que cayeron frente a nosotros. Ellos son inocentes de las desgracias de Cuba, ellos son otras tantas víctimas de esta nefasta situación.

Pero el honor que ganaron los soldados para las armas muriendo en combate lo mancillaron los generales mandando asesinar prisioneros después del combate. Hombres que se hicieron generales de la madrugada al amanecer sin haber disparado un tiro, que compraron sus estrellas con alta traición a la República, que mandan asesinar los prisioneros de un combate en que no participaron: éstos son los generales del 10 de marzo, generales que no habrían servido ni para arrear las mulas que cargaban la impedimenta del Ejército de Antonio Maceo.

Si el Ejército tuvo tres veces más bajas que nosotros fue porque nuestros hombres estaban magníficamente entrenados, como ellos mismos dijeron, y porque se habían tomado medidas tácticas adecuadas como ellos mismos reconocieron. Si el Ejército no hizo un papel más brillante, si fue totalmente sorprendido pese a los millones que se gasta el SIM en espionaje, si sus granadas de mano no explotaron porque estaban viejas, se debe a que tiene generales como Martín Díaz Tamayo y coroneles como Ugalde Carrillo y Alberto del Río Chaviano. No fueron diecisiete traidores metidos en las filas del Ejército como el 10 de marzo, sino ciento sesenta y cinco hombres que atravesaron la Isla de un extremo a otro para afrontar la muerte a cara descubierta. Si esos jefes hubieran tenido honor militar habrían renunciado a sus cargos en vez de lavar su vergüenza y su incapacidad personal en la sangre de los prisioneros.

Matar prisioneros indefensos y después decir que fueron muertos en combate, ésa es toda la capacidad militar de los generales del 10 de marzo. Así actuaban en los años más crueles de nuestra guerra de independencia los peores matones de Valeriano Weyler. Las *Crónicas de la guerra* nos narran el siguiente pasaje: “El día 23 de febrero entró en punta Brava el oficial Baldomero Acosta con alguna caballería, al tiempo que, por el camino opuesto, acudía un pelotón del regimiento Pizarro al mando de un sargento, allí conocido por *Barriguilla*.⁷⁰ Los insurrectos cambiaron algunos tiros con la gente de Pizarro, y se retiraron por el camino que une a Punta Brava con el caserío de Guatao. A los cincuenta hombres de Pizarro seguía una compañía de voluntarios de Marianao y otra del cuerpo de Orden público, al mando del capitán Calvo.⁷¹ [...] Siguieron marcha hacia Guatao, y al penetrar la guardia en el caserío se inició la matanza contra el vecindario pacífico; asesinaron a doce habitantes del lugar. [...] Con la mayor celebridad la columna que mandaba el capitán Calvo, echó mano a todos los vecinos que corrían por el pueblo, y amarrándolos fuertemente en calidad de prisioneros de guerra, los hizo marchar para La Habana. [...] No saciados aún con los atropellos cometidos en las afueras de Guatao, llevaron a remate otra bárbara ejecución que ocasionó la muerte a uno de los presos y terribles heridas a los demás. El marqués de Cervera,⁷² militar palatino y follón, comunicó a Weyler la costosísima victoria obtenida por las armas españolas; pero el comandante Zugasti,⁷³ hombre de pundonor, denunció al gobierno lo sucedido, y calificó de asesinatos de vecinos pacíficos las muertes perpetradas por el facineroso capitán Calvo y el sargento *Barriguilla*.

”La intervención de Weyler en este horrible suceso y su alborozo al conocer los pormenores de la matanza, se descubre de un modo palpable en el despacho oficial que dirigió al ministro de la Guerra a raíz de la cruenta inmolación. ‘Pequeña columna organizada por comandante militar Marianao con fuerzas de la guarnición, voluntarios y bomberos a las órdenes del capitán Calvo de Orden público, batió, destrozándolas, partidas de Villanueva y Baldomero Acosta cerca de Punta Brava (Guatao), causándoles veinte muertos que entregó, para su enterramiento al alcalde Guatao, haciéndoles quince prisioneros, entre ellos un herido [...]

y suponiendo llevan muchos heridos; nosotros tuvimos un herido grave, varios leves y contusos. Weyler' ”.

¿En qué se diferencia este parte de guerra de Weyler de los partes del coronel Chaviano dando cuenta de las victorias del comandante Pérez Chaumont? Sólo en que Weyler comunicó veinte muertos y Chaviano comunicó veintiuno; Weyler menciona un soldado herido en sus filas, Chaviano menciona dos; Weyler habla de un herido y quince prisioneros en el campo enemigo, Chaviano no habla de heridos ni prisioneros.

Igual que admiré el valor de los soldados que supieron morir, admiro y reconozco que muchos militares se portaron dignamente y no se mancharon las manos en aquella orgía de sangre. No pocos prisioneros que sobrevivieron les deben la vida a la actitud honorable de militares como el teniente Sarría, el teniente Camps,⁷⁴ el capitán Tamayo y otros que custodiaron caballeramente a los detenidos. Si hombres como éstos no hubiesen salvado en parte el honor de las Fuerzas Armadas, hoy sería más honroso llevar arriba un trapo de cocina que un uniforme.

Para mis compañeros muertos no clamo venganza. Como sus vidas no tenían precio, no podrían pagarlas con las tuyas todos los criminales juntos. No es con sangre como pueden pagarse las vidas de los jóvenes que mueren por el bien de un pueblo; la felicidad de ese pueblo es el único precio digno que puede pagarse por ellas.

Mis compañeros, además, no están ni olvidados ni muertos;⁷⁵ viven hoy más que nunca y sus matadores han de ver aterrorizados cómo surge de sus cadáveres heroicos el espectro victorioso de sus ideas. Que hable por mí el Apóstol: “Hay un límite al llanto sobre las sepulturas de los muertos, y es el amor infinito a la patria y a la gloria que se jura sobre sus cuerpos, y que no teme ni se abate ni se debilita jamás; porque los cuerpos de los mártires son el altar más hermoso de la honra”.

[...] Cuando se muere

En brazos de la patria agradecida,

La muerte acaba, la prisión se rompe;

¡Empieza, al fin, con el morir, la vida!

Hasta aquí me he concretado casi exclusivamente a los hechos. Como no olvido que estoy delante de un tribunal de justicia que

me juzga, demostraré ahora que únicamente de nuestra parte está el derecho y que la sanción impuesta a mis compañeros y la que se pretende imponerme no tiene justificación ante la razón, ante la sociedad y ante la verdadera justicia. Quiero ser personalmente respetuoso con los señores magistrados y os agradezco que no veáis en la rudeza de mis verdades ninguna animadversión contra vosotros. Mis razonamientos van encaminados sólo a demostrar lo falso y erróneo de la posición adoptada en la presente situación por todo el Poder Judicial, del cual cada tribunal no es más que una simple pieza obligada a marchar, hasta cierto punto, por el mismo sendero que traza la máquina, sin que ello justifique, desde luego, a ningún hombre a actuar contra sus principios. Sé perfectamente que la máxima responsabilidad le cabe a la alta oligarquía que sin un gesto digno se plegó servilmente a los dictados del usurpador traicionando a la nación y renunciando a la independencia del Poder Judicial. Excepciones honrosas han tratado de remendar el maltrecho honor con votos particulares, pero el gesto de la exigua minoría apenas ha trascendido, ahogado por actitudes de mayorías sumisas y ovejunas. Este fatalismo, sin embargo, no me impedirá exponer la razón que me asiste. Si el traerme ante este tribunal no es más que pura comedia para darle apariencia de legalidad y justicia a lo arbitrario, estoy dispuesto a rasgar con mano firme el velo infame que cubre tanta desvergüenza. Resulta curioso que los mismos que me traen ante vosotros para que se me juzgue y condene no han acatado una sola orden de este tribunal.

Si este juicio, como habéis dicho, es el más importante que se ha ventilado ante un tribunal desde que se instauró la República, lo que yo diga aquí quizás se pierda en la conjura de silencio que me ha querido imponer la dictadura, pero sobre lo que vosotros hagáis, la posteridad volverá muchas veces los ojos. Pensad que ahora estáis juzgando a un acusado, pero vosotros, a su vez, seréis juzgados no una vez, sino muchas, cuantas veces el presente sea sometido a la crítica demoledora del futuro. Entonces lo que yo diga aquí se repetirá muchas veces, no porque se haya escuchado de mi boca, sino porque el problema de la justicia es eterno, y por encima de las opiniones de los jurisconsultos y teóricos, el pueblo tiene de ella un profundo sentido. Los pueblos poseen una lógica sencilla pero implacable, reñida con todo lo absurdo y

contradictorio, y si alguno, además, aborrece con toda su alma el privilegio y la desigualdad, ése es el pueblo cubano. Sabe que la justicia se representa con una doncella, una balanza y una espada. Si la ve postrarse cobarde ante unos y blandir furiosamente el arma sobre otros, se la imaginará entonces como una mujer prostituida esgrimiendo un puñal. Mi lógica, es la lógica sencilla del pueblo.

Os voy a referir una historia. Había una vez una república. Tenía su Constitución, sus leyes, sus libertades; Presidente, Congreso, tribunales; todo el mundo podía reunirse, asociarse, hablar y escribir con entera libertad. El gobierno no satisfacía al pueblo, pero el pueblo podía cambiarlo y ya sólo faltaban unos días para hacerlo. Existía una opinión pública respetada y acatada y todos los problemas de interés colectivo eran discutidos libremente. Había partidos políticos, horas doctrinales de radio, programas polémicos de televisión, actos públicos, y en el pueblo palpitaba el entusiasmo. Este pueblo había sufrido mucho y si no era feliz, deseaba serlo y tenía derecho a ello. Lo habían engañado muchas veces y miraba el pasado con verdadero terror. Creía ciegamente que éste no podría volver; estaba orgulloso de su amor a la libertad y vivía engreído de que ella sería respetada como cosa sagrada; sentía una noble confianza en la seguridad de que nadie se atrevería a cometer el crimen de atentar contra sus instituciones democráticas. Deseaba un cambio, una mejora, un avance, y lo veía cerca. Toda su esperanza estaba en el futuro.

¡Pobre pueblo! Una mañana la ciudadanía se despertó estremecida; a las sombras de la noche los espectros del pasado se habían conjurado mientras ella dormía, y ahora la tenían agarrada por las manos, por los pies y por el cuello. Aquellas garras eran conocidas, aquellas fauces, aquellas guadañas de muerte, aquellas botas... No; no era una pesadilla; se trataba de la triste y terrible realidad: un hombre llamado Fulgencio Batista acababa de cometer el horrible crimen que nadie esperaba.

Ocurrió entonces que un humilde ciudadano de aquel pueblo, que quería creer en las leyes de la República y en la integridad de sus magistrados a quienes había visto ensañarse muchas veces contra los infelices, buscó un Código de Defensa Social para ver qué castigos prescribía la sociedad para el autor de semejante hecho, y encontró lo siguiente:

“Incurrirá en una sanción de privación de libertad de seis a diez años el que ejecutare cualquier hecho encaminado directamente a cambiar en todo o en parte, por medio de la violencia, la Constitución del Estado o la forma de gobierno establecida.

”Se impondrá una sanción de privación de libertad de tres a diez años al autor de un hecho dirigido a promover un alzamiento de gentes armadas contra los Poderes Constitucionales del Estado. La sanción será de privación de libertad de cinco o veinte años si se llevare a efecto la insurrección.

”El que ejecutare un hecho con el fin determinado de impedir, en todo o en parte, aunque fuere temporalmente al Senado, a la Cámara de Representantes, al Presidente de la República o al Tribunal Supremo de Justicia, el ejercicio de sus funciones constitucionales, incurrirá en una sanción de privación de libertad de seis a diez años.

”El que tratase de impedir o estorbar la celebración de elecciones generales, [...] incurrirá en una sanción de privación de libertad de cuatro a ocho años.

”El que introdujere, publicare, propagare o tratase de hacer cumplir en Cuba, despacho, orden o decreto que tienda [...] a provocar la inobservancia de las leyes vigentes, incurrirá en una sanción de privación de libertad de dos a seis años.

”El que sin facultad legal para ello ni orden del Gobierno, tomare el mando de tropas, plazas, fortalezas, puestos militares, poblaciones o barcos o aeronaves de guerra incurrirá en una sanción de privación de libertad de cinco a diez años.

”Igual sanción se impondrá al que usurpare el ejercicio de una función atribuida por la Constitución como propia de alguno de los Poderes del Estado”.

Sin decir una palabra a nadie, con el Código en una mano y los papeles en otra, el mencionado ciudadano se presentó en el viejo caserón de la capital donde funcionaba el tribunal competente, que estaba en la obligación de promover causa y castigar a los responsables de aquel hecho, y presentó un escrito denunciando los delitos y pidiendo para Fulgencio Batista y sus diecisiete cómplices la sanción de ciento ocho años de cárcel como ordenaba imponerle el Código de Defensa Social con todas las agravantes de reincidencia, alevosía y nocturnidad.

Pasaron los días y pasaron los meses. ¡Qué decepción! El acusado no era molestado, se paseaba por la República como un amo, lo llamaban honorable señor y general, quitó y puso magistrados, y nada menos que el día de la apertura de los tribunales se vio al reo sentado en el lugar de honor, entre los augustos y venerables patriarcas de nuestra justicia.

Pasaron otra vez los días y los meses. El pueblo se cansó de abusos y de burlas. ¡Los pueblos se cansan! Vino la lucha, y entonces aquel hombre que estaba fuera de la ley, que había ocupado el poder por la violencia, contra la voluntad del pueblo y agrediendo el orden legal, torturó, asesinó, encarceló y acusó ante los tribunales a los que habían ido a luchar por la ley y devolverle al pueblo su libertad.

Señores magistrados: Yo soy aquel ciudadano humilde que un día se presentó inútilmente ante los tribunales para pedirles que castigaran a los ambiciosos que violaron las leyes e hicieron trizas nuestras instituciones, y ahora, cuando es a mí a quien se acusa de querer derrocar este régimen ilegal y restablecer la Constitución legítima de la República, se me tiene setenta y seis días incomunicado en una celda, sin hablar con nadie ni ver siquiera a mi hijo,⁷⁶ se me conduce por la ciudad entre dos ametralladoras de trípode, se me traslada a este hospital para juzgarme secretamente con toda severidad y un fiscal con el Código en la mano, muy solemnemente, pide para mí veintiséis años de cárcel.

Me diréis que aquella vez los magistrados de la República no actuaron porque se lo impedía la fuerza; entonces, confesadlo: esta vez también la fuerza os obligará a condenarme. La primera no pudisteis castigar al culpable; la segunda, tendréis que castigar al inocente. La doncella de la justicia, dos veces violada por la fuerza.

¡Y cuánta charlatanería para justificar lo injustificable, explicar lo inexplicable y conciliar, lo inconciliable! Hasta que han dado por fin en afirmar, como suprema razón, que el hecho crea el derecho. Es decir que el hecho de haber lanzado los tanques y los soldados a la calle, apoderándose del Palacio Presidencial, la Tesorería de la República y los demás edificios oficiales, y apuntar con las armas al corazón del pueblo, crea el derecho a gobernarlo.

El mismo argumento pudieron utilizar los nazis que ocuparon las naciones de Europa e instalaron en ellas gobiernos de títeres.

Admito y creo que la revolución sea fuente de derecho; pero no podrá llamarse jamás revolución al asalto nocturno a mano armada del 10 de marzo. En el lenguaje vulgar, como dijo José Ingenieros, suele darse el nombre de revolución a los pequeños desórdenes que un grupo de insatisfechos promueve para quitar a los hartos sus prebendas políticas o sus ventajas económicas, resolviéndose generalmente en cambios de unos hombres por otros, en un reparto nuevo de empleos y beneficios. Ése no es el criterio del filósofo de la historia, no puede ser el del hombre de estudio.

No ya en el sentido de cambios profundos en el organismo social, ni siquiera en la superficie del pantano público se vio mover una ola que agitase la podredumbre reinante. Si en el régimen anterior había politiquería, robo, pillaje y falta de respeto a la vida humana, el régimen actual ha multiplicado por cinco la politiquería, ha multiplicado por diez el pillaje y ha multiplicado por cien la falta de respeto a la vida humana.

Se sabía que Barriguilla⁷⁷ había robado y había asesinado, que era millonario, que tenía en la capital muchos edificios de apartamentos, acciones numerosas en compañías extranjeras, cuentas fabulosas en bancos norteamericanos, que repartió bienes gananciales por dieciocho millones de pesos, que se hospedaba en el más lujoso hotel de los millonarios yanquis, pero lo que nunca podrá creer nadie es que Barriguilla fuera revolucionario. Barriguilla es el sargento de Weyler que asesinó doce cubanos en el Guatao... En Santiago de Cuba fueron setenta. *De te fabula narratur.*⁷⁸

Cuatro partidos políticos gobernaban el país antes del 10 de marzo: Auténtico, Liberal, Demócrata y Republicano. A los dos días del golpe se adhirió el Republicano; no había pasado un año todavía y ya el Liberal y el Demócrata estaban otra vez en el poder, Batista no restablecía la Constitución, no restablecía las libertades públicas, no restablecía el Congreso, no restablecía el voto directo, no restablecía en fin ninguna de las instituciones democráticas arrancadas al país, pero restablecía a Verdeja, Guas Inclán, Salvito García Ramos, Anaya Murillo,⁷⁹ y con los altos jerarcas de los partidos tradicionales en el gobierno, a lo más

corrompido, rapaz, conservador y antediluviano de la política cubana. ¡Ésta es la revolución de Barriguilla!

Ausente del más elemental contenido revolucionario, el régimen de Batista ha significado en todos los órdenes un retroceso de veinte años para Cuba. Todo el mundo ha tenido que pagar bien caro su regreso, pero principalmente las clases humildes que están pasando hambre y miseria mientras la dictadura que ha arruinado al país con la conmoción, la ineptitud y la zozobra, se dedica a la más repugnante politiquería, inventando fórmulas y más fórmulas de perpetuarse en el poder aunque tenga que ser sobre un montón de cadáveres y un mar de sangre.

Ni una sola iniciativa valiente ha sido dictada. Batista vive entregado de pies y manos a los grandes intereses, y no podía ser de otro modo, por su mentalidad, por la carencia total de ideología y de principios, por la ausencia absoluta de la fe, la confianza y el respaldo de las masas. Fue un simple cambio de manos y un reparto de botín entre los amigos, parientes, cómplices y la rémora de parásitos voraces que integran el andamiaje político del dictador. ¡Cuántos oprobios se le han hecho sufrir al pueblo para que un grupito de egoístas que no sienten por la patria la menor consideración puedan encontrar en la cosa pública un *modus vivendi*⁸⁰ fácil y cómodo!

¡Con cuánta razón dijo Eduardo Chibás en su postrer discurso que Batista alentaba el regreso de los coroneles, del palmacristi y de la ley de fuga! De inmediato después del 10 de marzo comenzaron a producirse otra vez actos verdaderamente vandálicos que se creían desterrados para siempre en Cuba: el asalto a la Universidad del Aire, atentado sin precedentes a una institución cultural, donde los gangsters del SIM se mezclaron con los mocosos de la juventud del PAU; el secuestro del periodista Mario Kuchilán, arrancado en plena noche de su hogar y torturado salvajemente hasta dejarlo casi desconocido; el asesinato del estudiante Rubén Batista y las descargas criminales contra una pacífica manifestación estudiantil junto al mismo paredón donde los voluntarios fusilaron a los estudiantes del 71; hombres que arrojaron la sangre de los pulmones ante los mismos tribunales de justicia por las bárbaras torturas que les habían aplicado en los cuerpos represivos, como en el proceso del doctor García Bárcena.⁸¹ Y no voy a referir aquí los centenares de casos en que

grupos de ciudadanos han sido apaleados brutalmente sin distinción de hombres o mujeres, jóvenes o viejos. Todo esto antes del 26 de julio. Después, ya se sabe, ni siquiera el cardenal Arteaga⁸² se libró de actos de esta naturaleza. Todo el mundo sabe que fue víctima de los agentes represivos. Oficialmente afirmaron que era obra de una banda de ladrones. Por una vez dijeron la verdad, ¿qué otra cosa es este régimen?

La ciudadanía acaba de contemplar horrorizada el caso del periodista que estuvo secuestrado y sometido a torturas de fuego durante veinte días. En cada hecho un cinismo inaudito, una hipocresía infinita: la cobardía de rehuir la responsabilidad y culpar invariablemente a los enemigos del régimen. Procedimientos de gobierno que no tienen nada que envidiarle a la peor pandilla de gangsters. Ni los criminales nazis fueron nunca tan cobardes. Hitler asumió la responsabilidad por las matanzas del 30 de junio de 1934⁸³ diciendo que había sido durante 24 horas el Tribunal Supremo de Alemania; los esbirros de esta dictadura, que no cabe compararla con ninguna otra por lo baja, ruin y cobarde, secuestran, torturan, asesinan, y después culpan canallescamente a los adversarios del régimen. Son los métodos típicos del sargento Barriguilla.

En todos estos hechos que he mencionado, señores magistrados, ni una sola vez han aparecido los responsables para ser juzgados por los tribunales. ¡Cómo! ¿no era éste el régimen del orden, de la paz pública y el respeto a la vida humana?

Si todo esto he referido es para que se me diga si tal situación puede llamarse revolución engendradora de derecho; si es o no lícito luchar contra ella; si no han de estar muy prostituidos los tribunales de la República para enviar a la cárcel a los ciudadanos que quieren librar a su patria de tanta infamia.

Cuba está sufriendo un cruel e ignominioso despotismo, y vosotros no ignoráis que la resistencia frente al despotismo es legítima; éste es un principio universalmente reconocido y nuestra Constitución de 1940 lo consagró expresamente en el párrafo segundo del artículo 40: "Es legítima la resistencia adecuada para la protección de los derechos individuales garantizados anteriormente". Mas, aun cuando no lo hubiese consagrado nuestra ley fundamental, es supuesto sin el cual no puede concebirse la existencia de una colectividad democrática. El profesor Infiesta⁸⁴

en su libro de derecho constitucional establece una diferencia entre Constitución Política y Constitución Jurídica, y dice que “a veces se incluyen en la Constitución Jurídica principios constitucionales que, sin ello, obligarían igualmente por el consentimiento del pueblo, como los principios de la mayoría o de la representación en nuestras democracias”. El derecho de insurrección frente a la tiranía es uno de esos principios que, esté o no esté incluido dentro de la Constitución Jurídica, tiene siempre plena vigencia en una sociedad democrática. El planteamiento de esta cuestión ante un tribunal de justicia es uno de los problemas más interesantes del derecho público. Duguit⁸⁵ ha dicho en su *Tratado de Derecho Constitucional* que “si la insurrección fracasa, no existirá tribunal que ose declarar que no hubo conspiración o atentado contra la seguridad del Estado porque el gobierno era tiránico y la intención de derribarlo era legítima”. Pero fijaos bien que no dice “el tribunal no deberá”, sino que “no existirá tribunal que ose declarar”; más claramente, que no habrá tribunal que se atreva, que no habrá tribunal lo suficientemente valiente para hacerlo bajo una tiranía. La cuestión no admite alternativa: si el tribunal es valiente y cumple con su deber, se atreverá.

Se acaba de discutir ruidosamente la vigencia de la Constitución de 1940; el Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales falló en contra de ella y a favor de los Estatutos;⁸⁶ sin embargo, señores magistrados, yo sostengo que la Constitución de 1940 sigue vigente. Mi afirmación podrá parecer absurda y extemporánea; pero no os asombréis, soy yo quien se asombra de que un tribunal de derecho haya intentado darle un vil cuartelazo a la Constitución legítima de la República. Como hasta aquí, ajustándome rigurosamente a los hechos, a la verdad y a la razón, demostraré lo que acabo de afirmar. El Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales fue instituido por el artículo 172 de la Constitución de 1940, complementado por la Ley Orgánica número 7 de 31 de mayo de 1949. Estas leyes, en virtud de las cuales fue creado, le concedieron, en materia de inconstitucionalidad, una competencia específica y determinada: resolver los recursos de inconstitucionalidad contra las leyes, decretos-leyes, resoluciones o actos que nieguen, disminuyan, restrinjan o adulteren los derechos y garantías constitucionales o que impidan el libre funcionamiento de los órganos del Estado. En el artículo 194 se establecía bien

claramente: “Los jueces y tribunales están obligados a resolver los conflictos entre las leyes vigentes y la Constitución ajustándose al principio de que ésta prevalezca siempre sobre aquéllas”. De acuerdo, pues, con las leyes que le dieron origen, el Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales debía resolver siempre a favor de la Constitución. Si ese tribunal hizo prevalecer los Estatutos por encima de la Constitución de la República se salió por completo de su competencia y facultades, realizando, por tanto, un acto jurídicamente nulo. La decisión en sí misma, además, es absurda y lo absurdo no tiene vigencia ni de hecho ni de derecho, no existe ni siquiera metafísicamente. Por muy venerable que sea un tribunal no podrá decir que el círculo es cuadrado, o, lo que es igual, que el engendro grotesco del 4 de abril puede llamarse Constitución de un Estado.

Entendemos por Constitución la ley fundamental y suprema de una nación, que define su estructura política, regula el funcionamiento de los órganos del Estado y pone límite a sus actividades; ha de ser estable, duradera y más bien rígida. Los Estatutos no llenan ninguno de estos requisitos. Primeramente encierra una contradicción monstruosa, descarada y cínica en lo más esencial, que es lo referente a la integración de la República y el principio de la soberanía. El artículo 1 dice: “Cuba es un Estado independiente y soberano organizado como República democrática”. El artículo 2 dice: “La soberanía reside en el pueblo y de éste dimanar todos los poderes”. Pero luego viene el artículo 118 y dice: “El Presidente de la República será designado por el Consejo de Ministros”. Ya no es el pueblo, ahora es el Consejo de Ministros. ¿Y quién elige el Consejo de Ministros? El artículo 120, inciso 13: “Corresponde al Presidente nombrar y renovar libremente a los ministros, sustituyéndolos en las oportunidades que proceda”. ¿Quién elige a quién por fin? ¿No es éste el clásico problema del huevo y la gallina que nadie ha resuelto todavía?

Un día se reunieron dieciocho aventureros. El plan era asaltar la República con su presupuesto de trescientos cincuenta millones. Al amparo de la traición y de las sombras consiguieron su propósito: “¿Y ahora qué hacemos?”. Uno de ellos les dijo a los otros: “Ustedes me nombran primer ministro y yo los nombro generales”. Hecho esto buscó veinte alabarderos y les dijo: “Yo los nombro ministros y ustedes me nombran presidente”. Así se nombraron unos a otros

generales, ministros, presidente y se quedaron con el Tesoro y la República.

Y no es que se tratara de la usurpación de la soberanía por una sola vez para nombrar ministros, generales y presidente, sino que un hombre se declaró en unos estatutos dueño absoluto, no ya de la soberanía, sino de la vida y la muerte de cada ciudadano y de la existencia misma de la nación. Por eso sostengo que no solamente es traidora, vil, cobarde y repugnante la actitud del Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales, sino también absurda.

Hay en los Estatutos un artículo que ha pasado bastante inadvertido pero es el que da la clave de esta situación y del cual vamos a sacar conclusiones decisivas. Me refiero a la cláusula de reforma contenida en el artículo 257 y que dice textualmente: “Esta Ley Constitucional podrá ser reformada por el Consejo de Ministros con un quórum de las dos terceras partes de sus miembros”. Aquí la burla llegó al colmo. No es sólo que hayan ejercido la soberanía para imponer al pueblo una Constitución sin contar con su consentimiento y elegir un gobierno que concentra en sus manos todos los poderes, sino que por el artículo 257 hacen suyo definitivamente el atributo más esencial de la soberanía que es la facultad de reformar la ley suprema y fundamental de la nación, cosa que han hecho ya varias veces desde el 10 de marzo, aunque afirma con el mayor cinismo del mundo en el artículo 2 que la soberanía reside en el pueblo y de él dimanar todos los poderes. Si para realizar estas reformas basta la conformidad del Consejo de Ministros con un quórum de sus dos terceras partes y el presidente es quien nombra al Consejo de Ministros, queda entonces en manos de un solo hombre el derecho de hacer y deshacer la República, un hombre que es además el más indigno de los que han nacido en esta tierra. ¿Y esto fue lo aceptado por el Tribunal de Garantías Constitucionales, y es válido y es legal todo lo que de ello se derive? Pues bien, veréis lo que aceptó: “Esta Ley Constitucional podrá ser reformada por el Consejo de Ministros con un quórum de las dos terceras partes de sus miembros”. Tal facultad no reconoce límites; al amparo de ella cualquier artículo, cualquier capítulo, cualquier título, la ley entera puede ser modificada. El artículo 1, por ejemplo, que ya mencioné, dice que Cuba es un Estado independiente y soberano organizado como

República democrática —“aunque de hecho sea hoy una satrapía sangrienta”—; el artículo 3 dice que “el territorio de la República está integrado por la Isla de Cuba, la Isla de Pinos y las demás islas y cayos adyacentes”; así sucesivamente. Batista y su Consejo de Ministros, al amparo del artículo 257, pueden modificar todos esos artículos, decir que Cuba no es ya una República, sino una Monarquía Hereditaria y ungirse él, Fulgencio Batista, Rey; pueden desmembrar el territorio nacional y vender una provincia a un país extraño como hizo Napoleón⁸⁷ con la Louisiana; pueden suspender el derecho a la vida y, como Herodes,⁸⁸ mandar a degollar los niños recién nacidos: todas estas medidas serían legales y vosotros tendríais que enviar a la cárcel a todo el que se opusiera, como pretendéis hacer conmigo en estos momentos. He puesto ejemplos extremos para que se comprenda mejor lo triste y humillante que es nuestra situación. ¡Y esas facultades omnímodas en manos de hombres que de verdad son capaces de vender la República con todos sus habitantes!

Si el Tribunal de Garantías Constitucionales aceptó semejante situación, ¿qué espera para colgar las togas? Es un principio elemental de derecho público que no existe la constitucionalidad allí donde el Poder Constituyente y el Poder Legislativo residen en el mismo organismo. Si el Consejo de Ministros hace las leyes, los decretos, los reglamentos y al mismo tiempo tiene facultad de modificar la Constitución en diez minutos, ¡maldita la falta que nos hace un Tribunal de Garantías Constitucionales! Su fallo es, pues, irracional, inconcebible, contrario a la lógica y a las leyes de la República, que vosotros, señores magistrados, jurasteis defender. Al fallar a favor de los Estatutos no quedó abolida nuestra ley suprema; sino que el Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales se puso fuera de la Constitución, renunció a sus fueros, se suicidó jurídicamente. ¡Que en paz descanse!

El derecho de resistencia que establece el artículo 40 de esa Constitución está plenamente vigente. ¿Se aprobó para que funcionara mientras la República marchaba normalmente? No, porque era para la Constitución lo que un bote salvavidas es para una nave en alta mar, que no se lanza al agua sino cuando la nave ha sido torpedeada por enemigos emboscados en su ruta. Traicionada la Constitución de la República y arrebatadas al

pueblo todas sus prerrogativas, sólo le quedaba ese derecho, que ninguna fuerza le puede quitar, el derecho de resistir a la opresión y a la injusticia. Si alguna duda queda, aquí está un artículo del Código de Defensa Social, que no debió olvidar el señor fiscal, el cual dice textualmente: “Las autoridades de nombramiento del Gobierno o por elección popular que no hubieren resistido a la insurrección por todos los medios que estuvieren a su alcance, incurrirán en una sanción de interdicción especial de seis a diez años”. Era obligación de los magistrados de la República resistir el cuartelazo traidor del 10 de marzo. Se comprende perfectamente que cuando nadie ha cumplido con la ley, cuando nadie ha cumplido el deber, se envía a la cárcel a los únicos que han cumplido con la ley y el deber.

No podréis negarme que el régimen de gobierno que se le ha impuesto a la nación es indigno de su tradición y de su historia. En su libro *El espíritu de las leyes*, que sirvió de fundamento a la moderna división de poderes, Montesquieu⁸⁹ distingue por su naturaleza tres tipos de gobierno: “el Republicano, en que el pueblo entero o una parte del pueblo tiene el poder soberano; el Monárquico, en que uno solo gobierna pero con arreglo a Leyes fijas y determinadas; y el Despótico, en que uno solo, sin Ley y sin regla, lo hace todo sin más que su voluntad y su capricho”. Luego añade: “Un hombre al que sus cinco sentidos le dicen sin cesar que lo es todo, y que los demás no son nada, es naturalmente ignorante, perezoso, voluptuoso”. “Así como es necesaria la virtud en una democracia, el honor en una monarquía, hace falta el temor en un gobierno despótico; en cuanto a la virtud, no es necesaria, y en cuanto al honor, sería peligroso”.

El derecho de rebelión contra el despotismo, señores magistrados, ha sido reconocido, desde la más lejana antigüedad hasta el presente, por hombres de todas las doctrinas, de todas las ideas y todas las creencias.

En las monarquías teocráticas de la más remota antigüedad china, era prácticamente un principio constitucional que cuando el rey gobernase torpe y despóticamente, fuese depuesto y reemplazado por un príncipe virtuoso.

Los pensadores de la antigua India ampararon la resistencia activa frente a las arbitrariedades de la autoridad. Justificaron la revolución y llevaron muchas veces sus teorías a la práctica. Uno de sus guías espirituales decía que “una opinión sostenida

por muchos es más fuerte que el mismo rey. La sogá tejida por muchas fibras es suficiente para arrastrar a un león”.

Las ciudades estados de Grecia y la República Romana, no sólo admitían sino que apologetizaban la muerte violenta de los tiranos.

En la Edad Media, Juan de Salisbury en su *Libro del hombre de Estado*, dice que cuando un príncipe no gobierna con arreglo a derecho y degenera en tirano, es lícita y está justificada su deposición violenta. Recomienda que contra el tirano se use el puñal aunque no el veneno.

Santo Tomás de Aquino, en la *Summa Theologica*, rechazó la doctrina del tiranicidio, pero sostuvo, sin embargo, la tesis de que los tiranos debían ser depuestos por el pueblo.

Martín Lutero proclamó que cuando un gobierno degenera en tirano vulnerando las leyes, los súbditos quedaban librados del deber de obediencia. Su discípulo Felipe Melancton sostiene el derecho de resistencia cuando los gobiernos se convierten en tiranos. Calvino,⁹⁰ el pensador más notable de la Reforma desde el punto de vista de las ideas políticas, postula que el pueblo tiene derecho a tomar las armas para oponerse a cualquier usurpación.

Nada menos que un jesuita español de la época de Felipe II, Juan Mariana, en su libro *De Rege et a Regis Institutione*, afirma que cuando el gobernante usurpa el poder, o cuando, elegido, rige la vida pública de manera tiránica, es lícito el asesinato por un simple particular, directamente, o valiéndose del engaño, con el menor disturbio posible.

El escritor francés Francisco Hotman sostuvo que entre gobernantes y súbditos existe el vínculo de un contrato, y que el pueblo puede alzarse en rebelión frente a la tiranía de los gobiernos cuando éstos violan aquel pacto.

Por esa misma época aparece también un folleto que fue muy leído, titulado *Vindiciae Contra Tyrannos*,⁹¹ firmado bajo el seudónimo de Stephanus Junius Brutus, donde se proclama abiertamente que es legítima la resistencia a los gobiernos cuando oprimen al pueblo y que era deber de los magistrados honorables encabezar la lucha.

Los reformadores escoceses Juan Knox y Juan Poynt sostuvieron este mismo punto de vista, y en el libro más importante de este movimiento, escrito por Jorge Buchanan, se dice que si el

gobierno logra el poder sin contar con el consentimiento del pueblo o rige los destinos de éste de una manera injusta y arbitraria, se convierte en tirano y puede ser destituido o privado de la vida en último caso.

Juan Altusio, jurista alemán de principios del siglo XVII, en su *Tratado de política* dice que la soberanía en cuanto autoridad suprema del Estado nace del concurso voluntario de todos sus miembros; que la autoridad del gobierno arranca del pueblo y que su ejercicio injusto, extralegal o tiránico exime al pueblo del deber de obediencia y justifica la resistencia y la rebelión.

Hasta aquí, señores magistrados, he mencionado ejemplos de la Antigüedad, de la Edad Media y de los primeros tiempos de la Edad Moderna: escritores de todas las ideas y todas las creencias. Mas, como veréis, este derecho está en la raíz misma de nuestra existencia política, gracias a él vosotros podréis vestir hoy esas togas de magistrados cubanos que ojalá fueran para la justicia.

Sabido es que en Inglaterra, en el siglo XVII, fueron destronados dos reyes, Carlos I y Jacobo II, por actos de despotismo. Estos hechos coincidieron con el nacimiento de la filosofía política liberal, esencia ideológica de una nueva clase social que pugnaba entonces por romper las cadenas del feudalismo. Frente a las tiranías de derecho divino esa filosofía opuso el principio del contrato social y el consentimiento de los gobernados, y sirvió de fundamento a la revolución inglesa de 1688,⁹² y a las revoluciones americana⁹³ y francesa⁹⁴ de 1775 y 1789. Estos grandes acontecimientos revolucionarios abrieron el proceso de liberación de las colonias españolas en América, cuyo último eslabón fue Cuba. En esta filosofía se alimentó nuestro pensamiento político y constitucional que fue desarrollándose desde la primera Constitución de Guáimaro hasta la de 1940, influida esta última ya por las corrientes socialistas del mundo actual que consagraron en ella el principio de la función social de la propiedad y el derecho inalienable del hombre a una existencia decorosa, cuya plena vigencia han impedido los grandes intereses creados.

El derecho de insurrección contra la tiranía recibió entonces su consagración definitiva y se convirtió en postulado esencial de la libertad política.

Ya en 1649 Juan Milton escribe que el poder político reside en el pueblo, quien puede nombrar y destituir reyes, y tiene el deber de separar a los tiranos.

Juan Locke en su *Tratado de gobierno* sostiene que cuando se violan los derechos naturales del hombre, el pueblo tiene el derecho y el deber de suprimir o cambiar de gobierno. “El único remedio contra la fuerza sin autoridad está en oponerle la fuerza”.

Juan Jacobo Rousseau dice con mucha elocuencia en su *Contrato social*: “Mientras un pueblo se ve forzado a obedecer y obedece, hace bien; tan pronto como puede sacudir el yugo y lo sacude, hace mejor, recuperando su libertad por el mismo derecho que se la han quitado”. “El más fuerte no es nunca suficientemente fuerte para ser siempre el amo, si no transforma la fuerza en derecho y la obediencia en deber. [...] La fuerza es un poder físico; no veo qué moralidad pueda derivarse de sus efectos. Ceder a la fuerza es un acto de necesidad, no de voluntad; todo lo más es un acto de prudencia. ¿En qué sentido podrá ser esto un deber?”. “Renunciar a la libertad es renunciar a la calidad de hombre, a los derechos de la Humanidad, incluso a sus deberes. No hay recompensa posible para aquel que renuncia a todo. Tal renuncia es incompatible con la naturaleza del hombre; y quitar toda la libertad a la voluntad es quitar toda la moralidad a las acciones. En fin, es una convicción vana y contradictoria estipular por una parte con una autoridad absoluta y por otra con una obediencia sin límites...”

Thomas Paine dijo que “un hombre justo es más digno de respeto que un rufián coronado”.

Sólo escritores reaccionarios se opusieron a este derecho de los pueblos, como aquel clérigo de Virginia, Jonathan Boucher, quien dijo que “el derecho a la revolución era una doctrina condenable derivada de Lucifer, el padre de las rebeliones”.

La Declaración de Independencia del Congreso de Filadelfia el 4 de julio de 1776, consagró este derecho en un hermoso párrafo que dice: “Sostenemos como verdades evidentes que todos los hombres nacen iguales; que a todos les confiere su Creador ciertos derechos inalienables entre los cuales se cuentan la vida, la libertad y la consecución de la felicidad; que para asegurar estos derechos se instituyen entre los hombres gobiernos cuyos justos poderes derivan del consentimiento de los gobernados; que siempre que

una forma de gobierno tienda a destruir esos fines, el pueblo tiene derecho a reformarla o abolirla, e instituir un nuevo gobierno que se funde en dichos principios y organice sus poderes en la forma que a su juicio garantice mejor su seguridad y felicidad”.

La famosa Declaración Francesa de los Derechos del Hombre⁹⁵ legó a las generaciones venideras este principio: “Cuando el gobierno viola los derechos del pueblo, la insurrección es para éste el más sagrado de los derechos y el más imperioso de los deberes”. “Cuando una persona se apodera de la soberanía debe ser condenada a muerte por los hombres libres”.

Creo haber justificado suficientemente mi punto de vista: son más razones que las que esgrimió el señor fiscal para pedir que se me condene a veintiséis años de cárcel; todas asisten a los hombres que luchan por la libertad y la felicidad de un pueblo; ninguna a los que lo oprimen, envilecen y saquean despiadadamente; por eso yo he tenido que exponer muchas y él no pudo exponer una sola. ¿Cómo justificar la presencia de Batista en el poder, al que llegó contra la voluntad del pueblo y violando por la traición y por la fuerza las leyes de la República? ¿Cómo calificar de legítimo un régimen de sangre, opresión e ignominia? ¿Cómo llamar revolucionario un gobierno donde se han conjugado los hombres, las ideas y los métodos más retrógrados de la vida pública? ¿Cómo considerar jurídicamente válida la alta traición de un tribunal cuya misión era defender nuestra Constitución? ¿Con qué derecho enviar a la cárcel a ciudadanos que vinieron a dar por el decoro de su patria su sangre y su vida? ¡Eso es monstruoso ante los ojos de la nación y los principios de la verdadera justicia!

Pero hay una razón que nos asiste más poderosa que todas las demás: somos cubanos, y ser cubano implica un deber, no cumplirlo es crimen y es traición. Vivimos orgullosos de la historia de nuestra patria; la aprendimos en la escuela y hemos crecido oyendo hablar de libertad, de justicia y de derechos. Se nos enseñó a venerar desde temprano el ejemplo glorioso de nuestros héroes y de nuestros mártires. Céspedes, Agramonte, Maceo, Gómez y Martí fueron los primeros nombres que se grabaron en nuestro cerebro; se nos enseñó que el Titán había dicho que la libertad no se mendiga, sino que se conquista con el filo del machete; se nos enseñó que para la educación de los ciudadanos en la patria libre, escribió el Apóstol en su libro *La Edad de Oro*: “Un hombre que se

conforma con obedecer a leyes injustas y permite que pisen el país en que nació los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado. [...] En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Ésos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que les roban a los pueblos su libertad, que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana...” Se nos enseñó que el 10 de octubre y el 24 de febrero son efemérides gloriosas y de regocijo patrio porque marcan los días en que los cubanos se rebelaron contra el yugo de la infame tiranía; se nos enseñó a querer y defender la hermosa bandera de la estrella solitaria y a cantar todas las tardes un himno cuyos versos dicen que vivir en cadenas es vivir en afrenta y oprobio sumidos, y que morir por la patria es vivir. Todo eso aprendimos y no lo olvidaremos aunque hoy en nuestra patria se está asesinando y encarcelando a los hombres por practicar las ideas que les enseñaron desde la cuna. Nacimos en un país libre que nos legaron nuestros padres, y primero se hundirá la isla en el mar antes que consintamos en ser esclavos de nadie.

Parecía que el Apóstol iba a morir en el año de su centenario, que su memoria se extinguiría para siempre, ¡tanta era la afrenta! Pero vive, no ha muerto, su pueblo es rebelde, su pueblo es digno, su pueblo es fiel a su recuerdo; hay cubanos que han caído defendiendo sus doctrinas, hay jóvenes que en magnífico desagravio vinieron a morir junto a su tumba, a darle su sangre y su vida para que él siga viviendo en el alma de la patria. ¡Cuba, qué sería de ti si hubieras dejado morir a tu Apóstol!

Termino mi defensa, pero no lo haré como hacen siempre todos los letrados, pidiendo la libertad del defendido; no puedo pedirla cuando mis compañeros están sufriendo ya en Isla de Pinos ignominiosa prisión. Enviadme junto a ellos a compartir su suerte, es concebible que los hombres honrados estén muertos o presos en una república donde está de presidente un criminal y un ladrón.

A los señores magistrados mi sincera gratitud por haberme permitido expresarme libremente, sin mezquinas coacciones; no os guardo rencor, reconozco que en ciertos aspectos habéis sido humanos y sé que el presidente de este tribunal,⁹⁶ hombre de limpia

vida, no puede disimular su repugnancia por el estado de cosas reinantes que lo obligan a dictar un fallo injusto. Queda todavía a la Audiencia un problema, más grave: ahí están las causas iniciadas por los setenta asesinatos, es decir, la mayor masacre que hemos conocido; los culpables siguen libres con un arma en la mano que es amenaza perenne para la vida de los ciudadanos; si no cae sobre ellos todo el peso de la ley, por cobardía o porque se lo impidan, y no renuncian en pleno todos los magistrados, me apiado de vuestras honras y compadezco la mancha sin precedentes que caerá sobre el Poder Judicial.

En cuanto a mí, sé que la cárcel será dura como no lo ha sido nunca para nadie, preñada de amenazas, de ruín y cobarde ensañamiento, pero no la temo, como no temo la furia del tirano miserable que arrancó la vida a setenta hermanos míos. Condenadme, no importa, la historia me absolverá.

Castro, Fidel. La historia me absolverá. Edición Anotada. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 1993. 25-109 pp.

¹ Para más información véase Castro, Fidel. *La historia me absolverá*. Edición Anotada. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 1993. 118 p.

² En el Palacio de Justicia de Santiago de Cuba en el propio año 1953.

³ Alude a Francisco Mendieta Hechavarría.

⁴ Un total de 28 abogados incluyendo a Fidel Castro, actuaron como defensores en las distintas sesiones del juicio.

Véase Castro, Fidel. ob. cit. 122-123 pp.

⁵ Alude al asesinato de Hugo Camejo Valdés y Pedro Véliz Hernández, asaltantes al cuartel de Bayamo.

⁶ Se refiere a Ricardo Rodríguez Alfonso.

⁷ Su significado es por mano militar y se utiliza para aludir a una acción arbitraria o realizada por la fuerza.

⁸ Se refiere a los doctores Aurelio Portuondo Álvarez y Juan Martorell García.

⁹ Hace alusión a Alberto del Río Chaviano.

¹⁰ La denuncia de Fidel Castro causó gran conmoción en la Sala del tribunal. Véase Castro, Fidel. ob. cit. 127-128 pp.

¹¹ Cuerpo armado que protegía a los emperadores romanos. Utilizado por Fidel para indicar la excesiva custodia a que fue sometido.

¹² Locución latina que significa que las armas cedan a la toga. Se utiliza para expresar que el gobierno civil, representado por la toga que simboliza la justicia, esté por encima del poder militar.

¹³ Prisión Provincial de Oriente.

¹⁴ Hace mención a Augusto B. Taboada Bernal.

¹⁵ Alude a Miguel Delfín Rosabal Medel.

¹⁶ Significa, traducido del latín, monstruo horrendo.

¹⁷ El 6 de octubre de 1953 fueron condenados por el Tribunal de Urgencia de Santiago de Cuba 27 hombres y dos mujeres participantes en las acciones del 26 de julio de ese año. El 16 de octubre fueron condenados tres hombres, entre ellos Fidel Castro.

Véase Castro, Fidel. ob. cit. 134 p.

¹⁸ Se refiere a Pedro Abraham Castells Varela.

¹⁹ Los letrados eran Baudilio Castellanos García y Marcial Rodríguez Gutiérrez. Los periodistas eran Marta Rojas, Pablo Milá Ortiz, Oscar Lorient, Aristides Garzón, Manuel Álvarez Lázaro y Alberto García Torres.

²⁰ Fidel lo considera improcedente dadas las circunstancias del país y fuera de lugar, y prueba que la acusación no es válida.

Véase Castro, Fidel. ob. cit. 35, 37-38 pp.

²¹ Como estaba previsto en el plan, en caso de fracasar la acción de tomar el cuartel los revolucionarios irían hacia la montaña para comenzar la lucha guerrillera. Un grupo de los asaltantes logra seguir a Fidel.

Véase Castro, Fidel. ob. cit. 139 p.

²² Se refiere a Léster Rodríguez Pérez y Raúl Martínez Ararás.

²³ Participaron en la acción del Hospital Civil "Saturnino Lora", aldeaño al Moncada y como apoyo a la acción principal que tendría lugar en la fortaleza. Véase Castro, Fidel, ob. cit. 143 p.

²⁴ Alude a Mario Muñoz Monroy.

²⁵ Se refiere a Melba Hernández Rodríguez del Rey y Haydée Santamaría Cuadrado.

²⁶ Para más información ver: Castro, Fidel. ob. cit. 144 p.

²⁷ Estos compañeros tenían la misión fundamental de sorprender a la posta para facilitar la entrada del resto de los asaltantes a la fortaleza. Lograron el objetivo de reducir a los soldados.

Véase Castro, Fidel, ob. cit. 145 p.

²⁸ El comando que atacó Bayamo tenía como objetivo colocar fuerzas de avanzada en la zona del Cauto para evitar el envío de refuerzos a Santiago de Cuba. Para más información véase Castro, Fidel. ob. cit. 146-147 pp.

²⁹ Se refiere a Enrique Pérez Serantes.

³⁰ Alude a Pedro Manuel Sarría Tartabull.

³¹ Menciona a los hermanos Manuel y Rodolfo Ugalde Carrillo.

³² Se refiere a Francisco J. Tabernilla Dolz.

³³ Doncellas romanas consagradas a la diosa Vesta, que presidía el hogar y el fuego y que tenían un régimen muy riguroso de clausura.

³⁴ Insurrección del 9 de abril de 1952 en el mencionado país y toma del poder por el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) que contó con el apoyo de los mineros del estaño.

³⁵ Alude a José Miró Argenter.

³⁶ En la tradición recogida en el Antiguo Testamento, Moisés, profeta y legislador judío, cumpliendo orden de su Dios, conduce a su pueblo desde Egipto a Canaán, tierra fértil, que sólo puede contemplar desde lejos. De ahí el símil usado por Fidel a Canaán, tierra fértil, que sólo puede contemplar desde lejos.

³⁷ Locución latina que se traduce como “sin testamento”.

³⁸ Se refiere a la Compañía Cubana de Electricidad, subsidiaria de la compañía Electric Bond and Share, que a su vez lo era de la Transnacional American and Foreign Power Company.

³⁹ La Cuban Telephone Company, subsidiaria de la transnacional norteamericana International Telephone and Telegraph.

⁴⁰ Transnacionales norteamericanas que se apropiaron de grandes extensiones de tierras en Cuba, desde principios del siglo xx, en su mayoría dedicadas al sector azucarero.

⁴¹ Se refiere a ser obligado por la fuerza a seguir una línea de conducta contraria a la que se desea. La frase tiene su origen en la humillación infligida al ejército romano por el general Poncio Herenio, cuando lo hizo pasar prisionero bajo una serie de yugos levantados con ese objetivo en el desfiladero Candinae Faisces en 321 a.n.e.

⁴² Expresión irónica que denota un tiempo que no ha de llegar, pues los griegos no tenían calendas.

⁴³ Se refiere a Honorato de Balzac.

⁴⁴ Autorizado legalmente en 1948, comenzó a funcionar en 1950. Se puso al servicio del régimen de Fulgencio Batista, lo cual afectó el fondo de divisas de la nación. Tras el triunfo de la Revolución comenzó a jugar su verdadero papel al servicio de las transformaciones del país. Estuvo dirigido por el comandante Ernesto Guevara a partir de noviembre de 1959.

⁴⁵ Creado por la ley del 20 de diciembre de 1950. No cumplió su papel de proveer créditos para las actividades agrícolas. Después del triunfo de la Revolución el BANFAIC sería transformado en un organismo crediticio de tipo y objetivos revolucionarios. Pero su estructura no estaba de acuerdo con las necesidades del proceso revolucionario y mediante la ley no. 766 del 24 de marzo de 1960, desaparece como organismo.

⁴⁶ Se refiere a la denominada Marcha de las Antorchas efectuada el 27 de enero de 1953, en la noche víspera del centenario del nacimiento de José Martí. El grupo de jóvenes encabezado por Fidel Castro y miembros del Movimiento que organizaba en la clandestinidad se distinguió por su disciplina e hidalguía. Se dirigieron de la Universidad a la Fragua Martiana. El 28 de enero se produjo otra manifestación hacia la estatua de Martí en el Parque Central.

⁴⁷ El 2 de octubre de 1933 fuerzas militares y civiles que apoyaban al gobierno de Ramón Grau San Martín lanzan un ataque sobre el Hotel Nacional donde se habían concentrado oficiales del Ejército desplazados de sus mandos después del golpe de Estado del 4 de septiembre del propio año. Concluido el combate, varios de los oficiales rendidos fueron asesinados por soldados a las órdenes del coronel Fulgencio Batista.

- ⁴⁸ Alude a que en 1933 en el Castillo de Atarés, tras la caída de la tiranía de Gerardo Machado, todavía existía una guarnición militar. El 8 de noviembre de ese año, elementos sediciosos, en contra del gobierno de Ramón Grau San Martín, se hicieron fuertes allí. Finalmente capitularon.
- ⁴⁹ Se refiere a Mario Alfonso Hernández.
- ⁵⁰ Se refiere a Valeriano Weyler Nicolau.
- ⁵¹ Es la represión ordenada por el coronel Fulgencio Batista como Jefe del Ejército, durante la huelga general revolucionaria de marzo de ese año.
- ⁵² Alude a Dante Alighieri.
- ⁵³ Se refiere a Baudilio Casamayor Martén.
- ⁵⁴ Alude a José Casamayor Caballero.
- ⁵⁵ Menciona a Manuel Cala Reyes.
- ⁵⁶ Mayor General Francisco J. Tabernilla Dolz.
- ⁵⁷ Coronel Manuel Ugalde Carrillo.
- ⁵⁸ Hace alusión a Eulalio González Amador.
- ⁵⁹ Se hace referencia a Abel Santamaría Cuadrado.
- ⁶⁰ Se alude a Reinaldo Boris Luis Santa Coloma.
- ⁶¹ Nombra a Alejandro Posada Recio.
- ⁶² Se refiere a Edmundo Tamayo Silveira.
- ⁶³ El *Diario de Cuba*.
- ⁶⁴ Alude a Evelio Montes de Oca Mayeta.
- ⁶⁵ Se refiere a Joaquina Cuadrado Alonso.
- ⁶⁶ Hace alusión a Gustavo Arcos, Abelardo Crespo, Fidel Labrador, Pedro Miret y José Ponce.
- ⁶⁷ Son los que tienen como función trabajos administrativos o de suministros.
- ⁶⁸ Se alude a Nicolás Estevanez.
- ⁶⁹ Se refiere a Isidro G. Izquierdo Rodríguez.
- ⁷⁰ Para más información véase Castro, Fidel. ob. cit. 197 p.
- ⁷¹ Se refiere a Pedro Calvo García.
- ⁷² Alude a Manuel de Ciria y Vinet, Marqués de Cervera y de Villa Itre, Conde viudo de Montealto.
- ⁷³ Menciona a Carlos Zugasti.
- ⁷⁴ Nombra a Vicente Camps Ruiz.
- ⁷⁵ El 26 de julio de 1953 y en días sucesivos cayeron 61 combatientes en Santiago de Cuba y Bayamo. En el combate sólo murieron seis, los 55 restantes fueron asesinados en distintos lugares de la antigua provincia oriental, debido a una cruel represión que siguió al combate. Matar a diez combatientes por cada soldado caído en la acción fue la orden de Batista llegada a Santiago de Cuba y cumplida ferozmente por sus sicarios. Véase Castro, Fidel. ob. cit. 198-199 pp.
- ⁷⁶ Se refiere a Fidel Castro Díaz-Balart.
- ⁷⁷ Alude a Fulgencio Batista, comparándolo por su crueldad, con el sargento del Ejército español a quien se conocía con ese sobrenombre.
- ⁷⁸ Locución latina que significa que la historia que se cuenta es acerca de ti o tiene que ver con el que lee.
- ⁷⁹ Santiago Verdeja Neyra, Rafael Guas Inclán, Salvador García Ramos y Leonardo Anaya Murillo.

⁸⁰ Significa modo de vivir.

⁸¹ Alude a Rafael García Bárceña.

⁸² Se refiere a Manuel Arteaga Betancourt.

⁸³ Crímenes cometidos contra miembros del Partido Nacional Socialista en Alemania, quienes fueron acusados de oponerse al líder principal de dicho Partido, Adolfo Hitler.

⁸⁴ Nombra a Ramón Infiesta Bagés.

⁸⁵ Menciona a León Duguit.

⁸⁶ Alude a los Estatutos Constitucionales promulgados el 4 de abril de 1952, que derogaban la Constitución de 1940.

⁸⁷ Se refiere a Napoleón Bonaparte.

⁸⁸ Alude a Herodes.

⁸⁹ Charles Louis de Secondat, Barón de Montesquieu.

⁹⁰ Se refiere a Juan Calvino.

⁹¹ Traducido del latín significa venganza contra tiranos.

⁹² Sublevación que tuvo como consecuencia la caída del rey Jacobo II y la coronación de Guillermo de Orange. Trajo aparejado el triunfo de las aspiraciones políticas de la burguesía inglesa, pues entre otros aportes establecía el derecho a una monarquía limitada.

⁹³ Lucha en el territorio de las Trece Colonias inglesas contra la metrópoli, que trajo consigo la liberación de las mismas y su conversión en Estados Unidos de América, tras la aprobación el 4 de julio de 1776 de una declaración de independencia.

⁹⁴ Proceso que ocurrió en Francia contra el régimen absolutista feudal que pasó por distintos estadios. Significó el triunfo de las ideas burguesas y su consolidación no sólo en Europa, sino también en América.

⁹⁵ La misma fue aprobada por la Asamblea Constituyente en Francia en agosto de 1789 y exponía principios de igualdad política y social de todos los ciudadanos, obligatorio cumplimiento de la ley y derecho de resistencia ante el poder injusto.

⁹⁶ Se refiere a Adolfo Nieto Piñero-Osorio.

COMO HABRÁ JUSTICIA, NO HABRÁ VENGANZAS NI HABRÁ ODIOS

Discurso pronunciado en el parque Céspedes. Santiago de Cuba, 1-2 de enero de 1959.

[...] pero también quiero repetir aquí lo que dije en *La historia me absolverá*, y es que también velaremos porque no le falte el sustento, ni la asistencia, ni la enseñanza a los hijos de los militares que murieron luchando contra nosotros, porque ellos no tienen la culpa de los errores de la tiranía. Seremos generosos con todos, porque repito que aquí no ha habido vencidos, sino vencedores. Serán castigados todos los criminales de guerra, porque es un deber ineludible de la Revolución y ese deber puede tener la seguridad el pueblo de que lo cumpliremos, y cuando haya justicia, no habrá venganzas; para que el día de mañana no haya atentados contra nadie tiene que haber justicia hoy; como habrá justicia no habrá venganzas ni habrá odios. [...]

Versiones Taquigráficas Departamento de Divulgación Oficina del Primer Ministro, Equipo del Pensamiento de Fidel Castro, Instituto de Historia de Cuba, [Santiago de Cuba], [1959], p. 31.

MUCHAS DE LAS MEDIDAS REVOLUCIONARIAS YA ESTABAN PREVISTAS AHÍ

*Comparecencia en el programa de Luis Conte Agüero de CMQ TV.
La Habana, 6 de marzo de 1959.*

[...] Aquí han habido muchos profesores de política, que no han hecho más que teorizar. Ahora, a esos teóricos la República no les ha tenido que agradecer ni —todavía— una Ley Revolucionaria. ¿Por qué? Porque como son teorizantes, son maestros en el escritorio, de cómo se hace una obra social, no saben que esta obra es algo más difícil que sentarse a escribir, no saben que esta obra es algo más difícil que ponerse a hablar, no saben que esta obra es calar hondo, y luchar y batirse desesperadamente contra un sinnúmero de intereses que están entrelazados en esa urdimbre compleja que es la sociedad humana, y que ahí hay que atender pasiones, ahí usted tiene que enfrentarse a pasiones, a prejuicios, a intereses, a odios, a envidias, a todo eso. Entonces, escriben y hacen una República utópica, en cualquier esquinita de un periódico.

Y, naturalmente, si saben que la Revolución va a hacer una Ley, empiezan a presentarse como paladines de ella, a ver si después sacan votos en unas elecciones, porque ellos hablaron primero de leyes que ya nosotros hemos hablado hace cinco años, porque si no, que se busque el folleto de *La historia me absolverá* y verán que muchas de las medidas revolucionarias ya estaban previstas ahí. [...]

Departamento de Versiones Taquigráficas del Gobierno Revolucionario, Equipo del Pensamiento de Fidel Castro, Instituto de Historia de Cuba, [La Habana], [1959], pp. 15-16.

TENEMOS UN DEBER HUMANO CON LOS COMPAÑEROS CAÍDOS

Discurso pronunciado en la concentración de la avenida Garzón frente al Instituto de Segunda Enseñanza. Santiago de Cuba, 30 de noviembre de 1959.

[...] Es decir, que el pueblo es sobradamente inteligente y lo mismo que sabía distinguir entre los gobernantes inmorales, sabe distinguir entre los hombres que quieren servirlo, porque ninguno de nosotros estamos aquí por ningún interés; ni nos interesa el dinero, ni nos interesa nada, sencillamente cumplir con nuestro deber, con nuestro deber de ayudar a la Nación, con un deber para con nuestros semejantes, con un deber para con nuestra Patria como ya lo han hecho muchos hombres, como lo hicieron los que murieron; como lo hicieron los Apóstoles de nuestra independencia; como lo hizo Maceo, como lo hizo Máximo Gómez, como lo hizo Martí; como lo hicieron aquellos hombres, Céspedes, Agramonte y todos los que iniciaron la lucha por la independencia de nuestra Patria. Nosotros nos sentimos obligados con nuestros muertos, nosotros nos sentimos obligados con nuestros mártires. Ellos cayeron por hacer estas mismas cosas. Ellos dieron su vida, nosotros tenemos todos que realizar esta obra. Tenemos que seguir adelante, tenemos que cumplir con los que cayeron en la guerra, los que cayeron antes de la guerra, los que cayeron en los campos de batalla, los que están enterrados en las montañas de la Sierra Maestra y los que están enterrados en el Cementerio de Santa Ifigenia¹ y los que nadie sabe donde están enterrados, porque se desaparecieron en el mar o los desaparecieron en algún lugar solitario. Ellos cayeron por estos ideales y nosotros tenemos un deber de hermanos para con ellos, como tenemos un deber de hermanos para con los que hemos tenido la desgracia, hemos tenido el infortunio tremendo de perder a lo largo de todo este proceso, porque tenemos un deber humano con los compañeros caídos, porque tenemos un deber humano con nuestro pueblo, porque tenemos un deber con nuestra conciencia, es por lo que nos esforzamos, es por lo que trabajamos. [...]

Versión Taquigráfica de la Oficina del Primer Ministro, Equipo del Pensamiento de Fidel Castro, Instituto de Historia de Cuba, [Santiago de Cuba], [1959], pp. 36-37.

¹ Inaugurado en 1868. Proclamado Monumento Nacional porque en él reposan los restos de gran número de patriotas que cayeron en nuestras guerras de independencia, entre ellos los de nuestro Héroe Nacional José Martí. También descansan allí parte de los caídos en las acciones del 26 de julio y en la lucha clandestina de Santiago de Cuba.

LA SOBERANÍA ES LO PRIMERO QUE LA REVOLUCIÓN HA REAFIRMADO

Comparecencia en el Programa Telemundo Pregunta. La Habana, 20 de enero de 1960.

[...] Por la soberanía han luchado, y han peleado los pueblos; han librado tremendas y costosas luchas los pueblos por su soberanía, y la soberanía es lo primero que la Revolución ha reafirmado, en medio de una serie de medidas de tipo social en beneficio del pueblo; pero estas cosas no se destacan, porque al mundo no se le dice lo que estamos haciendo, no se le habla de las escuelas, de las ciudades escolares, de las fortalezas convertidas hoy, aquellas barracas en aulas, como hemos hecho en Camagüey, como ya estamos haciendo en Santiago de Cuba y en Holguín. En Santiago de Cuba, en 20 días el Ministerio de Obras Públicas, en 20 días, desde el día 8, en que se derribó el primer muro, hasta el día 28 en que lo vamos a inaugurar con material, pupitres y todo, en 20 días la fortaleza del Moncada queda convertida en un centro formidable de enseñanza. [...]

[...] Y entonces estas cosas: ya estaban dándole cabida a una propaganda mentirosa, mal intencionada, llamándolos “presos políticos”, pintando al gobierno de cruel, de pobrecitos a los “infelices” criminales de guerra.

Es decir, que esa política empieza en este periódico y en otros periódicos, que por cierto no dieron aquí noticias de los asesinatos del Moncada, ni lo de Cienfuegos, ni lo del Goicuría, ni cuando había censura ni cuando no había censura, porque los crímenes del Moncada, los denuncié yo, aquí, y salieron en este folleto, y por este folleto se supieron todos los asesinatos y no se supieron por ningún periódico, aunque todo el mundo sabía, precisamente, de esos crímenes, se sabían, y de los horrores que estábamos nosotros pasando, de lo que pasó todo el mundo. En cambio no se escribía entonces. Y ahora, al año del triunfo de la Revolución, estos señores que tanto habían hecho por justificar aquellas masacres, por alentarlos y confundir al pueblo, están haciendo campaña en favor de los “presos políticos”, los verdugos esos que están allí por asesinos, porque si hubiéramos hecho presos por batistianos, no cabrían, haría falta una provincia casi para meter

aquí, a todo el que se retrató, recibió un favor, y le hizo un homenaje y fue allí al Palacio Presidencial. Por asesinos, no por batistianos, se les condenó. [...]

Versión Taquigráfica de la Oficina del Primer Ministro, Equipo del Pensamiento de Fidel Castro, Instituto de Historia de Cuba, [La Habana], [1960], pp. 90, 130.

NUESTRO COMPROMISO CON EL PUEBLO Y LOS COMPROMISOS CON LA REVOLUCIÓN SE HAN CUMPLIDO

Comparecencia por la cadena del FIEL (Frente Independiente de Emisoras Libres). La Habana, [15] de octubre de 1960.

[...] Quizás por eso a nosotros no nos creían, no nos hicieron caso cuando lanzamos un modesto programa,¹ sin pretensiones de ser perfectos en la concepción y en la solución que proponía. Pero hicimos nuestro programa, que era un programa claro. En distintos documentos está escrito.

Una vez dijimos que la Revolución era la Revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes. Hablamos hasta de las ciudades escolares en otros manifiestos y hablamos, en fin, de todas las medidas que la Revolución ha estado aplicando.

Ya hoy podemos declarar con satisfacción que ese programa se ha cumplido. No creían en el programa, y por eso mucha gente hoy se asombra, y no tiene por qué asombrarse, porque nosotros no hicimos ningún compromiso de contemporizar con el latifundio, ni con los grandes explotadores, ni con los monopolios, ni con los intereses extranjeros que saqueaban la economía de nuestro país, ni hicimos compromiso de contemporizar con la prebenda, con el robo, con la politiquería, con la corrupción. Nosotros hicimos el compromiso de ponerles fin a todas las lacras, de luchar por eso, junto con el pueblo, y no hemos traicionado al pueblo, no hemos traicionado a los muertos de la Revolución, los únicos con quienes teníamos compromisos. Nuestro compromiso con el pueblo y los compromisos con la Revolución se han cumplido.

[...] Este programa no sólo se ha cumplido, sino que se ha desarrollado y se ha superado. En realidad se han hecho muchas más cosas. En aquel tiempo no teníamos ideas de las Brigadas Juveniles de Trabajo Revolucionario² que hoy son una realidad, de los Maestros Voluntarios,³ que hoy son una realidad también en todos los campos de Cuba. Hablamos de convertir la ciudad de Columbia en una gran ciudad escolar, y ahí está el Campamento de Columbia convertido en la Ciudad Escolar "Libertad", con albergue para dos mil estudiantes universitarios pobres, y con

aulas para más de diez mil alumnos. Pero no solamente convertida la Ciudad Militar de Columbia, sino convertidos todos los Regimientos de la República, y una gran cantidad de cuarteles en toda la Isla.

Ahí están los albergues para cuatro mil quinientos becados universitarios, dos ciudades universitarias que se están construyendo, y una tercera que se va a construir. Ahí están las diez mil aulas creadas por la Revolución, las veinticinco mil casas construidas en este período de tiempo, los cincuenta pueblos que ya están terminándose en toda la Isla, las playas públicas; y, en fin... muchas de las cosas que todavía en aquel tiempo no habrían cruzado por la mente de aquel grupo de revolucionarios, son realidad actualmente en nuestro país.

Así que el Programa se ha cumplido, y no sólo se cumplió el programa, sino que se adicionó el programa, se perfeccionó en todo lo que era posible perfeccionarlo, se ajustó a las realidades de nuestro país, y nosotros podemos tener la satisfacción de que nos podemos presentar ante el pueblo con una promesa enteramente cumplida.

Este documento guió la conducta de la Revolución en la primera etapa. Los que se llaman “desengañados” o “desilusionados”, no nos explicamos por qué... bueno, mejor dicho, sí nos explicamos por qué; y nos explicamos por qué, porque no creyeron en lo que decíamos, porque creyeron que la Revolución la iban a mediatizar; que a los hombres de la Revolución los iban a corromper; y creyeron que esto no eran más que palabras. Cuando las palabras se convirtieron en realidad, entonces se llaman “desengañados”. ¡Es verdad, estaban engañados y por eso se desengañan!, ¡creían que era mentira, y por eso se desengañan!, ¡creían que nunca habría Reforma Agraria, y por eso se desengañan!, ¡creían que nunca habría Reforma Urbana, y por eso se desengañan!, ¡creían que nunca el ejército de los intereses creados sería destruido, y por eso se desengañan!, ¡creían que nunca las fortalezas serían convertidas en escuelas, y por eso se desengañan!, ¡creían que nunca habría un pueblo armado, y como hay un pueblo armado, por eso se desengañan!, ¡creían que ninguna Revolución podía resistir al imperialismo, y la Revolución resiste al imperialismo; por eso se desengañan! Y por eso esos

miserables llaman traidores a los líderes de la Revolución, los que han cumplido lo que ofrecieron, los que han cumplido con el pueblo.

Ese fue el documento fundamental de la Revolución. [...]

Obra Revolucionaria. *17 de octubre de 1960, no. 27, pp. 39, 41.*
La Habana: Imprenta Nacional de Cuba.

¹ Se refiere a su alegato autodefensa *La historia me absolverá*, que al presentar los principales problemas de la República y las medidas que la Revolución llevaría a cabo una vez tomado el poder, se convierte en el Programa para una primera etapa.

² Fueron constituidas mediante llamamiento hecho por el Comandante en Jefe Fidel Castro. Integrado por jóvenes entre 14 y 18 años que no estudiaban ni trabajaban, los cuales fueron sometidos a prueba durante tres meses en la Sierra Maestra. Allí tuvieron un curso de instrucción cultural, ejercicios físicos, instrucción militar y una prueba consistente en ascender cinco veces el Pico Turquino. Después de este curso, los brigadistas debían pasar uno de repoblación forestal o construcción de viviendas. Fueron los antecedentes del Ejército Juvenil del Trabajo.

³ Más de 3000 maestros marcharon a las montañas, respondiendo al llamado de la Revolución con el objetivo de llevar la educación a todos los rincones de la Isla. Entre ellos había maestros normalistas y jóvenes de estudios completos e incompletos de educación media, los cuales se organizaron posteriormente en las brigadas de maestros de vanguardia Frank País. Estos jóvenes pasaron su entrenamiento en la Sierra Maestra. Los que superaron las dificultades se graduaron el 29 de agosto de 1960.

CANALIZAR AQUEL DESCONTENTO DEL PUEBLO CONTRA EL RÉGIMEN

Discurso pronunciado en las ORI con delegaciones que asistieron a los actos por el triunfo de la Revolución. La Habana, 18 de enero de 1962.

[...] Cuando cambia un gobierno de políticos corrompidos por un gobierno de políticos más corrompidos todavía, pero con métodos de violencia, con métodos de represión militar, con métodos castrenses, entonces el odio y el desprecio del pueblo contra todo aquello sube de grado.

Entonces, el movimiento revolucionario primero tenía que canalizar aquel descontento del pueblo contra el régimen, aquel odio contra la represión, contra la explotación, aquel descontento, y encauzarlo en una proyección de lucha revolucionaria por la conquista del poder. Por eso el Programa no era lo que atraía a la gente propiamente. Nosotros hicimos una serie de planteamientos de fondo sobre el problema económico-social, pero eso no era más, si se quiere, que un deber de orientación, sentar las primeras bases; una cuestión histórica, si se quiere. Pero lo que arrastraba al pueblo era el odio contra aquello, de manera que el pueblo estaba en disposición de seguir a todos aquellos dirigentes que se enfrentasen de una manera dramática, si se quiere, a aquella situación, de una manera heroica. El pueblo estaba realmente decepcionado de todos aquellos partidos tradicionales, que eran partidos de la burguesía, lo mismo los del gobierno que la oposición, y cuyos líderes, cuando llegó la hora de los sacrificios, cuando llegó la hora de la represión militar, cayeron en una inactividad, en un divisionismo, en una impotencia total.

Al pueblo había que levantarle la bandera de la lucha abierta, contra aquello de la lucha violenta, que era la que respondía a la irritación, a la indignación del pueblo contra aquel régimen. Eso fue lo que hicimos nosotros. Además, había un cierto escepticismo contra los planteamientos programáticos, porque el pueblo, programas y programas; no eran los programas lo que atraía. Desde luego, el programa iba a convertirse, en lo fundamental de la Revolución, en una segunda etapa.

En la primera etapa, mueve al pueblo su odio a la tiranía, su descontento contra la corrupción y la política existente, su descontento contra la miseria, el desempleo, la incultura, todo aquello, pero todo proyectado hacia aquella causa que él veía como la causa de sus problemas.

[...] Es decir, que nosotros en las cosas que planteamos en el Moncada, ya sencillamente declaramos que no creemos de manera absoluta, no creemos absolutamente para nada en las fórmulas de la burguesía, en la fórmula de la libre empresa, de la libre concurrencia; en fin, en los métodos de la ideología burguesa para resolver los problemas. Ya nosotros le damos un marcado acento, y declaramos que la solución sólo puede ser por los métodos socialistas; no dijimos socialistas, pero era exactamente lo mismo. No hay que ver las formas, sino el contenido de los pronunciamientos.

Si bien nosotros ponemos énfasis especial en la denuncia de los crímenes, de los abusos, de los atropellos cometidos, y, en fin, de todas esas cosas que todo movimiento revolucionario está ya obligado a denunciar, porque la denuncia incesante de los crímenes, de los atropellos y de los abusos contribuyen extraordinariamente a elevar el ardor combativo, el espíritu revolucionario de las masas, nosotros poníamos énfasis.

Nosotros estamos seguros que lo que llevó al pueblo, en esa primera etapa, detrás del movimiento revolucionario, era no tanto las cosas que se ofrecían en el programa, como el hecho real de que había surgido una fuerza que estaba enfrentándose a la fuerza; una fuerza, en la cual el pueblo veía la fuerza vengadora de todos sus sufrimientos y de todas sus humillaciones. Y hay que ver ahí las bases de la mayor parte de lo que se ha hecho hasta hoy. [...]

Departamento de Versiones Taquigráficas del Gobierno Revolucionario, Equipo del Pensamiento de Fidel Castro, Instituto de Historia de Cuba, [La Habana], 18 de enero de 1962, pp. 15-18.

LA HISTORIA ME ABSOLVERÁ ES LA EXPRESIÓN DE UN PENSAMIENTO REVOLUCIONARIO EN EVOLUCIÓN

Comparecencia a través de las emisoras radiales y televisivas para informar sobre el funcionamiento de las ORI. La Habana, 26 de mayo de 1962.

[...] En primer lugar nosotros no aspiramos a que *La historia me absolverá*, sea una obra clásica de marxismo. ¡No, señor! Muy modestamente *La historia me absolverá* es la expresión de un pensamiento avanzado, de un pensamiento revolucionario en evolución. No es todavía el pensamiento de un marxista, pero es el pensamiento de un joven que se encamina hacia el marxismo y empieza a actuar como marxista.

Pero más que el valor teórico desde el punto de vista económico y político, su valor permanente es la denuncia viva de todos los errores y todos los crímenes de la tiranía, poner al desnudo aquel régimen, tan atrocemente cruel y cobarde, tiránico y asesino y, sobre todo, el poco mérito que pueda tener *La historia me absolverá* es sencillamente haber pronunciado aquella denuncia entre un centenar de bayonetas, de soldados cuyas manos se habían humedecido con la sangre de ochenta compañeros nuestros. Fue dicho allí. Hoy cualquiera puede pararse en una tribuna y decir un gran discurso. Tranquilo, sin problema, sin policía, sin tiros, sin porrazos. Pero decirlo en aquellas circunstancias era distinto. Cuando no había garantías para la vida de nadie, denunciar aquellas cosas era un poco más difícil que posar de revolucionario ahora.

La historia me absolverá no tiene que leerse en las escuelas de instrucción revolucionaria. No es una obra clásica del marxismo. Es la expresión de un pensamiento en desarrollo, de una serie de ideas que han formado parte, gran parte del quehacer revolucionario y una denuncia viva cuando esa denuncia había que hacerla a riesgo de la vida.

También se podía decir entonces por ese camino que el *Manifiesto de Montecristi* es un documento reaccionario, que la

Declaración de Derechos del Hombre del año 79, es un documento reaccionario. [...]

Obra Revolucionaria. *27 de marzo de 1962, no. 10, pp. 20-21.*
La Habana: Imprenta Nacional de Cuba.

NOS APARTÁBAMOS DE LA CONCEPCIÓN CAPITALISTA DEL DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL

Discurso pronunciado en la conmemoración del XX aniversario del asalto al cuartel Moncada. Santiago de Cuba, 26 de julio de 1973.

[...] En el programa del Moncada, que con toda claridad expusimos ante el tribunal que nos juzgó, estaba el germen de todo el desarrollo ulterior de la Revolución. Su lectura cuidadosa evidencia que nos apartábamos ya por completo de la concepción capitalista del desarrollo económico y social.

Como hemos dicho otras veces, aquel programa encerraba el máximo de objetivos revolucionarios y económicos que en aquel entonces se podía plantear, por el nivel político de las masas y la correlación nacional e internacional de fuerzas. Pero su aplicación consecuente nos conduciría a los caminos que hoy transitamos. Nosotros confiábamos plenamente en las leyes de la historia y en la energía sin límites de un pueblo liberado.

Ningún programa económico y social se cumplió jamás en este continente como se ha cumplido el programa del Moncada. Con el devenir del tiempo y la propia lucha se han superado con creces todas las esperanzas de entonces y avanzamos, hace rato, mucho más allá, por la senda gloriosa de la revolución socialista. [...]

Ediciones OR, no. 7, 1973, Ed. DOR del CC PCC, [Editora Política], La Habana, p. 15.

CREABA LAS CONDICIONES Y LAS BASES PARA EL AVANCE ULTERIOR DE LA REVOLUCIÓN

Discurso pronunciado en el acto central en conmemoración del XXII aniversario del ataque al cuartel Moncada. Santa Clara, 26 de julio de 1975.

[...] Al principio éramos pocos. Claro que nuestras ideas revolucionarias las compartía un sector más extenso de la población. Aunque nuestro programa el 26 de julio no era todavía un programa socialista, nosotros sí éramos socialistas el 26 de julio, y nuestro programa creaba las condiciones y las bases para el avance ulterior de la Revolución, es decir, para la marcha hacia el socialismo. Existía también en nuestro país un Partido Comunista, el fundado por Baliño y por Mella, que el próximo mes cumplirá el 50 aniversario de su fundación. Y esos militantes revolucionarios comunistas se unieron estrechamente, a lo largo de la lucha, con los combatientes del Movimiento Revolucionario 26 de Julio. [...]

Ediciones OR, *trimestre julio-agosto-septiembre de 1975*, Ed. DOR del CC PCC, [Editora Política], La Habana, 1975, p. 39.

UN PROGRAMA NACIONAL LIBERADOR, DEMOCRÁTICO Y POPULAR

Entrevista concedida a Luis Padilla corresponsal de la Revista Internacional. La Habana, [diciembre de 1978].

[...] Yo pienso, desde luego, que esa guía para la acción, que es el marxismo-leninismo, hay que interpretarla y hay que aplicarla también, sin renunciar a su esencia. Si se renuncia a la esencia, se deja de ser marxista-leninista y se deja de ser revolucionario.

[...] La aplicación de esos principios nos condujo a la conquista del poder revolucionario, aun cuando nosotros no hacíamos énfasis en el socialismo, aun cuando nosotros no hablábamos de marxismo-leninismo en determinada fase. En nuestra propia lucha por derrocar la tiranía, en nuestra propia lucha por establecer un poder revolucionario, todavía no se planteaba una meta socialista, sino un programa avanzado, como fue el programa del Moncada, lo que hoy podríamos llamar un programa nacional-liberador, democrático y popular. No se podía, a nuestro juicio, en las condiciones de Cuba, plantear como meta —en ese momento histórico— el socialismo. Sí se podía plantear teóricamente, existían organizaciones marxistas, existía un partido marxista, pero en aquellas condiciones de guerra fría en este hemisferio, de dominio imperialista en Cuba, tenía pocas posibilidades de ganar la mayoría del pueblo y tenía pocas posibilidades de vencer los enormes obstáculos que en aquellas condiciones existían en nuestro país para una revolución socialista.

Es decir, que nosotros fuimos capaces de canalizar el gran descontento popular, la inconformidad, la pobreza, la miseria existente y de canalizar esas fuerzas, que carecían todavía de una gran conciencia política, de una cultura política. Porque no podemos olvidarnos que Cuba era una semicolonias yanqui, donde todos los medios de divulgación masivos, la prensa, la radio, la televisión, estaban en manos del imperialismo y de la reacción. De modo que ellos, en cierta forma, habían logrado aislar el partido marxista-leninista en Cuba.

Había una gran masa confusa, desorientada políticamente, pero disgustada, explotada, inconforme, dispuesta a luchar. Creo

que el mérito de nuestro movimiento consistió en recoger, de manera concreta, esas aspiraciones de la gran masa, en aquel momento, que no tenía un nivel de conciencia política muy desarrollado, pero que constituía una fuerza revolucionaria en potencia; y haber podido movilizar esas masas en pro de objetivos concretos: el derrocamiento de la tiranía, el establecimiento de un régimen popular, el cese de la corrupción, el cese de las injusticias, las demandas en favor de los campesinos, las demandas en favor de los trabajadores, sin que todavía adquiriera la forma de un programa socialista. Porque yo creo que fue un gran acierto por nuestra parte, plantearnos esas metas concretas; pero ya en ese momento nosotros éramos y pensábamos como marxistas-leninistas. Lo que nosotros hicimos fue apreciar una situación potencialmente revolucionaria en nuestro país, partiendo de las ideas marxistas-leninistas y elaborar un programa que recogía, digamos, la aspiración en ese momento de las grandes masas del pueblo y llevarlas hacia un camino revolucionario, sobre todo llevarlas hacia la conquista del poder revolucionariamente.

Pregunta: Y en la elección fundamental de la vía revolucionaria, ¿qué criterios los guiaron, o de qué presupuestos partieron?

Respuesta: Mire, eso yo lo planteo ya en el programa del Moncada; había, por ejemplo, en nuestro país una situación de desempleo muy grande, más de medio millón de desempleados, siendo un país de unos cinco millones y medio de habitantes.

Había una situación de explotación en el campo muy grande, la inmensa mayoría de los campesinos no tenían tierras, o no tenían trabajo, o tenían que pagar elevadas rentas por la tierra. Es decir, el campesino estaba muy explotado. El obrero, principalmente el obrero agrícola en un país cuya economía giraba alrededor de la producción azucarera, estaba muy explotado.

Había una situación cultural terrible, de analfabetismo, de falta de escuelas. Había una situación sanitaria muy desastrosa, se producían epidemias, enfermedades de todo tipo; familias que perdían dos y tres hijos.

La situación de la vivienda era desastrosa; la corrupción era muy grande, la malversación, el robo, el juego, la prostitución, las drogas, todos esos problemas gravitaban en el hombre de la ciudad.

Pero para la inmensa mayoría de la gente, las causas de todo aquel desempleo, pobreza, falta de escuelas, falta de hospitales, de aquella miseria, radicaba en la corrupción de los gobernantes. No veían todavía que lo esencial era el sistema, que los males radicaban en el sistema.

Nosotros sí entendíamos eso con absoluta claridad. Eso fue lo que nos enseñó precisamente el marxismo-leninismo, que había que cambiar el sistema, que había que mover todas aquellas fuerzas sociales, que había que desarrollar la lucha de los explotados contra los explotadores. De modo que toda nuestra estrategia de lucha concreta se basó en esas realidades sociales.

Es decir, que todo nuestro pensamiento estratégico para la conquista del poder en aquellas circunstancias, se basó en la movilización de los obreros y de los campesinos, primero contra el gobierno, y después contra el sistema. Para poder elaborar esa concepción teníamos que partir de una teoría, y eso fue lo que nos dio el marxismo-leninismo. [...]

Revista Internacional. *Enero de 1979, no. 1245, pp. 5-6. Praga.*

ERAN LAS LEYES Y LAS MEDIDAS PROCLAMADAS EN ESENCIA EN EL MONCADA

Discurso pronunciado en la ceremonia militar con motivo del vigésimo aniversario de la proclamación del carácter socialista de la Revolución cubana y del Día del Miliciano. Polígono de la Escuela de Artillería de las FAR “Comandante Camilo Cienfuegos”. La Habana, 16 de abril de 1981.

[...] Hasta esa fecha podíamos decir que se había cumplido ya el programa del Moncada. Todas las leyes que se hicieron en los primeros años de la Revolución, eran las leyes y las medidas proclamadas en esencia en el Moncada, y ya el Moncada contenía el germen, creaba las condiciones en su programa para una revolución socialista. Y en nuestro país no podía existir en aquellos instantes ninguna otra revolución que no fuera una revolución socialista, o ninguno de nosotros habría sido verdaderamente revolucionario. [...]

Ediciones OR, trimestre abril-mayo-junio de 1981, Editora Política, La Habana, p. 10.

LAS IDEAS BÁSICAS DE AQUEL DÍA SE HAN MANTENIDO INMUTABLES

Discurso pronunciado en la velada solemne con motivo del XXV aniversario del triunfo de la Revolución y la entrega del título honorífico de Héroe de la República de Cuba y la Orden “Antonio Maceo” a la Ciudad de Santiago de Cuba, en el antiguo Ayuntamiento de esta ciudad. Santiago de Cuba, 1º de enero de 1984.

[...] El lenguaje ha cambiado. Hoy las metas, los objetivos, los problemas, son otros, que entonces parecían lejanos. No sería necesario expresar lo que ha sido demostrado a lo largo de 25 años, pero las ideas básicas de aquel día, las mismas que nos inspiraron años antes, el 26 de julio de 1953, se han mantenido inmutables, tienen y tendrán permanente vigencia.

No se hablaba entonces del partido marxista-leninista, del socialismo y del internacionalismo, ni siquiera se mencionaba al capitalismo por su nombre; incluso, muy pocos habrían comprendido en aquel instante su verdadero significado. Pero todo lo que ha ocurrido desde entonces en nuestra patria, el avance de nuestro proceso político hasta límites increíbles, el lugar histórico que hoy ocupa en el mundo nuestro pueblo, nuestras ideas y nuestra experiencia nacional, es la consecuencia directa de aquel sagrado compromiso revolucionario que hicimos con el pueblo.

Esa misma noche yo expresaba una idea esencial de la siguiente forma: “Ustedes saben que somos hombres de palabra, y lo que prometemos lo cumplimos, y queremos prometer menos de lo que vamos a cumplir; no más, sino menos..., y hacer más de lo que ofrezcamos al pueblo de Cuba”.

Al revés de lo ocurrido en la historia política de nuestra patria, en la que jamás se quiso o se pudo cumplir un programa revolucionario muchas veces prometido al pueblo, esta vez nuestro programa del Moncada no sólo fue cumplido en su totalidad, sino que avanzamos mucho más, tal como lo habíamos soñado íntimamente los que organizamos el ataque al Moncada y fundamos el Movimiento 26 de Julio, y nuestro pueblo logró crear en el hemisferio occidental el primer Estado socialista, que es el

más avanzado sistema político y social que ha conocido la historia del hombre. [...]

Ediciones OR, *trimestre enero-febrero-marzo de 1984*, Editora Política, La Habana, 1984, p. 9.

JUSTIFICAR MORAL, LEGAL Y CONSTITUCIONALMENTE LA ACCIÓN DE LA REBELDÍA

Entrevista con el fraile dominico brasileño Frei Betto. La Habana, 23-26 de mayo de 1985.

[...] FREI BETTO. Ahí usted fue a la cárcel y pasó 22 meses en la cárcel, en la Isla de la Juventud.

FIDEL CASTRO. Sí, fue más o menos desde el 1º de agosto.

FREI BETTO. Y salió por una campaña nacional por la amnistía de los prisioneros. ¿Usted se acuerda si la Iglesia participó de esa campaña por la amnistía?

FIDEL CASTRO. Realmente la amnistía fue un movimiento de opinión muy amplio: todos los partidos políticos de oposición, fuerzas cívicas, organizaciones sociales, personalidades intelectuales, periodistas, mucha gente hizo la campaña. Seguramente que la Iglesia debe haberla apoyado, pero no fue centro de esa campaña. Aunque indiscutiblemente la Iglesia ganó prestigio con la acción y la conducta de Pérez Serantes, en Santiago de Cuba, a raíz del ataque al Moncada, por los esfuerzos que hizo y las vidas que salvó; eso fue muy reconocido por toda la opinión nacional.

Además de esa fuerte presión pública, lo que determina, en definitiva, la amnistía son distintos factores: los crímenes cometidos, que dejaron un saldo de indignación muy grande en el pueblo; al principio, en Santiago de Cuba se conocían, pero no se conocían bien en el resto del país, y nosotros denunciábamos todos aquellos crímenes, a raíz del juicio, aunque había absoluta censura de prensa. A mí me separaron del juicio arbitrariamente, me llevaron a los primeros días a dos o tres sesiones. Yo me estaba defendiendo a mí mismo y estaba demostrando todos los crímenes, ya que la actitud que nosotros adoptamos fue de asumir toda la responsabilidad, y justificar moral, legal y constitucionalmente la acción de la rebeldía. Esa fue la posición: ninguno eludió la

honrosa responsabilidad. Todo el mundo dijo que nos sentíamos responsables y orgullosos de lo que habíamos hecho, adoptamos ese tipo de política; después, clandestinamente, circularon todos los documentos, todo el pueblo supo la monstruosidad de los crímenes, fueron de los más grandes que se habían cometido en la historia de Cuba. Había una mala conciencia por parte del gobierno que, además, por otro lado, se consideraba ya, en realidad, consolidado. [...]

En definitiva, lo que nosotros hicimos inicialmente fue poner en práctica el programa del Moncada, aquel programa de que te hablé que ya desde 1951 tenía en la cabeza, que fue planteado en 1953 a raíz del Moncada, que hablaba de la reforma agraria y de una serie de medidas sociales, las mismas que aplicamos nosotros en la primera fase de la Revolución. Tal vez mucha gente tenía la seguridad de que ninguno de esos programas se cumpliría, porque muchas veces se habló de programas en Cuba, y cuando los gobiernos llegaron al poder no los aplicaron nunca, muchos sectores de los más acomodados no concebían siquiera la idea de una revolución en nuestro país a 90 millas de Estados Unidos, ni que Estados Unidos permitiera una revolución en nuestro país. Pensaban que tal vez eran fiebres de revolucionarios en su juventud, como había habido tantos en la historia de Cuba que nunca se habían llevado a la práctica. [...]

Ediciones OR, no. 2, abril-junio de 1985, Editora Política, La Habana, 1987, pp. 92-93, 101-102.

UN PROGRAMA MUY AVANZADO Y BASTANTE RADICAL

Diálogo con delegados a la Conferencia Sindical de los Trabajadores de América Latina y el Caribe sobre la deuda externa. La Habana, 18 de julio de 1995.

[...] Porque aunque el programa del Moncada era un programa muy avanzado y bastante radical, al parecer había gente que creía que eso era un cuento de camino más en este país, o un programa más; no tomaron en serio nuestro primer programa revolucionario, y nosotros éramos revolucionarios formados con ideas claras, muy claras; éramos marxistas-leninistas desde antes del 10 de marzo, en que se produce el golpe de Estado de Batista, quiero que se sepa eso, lo he dicho otras veces, lo éramos desde antes. No se podía plantear todavía un programa socialista, habría sido irreal, y planteamos un programa de liberación política y de amplia justicia social, lo que se debía plantear en ese momento de modo realista. No dijimos ninguna mentira, ningún cuento; creíamos que eso era lo que tenía que hacerse en toda una primera etapa de la Revolución, y lo cumplimos.

Ya cuando se empezó a cumplir ese programa, la confiscación de todos los bienes de todos los malversadores y medidas duras contra las empresas transnacionales; cuando hicimos la reforma urbana, cuando hicimos la reforma agraria y se empezaron a afectar una serie de intereses, cuando mucha gente descubrió que aquel no iba a ser el gobierno de los ricos, sino el gobierno del pueblo, y que por primera vez en los cuatro siglos y tantos de existencia conocida de este país surgía un gobierno identificado con el pueblo, entonces el pueblo se hizo más militante junto al gobierno. Pero una serie de sectores que creían otras cosas, o que creían que podían manejar ese gobierno, o que los yanquis nos domesticaban rápidamente, empezaron a separarse de la Revolución. [...]

Ediciones OR, no. 3, julio-septiembre de 1985, Editora Política, La Habana, 1987, pp. 93-94.

ERA EL PROGRAMA DEL MONCADA QUE SE CUMPLIÓ RIGUROSAMENTE

Discurso por el XXV aniversario de la victoria de Girón. La Habana, 19 de abril de 1986.

[...] Los imperialistas decían que esta era una revolución traicionada, cuando la Revolución empieza a hacer leyes populares, leyes justas, leyes, incluso, anunciadas años antes, porque eran las leyes que se habían planteado a raíz del Moncada, era el programa del Moncada que se cumplió rigurosamente. La rebaja de alquileres fue una de las primeras, la rebaja de tarifas eléctricas, la recuperación de los bienes mal habidos; y, desde luego, la más importante, la que desata ya la ira del imperio, la Ley de Reforma Agraria, que no era una ley de reforma agraria superradical. [...]

[...] Fue en el mes de mayo de 1959 que se hizo la Ley de Reforma Agraria. Después se hicieron otras leyes, más adelante se hizo la de la Reforma Urbana, todo un conjunto de leyes revolucionarias que era el contenido del programa del Moncada, no era todavía un programa propiamente socialista. [...]

Ediciones OR, no. 1, enero-junio de 1986, Editora Política, La Habana, 1987, pp. 120-121.

EL CUMPLIMIENTO DEL PROGRAMA DEL MONCADA EXIGIÓ MUCHA LUCHA

Discurso en la clausura de la sesión diferida del III Congreso del Partido Comunista de Cuba. La Habana, 2 de diciembre de 1986.

[...] Ya hemos cumplido algunos programas desde que surgieron las ideas revolucionarias, desde que iniciamos la lucha contra la tiranía. El programa del Moncada no sólo se cumplió — el programa del Moncada se cumplió en relativamente poco tiempo, en los primeros años de la Revolución—, sino que el programa del Moncada se sobrecumplió ampliamente; lo que la Revolución hizo a lo largo de estos 25 años, es mucho más de lo que nosotros podíamos soñar en aquellos tiempos. De modo que no será para nosotros nada nuevo aprobar un programa y cumplirlo, pero debemos saber los requisitos que exige el cumplimiento de un programa.

Al cumplimiento del programa del Moncada exigió mucha lucha, muchos esfuerzos y muchos sacrificios; pero se cumplieron los requisitos para llevar adelante aquel programa, para cumplirlo y sobrecumplirlo. [...]

Ediciones OR, no. 2, julio-diciembre de 1986, Editora Política, La Habana, 1987, p. 90.

HICE EL MÁXIMO USO DE MI MODERACIÓN

Intervención en el IV Congreso del Partido Comunista de Cuba sobre el mercado libre campesino. Santiago de Cuba, 13 de octubre de 1991.

[...] Y *La historia me absolverá* fue un pensamiento moderado, si se compara con un programa estrictamente socialista, pues yo hice el máximo uso de mi moderación para no empezar a hablar del marxismo-leninismo y del socialismo, lo cual habría sido un gran disparate; acudí a mis conocimientos bíblicos y hablé de los becerros de oro y dije que los becerros de oro no hacían milagros, y que el Estado tendría que jugar su papel esencial.

[...] Si buscan entre líneas, *La historia me absolverá* es la esencia de un programa socialista. Dije: El Estado es el que tiene que desarrollar el país y no puede ser la libre empresa, la ley de la oferta y la demanda. Ya yo estaba contra la famosísima economía de mercado, y no era más que un vejigo, casi un adolescente recién graduado de la universidad, en el año 1953, y ya estaba contra la economía de mercado. No lo podía decir así, pero dije de otra forma: Así no se desarrolla la economía, la economía tiene que ser una tarea del Estado, función de Estado.

Le gustó el programita a la gente. Muchos no le hicieron caso, porque como se habían hecho tantos programas, dijeron: Aquí todo el mundo ha hecho un programa, nunca se ha cumplido ninguno. La primera revolución en este país, y en muchos otros, que sobrecumplen el programa, es esta. [...]

[...] Pero había como 10 ó 12 que lo conocían, que era gente a la que yo había adoctrinado en el comunismo, con los libros de Marx, Engels y Lenin y la literatura de la biblioteca del partido, porque nosotros teníamos círculos de estudio marxista, antes del 26 de julio. Pero bien: “En silencio ha tenido que ser”.

Si tú sales diciendo todo aquello y no haces las cosas como las tienes que hacer, no habríamos podido llegar más lejos. Porque aquel era, además, el programa que queríamos hacer, porque veíamos la Revolución por etapas. Si suelto todo aquello lo mejor que hacían era liberarme, no condenarme a nada, por idiota, en

primer lugar; en segundo ir a ver a Carlos Rafael¹ para inscribirme en el viejo partido y no estaríamos ahora en período especial, porque todavía estaríamos copiando los libritos de allá, y ahora ya no habría ni partido en la URSS. Esto sin desconocer el heroísmo y los grandes méritos históricos y servicios a nuestros obreros del PSP.

Me parece que hicimos las cosas bien hechas; yo tenía algunas ideas muy firmes sobre todo esto. [...]

Ediciones OR, no. 2, julio-diciembre de 1991, *Editora Política, La Habana, 1993, pp. 123-124.*

¹ Se refiere a Carlos Rafael Rodríguez Rodríguez.

NO TENDRÍA DUDA EN REPETIR OTRA VEZ LA MISMA FRASE

Entrevista concedida a María Asunción Mateo. La Habana, [1991].

[...] Cuando yo pronuncié la frase “la historia me absolverá”, me estaba refiriendo a acontecimientos muy concretos: el ataque al cuartel Moncada, el juicio que se me hizo con relación a este ataque. Tiene un sentido relativo, en el que el pueblo reconocerá un día la justicia de nuestra causa. Los hechos nos darán la razón, fue lo que quise decir, y así fue. Cada día hay otra nueva historia, toda la historia de la Revolución, del proceso revolucionario, de la construcción del socialismo en Cuba, con nuestros aciertos y nuestros errores. Pero si yo pudiera estar en una situación igual y fuera a haber un juicio, no tendría duda en repetir otra vez la misma frase: la historia me absolverá. Porque más tarde o más temprano los pueblos nos darán la razón. Hoy ya nos la dan una gran parte de ellos. [...] No se puede saber si será mañana o pasado mañana, pero cuando tú tienes confianza absoluta en la justeza de lo que estás haciendo, es en ese sentido en que yo diría otra vez: la historia me absolverá. [...]

“Fidel Castro a fondo”. Tiempo. 10 de junio de 1991, n. 475, p. 111.

ELLA ME TIENE QUE SEGUIR ABSOLVIENDO

Entrevista concedida a la periodista Isabel Pisano. Larcara, Galicia, España, 27 de julio de 1992.

[...]—Usted ha dicho, hace 30 años: “la historia me absolverá”. ¿Hoy diría lo mismo?

—Lo tengo que seguir repitiendo y ella me tiene que seguir absolviendo. Los enemigos escribirán mi historia, pero mi conciencia está tranquila. Esa fue sólo una frase frente a los jueces que me condenaron. Ahora veo que luché contra los yanquis, contra los imperialistas, contra el hegemonismo y la prepotencia y digo que pasarán quizás mil años, pero la historia me absolverá. [...]

“El narcotráfico jamás será vencido sin ayuda americana”. Brecha. 28 de agosto de 1992, p. 32.

PRIVILEGIOS E INJUSTICIAS SECULARES IBAN SIENDO BARRIDOS

*Discurso por el aniversario XLII del asalto al Moncada.
Guantánamo, 26 de julio de 1995.*

[...] Contra todo lo que ocurría en aquella Cuba de Batista, servidor contumaz de los intereses del imperio y de su ideología reaccionaria, se llevó a cabo en 1953 el levantamiento armado del 26 de julio.

La Revolución, surgida en el Moncada y proseguida en las prisiones, el “Granma”, la Sierra Maestra, la lucha clandestina, en ciudades, llanos y montañas, nos condujo a la victoria del 1° de enero de 1959. Fuimos dueños de nuestro destino por primera vez en la historia.

El programa del Moncada se cumplía rigurosamente en un tiempo relativamente breve. Privilegios e injusticias seculares iban siendo barridos. No era un programa socialista, pero contenía las ideas básicas para ulteriores avances en esa dirección. Si nosotros, los dirigentes principales, éramos de ideas y convicciones socialistas, con más precisión, marxistas-leninistas, como hemos dicho muchas veces la Revolución cubana no lo era todavía. [...]

Granma. 27 de julio de 1995, p. 4. col. 2. La Habana.

LA REVOLUCIÓN ES UN PROCESO Y TIENE ETAPAS

Discurso en la reunión provincial de cuadros y dirigentes de la capital, efectuada en el teatro Carlos Marx. La Habana, 29 de diciembre de 1997.

[...] Yo escogí un lugar para iniciar las actividades que no eran políticas, porque todo aquello —repito— estaba encuadrado dentro de una concepción revolucionaria —para otro momento u otra circunstancia podría explicar cuáles eran las ideas—; pero baste decir que todo lo que estaba en el programa del Moncada eran las cosas en que yo pensaba, a partir de una concepción socialista, aunque el programa del Moncada no era ni podía ser todavía un programa socialista, tendría que ser el tiempo el que lo determinara —de esos temas he hablado con algunos periodistas, con alguna gente que ha escrito—; la Revolución es un proceso y tiene etapas. Quizás el único mérito haya sido el haber adaptado la acción, los planes a las realidades en que estábamos viviendo, porque nos encontrábamos en plena guerra fría, y en un país neocolonizado al lado de Estados Unidos; por andar hablando de Marx y de Engels, un poco por el hábito de estar explicando esas ideas, me hacían ya una campaña de comunista dentro de las filas del Partido donde me inicié en la vida política cuando comencé a estudiar en la Universidad.

Ahí está Montané. Yo fui la escuela “Nico López” de Montané —él si quiere me puede desmentir—, y de Abel, y de unos cuantos compañeros más del 26 de Julio.

Los dirigentes del 26 de Julio tenían ideas marxistas-leninistas; pero como creíamos entender los problemas de la sociedad y las leyes de la sociedad, estábamos conscientes de que no era el momento ni la hora de construir el socialismo en Cuba, aunque sí muy importantes reformas sociales, que serían el preámbulo del socialismo; porque sí digo que no nos habríamos contentado jamás con algo que fuera menos que el socialismo, ni nos podían persuadir otras ideas que no fueran las ideas del marxismo-leninismo. Y como pensaba entonces, realmente me siento orgulloso de pensar hoy, exactamente igual, en este minuto, en este segundo. [...]

Granma. 2 de enero de 1998, p. 5. col. 1. La Habana.

HABLÁBAMOS DEL PUEBLO, QUE ES ESTE MISMO DE HOY

Discurso por el XLV aniversario del asalto al Moncada. Santiago de Cuba, 26 de julio de 1998.

[...] Reto a los que hablan y dicen cosas falsas del programa inicial de la Revolución, a que busquen si en ese Programa del Moncada o si en *La historia me absolverá* hay una sola promesa para esos caballeros que saqueaban y explotaban a este país.

Hablábamos del pueblo entonces, que es este mismo de hoy, hace 45 años, con una precisión y una definición que puede parecer increíble. [...]

Granma. 29 de julio de 1998, (Suplemento Especial), p. 4. col. 3. La Habana.

LLEVABAN EN VERDAD, LA DENUNCIA, DESDE UNA PRISIÓN

Entrevista concedida a la prensa durante la visita al Museo Nacional de Arte Romano. Mérida, Extremadura, España, 20 de octubre de 1998.

[...] Recuerdo que desde la prisión, en una celda solitaria, envié muchos mensajes en forma de manifiestos clandestinos, pero que se regaban, los leía todo el pueblo. Todos los crímenes que se cometieron contra nuestros compañeros, a raíz del asalto al Moncada, fueron denunciados, no sólo en el juicio; pero del juicio no se publicó nada. Desde la prisión, en una celda solitaria y utilizando zumo de limón —un secretico que les voy a dar, espero que no lo necesiten nunca—, se escribe y se pueden hacer largos manifiestos. Con eso y un poco de paciencia, con eso y un poco de pasión, con eso y un poco de espíritu de lucha, porque es trabajosa la tarea, enviamos muchos e incluso largos manifiestos denunciando crímenes, y esos circulaban mucho más que toda la prensa que estaba a disposición del gobierno. Pero llevaban la verdad, llevaban la denuncia, desde una celda, en una prisión.

Martí dijo una frase que pudiera considerarse universal: “Un principio justo desde el fondo de una cueva puede más que un ejército”. Y al fin y al cabo, desde el fondo de aquella cueva desde donde divulgamos ideas, fuimos preparando las condiciones para nuestra lucha ulterior. [...]

Discursos y entrevistas: Oporto 1998, VIII Cumbre Iberoamericana. *La Habana: Editora Política, 1998. 140 p.*

SUBESTIMARON EL PENSAMIENTO CONTENIDO EN AQUEL ALEGATO

Discurso pronunciado en el Aula Magna de la Universidad Central de Venezuela. Caracas, 3 de febrero de 1999.

[...] Cuando el ataque al cuartel Moncada se nos quedó extraviado un libro de Lenin, y en el juicio lo primero que decía la propaganda del régimen batistiano, era que se trataba de una conspiración de priístas corrompidos, del gobierno recién derrocado, con el dinero de aquella gente, y además comunistas. No se sabe cómo se podían conciliar las dos categorías.

En el juicio, lo que hice fue asumir mi propia defensa. No es que me considerara buen abogado, pero creía que el mejor que podía defenderme en aquel momento era yo mismo; me puse una toga y ocupé mi puesto donde estaban los abogados. El juicio era político, más que penal. No pretendía salir absuelto, sino divulgar ideas. Comienzo a interrogar a todos los criminales aquellos que habían asesinado a decenas y decenas de compañeros y actuaban como testigos; el juicio fue contra ellos. De tal manera que al siguiente día me sacaron de allí, me separaron, me declararon enfermo. Fue lo último que hicieron, porque tenían bastantes deseos de acabar conmigo de una sola vez; pero, bueno, conocía bien por qué se midieron. Conocía y conozco cual era la psicología de toda aquella gente, el estado anímico, la situación popular, el rechazo y la enorme indignación que produjeron sus asesinatos, y también tiene un poco de suerte; pero el hecho es que en las horas iniciales, mientras me interrogaban aparece el libro de Lenin, alguien lo saca: “Ustedes tenían un libro de Lenin”.

Nosotros explicando lo que éramos: martianos, era la verdad, que no teníamos nada que ver con aquel gobierno corrompido que habían desalojado del poder, que nos proponíamos tales y más cuales objetivos. Eso sí, de marxismo-leninismo no les hablamos ni una palabra, ni teníamos por qué decirles nada. Dijimos lo que teníamos que decir, pero como con el juicio salió a relucir el libro, yo sentí verdadera irritación en ese instante, y dije: “Sí, ese libro de Lenin es nuestro; nosotros leemos los libros de Lenin y otros

socialistas, y el que no los lea es un ignorante”; así lo afirmé a jueces y a los demás en aquel mismo lugar. [...]

Después estaba nuestro programa expuesto cuando me defendí en el juicio. Quien no supo cómo pensábamos fue porque no quiso saber cómo pensábamos. Tal vez se quiso ignorar aquel discurso conocido como *La historia me absolverá*, con el que me defendí solo allá, porque como expliqué, me expulsaron, me declararon enfermo, juzgaron a todos los demás, y a mí me enviaron a un hospital para juzgarme, en una salita; no me ingresaron en el hospital propiamente, sino en una celda aislada de la prisión. En el hospital estaba la salita chiquitica convertida en audiencia, con el tribunal y unas pocas personas apretadas, casi todas militares, donde me juzgaron, y tuve el placer de poder decir allí todo lo que pensaba, completo, bastante desafiante.

Me pregunto, les decía, por qué no dedujeron cuál era nuestro pensamiento, porque ahí estaba todo. Contení —se puede decir— todos los cimientos de un programa socialista de gobierno, aunque, convencido, desde luego, de que ese no era el momento de hacerlo, que eso iba a tener sus etapas y su tiempo. Es cuando hablamos ya de la reforma agraria, y hablamos, incluso, entre otras muchas cosas de carácter social y económico, de que toda la plusvalía — sin mencionar esa palabra, por supuesto—, las ganancias que obtenían todos aquellos señores que tenían tanto dinero, había que dedicarlas al desarrollo del país, y di a entender que el gobierno tenía que responsabilizarse con ese desarrollo y aquellos excedentes de dinero.

Hablé hasta del becerro de oro. Volví a recordar la Biblia y señalé: “a los que adoraban el becerro de oro”, en clara referencia a quienes todo lo esperaban del capitalismo. Un número suficiente de cosas para deducir cómo pensábamos.

Después he meditado que es probable que muchos de los que podían ser afectados por una verdadera revolución no nos creyeran en absoluto, porque en 57 años de neocolonia yanqui, se había proclamado más de un programa progresista o revolucionario; las clases dominantes no creyeron nunca en el nuestro como algo posible o permisible por Estados Unidos ni le prestaron mayor atención, lo aceptaron, hasta les hacía gracia; al final todos los programas se abandonaban, la gente se corrompía, y posiblemente

dijeron: “Está muy bonito, muy simpático; sí, las ilusiones de estos románticos muchachos, ¿para qué le vamos a hacer caso a eso?”.

Sentían antipatía por Batista, admiraban el combate frontal contra su régimen abusivo y corrupto, y posiblemente subestimaron el pensamiento contenido en aquel alegato, donde estaban las bases de lo que después hicimos y lo que hoy pensamos, con la diferencia de que muchos años de experiencia han enriquecido más nuestros conocimientos y percepciones en torno a aquellos temas de modo que ese es mi pensamiento, ya lo dije desde entonces. [...]

Castro, Fidel. Una Revolución sólo puede ser hija de la cultura y las ideas. La Habana: Editora Política, 1999. 50-52 pp.

EXPRESABAN LA IDEA DE UN NUEVO SISTEMA POLÍTICO Y SOCIAL PARA CUBA

Discurso en el acto por el 1 aniversario del asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes. Santiago de Cuba, 26 de julio de 2003.

[...] En los días terriblemente tristes que siguieron a la acción, expliqué ante el tribunal que me juzgó cuáles fueron las causas que nos llevaron a esa lucha.

Cuba contaba con una población que no llegaba a seis millones de habitantes. Por los datos que entonces se conocían, expresé con crudeza, en cifras aproximadas, la situación de nuestro pueblo 55 años después de la intervención norteamericana contra una España ya militarmente derrotada por la tenacidad y el heroísmo de los patriotas cubanos, frustrando los objetivos de nuestra larga guerra por la independencia y estableciendo en 1902 un dominio político y económico total sobre Cuba.

La imposición a viva fuerza en nuestra primera constitución del derecho del gobierno de Estados Unidos a intervenir en Cuba, la ocupación del territorio nacional para bases militares, unidas al dominio total de nuestra economía y de los recursos naturales, redujeron prácticamente a cero nuestra soberanía nacional. [...]

Estas frases e ideas describían todo un pensamiento subyacente sobre el sistema económico y social capitalista que debía ser sencillamente eliminado. Expresaban, en esencia, la idea de un nuevo sistema político y social para Cuba, aunque resultase riesgoso plantearlo en medio del océano de prejuicios y de todo el veneno ideológico sembrado por las clases dominantes aliadas al imperio, vertidos sobre una población donde el 90% era analfabeta o semianalfabeta que no alcanzaba el sexto grado; inconforme, combativa y rebelde, pero incapaz de discernir un problema tan agudo y profundo. Desde entonces yo albergaba la más sólida y firme convicción de que la ignorancia ha sido el arma más poderosa y terrible de los explotadores a lo largo de la historia.

Educar al pueblo en la verdad, con palabras y con hechos irrefutables, ha sido quizás el factor fundamental de la grandiosa proeza que éste ha realizado.

Aquellas humillantes realidades han sido aplastadas, a pesar de bloqueos, amenazas, agresiones, terrorismo masivo y el empleo *ad libitum* de los más poderosos medios de divulgación que han existido jamás contra nuestra Revolución. [...]

El programa del Moncada se cumplió y sobrecumplió. Hace rato que vamos en pro de sueños mucho más elevados e inimaginables. [...]

Deseo asegurarles algo parecido a lo que dije ante el tribunal espurio que me juzgó y condenó por la lucha que iniciamos hace hoy cinco décadas, pero esta vez no seré yo quien lo diga; lo afirma y augura un pueblo que llevó a cabo una Revolución profunda, trascendente e histórica, y supo defenderla.

¡Condenadme, no importa! ¡Los pueblos dirán la última palabra!

Granma. 28 de julio de 2003, p. 3. col. 1, col. 3; p. 5. col. 3.
La Habana.

GLOSARIO DE NOMBRES

Acosta Acosta, Baldomero. Coronel del Ejército Libertador de Cuba. Fue jefe del Regimiento Goicuría, el cual operó en La Habana durante la Guerra de Independencia.

Agramonte Loynaz, Ignacio (1841-1873). Nació el 23 de diciembre en Puerto Príncipe, Camagüey. Iniciada la guerra por la independencia de Cuba el 10 de octubre de 1868, fue uno de los primeros camagüeyanos en secundar el movimiento armado. Alcanzó los grados de Mayor General en el Ejército Libertador. Se destacó como militar, abogado y orador. Sus años de combate (1868-1873) estuvieron llenos de intensa actividad revolucionaria por la causa de la independencia de Cuba. Cayó en el combate de Jimaguayú, el 11 de mayo. Es conocido en la historia por “El Mayor”.

Aguiar Fernández, Raúl de (1922-1953). Revolucionario cubano. Asaltante al cuartel Moncada. Miembro del Partido Ortodoxo. Delegado a la Asamblea Municipal de La Habana del propio Partido por el barrio de Cayo Hueso. Estuvo preso en dos ocasiones por actividades insurreccionales. Asesinado en el camino de Alto Cedro a Palma Soriano tras las acciones del 26 de julio.

Alcalde Vals, Oscar. Asaltante al cuartel Moncada. Miembro del Movimiento 26 de Julio. Participante en la preparación militar de los moncadistas. Tras el asalto es hecho prisionero junto a Fidel y otro compañero.

Alghieri, Dante (1265-1321). Poeta italiano, célebre por su obra cumbre *La Divina Comedia*.

Alomá Serrano, Antonio (1927-1956). Hijo de mambí. Amigo de Frank País y Pepito Tey, se vincula a actividades revolucionarias tras el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952. Cae en las acciones del 30 de noviembre en la Loma del Intendente en el asalto a la jefatura de la Policía Marítima.

Altusio, Juan (1557-1638). Jurista y filósofo alemán. Su nombre verdadero era Johannes Althaus, conocido por Althusius. Enarbó la tesis de que la soberanía pertenece al pueblo, que los gobernantes son delegados del mismo y que el pueblo no debe obediencia a un gobernante que dicte leyes en contra de la mayoría.

Ameijeiras Delgado, Ángel (1925-1958). Conocido por Machaco. Integrante de una familia de héroes que pierde a varios de sus hijos en la lucha contra la tiranía de Batista. Por su valor se ganó el respeto como un combatiente clandestino de gran talla. Víctima de una delación es sorprendido junto a sus compañeros en una casa de Goicuría y O'farrill, donde defienden heroicamente sus vidas hasta el final del combate.

Ameijeiras Delgado, Gustavo (1920-1958). Miembro del movimiento clandestino contra la tiranía de Fulgencio Batista. Cumple varias acciones, una de ellas el trabajo para la elaboración y distribución de la primera edición de *La historia me absolverá*. Prisionero en 1958 es asesinado y desaparecido por la dictadura.

Ameijeiras Delgado, Juan Manuel (1932-1953). El más joven de los hermanos de esa familia. Se incorporó a las tareas que organizaba Fidel contra la tiranía de Fulgencio Batista. Miembro de la Juventud Ortodoxa, participó en actos de protesta después del 10 de marzo. Tomó parte en las acciones del 26 de julio donde es asesinado.

Anaya Murillo, Leonardo. Fundador del Partido Acción Unitaria (PAU) que creó Fulgencio Batista en 1949 para promover su elección presidencial en 1952. Colaborador de la tiranía.

Aquino, Santo Tomás de (1225-1274). Teólogo y filósofo escolástico de la Iglesia Católica. Se le conoció como “Doctor Angélico” y sus teorías dieron lugar a la corriente filosófica llamada “Tomismo”. En su obra alude lo injusto del régimen tiránico.

Arcos Bergnes, Gustavo. Asaltante al cuartel Moncada. Se manifiesta en contra del golpe de Estado perpetrado por Fulgencio Batista. Se vincula con estudiantes universitarios. Miembro del Movimiento dirigido por Fidel Castro.

Arteaga Betancourt, Manuel. Arzobispo de La Habana y cardenal de la Iglesia Católica en la época de la tiranía batistiana.

Baliño López, Carlos (1848-1926). Nació en Guanajay el 13 de febrero. En la década de los años 80 del siglo XIX abrazó las ideas del marxismo y fue un activo propagandista de ellas. Participó junto a José Martí en la fundación del Partido Revolucionario Cubano y en sus trabajos posteriores. Organizó en 1903 el Club de Propaganda Socialista de la isla de Cuba, y más tarde el Partido Obrero Socialista y el Partido Socialista de Cuba. Fue dirigente de la Agrupación Socialista de La Habana hasta 1922, y fundador de la Agrupación Comunista de La Habana en 1923 y del primer Partido Comunista de Cuba en 1925. Integró su primer comité central. Falleció en La Habana a los 78 años de edad el 18 de junio.

Balzac, Honorato de (1799-1850). Célebre escritor francés, padre de la novela realista moderna. Autor de *La Comedia Humana* que contiene una serie de obras y personajes que son verdaderos cuadros de la Francia del siglo XIX.

Batista Rubio, Rubén (1931-1953). Joven estudiante de la Universidad de La Habana, víctima de la tiranía batistiana. Cuando protestaba en manifestación contra el ultraje al busto de Julio Antonio Mella, es herido de muerte por la agresión de la policía el 15 de enero de 1953. Muere un mes después y su entierro se convirtió en una gran manifestación popular en contra del régimen.

Batista Zaldívar, Fulgencio Rubén (1901-1973). Fue copartícipe del golpe militar del 4 de septiembre de 1933, el cual capitaliza y comienza una carrera de traiciones que lo convierte en aliado de Estados Unidos. Promotor del golpe militar del 10 de marzo de 1952; implantó una sangrienta dictadura (1952-1958) con el consentimiento norteamericano, que pagó con nuevas concesiones a empresas y consorcios. Huyó del país el primero de enero de 1959, al ser derrotado su régimen por la lucha revolucionaria del pueblo y el Ejército Rebelde.

Blas Hernández, Juan Se alzó contra la tiranía de Gerardo Machado en la antigua provincia de Las Villas. Participó en el alzamiento contra el gobierno de Ramón Grau San Martín en noviembre de 1933. Sitiado por las fuerzas leales a Batista en el Castillo de Atarés donde se había refugiado, finalmente se rinde junto a sus seguidores.

Bonaparte, Napoleón (1769-1821). Emperador de Francia entre 1804 y 1815. Como resultado del golpe de Estado del 18 Brumario (8 de noviembre de 1799) establece el Consulado y posteriormente el Imperio. Combatió contra las coaliciones europeas encabezadas por Inglaterra, hasta que sus derrotas en España en 1808 y en Rusia en 1812 marcaron la decadencia del poderío francés. Abdicó en 1814 y fue confinado a la isla de Elba. Al año siguiente regresó, pero fue derrotado en la batalla de Waterloo y desterrado a la isla de Santa Elena hasta su muerte.

Boucher, Jonathan (1738-1804). Predicador inglés, quien vivía en Estados Unidos. De pensamiento reaccionario pensaba que el derecho a la revolución era una doctrina negativa. Ejemplifica su criterio con la independencia de las Trece Colonias inglesas.

Buchanan, Jorge (1506-1582). Reformador escocés que se adhirió al calvinismo. En su obra patentiza el derecho de la soberanía del pueblo y de resistir al monarca si se convirtiera en tirano.

Cala Reyes, Manuel (?-1953). Conocido por “Niño” Cala. Luchó contra la tiranía de Gerardo Machado y en la Guerra Civil Española. Asesinado por las hordas de Fulgencio Batista el 27 de julio.

Castro Ruz, Fidel (1926-). Líder estudiantil en la Universidad de La Habana a partir de mediados de los años 40. Miembro del Partido de la Juventud Ortodoxa Revolucionaria después de 1947. Candidato ortodoxo para la Cámara de Representantes en las elecciones de 1952 que fueron frustradas por el golpe de Estado de Batista. Organizó la juventud del Centenario en honor al nacimiento de José

Martí en 1953. Concibió y dirigió el asalto al cuartel Moncada ese mismo año. Fue sentenciado a 15 años de prisión. Su discurso de autodefensa titulado *La historia me absolverá* se convirtió en el programa del Movimiento revolucionario. Fue amnistiado en 1955 tras una fuerte campaña popular. Fundador del Movimiento 26 de julio. Organizó la expedición del “Granma” desde México en 1956 y dirigió el Ejército Rebelde durante toda la guerra revolucionaria, que culminó con el triunfo de la Revolución el 1º de enero de 1959. Dirigió y participó en la defensa de Playa Girón. Fue Presidente del Movimiento de Países no Alineados. Ha impulsado y dirigido la lucha del pueblo cubano por la consolidación del proceso revolucionario, el avance hacia el socialismo y la unidad de todas las fuerzas revolucionarias. Ha sido electo diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular desde la creación de aquélla en 1976 y ha ocupado por elección los cargos de Presidente del Consejo de Estado y Presidente del Consejo de Ministros hasta el año 2008. Comandante en Jefe de las FAR hasta el año 2008. Es el principal impulsor y organizador de la intensa Batalla de Ideas que hoy libramos. El 31 de julio de 2006, motivado por su delicado estado de salud dirige la “Proclama al Pueblo de Cuba” donde delega con carácter provisional sus funciones frente al Estado, el Partido y de Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas en el compañero General de Ejército Raúl Castro Ruz y además la dirección de los Programas Nacionales de Salud, Educación y Energía en otros compañeros miembros del Buró Político y del Comité Ejecutivo del Consejo de Ministros. Primer secretario del Partido Comunista de Cuba desde 1965. En su “mensaje al pueblo de Cuba” del 18 de febrero de 2008 fundamentaba su decisión de no aceptar el cargo de Presidente del Consejo de Estado y Comandante en Jefe y expresaba sus deseos de sólo continuar combatiendo como un soldado de las ideas. Desde que en julio de 2006 diera a conocer sus problemas de salud y emprendiera el proceso recuperativo por el que aún transita, ha continuado escribiendo proclamas, mensajes y reflexiones publicadas por la prensa nacional a partir del 18 de febrero bajo el título *Reflexiones del compañero Fidel*. Sus ideas, difundidas en todo el mundo, siguen siendo una gran guía para los pueblos que luchan por un futuro mejor y una prueba fehaciente de la entrega total del líder cubano a la causa revolucionaria.

Castro Ruz, Raúl (1931-). Líder estudiantil en la Universidad de La Habana. Asaltante al cuartel Moncada en 1953. Es sentenciado a 13 años de prisión. Amnistiado en mayo de 1955 tras una fuerte campaña popular. Fundador del Movimiento 26 de julio. Expedicionario del “Granma”. Combatiente de la Sierra Maestra. Ascendido al grado de comandante el 27 de febrero de 1958, se le asigna la misión de abrir el II Frente Oriental “Frank País” en la zona norte de Oriente, combatiendo victoriosamente la ofensiva militar que emprendió el ejército batistiano el 24 de mayo de 1958. Jefe militar de la provincia de Oriente. En octubre de 1959 al crearse las Fuerzas Armadas Revolucionarias, es designado Ministro, cargo que ocupa hasta el año 2008, con el grado de General de Ejército. Diputado al Parlamento desde 1976, año en que es elegido además como Primer Vicepresidente de los Consejos de Estado y de Ministros hasta el año 2008. En 1998 le fue conferido el título honorífico de Héroe de la República de Cuba y la Orden “Máximo Gómez” de 1º Grado. Ha realizado aportes notables a la Revolución como dirigente político, estadista y jefe militar. Ha desempeñado un papel importante en la Batalla de Ideas que libra nuestro pueblo, consagrándose por entero a la defensa de la Revolución socialista. En el año 2008 fue elegido Presidente de los Consejos de Estados y de Ministros. Desde 1965 es el segundo secretario del Partido Comunista de Cuba.

Céspedes y del Castillo, Carlos Manuel de (1819-1874). Nacido en Bayamo. Poseía una vasta cultura y era excelente orador. El 10 de octubre de 1868, se alzó en armas en su ingenio La Demajagua. Con esa acción dio comienzo a la primera guerra independentista en Cuba, que duró diez años. Presidió las sesiones de la asamblea constituyente que aprobó la Constitución de Guáimaro el 10 de abril de 1869. Fue el primer Presidente de la República en Armas. Murió en combate el 27 de febrero en San Lorenzo. Reconocido por los cubanos como el Padre de la Patria.

Calvino, Juan (1509-1564). Inició la Reforma religiosa en Francia y Suiza en el siglo XVI.

Calvo García, Pedro. Capitán del Cuerpo de Orden Público de Marianao durante la Guerra de Independencia de 1895.

Camejo Valdés, Hugo (1918-1953). Militante del Partido Ortodoxo. Miembro del Movimiento liderado por Fidel Castro, organizó y dirigió una célula clandestina. Participa en la acción del cuartel Carlos Manuel de Céspedes en Bayamo el 26 de julio de 1953.

Camps Ruíz, Vicente. Teniente del Ejército de Batista que escoltó a los asaltantes al Moncada y a otros acusados de la Causa 37 de 1953 en el traslado de la Prisión de Boniato a la Audiencia de Santiago de Cuba.

Carlos I (¿-1649). Rey de Inglaterra y Escocia, quien hereda la corona inglesa en 1625 al morir su padre Jacobo I Estuardo. El Rey fue enjuiciado y ajusticiado en 1649 y se instauró la República.

Castellano, García Baudilio. Luchador estudiantil contra los gobiernos auténticos, durante sus estudios en la Escuela de Derecho de la Universidad de La Habana. Presidió la Asociación de Estudiantes de dicha facultad. Graduado en 1951, obtiene el Premio “Dolz” de la Universidad de La Habana, lo que le permite asumir el cargo de Abogado de Oficio en la Audiencia de Santiago de Cuba. Como tal asume la defensa de un grupo de asaltantes a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes el 26 de julio de 1953.

Castells Varela, Pedro Abraham. Comandante del Ejército y Superior Militar del Presidio Modelo durante la tiranía de Gerardo Machado. Durante su mandato en esa institución se cometieron crímenes y malos tratos.

Chenard Piña, Fernando (1919-1953). Nació el 4 de febrero. Estuvo entre los fundadores del Sindicato de Dependientes de Víveres al Detalle. Su juventud se vio envuelta entre reivindicaciones obreras, manifestaciones, los trabajos para organizar el Partido Unión Revolucionaria Comunista y como militante de la Juventud Ortodoxa. También se hizo fotógrafo. Fue asesinado a raíz de los sucesos del Moncada. En su alegato *La historia me absolverá*, Fidel hace alusión a la patriótica decisión de Chenard Piña, cuando decidió vender su taller de fotografía.

Heredó el patriotismo de su abuelo, quien fuera Secretario del Cuerpo de Consejo del Partido Revolucionario Cubano en Nueva York, durante la Guerra de Independencia.

Chibás Rivas, Eduardo René (1907-1951). Funda el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo). En 1950 lo eligieron senador por votación popular. La denuncia de los males de la República lo convierte en un gran movilizador de masas. El 5 de agosto de 1951, al finalizar su transmisión radial, se hizo un disparo en el abdomen, en un llamado dramático al pueblo para que luchara por los cambios que necesitaba el país. Falleció el 16 de agosto.

Ciria y Vinet, Manuel de (Marqués de Cevera). Designado por el Capitán General Valeriano Weyler, alcalde en comisión y Comandante Militar de la Plaza de Marianao.

Colón, Cristóbal (1451-1506). Nació en Génova, Italia. Realizó cuatro viajes al nuevo continente, en el primero de ellos descubrió a Cuba el 27 de octubre de 1492.

Crespo Arias, Abelardo. Estudiante universitario. Miembro del Partido Ortodoxo y del Movimiento liderado por Fidel Castro. Asaltante al Moncada. Por haber resultado herido en el combate, no pudo ser juzgado en septiembre, sino el 16 de octubre de 1953 junto a Fidel.

Delgado Carache, Pedro. Tte. Coronel del Ejército Libertador que ascendió al grado de General y ocupó la Jefatura del Regimiento "Goicuría", que operaba en las provincias occidentales durante la Guerra de Independencia de 1895.

Díaz Tamayo, Martín. Apoyó el golpe de Estado perpetrado por Fulgencio Batista el 10 de marzo de 1952. Ascendido a General de Brigada, fue Inspector General del Ejército. Portador de la orden del tirano de asesinar a los sobrevivientes de las acciones del 26 de julio.

Duguit León (1859-1928). Profesor de Derecho en la Universidad de Burdeos. Realizó aportes en Derecho Administrativo y Constitucional.

Echeverría Bianchi, José Antonio (1932-1957). En 1953 ocupa la secretaría general de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU) y desde 1954 hasta su muerte fue su presidente. A finales de 1955, funda el Directorio Revolucionario que se convierte en el brazo armado de la FEU. Suscribe con Fidel la *Carta de México* (1956), en la que manifiestan la unidad de acción del MR-26-7 y el Directorio. El 13 de marzo de 1957, como parte del plan de asalto al Palacio Presidencial, toma Radio Reloj para anunciar el ajusticiamiento del tirano. De regreso a la universidad, muere en un enfrentamiento con la policía.

Engels, Federico (1820-1895). Nació en Prusia. Estrecho colaborador de Carlos Marx. De 1870 a 1883, vivió en la capital inglesa, estrechamente vinculado a su entrañable amigo. Los últimos doce años de su vida los dedicó a ordenar los manuscritos dejados por él, para hacer posible su edición. Murió el 5 de agosto en Londres.

Espartaco (113 a.e.-71 a.e.). Estuvo en las tropas auxiliares romanas y fue reducido a esclavitud por desertión y luego destinado a gladiador. En el año 73 escapó al frente de un grupo de esclavos de la ciudad, se apoderó de un convoy de armas para gladiadores y dirigió la sublevación en el Vesubio. Llegó a formar un poderoso ejército de esclavos de 70 000 hombres. Extendió su movimiento libertario a todo el sur de la península de Italia. Tras 18 meses de incesantes combates contra las legiones romanas, fue derrotado y muerto en la batalla de Silaro en el año 71.

Felipe II (1527-1598). Rey de España, hijo de Carlos I (V de Alemania) y de Isabel de Portugal.

García Bárcenas, Rafael. Profesor de la Universidad de La Habana. Luchador antimachadista. Después del golpe de Estado del 10 de marzo de 1952 crea una organización insurreccional llamado Movimiento Nacional Revolucionario para derrocar a la tiranía de Batista, por lo cual fue detenido y procesado. Amnistiado marcha al exilio.

García Díaz, Andrés. Miembro del Movimiento encabezado por Fidel Castro. Atacante al cuartel de Bayamo el 26 de julio de 1953. Miembro de una célula revolucionaria en Coco Solo.

García Íñiguez, Calixto (1839-1898). Perteneció al grupo de los mejores generales de las guerras de independencia. Por sus dotes militares cosechó innumerables victorias. Trató de suicidarse para no ser hecho prisionero. Al recobrar la libertad no renunció a sus ideales independentistas y organizó la llamada Guerra Chiquita cuyo fracaso no lo desanimó. Siempre al servicio de la patria, se incorporó nuevamente a la contienda del 95. Murió en Washington como agente diplomático luchando por los ideales a los que había dedicado su vida.

García Ramos, Salvador. Político que apoyara a Fulgencio Batista en su período presidencial de 1940 a 1944. Posteriormente se alió a los auténticos en la etapa presidencial de Carlos Prío de 1948 al 52.

Gómez Báez, Máximo (1836-1905). Militar de origen dominicano. Residente en Cuba desde 1865, se incorpora a la revolución independentista al estallar la guerra de 1868, obteniendo los grados de General del Ejército Libertador. Después del Pacto del Zanjón (1878) pasa a la emigración y regresa a la isla junto a José Martí, para asumir la dirección militar de la guerra que había estallado en febrero de 1895. A finales de 1895 y principios de 1896 lleva a cabo con el General Antonio Maceo la invasión de las provincias occidentales de la isla. Alcanzó el grado de Mayor General, General en Jefe y Generalísimo en el Ejército Libertador. Murió en La Habana.

González Amador, Eulalio. Uno de los más connotados asesinos de los asaltantes al Moncada. Se le apodó el “Tigre”.

Grau San Martín, Ramón (1887-1970). Fue profesor de Fisiología de la Facultad de Medicina de la Universidad de La Habana (1921). Se opuso a la prórroga de poderes del presidente Gerardo Machado y a las expulsiones de los estudiantes del Directorio Estudiantil Universitario (DEU) de 1927. Integró el gobierno de los 100 días (1933-1934), que fue derrocado. En 1934 organizó el Partido Revolucionario Cubano (Auténticos) con una plataforma demagógica

que proclamaba “Nacionalismo, Antimperialismo, Socialismo”. Presidente de la República de 1944 a 1948.

Guás Inclán, Rafael (1896-198?). Abogado y político cubano, perteneciente al Partido Liberal del cual fue presidente durante muchos años. Ocupó varios cargos en la república neocolonial, siempre en representación de los intereses más reaccionarios. Abandonó el país después del triunfo de la Revolución y murió en la emigración.

Guevara de la Serna, Ernesto (1928-1967). Nació en Rosario, Argentina, el 14 de junio. En México conoce a Fidel Castro y se enroló como médico en la expedición del “Granma”. Durante la guerra de liberación nacional en Cuba, fue el primero en obtener el grado de comandante. Jefe de la Columna Invasora No. 8 “Ciro Redondo”. Dirigió la batalla de Santa Clara en diciembre de 1958. Después del triunfo revolucionario fue presidente del Banco Nacional de Cuba y ministro de Industrias. En 1965, se despide de Fidel y del pueblo cubano para combatir en otras tierras del mundo. Cayó en Bolivia el 8 de octubre.

Guitart Rosell, René Miguel (1931-1953). Conocido por Renato. Se opuso al golpe de Estado del 10 de marzo desde los primeros momentos. Se vincula al grupo encabezado por Fidel Castro y forma parte de la dirección del Movimiento. Único santiaguero residente en la ciudad que conoce con antelación las acciones. Confeccionó el plano del cuartel Moncada. Participó en los preparativos en la ciudad para la acción. Integró el comando que atacó la Posta 3. Murió en combate el 26 de julio.

Hernández Rodríguez del Rey, Melba (1921-). Nació el 28 de julio. Doctora en Derecho y Licenciada en Ciencias Sociales. Tomó parte en el asalto al cuartel Moncada. Integró la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio desde sus inicios y del III Frente Dr. Mario Muñoz. Fue miembro del Comité Central en 1986 y diputada a la Asamblea Nacional del Poder Popular. Se desempeñó también como presidenta del Comité Cubano de Solidaridad con Viet Nam y Kampuchea. Es heroína del Trabajo y de la República de Cuba. Posee la Orden “Playa Girón”.

Herodes I (62 a.n.e-4). Nombrado por los romanos Procurador de Judea en el año 47 a.n.e. y Rey en el 37 a.n.e.

Hitler, Adolfo (1889-1945). Fundador y dirigente supremo del Partido Nacionalista Alemán, principal ideólogo del nazismo en Alemania y dictador absoluto de ese país entre 1933 y 1945. Responsable del exterminio de millones de judíos, rusos, polacos, ucranianos y personas de otras nacionalidades europeas. Su política totalitaria y hegemónica fue el factor determinante en el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial entre 1939 y 1945, uno de los conflictos bélicos más destructivos de la historia. Dos días antes de la caída de Berlín se suicidó en el edificio de la cancillería.

Hotman, Francisco (1524-1590). Jurista francés, quien esgrimió la tesis de que los subordinados no tenían obligación de fidelidad al soberano si éste incumplía con sus deberes y que por lo tanto la rebelión era un acto legal.

Infiesta Bagés, Ramón. Profesor Titular de Derecho Constitucional de la Universidad de La Habana.

Ingenieros, José (1877-1925). Nace en Argentina. Se le considera el introductor del positivismo en su patria. Autor de numerosas obras. Estuvo en Cuba en 1923 e influyó notablemente en la juventud de entonces.

Jacobo II (1633-1701). Rey de Inglaterra y de Escocia. Hijo de Carlos I. Fue coronado en 1685 y destronado por la revolución inglesa de 1688.

Knox, Juan (1510-1572). Reformador escocés, uno de los fundadores de la iglesia presbiteriana.

Kuchilan Sol, Mario (1910-1983). Laboró en los diarios *Alerta*, *Prensa Libre*, la revista *Bohemia* y en el periódico *Juventud Rebelde*. En su actividad fue un crítico sereno de la burguesía y del imperialismo. Miembro del Partido Ortodoxo. Durante la tiranía de Batista fue perseguido y torturado.

Labrador García, Fidel. Militante de la Juventud Ortodoxa. Miembro del Movimiento encabezado por Fidel Castro. Asaltante del Moncada.

Locke, Juan (1632-1704). Teórico de la revolución inglesa de 1688. Formula que la mayoría del pueblo puede ejercer el derecho de la resistencia frente al autoritarismo.

López Fernández, Antonio (1932-1956). Asaltante al cuartel de Bayamo el 26 de julio de 1953. Nació en La Habana. Se inició en la vida política en la Juventud Ortodoxa. Después del golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, conoció a Fidel y se incorporó a su grupo. Logró escapar tras el asalto al cuartel de Bayamo y llegar a la capital, donde se asiló en la embajada de Guatemala. Regresó a Cuba en 1955, a raíz de la amnistía política. Fue uno de los fundadores del Movimiento 26 de julio y tuvo a su cargo la organización de las milicias y los grupos de Acción y Sabotaje que operaron en La Habana. Viaja a México para trabajar en los entrenamientos de los combatientes y los preparativos de la expedición del “Granma”. El 2 de diciembre de 1956 desembarcó con Fidel y el resto de los compañeros. Fue capturado a los pocos días y asesinado.

Luis Santa Coloma, Reinaldo Boris (1928-1953). Simpatizante del Partido Ortodoxo. Dirigente Sindical. Miembro del Movimiento encabezado por Fidel Castro, del cual llegó a ser uno de los principales dirigentes. Capturado y torturado, fue asesinado el 26 de julio.

Lutero, Martín (1483-1546). Monje agustino iniciador de la reforma religiosa en Alemania.

Maceo Grajales, Antonio de la Caridad (1845-1896). Conocido como “El Titán de Bronce” por su portentosa trayectoria guerrera y su condición de mulato. Alcanzó en la Guerra de los Diez Años (1868-1878), a fuerza de coraje, el grado de Mayor General. Se destacó como táctico militar y por su intransigencia revolucionaria protagonizando la Protesta de Baraguá, en marzo de 1878, contra el pacto que puso fin a aquella contienda. En la guerra de 1895,

con el grado de Lugarteniente General, participó en la campaña invasora a Occidente. Cayó combatiendo en San Pedro, provincia de La Habana, el 7 de diciembre.

Machado Morales, Gerardo (1871-1939). Político cubano que impuso una dictadura al país (1925-1933). Ligado a monopolios norteamericanos que desempeñaron un destacado papel en su reelección para la presidencia de la República (1925). Fue derrocado mediante la acción de la huelga general revolucionaria de agosto de 1933. Huyó del país y murió en Estados Unidos.

Mella, Julio Antonio (1903-1929). Su verdadero nombre era Nicanor Mc Fartland. En la Universidad de La Habana se destacó como líder estudiantil. Fue el alma de la Reforma Universitaria en 1923 y el presidente del Primer Congreso Nacional de Estudiantes. Ese mismo año fundó la Universidad Popular “José Martí”; un año después la Liga Anticlerical y en 1925 la Sección Cubana de la Liga Antimperialista de las Américas. Desde 1923 comenzó a destacarse como pensador marxista. En 1924 ingresa en la Agrupación Comunista de La Habana y desde ella despliega un trabajo activo entre el proletariado. Fue uno de los fundadores —en 1925— del primer Partido Comunista de Cuba. En 1926, lo expulsaron de la Universidad y realizó una huelga de hambre. A causa de las persecuciones se exilió en México y es asesinado por matones de la tiranía machadista el 10 de enero.

Mariana, Juan (1536-1623). Su verdadero nombre es Juan de Mariana. Teólogo e historiador español. Planteó que cuando hay abuso de autoridad el tirano puede ser legítimamente sometido por la fuerza e incluso ajusticiado.

Martí Pérez, José Julián (1853-1895). Héroe Nacional de Cuba. Político, escritor, poeta y orador brillante, organizador de la última y decisiva jornada cubana por la independencia. Sufrió prisión y destierro a los 17 años de edad por sus ideas independentistas. Vivió en España, México, Guatemala y Venezuela, y a partir de 1881 se estableció definitivamente en los Estados Unidos, donde preparó lo que llamó la “guerra necesaria” por la libertad de Cuba. Fundó en 1892 el Partido Revolucionario Cubano. El 11 de abril

de 1895 regresa a Cuba para incorporarse a la lucha. Cayó abatido por el fuego enemigo en el combate de Dos Ríos, el 19 de mayo de ese mismo año. Es considerado uno de los más altos exponentes de las letras hispanoamericanas, y figura entre las personalidades más insignes de los países que él llamó de “Nuestra América”.

Martí Rodríguez, Marcos (1934-1953). Militante del Partido Ortodoxo en Artemisa. Asesinado tras su participación en las acciones del 26 de julio en el Moncada. Fue el último joven asesinado en la zona de Santiago de Cuba. Le apodaban “El curro”.

Martínez Villena, Rubén (1899-1934). Nace en Alquizar, el 20 de diciembre. Surge a la vida política en 1923 como protagonista de la “Protesta de los Trece”. Con posterioridad se vincula a la Asociación de Veteranos y Patriotas. En 1924 participa en el movimiento por la Reforma Universitaria y en los preparativos del I Congreso de Estudiantes, además colabora con Julio A. Mella en la Universidad Popular “José Martí”. En 1927 ingresó en el Partido Comunista. En 1928 es designado miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y delegado a la Confederación Nacional Obrera de Cuba. En 1933 vuelve clandestinamente a Cuba y dirige la huelga nacional que provocó la caída de Machado. Muere el 16 de enero en La Habana.

Marx, Carlos (1818-1883). Nació en Tréveris, Prusia. Se trasladó a Bonn para hacerse profesor y se asoció a los hegelianos de izquierda, colaborando con la *Gaceta del Rin*. En 1844, conoce a Engels en París, iniciándose una sólida amistad. En 1847 se afilió a la Liga de los Comunistas, redactando ambos el *Manifiesto Comunista* y con su ayuda pudo también llevar a término *El capital*. El 28 de septiembre de 1848, se fundó en Londres la I Internacional que fue la Asociación Internacional de los Trabajadores. Marx, organizador y alma de esta organización, redactó su primer manifiesto con el propósito de unificar al movimiento obrero de diferentes países. Víctima de una enfermedad falleció el 5 de mayo en Londres.

Melanchton, Felipe (1497-1560). Reformador y humanista alemán, colaborador de Martín Lutero.

Milton, Juan (1608-1674). Poeta inglés quien también escribió trabajos políticos.

Miret Prieto, Pedro (1927-). Asaltante al cuartel Moncada y combatiente de Playa Girón. Se incorporó a la lucha contra la tiranía batistiana. Condenado a 13 años de prisión tras los sucesos del 26 de julio. Amnistiado en 1955 permanece en el país hasta junio de 1956. Se traslada a México y se incorpora a los preparativos de la expedición del “Granma”, pero no pudo venir en ella por ser encarcelado. Puesto en libertad continúa en México sus actividades revolucionarias hasta marzo de 1958, en que regresa a Cuba y se incorpora al Ejército Rebelde, siendo ascendido a comandante en el mes de diciembre. Después del triunfo de la Revolución ha ocupado diferentes cargos y responsabilidades.

Miró Argenter, José. Español de nacimiento, radicado en Cuba. Se dedicó al periodismo. Se incorporó al Ejército Libertador. Ascendido por Antonio Maceo a General de Brigada y Jefe de su Estado Mayor. Su libro *Cuba: crónica de la guerra* es un clásico de la historiografía acerca de las gestas independentistas.

Montané Oropesa, Jesús (1923-2001). Asaltante del Moncada y expedicionario del “Granma”. Miembro de la dirección del Movimiento que atacó el cuartel Moncada. Después de dicha acción fue detenido, cumpliendo 22 meses de prisión en Isla de Pinos. Miembro de la Dirección Nacional del Movimiento 26 de julio. En 1955 marchó para México y colaboró en la preparación de la expedición del “Granma”. Después del desembarco fue apresado y condenado a 10 años de prisión. Tras el triunfo de la Revolución ocupó diferentes cargos y responsabilidades. Murió en La Habana.

Muñoz Monroy, Mario (1912-1953). Participó en la lucha contra la dictadura de Gerardo Machado y se opuso a la dictadura de Batista de los años 30. Se vincula al Movimiento dirigido por Fidel Castro, participando en los planes de ataque al Moncada, en los cuales actúa como médico. Hecho prisionero es asesinado el 26 de julio.

Pagliery Cardero, Jorge. Presidente del Colegio de Abogados de Santiago de Cuba. Tuvo a su cargo en los primeros momentos la defensa de Fidel Castro en el juicio por los hechos del 26 de julio.

Paine, Thomas (1737-1809). Político y publicista inglés vinculado a los sucesos revolucionarios de la independencia de los Estados Unidos y a los de la Revolución Francesa.

País García, Frank (1934-1957). Integró el Movimiento 26 de Julio. Organizó el alzamiento de Santiago de Cuba y otras acciones en la región oriental el 30 de noviembre de 1956, en apoyo al desembarco del “Granma”. Prestó sus esfuerzos en la elaboración del Programa Económico. Propulsor de la apertura de un segundo frente de guerra en Oriente. Sometido a persecución, fue asesinado en su ciudad natal el 30 de julio.

Parellada Echevarría, Otto (1928-1956). El 10 de marzo de 1952 lo sorprende en Nueva York y regresa a Cuba para incorporarse a la lucha. Por esas actividades cae preso en 1954 y sale por la amnistía de 1955. Muere combatiendo en las acciones del 30 de noviembre.

Paynet, Juan (1516-1546). Teólogo escocés, quien dio impulso a la Reforma religiosa en su país.

Pérez Chaumont, Andrés. Jefe de operaciones del Regimiento número 1 “Maceo” en el momento de los hechos del Moncada. Tuvo una activa participación junto a su tropa, en los asesinatos de los combatientes.

Pérez Dámara, Genovevo (1909-?). Jefe del Ejército durante los gobiernos de Ramón Grau San Martín (1944-1948) y de Carlos Prío (1948-1952). Electo senador de la República en las farsas electorales instrumentadas por Fulgencio Batista en 1954 y 1958.

Pérez Serantes, Enrique. Monseñor, arzobispo de Santiago de Cuba, quien presentó a algunos de los asaltantes al Moncada para tratar de salvarles la vida.

Ponce Díaz, José. Miembro del Partido Ortodoxo y del Movimiento encabezado por Fidel Castro. Comenzó su lucha desde el mismo momento del golpe de Estado. Asaltante del cuartel Moncada.

Posada Recio, Alejandro. Médico, Director del Sanatorio del Centro de la Colonia Española de Santiago de Cuba.

Prío Socarrás Carlos (1903-1977). Fue Primer Ministro en el gobierno de Ramón Grau San Martín (1944-1948). En 1947 ocupó el cargo de ministro del Trabajo, desde el cual trató de dividir la Confederación de Trabajadores de Cuba, asaltar sindicatos y asesinar líderes obreros. En 1948 fue electo Presidente de la República. Su gobierno se caracterizó por el robo de caudales públicos, la agresión al movimiento obrero y la dependencia al gobierno norteamericano. El 10 de marzo de 1952, fue derrotado por el golpe militar de Fulgencio Batista. Murió en los Estados Unidos.

Redondo García, Ciro (1931-1957). Asaltante del Moncada y militante de la Juventud Ortodoxa. Encarcelado en Isla de Pinos tras los sucesos del Moncada. Al ser amnistiado se reincorpora a la lucha clandestina y marcha al exilio. Expedicionario del “Granma”, tras la dispersión logra reagruparse con Fidel. Murió en el combate de Mar Verde el 29 de noviembre. Ascendido póstumamente a comandante. La Columna No. 8 encabezada por Ernesto *Che* Guevara recibió su nombre.

Río Chaviano, Alberto del (1911-?). Nació el 4 de julio, en Sagua la Chica, Las Villas. Entre otras responsabilidades, fue jefe del Regimiento No. 1 “Maceo” y del 3º Distrito Militar, cargo del cual fue relevado el 30 de diciembre de 1958. En diciembre de 1957 había sido ascendido a general de brigada. Huyó con el tirano Batista en la madrugada del 1º de enero de 1959.

Rodríguez Rodríguez, Carlos Rafael (1913-1997). Destacado intelectual y revolucionario cubano, dirigente del movimiento comunista. Luchador antimachadista, miembro del Ala Izquierda Estudiantil. Integró el Comité de Huelga Universitario. En 1936 ingresa en el primer Partido Comunista de Cuba. Participa en la

lucha contra la dictadura batistiana y en junio de 1958 es designado representante del Partido ante el mando rebelde en la Sierra Maestra. Después del triunfo de la revolución desempeñó distintos cargos y responsabilidades en el Estado y el Partido. Murió en La Habana.

Rodríguez Rodríguez, Luis Orlando (1912-1989). Luchador revolucionario contra las tiranías de Gerardo Machado y Fulgencio Batista. Fue miembro del Consejo Director del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos). Integrante del Movimiento 26 de Julio. Comandante en la lucha guerrillera en la Sierra Maestra. Dirigió la emisora Radio Rebelde. Tras el triunfo de la Revolución ocupó diversos cargos.

Rosabal del Rey, Miguel Delfín. Supervisor de la Prisión Provincial de Oriente.

Rousseau, Juan Jacobo (1712-1778). Escritor y filósofo francés. Sus ideas tuvieron gran influencia en la Revolución francesa.

Saladrigas Zayas, Carlos. Secretario de justicia y de Estado (interino) durante el gobierno de Carlos Manuel de Céspedes en agosto de 1933. Militante de la organización profascista ABC. Ministro del trabajo durante la tiranía de Fulgencio Batista tras el golpe de Estado. Huyó del país después del 1º de enero de 1959. Vinculado con la contrarrevolución cubana en Estados Unidos.

Salisbury, Juan de (1115-1180). Filósofo y teólogo inglés.

Santamaría Cuadrado, Abel (1927-1953). Segundo Jefe del movimiento insurreccional que atacó el cuartel Moncada. Militó en las filas de la Juventud Ortodoxa. A partir del golpe militar del 10 de marzo de 1952, luchó contra el dictador Batista. En mayo de 1952 conoció a Fidel Castro e ingresó al movimiento insurreccional que se estaba gestando. Como segundo jefe del Movimiento se destacó por su capacidad organizativa y su profundo sentido humano. Por sus actividades revolucionarias fue detenido varias veces por el Servicio de Inteligencia Militar (SIM) y el Buró de Investigaciones. Participó en los preparativos del asalto al Moncada y en la acción. Es apresado en el Hospital Saturnino Lora y asesinado después de atroces torturas.

Santamaría Cuadrado, Haydée (Yeyé) (1923-1980). Participa en las acciones del 26 de julio de 1953. Se incorporó a la lucha contra Batista desde el mismo 10 de marzo de 1952. Laboró con las publicaciones clandestinas *Son los mismos* y *El acusador*. Después de las acciones del 26 de julio fue sometida a torturas psicológicas con el objetivo de que delatara a sus compañeros. Cumplió prisión y una vez absuelta trabajó tenazmente en la edición y distribución de *La historia me absolverá*. Miembro de la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio, tuvo una activa participación en tareas en el llano, el exilio y en la Sierra. Tras el triunfo desplegó una extraordinaria actividad como presidenta de la Casa de las Américas a favor de la unidad continental y en otras responsabilidades de la Revolución.

Sarría Tartabull, Pedro Manuel (1900-1972). Segundo teniente del ejército que hace prisionero a Fidel Castro, Oscar Alcalde y José Suárez el 1º de agosto de 1953, e impide que sean asesinados, bajo el principio de que “las ideas no se matan”.

Secondat Charles Louis de, Barón de Montesquieu (1689-1755). Escritor francés del siglo XVIII. Su obra tuvo gran repercusión en los dirigentes de la Revolución francesa.

Sosa González, Elpidio (1929-1953). Militante del Partido Ortodoxo y miembro del Movimiento encabezado por Fidel Castro. Asaltante del Moncada, asesinado tras el combate.

Sosa, Merob (1920-1959). Jefe de la Guardia Rural en la Sierra Maestra. Conocido por sus crímenes contra el campesinado. Combatió al Ejército Rebelde. Capturado y juzgado tras el triunfo de la Revolución por los tribunales revolucionarios, fue condenado a la pena de muerte por sus crímenes.

Suárez Blanco, José Antonio. Dirigente de la Juventud Ortodoxa en Pinar del Río. Responsable de los jóvenes de esa provincia que integran el Movimiento liderado por Fidel Castro. Participó en la toma de la Posta 3 del cuartel Moncada. Tras la retirada fue hecho prisionero junto con Fidel el 1º de agosto de 1953.

Tabernilla Dolz, Francisco (1888-?). Jefe del Ejército durante la tiranía de Fulgencio Batista. Se caracterizó por sus métodos represivos y por el nepotismo. Huyó con el tirano en vísperas del 1º de enero de 1959.

Taboada Bernal, Augusto B. Director de la Prisión Provincial de Oriente.

Tamayo Silveira, Edmundo. Capitán médico. Director del Hospital Militar y Jefe de la Sección de Sanidad del Regimiento no. 1.

Tasende de las Muñecas, José Luis (1925-1953). Combatiente del Moncada. Hecho prisionero fue fotografiado al creérsele un Sargento de la tiranía. Torturado, la tiranía lo hizo aparecer como muerto en combate.

Tey Saint-Blancard, José (1932-1956). Maestro, amigo de Frank País. Comienza su lucha clandestina contra la tiranía de Batista desde el 10 de marzo de 1952. Participa en los preparativos de la llegada del “Granma”. Cae combatiendo en las acciones del 30 de noviembre en Santiago de Cuba.

Ugalde Carrillo, Manuel. En 1953 era Jefe del Servicio de Inteligencia Militar (SIM). Fue Jefe del Presidio Modelo de Isla de Pinos. Connotado asesino del régimen de Batista.

Ugalde Carrillo, Rodolfo. Oficial de la Policía del régimen de Fulgencio Batista.

Ulianov, Vladimir Ilich. Lenin (1870-1924). Nace el 22 de abril en Simbirsk. A partir de 1892 comenzó a ejercer como abogado en el juzgado comarcal de Samara, donde fundó el primer círculo marxista. En 1895, se trasladó a Petersburgo, comenzando a instruir a los obreros para formar los futuros cuadros del Partido. En 1902 publicó el libro *¿Qué Hacer?* donde argumentó el plan de organización del Partido Proletario y su basamento ideológico. Dirigió la insurrección que culminó el 25 de octubre de 1917, con la toma del Palacio de Invierno. Muere el 21 de enero.

Valdés Fuentes, Andrés (¿-1953). Miembro de la Juventud Ortodoxa y del Movimiento dirigido por Fidel. Asaltante al cuartel Moncada.

Valdés Menéndez, Ramiro (1932-). Comandante de la Revolución. Asaltante al Moncada y expedicionario del “Granma”. En 1952 participa en la organización del ataque al cuartel Moncada. Condenado a prisión, fue amnistiado en mayo de 1955. Emigra a México y toma parte en los preparativos de la expedición. Después de la batalla de Alegría de Pío, logró reencontrarse con Fidel y a mediados de 1958 es designado segundo jefe de la Columna No. 8, que comandaba el Che, con quien realizó la invasión y toda la campaña de Las Villas. Después del triunfo de la Revolución ha desempeñado diferentes cargos.

Valle López, Armando (1929-1953). Miembro de la Juventud Ortodoxa y del Movimiento dirigido por Fidel. Asaltante al cuartel Moncada.

Véliz Hernández, Pedro (¿-1953). Militante de la Juventud Ortodoxa en Marianao. Asaltante al cuartel de Bayamo. Asesinado en días posteriores.

Verdeja Neira, Santiago. Dirigente político que apoyó a Fulgencio Batista entre 1940 y 1944 y se alió a los auténticos en la etapa presidencial de Carlos Prío.

Weyler Nicolau, Valeriano (1838-1930). Marqués de Tenerife y Duque de Rubí. Militar español, Capitán General de Cuba entre 1896 y 1897. Célebre por la dureza de sus métodos y por las crueldades que ordenó ejecutar contra los insurrectos cubanos y la población civil. Ideó el programa llamado reconcentración, en virtud del cual hacinó en poblaciones y campamentos a pobladores de las zonas rurales del país, con el fin de restar posible apoyo a los patriotas cubanos que operaban en esas zonas.

Zugasti, Carlos. Teniente de la Guardia Civil y jefe de la línea Marianao-Hoyo Colorado. Fue alcalde de Marianao en 1896.

